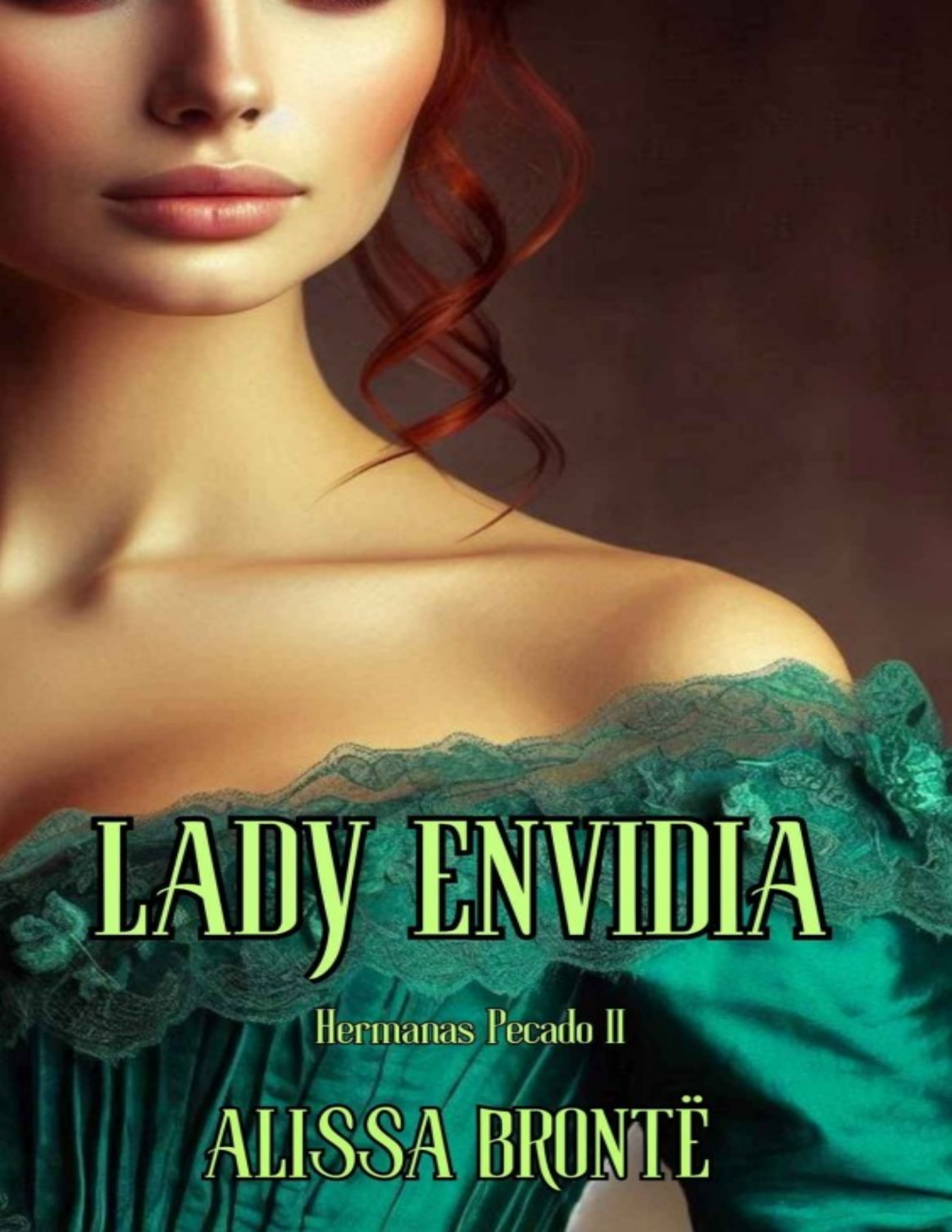

LADY ENVIDIA
Hermanas Pecado II
ALISSA BRONTË

Alissa Brontë

Lady Envidia
Hermanas Pecado II

Copyrig© Alissa Brontë 2025
Publicado de manera independiente
1ª Edición abril 2025

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimientos, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código penal).

Nota de la autora:
Tienes en tus manos una obra de ficción Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación de la autora y ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

ISBN: B0DKDFFR4N

A todas las mujeres que alguna vez fueron admiradas, juzgadas o envidiadas sin que nadie viera el peso que cargaban en silencio.

A quienes han aprendido que no son solo su apariencia, ni las expectativas ajenas.

A las que eligieron ser ellas mismas, incluso cuando era más fácil ser lo que se esperaba de ellas.

A las que saben que la verdadera belleza —la que importa— es ser libres.

Gracias por recordarnos que la envidia no es un castigo, sino un privilegio cuando se camina con la cabeza en alto.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1 DE ROSSE
CAPÍTULO 2 UN POCO DE AIRE
CAPÍTULO 3 UN BUEN LIBRO
CAPÍTULO 4 CUCHICHEOS
CAPÍTULO 5 UNA SONRISA ADECUADA
CAPÍTULO 6 BAILE DE MÁSCARAS
CAPÍTULO 7 CERA PERFUMADA
CAPÍTULO 8 EL BAILE DE LA TEMPORADA
CAPÍTULO 9 DULCE DE MIEL
CAPÍTULO 10 A SOLAS
CAPÍTULO 11 UN MISTERIO
CAPÍTULO 12: ROCÍO
CAPÍTULO 13 KING'S THEATRE
CAPÍTULO 14 UNA ENTRADA TRIUNFAL
CAPÍTULO 15 AÚN NO HA TERMINADO
CAPÍTULO 16 LA CURIOSIDAD TIENE UN PRECIO
CAPÍTULO 17 UNA LÍNEA SIN RETORNO
CAPÍTULO 18 ESCÁNDALO
CAPÍTULO 19 MACARONS
CAPÍTULO 20 YA SOMOS UN ESCÁNDALO
CAPÍTULO 21 DRAMA, MUCHO DRAMA
CAPÍTULO 22 LO NO DICHO…
CAPÍTULO 23 ALGO…
CAPÍTULO 24 NO ESTA NOCHE
CAPÍTULO 25 CON CORTESÍA LETAL
CAPÍTULO 26 SIN MÁS REFUGIO QUE LA VERDAD…

CAPÍTULO 27 LADY ENVIDIA

CAPÍTULO 28 POR EL ESPECTÁCULO

CAPÍTULO 29 EL ARTE DE PARECER LADY SOBERBIA

CAPÍTULO 30 HASTA LOS CIMIENTOS

CAPÍTULO 31 OTRO PLAN

BIBLIOTECA PRIVADA DE BLACKWOOD HALL

ESA MISMA NOCHE

KENSINGTON HAUSE

BLACKWOOD HALL DE MADRUGADA

CAPÍTULO 32 LETAL HASTA EL FINAL

CAPÍTULO 33 COMO UNA SENTENCIA

Salón principal de la mansión Ashford

CAPÍTULO 34 LA ENVIDIA SE VISTE DE VERDE

CAPÍTULO 35 UN DESTELLO DE SU PROPIO PECADO

CAPÍTULO 36 LA PRESA MÁS FÁCIL

EPÍLOGO

EPÍLOGO DOS

Prólogo

Siete pecados, así las llaman. Son la deshonra de su padre, Lord Ashford, duque y miembro de la Cámara de los Lores, y la comidilla de todo Londres. No, no solo de Londres, de toda Gran Bretaña.

Lord Ashford solo tuvo hijas, siete en total, y a todas ellas las llaman, entre dientes, las *Hermanas Pecado*. A cada una de ellas se les endilgó uno de los pecados por algún que otro pequeño asuntillo en el que fueron pilladas in fraganti. Su padre no lo soporta. Es la peor y más pesada carga que lleva sobre sus hombros.

Y, para su desgracia, no hay fiesta o reunión en la que no se pronuncie el nombre de alguna de ellas. Lady Clementine es Lady Gula, y no solo porque es la más redondeada de todas, sino porque dicen que la cogieron con las manos en la masa del cocinero dentro de la mansión. También rumorean que si no hubiesen interrumpido a tiempo esa actitud melosa que mostraba al susodicho, este la habría rellenado… de dulce. La pobre lloró desconsolada durante días, Lord Ashford despidió *ipso facto* a su adorado cocinero y tras ese desdichado asunto, lo único en lo que encuentra consuelo es en una buena bandeja de pastas recién horneadas y algún que otro *scone* acompañado de té.

La siguiente es Lady Rowena, alias Lady Ira. La verdad es que se lo merece, siempre está enfadada y grita sin parar, a todo el mundo. A veces da que pensar que incluso se atrevería a gritarle a la mismísima reina. Se rumorea que su ira fue provocada por su padre como consecuencia de una relación fallida. Al parecer hubo un hombre que la cortejó y del que se enamoró hasta perder la cordura, pero su padre, Lord Ashford, decidió que el candidato no cumplía los estándares mínimos en cuanto a posición y nombre, y no aceptó la

proposición de matrimonio de este, alejándolo de su hija. Desde ese día está enfadada con el mundo y no se molesta en disimularlo.

Lady Serena, también conocida como Lady Pereza. En realidad, es un sobrenombre acertado. Si hay algo que destaca en esta joven de la alta sociedad londinense, es su falta de entusiasmo. Vive sumida en una apatía tal, que suele recordar a un renacuajo aletargado, solo que su letargo dura demasiado y no da signos de dejarlo ni cuando comienza a llegar la primavera. Es la más recatada y tranquila de las siete. Siempre pasa desapercibida y no participa en ningún tipo de entretenimiento típico de las damas de clase alta: no le gusta bordar, ni montar a caballo, no le gusta pasear por la orilla del lago en primavera ni patinar sobre su superficie helada en invierno. No acude apenas a fiestas, ni al teatro… Es casi como un mueble más dentro de la gran mansión.

Lady Ophelia es… espectacular. Es conocida como Lady Avaricia y ese sería su único defecto: la ciega el ansia de poseer más. Ningún pretendiente le parece suficiente, siempre quiere más y más. Nunca tiene bastantes vestidos, ni joyas, ni caballos. Es un pozo inagotable de vacío.

Lady Ivy es una de mis favoritas. Lady Envidia no es apodada así porque ella sienta envidia de nada ni de nadie. Es, por el contrario, porque es la más envidiada de toda la isla. Tiene un cabello rojo como el fuego y unos ojos tan verdes que pueden confundirse con esmeraldas. Es una dama que, aunque quisiera, no pasaría desapercibida. Es hermosa hasta rozar la perfección. Daría igual que llevara un camisón, un traje de sirvienta o estuviera manchada del barro de las cochiqueras, de igual forma dejaría sin sentido a hombres y mujeres por igual.

Y, para terminar, llegan las gemelas: Lady Alexandra y Lady Scarlett. Lady Alexandra es llamada Lady Soberbia. Y no les falta razón a aquellos que la han identificado con este pecado. Su orgullo sobrepasa su altura, y es alta para ser mujer. Lo ha heredado de su padre, o eso es lo que Lord Ashford no deja de repetir siempre entre dientes.

Lady Scarlett se ha llevado uno de los peores pecados: el de la Lujuria. Así que nuestra Lady Lujuria fue apodada así porque posee un atractivo provocador, un cuerpo repleto de curvas escandalosas que incitan ese sentimiento en cualquier hombre que la contemple y no sea de mármol. Para ella es una maldición, porque todos los hombres que se han acercado a ella solo buscaban meterse entre sus piernas, pero nada serio. Nada más allá. Solo son capaces de ver su atractivo, no se molestan en escarbar un poco más y descubrir quién es en realidad. Tiene, además, una pequeña debilidad llamada Lady Soberbia, adora a su hermana gemela y se ha ganado más de una regañina por tomar partido a favor de esta, aunque no tuviera razón.

Las hermanas no estaban, por supuesto, de acuerdo con esos calificativos que les habían impuesto sin permiso. La noche en la que todas acudían al primer baile de la temporada por primera vez, las mujeres que asistieron les hicieron la vida imposible. Si hasta ese instante soportar a las cinco hermanas mayores en cada baile había sido una tortura, la noche en la que las siete aparecieron robando miradas por doquier, ya fuera por un motivo u otro, hizo explotar la pólvora.

Así que, tras ese baile que se tornó infernal, tomaron una decisión que iba a cambiar sus vidas desde ese instante: se convertirían en las Hermanas Pecado. Esa noche, desoladas y reunidas en una misma habitación, tomaron la decisión de que, a partir del día siguiente, se comportarían como se suponía que debían hacerlo. Tal y como esperaban los demás que lo hicieran para el disgusto de sus padres.

Nada les importaría ya, sellaron un pacto que cumplirían hasta el final: se casarían todas a la vez y, siendo siete, era algo imposible. Desde ese juramento que hicieron y al que no quieren faltar, su padre se ha empeñado con más ahínco en buscarles esposo. Lord Ashford no deja de pasearse sudoroso de un lado a otro, día sí y día

también, tratando de hacer entrar en razón a su esposa que, por alguna extraña razón, se ha puesto del lado de sus hijas.

Así que, con el fin de desposarlas a todas, Lord Ashford va a celebrar siete bailes en siete semanas en las que espera encontrar un pretendiente para cada una de ellas. Lo que no sabe es que ninguna está dispuesta a caer rendida a los pies de ningún noble y han decidido que, si su padre quiere jugar… pues que comience el juego.

¿Estáis listas para pecar?

Capítulo 1 De Rosse

Ivy había encontrado un momento de paz, lejos de las luces del baile y de las miradas inquisitivas de la alta sociedad. El jardín, sumido en la penumbra, ofrecía un refugio que rara vez encontraba en su vida pública. El aire fresco de la noche acariciaba su piel mientras caminaba entre los setos. Le gustaba recrearse en el aroma de las flores. Para ella, cuando la oscuridad las abrazaba, era cuando mejor olor desprendían.

—Curioso lugar para una dama —dijo una voz que le sonaba familiar desde el otro lado del alto seto. Eso la pilló por sorpresa, no esperaba encontrar compañía en ese apartado lugar.

—Y más curioso aún para un caballero, que debería estar cumpliendo con sus obligaciones en el salón —respondió ella, con una ligera sonrisa en los labios. Sabía que él no podía verla. Algo la hacía pensar que era ese joven de la puerta de la modista, pero no estaba segura.

—No todas las obligaciones merecen ser cumplidas, ¿no le parece? —replicó Declan, su tono ligero, pero con una profundidad que la hizo prestar más atención. Su corazón dio un pequeño vuelco cuando volvió a hablar, no tenía dudas, era su voz. Era él.

—Eso depende de lo que uno considere una obligación —dijo ella, acercándose un poco más al seto que los separaba—. A veces, cumplir con ellas es lo que nos define.

Declan guardó silencio por un instante, como si sopesara sus palabras.

—¿Y si no se desea ser definido por las expectativas de los demás? —preguntó, su tono más bajo, más íntimo—. ¿Qué pasa si uno desea ser visto por lo que en verdad es, más allá de las apariencias y los títulos? Ivy sintió que esas palabras resonaban en

su interior. Por un momento, se olvidó de las máscaras sociales que solía portar.

—Es difícil escapar de las expectativas cuando uno ha sido educado para cumplirlas —dijo, casi en un susurro—. Pero, tal vez… a veces deseamos que alguien nos vea por lo que somos y no por lo que representamos.

Declan emitió un leve sonido, una especie de risa seca, sin burla, solo entendimiento.

—Es irónico, ¿verdad? —murmuró—. Pasamos nuestras vidas rodeados de gente y, sin embargo, muy pocos nos ven en realidad.

—¿Y a usted? —preguntó Ivy—, ¿quién le ve a usted?

Hubo un silencio, como si Declan considerara su respuesta con cuidado. Ivy esperaba con el corazón latiendo a mil en sus oídos, había recogido un vestido de la modista, estaba segura de que estaba comprometido… o casado.

—Hasta ahora, nadie —dijo por fin—. Pero he aprendido que, a veces, uno debe dejarse ver para ser comprendido.

Ivy sintió una conexión inesperada. Había algo en las palabras de Declan, en la sinceridad de su tono, que la hizo sentir que, por primera vez en mucho tiempo, alguien estaba hablando con ella, no con Lady Envidia, la mujer que todos querían tener, pero nadie conocía.

—Quizá, después de todo, no sea tan malo ser visto —dijo con suavidad, apenas un susurro.

—Depende de quién esté mirando —respondió él.

Hubo una pausa e Ivy supo que el momento estaba a punto de terminar. Pero antes de que él pudiera retirarse, ella decidió que quería saber más, no solo de sus palabras, sino de su identidad.

—¿Cómo debo llamarlo, milord? —preguntó. Hubo un leve crujido de pasos sobre la grava antes de que él respondiera.

—Conde Declan De Rosse —dijo con una reverencia invisible—. A su servicio, milady—. Su nombre resonó en su interior. Conde Declan De Rosse, no era de Londres, estaba segura y por su acento se aventuraba a adivinar que era de Irlanda. Un noble de tierras lejanas

que en ese instante estaba más cerca de ella de lo que cualquier otro hombre había estado jamás—. ¿Y el vuestro…?

Ivy iba a presentarse, pero el ruido de pisadas los advirtió de que alguien llegaba y si los encontraban allí, solos y sin carabina… su madre pondría el grito en el cielo. El susurro de los setos al ser rozados fue la pista que le indicó que el joven Declan la había dejado sola, y lo agradeció porque su respiración, por alguna extraña razón, se había vuelto irregular. El jardín volvió a quedarse en silencio, sin embargo, Ivy no pudo ignorar el eco de su voz y el deseo de volver a escucharlo. Por primera vez en mucho tiempo, alguien había visto más allá de su belleza, y ahora, más que nunca, deseaba que la volviera a ver.

Capítulo 2 Un poco de aire

Declan de Rosse —repitió de nuevo en voz baja, apenas un susurro que se perdió en la noche que la rodeaba.

Un suave murmullo de pasos volvió a ponerla en alerta. No estaba sola. Su corazón comenzó a latir con fuerza, preguntándose si sería de nuevo ese misterioso joven con el que se había tropezado dos veces.

Asomó la cabeza por el sendero de grava que rodeaba la zona del jardín en la que se había refugiado y logró ver una figura alta e imponente entre las sombras.

Su corazón no dejó de latir a toda velocidad, pero lo hacía por motivos diferentes, una mezcla entre el alivio de que no fuera ese joven que parecía tener una conexión con ella tan fuerte que se sentía irreal y la decepción de que no fuera él.

Sin querer descubrirse, se mantuvo en silencio, y cuando el hombre desapareció de su vista se dirigió de nuevo al salón de baile. No quería levantar sospechas ni dar motivos para que los rumores sobre ella comenzaran a circular. Caminó hacia la entrada principal, alisando la falda de su vestido y tratando de recomponerse antes de cruzar las puertas.

El interior del salón estaba lleno de luz y risas, un contraste enorme con la tranquilidad del jardín. Ivy escudriñó la multitud, buscando con la mirada a Declan, pero no había rastro de él. Un sentimiento de decepción la invadió, aunque intentó disimularlo mientras avanzaba entre los invitados.

—¿Ivy? —La voz de Serena la sacó de sus pensamientos. Serena, con su vestido rosa pálido, se acercó a ella con una sonrisa curiosa —. ¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando.

Ivy sonrió, tratando de restarle importancia.

—Solo necesitaba un poco de aire, Serena. El salón estaba demasiado lleno.

Serena entrecerró los ojos, observando el rostro de su hermana con atención.

—Parece que has estado corriendo, o algo así —comentó—. Estás un poco ruborizada, ¿te ha sucedido algo interesante? —preguntó con esa dejadez que la caracterizaba.

Ivy se mordió el labio, intentando no dejar ver demasiado.

—Nada que valga la pena contar, solo un paseo por el jardín.

—Si tú lo dices —afirmó a la vez que un bostezo se le escapaba. Ivy sonrió, no entendía cómo Serena había heredado esa personalidad tan... tranquila—. Será mejor que nos pongamos a la vista de madre antes de que se enfade por nuestra desaparición —afirmó tomándola del brazo.

—Me gustaría ser como tú, Serena.

—¿Aburrida?

—Para nada, tan tranquila.

—En realidad es horrible ser como yo, sentir que nada me emociona, que nada despierta en mí... ningún deseo —aclaró tomando a Ivy del brazo y guiándola a través del salón.

—Deseo..., despertar deseo tampoco es algo bueno —susurró para ella.

—Espero que en ese paseo hayas encontrado algo más interesante que flores.

—Me temo que no tengo nada que contarte sobre mi paseo que te haga dejar de bostezar.

—Es que, todo es igual, todos me parecen iguales, Ivy. Presumidos, altaneros, falsos... Tan solo se divierten rivalizando con los demás, tengo más, gano más, soy mejor... Es tan aburrido.

—Te entiendo. Yo solo quiero que me vean.

—Eres como un faro en la noche, Ivy, ¿quién no te vería? Eres impresionante.

—Ya... eso... pero me refiero a que me vean, de verdad, Serena, que me vean a mí. A lo que hay debajo de este disfraz que me ha tocado por suerte. No es como si hubiera hecho algo para ganarlo...

—Bueno, aprovéchalo, más ahora que, ya sabes, vamos de cabeza a la ruina.

Ivy dejó escapar una risa suave, agradeciendo que su hermana quisiera aligerar todo. Tenía una personalidad tan diferente a todas las demás... Continuó su camino por el salón, sin poder evitar que su mente volviera al hombre del jardín, a lord Declan de Rosse y al desconocido que había avistado después. ¿Quién sería? ¿Y qué hacía rondando en los jardines de la mansión Ashford?

—¿De verdad vas a ceder? Ya sabes, a lo del matrimonio —preguntó a su hermana, la conversación con Alex estaba muy reciente y le sorprendió ver cómo su hermana había aceptado su destino sin oponerse.

—¿Qué puedo hacer, Ivy? Solo tenemos esa alternativa. Además... me da igual, todos, como te he dicho, me parecen iguales.

—Pero ¿y si hubiera alguien que no lo fuera?

—Si hubiera alguien que fuera diferente... supongo que podría enamorarme de él.

—Supongo que, de todas formas, padre nos ha dejado sin opción.

Ivy y Serena se reunieron con el resto de sus hermanas. Al acercarse al grupo, la conversación giraba en torno a los pretendientes y las posibles alianzas que se habían formado a lo largo de la noche.

—¿Y Rowena? —preguntó Ivy mirando alrededor.

—No la he visto desde hace un buen rato —respondió Scarlett, alisando su vestido.

—Debe de estar gritándole a alguien—intervino Clementine con una sonrisa pícara—. Siempre parece estar en medio de algún enredo, o enfadada con el mundo.

—Bueno, mientras ella disfruta, nosotras tenemos que ser un poco más prácticas —comentó Alexandra—. Lord Blackwood nos hará llegar pronto una lista con los nombres de aquellos que no

están en la ruina. Eso nos dará una idea más clara de con quién podemos hablar sin preocuparnos por el estado de sus finanzas.

—Eso suena... muy calculador —murmuró Serena, mirando hacia el techo con desinterés.

—Es lo que debemos hacer si queremos salvar a la familia —dijo Alexandra con firmeza—. Todas tenemos que hacer nuestra parte.

—¿Y si ninguno de ellos nos parece adecuado? —preguntó Ophelia, con una expresión de preocupación—. ¿Vamos a casarnos solo por obligación?

—No tenemos otra opción, Ophelia —intervino Clementine—. Y, además, es nuestra responsabilidad. Papá nos ha puesto en esta situación, y tenemos que ser prácticas.

—Yo no quiero ser práctica —dijo Ophelia con un puchero—. Quiero ser feliz.

—Y lo serás, Ophelia —comentó Serena suavemente—, solo que tendremos que encontrar la manera de ser felices con lo que nos toque.

—Es fácil decirlo cuando no tienes un pretendiente insoportable acosándote todo el tiempo —replicó Ophelia, resoplando.

—No estamos solas —dijo Ivy, alzando la voz ligeramente—. Si papá nos ha metido en este lío, al menos tenemos a Alex y a Lord Blackwood para ayudarnos. Ellos están haciendo lo posible para que podamos tener una elección, aunque sea mínima.

Alexandra asintió con una sonrisa agradecida.

—Exactamente. No es la situación ideal, pero debemos aprovechar lo que tengamos. Y con la lista de Lord Blackwood, podremos evitar a los que solo buscan una dote para salir de sus propios problemas.

—Aun así, es difícil no sentir que estamos siendo mercancía en una subasta —murmuró Ophelia, bajando la mirada.

—Ivy tiene razón, Ophelia. No estamos solas, y al menos podemos apoyarnos entre nosotras —agregó Serena, poniendo una mano en el hombro de su hermana menor.

—Además, si alguien va a hacer una subasta, seremos nosotras quienes elijan al mejor postor —dijo Clementine con un guiño—. No pienso dejar que ningún hombre me trate como un premio sin valor.

—Bien dicho, Clem —respondió Alexandra—. Tenemos más poder del que ellos creen. Solo tenemos que saber usarlo.

Ivy escuchaba a sus hermanas, sintiendo una mezcla de amor y preocupación por cada una de ellas. Mientras continuaban discutiendo sobre sus futuros pretendientes y estrategias, su mente seguía volviendo al misterioso conde irlandés y al extraño que había visto en el jardín. Había algo en todo aquello que la hacía sentir que su destino todavía no estaba completamente sellado, que aún quedaba espacio para la sorpresa y lo inesperado.

En medio de sus pensamientos, Ivy fue abordada por un hombre que no conocía. Era alto, de porte elegante, con una sonrisa que parecía demasiado calculada.

—Lady Ivy Ashford, ¿me concederíais el honor de un baile? —preguntó con una inclinación cortés.

Ivy vaciló por un momento, pero luego aceptó, queriendo distraerse un poco de la intensidad de sus pensamientos.

—Por supuesto, milord.

Mientras se dirigían al centro del salón, el hombre comenzó a hablar.

—Debo decir que Londres está lleno de bellezas, pero pocas pueden igualar vuestra gracia, mi lady.

Ivy sonrió, aunque por dentro sintió el peso de las palabras vacías. Había escuchado halagos similares tantas veces que ya no significaban nada para ella.

—Sois muy amable, milord. Pero estoy segura de que hay muchas damas aquí que merecen tal elogio —respondió con cortesía, aunque sin entusiasmo.

—Oh, pero ninguna como vos, milady —insistió él, intentando atraer su atención con una mirada profunda.

Ivy asintió, sin dejarse impresionar. El hombre continuó hablando, haciendo preguntas sobre la temporada y sus impresiones de los

bailes, pero Ivy apenas podía concentrarse. Sus respuestas eran automáticas, mientras sus pensamientos se desviaban hacia el jardín y el misterioso encuentro que había tenido.

Finalmente, el baile llegó a su fin y el hombre la acompañó de vuelta al borde del salón. Ivy sonrió agradecida, haciendo una reverencia.

—Gracias por el baile, milord.

—El placer ha sido mío, Lady Ivy. Espero tener la oportunidad de compartir otro momento con vos antes de que termine la temporada —dijo, inclinándose de nuevo.

Ivy asintió, pero en cuanto el hombre se alejó, se sintió aliviada. Aquella conversación le había servido para confirmar lo que ya sabía: la mayoría de los hombres en estos eventos solo veían lo superficial. Querían una cara bonita, una esposa que les aportara estatus, pero no parecían interesados en conocer a la persona que había detrás de la apariencia.

Se dirigió de nuevo hacia sus hermanas, encontrándolas todavía conversando sobre los pretendientes. Serena la miró y sonrió levemente.

—¿Otro admirador, Ivy? —preguntó con suavidad.

—Uno más, uno menos... no hay diferencia —respondió Ivy con una sonrisa irónica—. Todos parecen iguales.

—Tal vez haya alguien diferente ahí fuera —dijo Serena, apoyando su cabeza en el hombro de Ivy.

—Iremos descubriéndolo, hermana. Iremos descubriéndolo.

El resto de la noche pasó en una mezcla de bailes y conversaciones, pero Ivy no lograba concentrarse del todo. Serena le lanzó varias miradas que no llegaban a ser curiosas de vez en cuando, pero no insistió más, algo que Ivy agradeció. Mientras la música llenaba el salón y las parejas giraban a su alrededor, Ivy sintió una emoción nueva, una mezcla de curiosidad y anhelo que no podía ignorar.

Capítulo 3 Un buen libro

La rutina en la mansión Ashford continuaba con su bullicio habitual. La casa nunca estaba en silencio; siempre había pasos apresurados, murmullos de criadas y risas lejanas que se mezclaban con el murmullo constante del exterior de Londres. Ivy se asomó por la ventana, contemplando la calle que se extendía ante ella. Un ligero anhelo de libertad revoloteó en su pecho. Necesitaba escapar, aunque solo fuera por un rato, de las miradas inquisitivas y de las expectativas que la seguían como sombras.

—¿Vas a salir? —La voz de Ophelia interrumpió sus pensamientos. Su hermana estaba apoyada en el umbral de la puerta, su expresión cargada de una curiosidad casi infantil.

—Necesito aire. —Ivy sonrió, tratando de restarle importancia—. Y tal vez un buen libro.

Ophelia ladeó la cabeza, su cabello rubio cayendo en cascada sobre su hombro.

—¿No tienes suficientes ya? A veces pienso que intentas construir una fortaleza con ellos.

—Quizás lo hago. —Ivy se encogió de hombros—. Pero incluso las fortalezas necesitan nuevos muros.

Ophelia rio suavemente, pero Ivy no pudo evitar notar la sombra de preocupación en sus ojos. Desde que había comenzado la temporada de bailes, todas habían cambiado. La presión de encontrar un esposo adecuado, la sombra de la ruina económica y el pacto que las unía como pesaban sobre cada una de ellas.

—Iré sola —añadió Ivy, adivinando la pregunta de su hermana antes de que pudiera formularla.

—Tendrás que llevar a Anne contigo. Padre no aprobaría que salieras sin escolta.

Ivy suspiró, pero asintió.

—Lo sé. Será solo un paseo rápido. Necesito… despejar mi mente.

—¿Por él? —preguntó Ophelia, sus ojos azules chispeando con malicia—. Estuviste distraída toda la noche después de tu paseo por el jardín.

Ivy sintió un leve rubor en sus mejillas, pero lo disimuló con una sonrisa.

—No hubo ningún *ÉL.* Solo el aire fresco y estrellas —afirmó, tratando de sonar convincente.

Ophelia no pareció convencida, pero no insistió. Se limitó a hacer un gesto de despedida mientras Ivy salía de la habitación, seguida de Anne.

El día, para su sorpresa, estaba soleado, quizás era el motivo por el que había tanto ruido en la calle, la gente había salido aprovechando el buen tiempo. Las miradas no llegaron en atravesarla, jóvenes que la saludaban quitándose el sobrero para ocultar con él sus miradas de deseo, jóvenes que la saludaban con sonrisas falsas…

Era agotador. Como si ella hubiera elegido nacer así… A veces le gustaría haber nacido hombre, de haberlo hecho, las miradas serían de admiración, de adulación, tal vez lo llamarían mujeriego, pero los hombres lo considerarían un ejemplo y las damas un trofeo que conquistar…

Y ella se sentía así, un trofeo a conquistar para exponerlo en una vitrina, nada más. ¿Acaso todo lo demás no importaba?

—Milady, parece hoy más distraída de lo normal, ¿se encuentra bien?

—Sí, agotada y eso que han sido solo tres bailes, todavía quedan cuatro, no creo que lo soporte —confesó con fastidio, arrancado una risa disimulada a su criada.

La librería de Paddington era un refugio para Ivy. Situada en una callejuela tranquila, sus muros de ladrillo y ventanas de cristal empañado la hacían parecer un lugar sacado de otro tiempo. Al entrar, el aroma a papel envejecido y cuero antiguo la envolvió como un abrazo cálido.

—Espérame aquí, Anne. —Ivy hizo un gesto hacia un rincón donde una vieja silla de terciopelo aguardaba con paciencia. Anne asintió, acomodándose con una resignación habitual.

Ivy caminó despacio entre los estantes altos y abarrotados, dejando que sus dedos recorrieran los lomos de los libros. Amaba ese silencio roto solo por el susurro de las páginas. Se detuvo ante una sección de poesía y comenzó a hojear un volumen de Byron. La cadencia de los versos la envolvió, llevándola a otro mundo, lejos de bailes y cotilleos.

—Una elección interesante. —La voz surgió de entre las sombras, baja y suave, cargada de una familiaridad inquietante.

Ivy se giró, su corazón dio un vuelco al reconocer la voz. Buscó con mirada ansiosa por el pasillo, pero estaba sola. Entonces la estantería se movió. No podía verlo con claridad, pero sabía, por su postura, que estaba apoyado al otro lado del estante. El hueco dejaba solo su hombro a la vista, su rostro seguía siendo un enigma.

—No esperaba encontrar a nadie de nuestro círculo en un lugar como este. —Su voz sonó más firme de lo que se sentía, cosa que agradeció porque sus manos temblaban y notaba la garganta seca.

—¿No? Supongo que la mayoría de la alta sociedad londinense prefiere las frivolidades que suceden en los bailes, que las palabras escritas.

Ivy no pudo evitar reír con suavidad.

—Sin embargo, aquí estamos… —susurró.

—Algunos apreciamos más las palabras que los bailes.

—Yo desde luego… —murmuró.

Un sonido rasposo la hizo levantar la mirada, y vio como sobresalía uno de los libros, parecía tentarla.

—Creo que será de vuestro agrado.

Ivy miró el libro ‹‹El Peregrino››, de John Bunyan›. Un texto cargado de simbolismo y reflexión. Sus dedos rozaron los de él al tomar el libro, y sintió un ligero estremecimiento recorrer su piel.

—Una elección inesperada —murmuró, estudiando la portada gastada.

—A veces, las elecciones inesperadas son las que más nos marcan. —La voz de él sonó en un tono suave, casi melancólico.

Ivy levantó la mirada, se debatía entre dar la vuelta y ver el rostro de ese hombre que parecía tan en consonancia con ella, de mirarle a los ojos, de descifrar la expresión de sus ojos, pero, por otro lado, el hecho de hablar con él sin verse la intrigaba, la hacía sentir una mezcla de emociones que no sabía descifrar. Antes de que pudiera decir algo, habló de nuevo.

—Deberíais leerlo. Tal vez os recuerde que no todo es lo que parece a simple vista.

Ivy frunció el ceño, sorprendida por sus palabras. Pero cuando abrió la boca para preguntarle qué quería decir con eso, él ya se había alejado, deslizándose entre los estantes con una gracia silenciosa. Ivy giró en redondo, buscando seguirlo, pero cuando alcanzó el pasillo principal de la librería, él ya había desaparecido.

Un leve escalofrío recorrió su espalda. Sostuvo el libro contra su pecho, su corazón latía con fuerza. Había algo inquietante y fascinante en aquel hombre. Algo que la atraía como un imán.

—Milady, ¿estáis bien? —Anne apareció a su lado, su expresión preocupada.

—Sí… sí, estoy bien. —Ivy parpadeó, tratando de recobrar la compostura—. Vámonos, Anne. He encontrado lo que buscaba.

Mientras salían de la librería, Ivy miró una última vez hacia el interior, esperando ver su figura entre las sombras. Pero no había rastro de él. Ni siquiera un indicio de su presencia. Tampoco por la calle.

Sin embargo, el libro seguía en sus manos como una prueba irrefutable de que no había sido un sueño, ni su imaginación.

—Milady, voy a llamar a un carruaje, no tiene buen aspecto —afirmó mientras localizaba un vehículo que las acercara a la mansión Ashford.

El carruaje se mecía con suavidad mientras avanzaba por las bulliciosas calles de Londres. Ivy sostenía ‹‹El Peregrino›› contra su pecho, como si temiera que pudiera desvanecerse de sus manos. Miró por la ventana, viendo el ir y venir de la gente, aunque sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

¿Quién era él? La pregunta no dejaba de rondar en su mente, repitiéndose en un eco interminable. No conocía a ningún Declan de Rosse. El nombre le era tan ajeno como el acento que impregnaba su voz, una cadencia suave y cautivadora. Había algo en él que le resultaba inquietantemente familiar y, a la vez, completamente desconocido.

‹‹A veces, las elecciones inesperadas son las que más nos marcan››. Sus palabras resonaban en su mente, reverberando en su pecho como un susurro íntimo que solo ella podía oír. No podía evitar preguntarse si aquel encuentro había sido casual o si él había planeado estar allí, en la librería, esperándola. Pero, ¿cómo podría saberlo? Ivy sacudió la cabeza, intentando liberarse de aquellos pensamientos. Tal vez estaba leyendo demasiado en un simple encuentro con un hombre al que ni siquiera había visto el rostro.

Apretó el libro con más fuerza, sintiendo la textura del cuero desgastado bajo sus dedos. Había algo en él…, algo que despertaba su curiosidad, que la empujaba a querer saber más. La sensación era electrizante, un cosquilleo que le recorría la piel y que no podía ignorar.

El carruaje se detuvo, despacio, frente a la mansión Ashford. Anne bajó primero, tendiendo una mano para ayudarla a descender. Ivy tomó su mano, su mente aún vagaba perdida entre la penumbra de la librería y las palabras veladas de aquel hombre.

—Milady, ¿os encontráis bien? —preguntó Anne, su rostro reflejando una preocupación genuina.

—Sí, Anne. Solo… estoy cansada —murmuró Ivy, forzando una sonrisa.

—Tal vez un té caliente os haga bien. Avisaré a la cocinera.

—Sí, sería agradable. —Sin embargo, su voz sonó distante, incluso para ella.

Mientras atravesaba el amplio vestíbulo de la mansión, Ivy apenas notó las miradas de las criadas o el bullicio cotidiano de la casa. Se dirigió a su habitación con pasos rápidos, sintiendo la necesidad de estar sola. Necesitaba pensar.

Una vez dentro, cerró la puerta con delicadeza y apoyó la espalda contra ella, soltando un largo suspiro. La habitación estaba bañada por la luz suave de la tarde, creando sombras alargadas que danzaban en las paredes. Ivy se acercó a su escritorio, colocando el libro sobre la madera pulida.

Pasó los dedos por la portada gastada, siguiendo las letras doradas que formaban el título. ¿Por qué ese libro? ¿Por qué había creído él que sería de su agrado? Se mordió el labio inferior, debatiéndose entre abrirlo de inmediato o dejar que el misterio continuara un poco más.

Hasta que no pudo resistirlo. Se sentó en el borde de la silla y abrió el libro con cuidado, notando cómo las páginas crujían bajo sus dedos. Apenas había empezado, cuando un pequeño trozo de papel se deslizó hacia su regazo, cayendo sin hacer ruido.

Ivy lo miró, su corazón deteniéndose por un segundo. ¿Qué…? Sus dedos temblorosos recogieron la hoja con delicadeza. Era un papel fino, de un tono marfil, doblado con precisión. Al abrirlo, encontró una caligrafía elegante y fluida que, estaba segura, era de él.

Las palabras escritas eran pocas, pero su significado resonó en ella como un susurro de otro mundo:

‹‹A veces, las respuestas se encuentran en las sombras››.

Ivy sintió un escalofrío recorrerle la espalda, un cosquilleo que le erizó la piel. Las palabras eran tan enigmáticas como el hombre que las había escrito**.** ¿Qué significaban? Se levantó de golpe, acercándose a la ventana. Sus ojos buscaron por instinto en la calle,

esperando ver una figura sombría observándola desde la distancia. Pero no había nadie.

Apretó el papel en su mano, su corazón latía a un ritmo frenético. Nunca había sentido algo así. Nunca había sentido aquella mezcla de emoción, intriga y… miedo. Sí, había algo en aquel encuentro que la asustaba, aunque no supiera por qué.

Sus ojos volvieron al mensaje. Las sombras. ¿Hablaba de las sombras en la librería? ¿De las sombras en las que él se escondía? ¿De su encuentro en el jardín amparados por las sombras? ¿O había un significado más profundo en sus palabras?

Ivy sintió una oleada de frustración. Odiaba no saber, odiaba sentirse vulnerable e indefensa ante un misterio que no podía resolver.

Declan de Rosse.

El nombre se repetía en su mente, como un eco interminable. ¿Quién era él? ¿Qué quería de ella? Y, lo más importante…, ¿volvería a verlo?

Capítulo 4 Cuchicheos

Ivy trataba de ignorar el nudo que sentía en el estómago mientras descendía las escaleras. La tensión era palpable en toda la casa desde que Alex y su prometido, lord Blackwood habían convocado a toda la familia para una reunión urgente en el salón principal.

Al llegar abajo el resto de sus hermanas tenían la misma expresión de incertidumbre en sus rostros. Ophelia y Serena estaban sentadas en un diván junto a la ventana, sus rostros reflejando una inquietud compartida. Clem se mordía el labio, su mirada fija en el suelo, mientras Scarlett mantenía una expresión tensa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Rowena, como siempre, parecía lista para pelear con el mundo entero, sus ojos ardían de impaciencia.

Ivy tenía claro que Alex quería hablar con ellas sobre los candidatos, con toda seguridad era para enseñarles la lista que habían redactado. No querían casarse, cierto, pero su padre, y sus malas gestiones, las habían puesto en esa tesitura.

—¿Ha muerto alguien, niñas? —interrogó su madre con expresión molesta.

—¿No nos van a condenar a todas, madre? —escupió Row dando un paso hacia ella.

—¡Por Dios Bendito! ¿Una boda es una condena, lady Rowena Ashford? —inquirió su madre usando su título completo, esa mención era lo único que podía ponerla casi nerviosa, casi.

—Si nos obligan a hacer que no deseamos, no es una condena, ¿madre? —insistió—. ¿Y no es nuestro padre y sus malas gestiones quien nos ha mandado directas a la guillotina?

—Row, no sigas o te guillotinarán la lengua —susurró Clem colocado al lado de su hermana.

—Solo digo lo que todas pensamos, ¿acaso ese sobre sellado que sostiene Alex en las manos no son los candidatos que han

seleccionado para nosotras?

Alex, de pie junto a Sebastian, se miraron con una complicidad silenciosa, que dejaba claro que el amor que sentían el uno por el otro era profundo y sincero. Ivy sintió una punzada de envidia, no por Alexandra, sino por la conexión que compartían.

Ella quería algo así…, ¿estaría De Rosse en esa lista? No parecía posible, pero tampoco que ellas estuvieran al borde de la ruina y que el culpable hubiera sido William Kensington, un hombre al que habían visto crecer.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Scarlett, rompiendo el incómodo silencio—. ¿Qué es tan urgente? ¿La situación se ha vuelto tan mala que ni siquiera vamos a poder terminar el último baile?

Alexandra intercambió una mirada con Blackwood antes de dar un paso al frente.

—Tenemos información. Información que nos afecta a todas y a nuestro futuro.

—¿Más rumores sobre la ruina de la familia? —bufó Rowena, cruzando los brazos con desdén—. Ya estamos acostumbradas a esos cuchicheos.

—No son solo rumores esta vez —dijo Blackwood, su voz era grave y firme—. Y no solo nos afectan a nosotros. Afectan a toda la alta sociedad londinense.

Con esas palabras, abrió el sobre y sacó una hoja doblada con cuidado. La sostuvo en alto antes de desplegarla, sus ojos oscuros recorrían el contenido con rapidez. La tensión en la habitación se hizo palpable.

—Esta es una lista de nombres. Nobles y caballeros que han sido arruinados por Kensington. —El silencio fue absoluto tras su declaración—. Todos los hombres en esta lista están en la ruina…, aunque aún no se ha hecho público. Todavía mantienen las apariencias, esperando un matrimonio que los salve de la vergüenza. Están en una situación desesperada.

—Igual que nosotras —susurró Serena.

Todas las miradas se posaron en ella, por lo general, en las contadas ocasiones que Serena hablaba, condenaba, al igual que esta vez.

—De ahí la importancia de que rechacéis a esos candidatos —puntualizó su madre.

—¿Cómo ha conseguido esa lista, lord? —preguntó Ophelia, sus ojos abiertos de par en par.

—Tengo… mis métodos —respondió Blackwood, sin dar más detalles—. Y una red de contactos en la que confío plenamente.

Ivy sintió un escalofrío. Kensington. El joven con el que habían crecido, ese muchacho tímido enamorado de Alex desde que tenía uso de razón, había resultado ser un hombre despiadado. No solo los había arruinado a ellos, sino a muchos otros.

—¿Por qué nadie sabe nada de esto? —preguntó Rowena, su voz llena de escepticismo.

—Porque aún tienen tiempo. La ruina financiera no siempre es inmediata. Algunos han recurrido a préstamos, otros están vendiendo propiedades en secreto. Pero si no encuentran una solución pronto… estarán acabados. Y nosotros con ellos —puntualizó Alexandra.

—Además, ¿qué hombre de la nobleza gritaría que está en la ruina? —bufó su padre, hablando por primera vez.

—¿Por eso padre ha insistido tanto en estos bailes? —preguntó Serena, su voz suave, pero cargada de tristeza.

—Sí —respondió Alexandra—. Él sabía que los rumores eran ciertos, aunque no conocía todos los detalles. Y sabía que nuestra única esperanza de evitar la ruina era encontrar pretendientes con fortunas sólidas.

—Debéis dar las gracias a lord Blackwood, niñas, porque gracias a él la cosa no ha ido a peor, ya que ha desenmascarado y frenado a Kensington.

Ivy volvió a sentir ese vacío en el estómago. Todo encajaba. La insistencia de su padre en esos bailes no era por la mala reputación que las precedía, y el nerviosismo de su madre y esa presión por

casarlas, ahora cobraba sentido. Todo era por la supervivencia de la familia.

Al menos Alexandra lo había hecho bien, se la vería radiante a pesar de que era una situación sombría.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Clem—. ¿Nos limitamos a evitar a esos hombres?

—No es tan sencillo —intervino Alexandra—. La mayoría de ellos aún tienen títulos y tierras, aunque estén endeudados. Es posible que puedan recuperarse, o que solo estén buscando una dote para salir del problema.

—¿Entonces cómo distinguimos a los que son una amenaza de los que no? —preguntó Scarlett.

—Ahí es donde entráis vosotras —respondió Blackwood—. Necesitamos observar, escuchar y analizar. Hablad con ellos, investigad sus intenciones. No podemos permitirnos más errores.

—¿Quiénes están en la lista? —preguntó Ivy, el corazón la latía con fuerza, porque su verdadera pregunta era si él estaría… Si Declan de Rosse estaría.

Blackwood frunció el ceño, mirándola con atención antes de sacudir la cabeza.

—Lord Cedric Bainbridge, Duque de Elligton. Está en ruina por inversiones fallidas en comercio marítimo, encabezadas por William Kensington, al igual que los demás. Tiene deudas con prestamistas extranjeros. De carácter arrogante y gustos extravagantes, no deja de dar fiestas opulentas a pesar de que está hipotecado por completo.

—Vaya pieza —resopló Rowena.

—Con ese pretendiente, además, tenemos otro problema añadido —continuó Sebastian—. Es primo del rey y se rumorea —se detiene para mirar a Rowena—, que tiene un interés particular en una de vosotras, en lady Rowena en concreto.

—¿Qué demonios…? —estalló con los ojos ardiendo de furia.

—Esa boca, jovencita —la reprendió su madre—. ¿Qué demonios? —repitió, arrancado una sonrisa disimulada a todos.

—Eso ha llegado a mis oídos, al parecer la vio en uno de los bailes y quedó prendado de su fuerza y su belleza.

—Eso es un problema, hija —intervino su padre—, si el rey llega a ordenar el matrimonio…, no podremos hacer nada.

—Antes muerta… —afirmó con los puños apretados. Ivy pensó que podía incluso ver el fuego rodeado su piel como una fina capa.

—Tranquila, no lo permitiremos —la tranquilizó Alexandra.

Pero todos sabían que, si el rey daba esa orden, poco podrían hacer.

—El siguiente es Lord Reginal Farifax, Vizconde de Lynton. Invirtió todo en un negocio de café a través de Kensington, las tierras no dieron beneficios y fueron arrasadas por un huracán. Busca desesperadamente una esposa rica para pagar sus deudas y mantener el título.

—¿Es el hijo de lord Samuel Fairfax? —peguntó Serena con calma.

—El mismo, ya ha despilfarrado toda la herencia, está en un callejón sin salida.

—Bueno, cuando se entere de que estamos en la ruina… huirá —comentó Scarlett con calma.

—Pero ellos no lo saben, y vosotras no podéis dejar que la gente crea que el rumor es cierto —la advirtió su madre.

—Tened cuidado porque he escuchado que es una persona muy persuasiva.

—Lord Oliver Pembroke, Conde de Westbrook. Cayó en la estafa de Kensington con minas falsas en el Caribe, y ahora enfrenta embargos de sus propiedades. Se dice que ha negociado con prestamistas de dudosa reputación para evitar la bancarrota.

—Y tenemos otro problema que añadir a ese joven, niñas. Es encantador y seductor, lo que lo hace peligroso para debutantes ingenuas.

—Eso nos deja fuera de su radar, madre —dijo con una sonrisa pícara Clem a la vez que daba un bocado a un canapé de los dispuestos en la mesa.

—¿No puedes esperar?

—Tengo hambre y la mesa me pilla a mano…

—Sigo, Declan de Rosse, Conde de Rosse —leyó y el corazón de Ivy se detuvo—. Es el único de la lista cuya información no es precisa. Llegó desde Irlanda acompañado de una joven. Parece que ha huido de Irlanda por problemas familiares, posiblemente relacionado con las estafas de Kensington. No sabemos nada más. Parece un fantasma al que nadie ha visto nunca.

‹‹Yo sí, al menos de alguna forma››.

—Y el último es lord Henry Montague, marqués de Langston. Ha perdido todo por culpa de Kensington. Se dice que va a huir para evitar a sus acreedores. Dicen que está ansioso, lo que lo convierte en alguien peligroso, manteneos alejadas de él.

—Debéis tener cuidado. Todos esperan que caigáis en sus redes. Creen que sois el premio que necesitan para salvarse. Y harán lo que sea necesario para obtenerlo.

—Pero nosotras tenemos el pacto —dijo Scarlett, su tono desafiante—. Ninguna de nosotras se casará a menos que todas lo hagamos.

—Lo sé. —La voz de Alexandra se suavizó—. Pero a veces, los pactos se rompen por necesidad. O por amor.

Ivy sintió un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Declan de Rosse volvió a su mente, su voz suave y misteriosa susurrando en sus pensamientos.

Blackwood dobló la lista y la guardó en el sobre.

—Esto debe permanecer en secreto. Si se descubre que tenemos esta información, nos pondremos en peligro. Necesitamos ser más cuidadosos que nunca.

—¿Lord Blackwood, por qué nos está ayudando? —preguntó Rowena.

Él se giró hacia Alexandra y su expresión se suavizó de inmediato.

—Pensé que estaba claro, ahora sois mi familia. Y yo protejo lo que es mío.

La declaración fue tan poderosa que incluso Rowena quedó en silencio. Ivy sintió una punzada de emoción. Había algo tan puro y sincero en su promesa que no podía evitar envidiar a Alexandra. Ella había encontrado su refugio, su protector.

Era curioso, era la primera vez, a pesar de su sobrenombre, que sentía envidia.

—¿Así que es este sentimiento? —susurró para ella misma.

Mientras sus hermanas se dirigían a la mesa para la cena familiar hablando de estrategias, de precauciones, o protestando en voz baja, ella no podía dejar de pensar en Declan de Rosse. En sus palabras susurradas, en la conexión que sentía a su lado, en esa sensación cálida a pesar de no tenerlo cerca y esa aura misteriosa que emanaba de él.

¿Quién era en realidad? ¿Estaba involucrado con William? Y lo que más la inquietaba, ¿por qué sentía que la estaba protegiendo desde las sombras?

Capítulo 5 Una sonrisa adecuada

El comedor de la mansión Ashford estaba iluminado con decenas de candelabros que proyectaban sombras danzantes en las paredes. La mesa, larguísima y cargada de fuentes rebosantes de alimentos, parecía desproporcionada para la familia. Sin embargo, las hermanas llenaban el espacio con su presencia y sus palabras afiladas.

Ivy se sentó en su lugar habitual, observando a sus hermanas tomar asiento. La tensión de la reunión anterior todavía flotaba en el ambiente, impregnando cada rincón de la estancia. Alexandra y Sebastian ocupaban los asientos junto a la cabecera de su padre, en una posición que demostraba el poder y control que su padre, como cabeza de familia, les había otorgado. Su mirada parecía abarcarlo todo, incluso los pensamientos que intentaban ocultar.

—Vaya, Ophelia, estás más blanca que el mantel —soltó Rowena, alzando una ceja con burla—. No has dicho una palabra en todo el día. ¿Tanto miedo tienes de quedarte en la ruina?

—No seas cruel, Row —intervino Serena con su usual calma—. Puede que tan solo esté reservando energías para el próximo baile. Necesitarás muchas sonrisas falsas para atraer a un buen partido.

—Oh, no te preocupes por mí —replicó Ophelia, recuperando su compostura con una sonrisa altiva—. No necesito fingir sonrisas. Es el brillo lo que atrae a los hombres, y de eso… tengo de sobra.

—Deberías enseñarles a tus hermanas el truco, querida —comentó su madre con un suspiro—. Una sonrisa adecuada vale más que un título sin tierras.

—Ya lo intentamos una vez y terminó en desastre —dijo Scarlett, jugueteando con su copa de vino—. ¿Recuerdas, Clem? Intentaste

sonreír toda una tarde y el pobre lord Hastings pensó que te estaba dando un tic en el ojo.

—No fue culpa mía —se defendió Clementine—. Esa criatura no paraba de hablar de sus perros como si fueran sus hijos. Me costó horrores no bostezar en su cara.

—Si no fuera por tu apetito voraz, Clem, podrías pasar por una dama dulce y angelical —bromeó Rowena, su tono burlón suavizado por una sonrisa sincera.

—¿Deberíamos preocuparnos, Row?

—¿Por qué?

—Porque estás siendo amable —señaló Ivy con ironía—. No suele ser un buen presagio.

Rowena puso los ojos en blanco, pero no replicó. Alexandra hizo un gesto para llamar su atención.

—Hablando del próximo baile… —comenzó, sus ojos fijos en cada una de ellas—. Es crucial que estemos preparadas. Ahora sabemos quiénes son los hombres que debemos evitar, pero no podemos hacerlo de manera demasiado evidente.

—¿Quieres que sigamos coqueteando con ellos? —preguntó Serena, arqueando una ceja—. Eso suena… cruel.

—Eso suena a Alexandra —se burló Scarlett—. La estratega fría y calculadora.

—Prefiero llamarlo ser inteligente —replicó Alexandra con una sonrisa gélida—. No podemos permitir que nadie sospeche que sabemos más de lo que deberíamos. Si comienzan a dudar de nuestras intenciones, las consecuencias podrían ser desastrosas.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Ophelia, con interés renovado.

—Que sigamos con el juego —afirmó Blackwood, interviniendo con su voz grave—. Debemos comportarnos como siempre, bailando, sonriendo y conversando. Nadie debe notar un cambio de actitud. Si alguno de esos hombres se vuelve demasiado insistente… utilizad vuestra inteligencia para desviar su interés.

—¿Como que nos parpadee el ojo todo el rato? —inquirió Serena con su habitual tranquilidad, mirándose las uñas perfectamente arregladas.

—Búscate tu propia táctica, Serena —saltó Clementine con un exagerado gesto de ofensa.

—Su táctica es matarlos de aburrimiento…

—Rowena… —la riñó su padre.

—Tengo una idea, ¿y si hacemos un baile de máscaras? —interrumpió Scarlett con una chispa de emoción en sus ojos—. Así nadie sabrá con quién está bailando. Podríamos hacer preguntas sin levantar sospechas.

El silencio se hizo palpable por un momento antes de que Alexandra sonriera.

—No es una mala idea. Si todos están ocultos tras máscaras, será más difícil para ellos averiguar nuestras intenciones. Además, generará más intriga y rumores, algo que podemos usar a nuestro favor.

—Y será divertido —añadió Clem, con los ojos brillantes de emoción—. Necesitamos algo de diversión en todo este teatro de obligaciones.

—Y no se te notará el tic del ojo —afirmó Ophelia.

—Eso también.

—De acuerdo —sentenció Alexandra, dando un golpe suave con su mano en la mesa—. Organizaremos un baile de máscaras. Pero debemos ser cuidadosas. Nadie debe sospechar que lo hacemos para investigar sus intenciones.

—¿Y cuál diremos que es el motivo? —preguntó Ophelia, con una sonrisa traviesa—. No podemos decir que queremos desvelar a los hombres arruinados.

—Podemos decir que lo hacemos para añadir emoción a la temporada —intervino Ivy, su mente ya trabajando en la idea—. Todo el mundo está acostumbrado a los mismos bailes aburridos. Si organizamos uno de máscaras, causará expectación y nadie dudará de nuestros motivos.

—Ivy tiene razón —dijo Blackwood—. Si jugamos bien nuestras cartas, este baile nos dará la ventaja que necesitamos.

—Entonces está decidido —afirmó Alexandra—. El cuarto baile, será un baile de máscaras. Pero recordad, debemos ser astutas. Esto no es solo un juego. Es nuestra única oportunidad de descubrir la verdad y salvar nuestra reputación.

—¿Y si te equivocas? —Rowena alzó la voz, sus ojos chispeaban de desafío—. ¿Y si jugar a este juego solo complica más las cosas? Si los hombres de esa lista descubren que estamos investigando sus intenciones, podríamos terminar peor de lo que estamos.

—Si no lo hacemos, caeremos de todos modos, Row.

—¿Y si te equivocas, Alex? —insistió sin dar su brazo a torcer—. ¿Y si, por una vez, no tienes razón?

El aire en la habitación se volvió denso, como si las llamas de los candelabros se hubieran detenido en el tiempo.

—No me equivoco —sentenció Alexandra, sus palabras cortantes como cuchillas—. Pero si te preocupa equivocarte, Row, deberías quedarte al margen.

Un silencio helado siguió a sus palabras. Rowena entrecerró los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa desafiante.

—Oh, no. Si vamos a jugar… jugaré a ganar.

Sus miradas chocaron, fuego contra hielo. Durante un instante, el aire pareció estancarse, cargado de tensión. Los demás contuvieron la respiración, como si cualquier palabra pudiera romper el precario equilibrio entre ambas. Pero Alexandra mantuvo la mirada serena mientras esbozada una sonrisa calculada.

En el fondo se sentía culpable por usar ese falso rumor de la ruina a su favor, pero necesitaba que todas se comprometieran para poder desposarse con Sebastian sin romper el pacto.

Rowena fue la primera en apartar la vista, pero no en señal de rendición, sino de desafío silencioso. La batalla no había terminado. Solo acababa de empezar .

Todas asintieron, el peso de la situación sobre ellas. Ivy sintió un escalofrío al pensar en lo que estaba en juego. La intriga, los

secretos y las mentiras estaban en todas partes, y una máscara solo haría que fuera más difícil distinguir la verdad de la falsedad.

—Aunque —irrumpió Serena—, ¿no será muy fácil para ellos distinguirnos?

—Sí, supongo que será complicado, ninguna de mis hijas pasa desapercibida, sobre todo Ivy con ese color de pelo, pero, no olvidéis, queridas niñas, que las que llevamos el control del juego somos nosotras. Si saben quiénes sois no importa. Solo importa lo que vosotras seáis capaces de averiguar.

Mientras las velas parpadeaban y las sombras danzaban en las paredes, Ivy se preguntó si en ese baile de máscaras descubriría más de lo que estaba preparada para saber, sobre todo, del conde Declan de Rosse.

Cuando la cena terminó, la sensación de que sobre ellas había caído un velo de incertidumbre de la que ninguna podía deshacerse las abrumó. Incluso Row, la más reacia a un compromiso, parecía preocupada por el futuro.

Sin decir palabra, las hermanas se dirigieron al salón pequeño, un lugar más acogedor donde podían hablar sin el peso de las apariencias y los formalismos.

Scarlett se dejó caer en el sillón de terciopelo negro, sus brazos colgando a los lados con una expresión de hastío.

—Es irónico, ¿no? Nos llaman las Hermanas Pecado, pero resulta que los pecadores son ellos. —Su voz tenía un tono amargo, sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de rabia e impotencia.

—No lo llames ironía. Llámalo injusticia. —Rowena se dejó caer junto a Scarlett, su postura tensa y desafiante. Sus dedos tamborileaban sobre el brazo del sillón, como si buscaran una pelea en la que descargar su furia.

Clementine se acercó a la mesa central y tomó una galleta de mantequilla, mordiéndola con aire pensativo.

—Y nosotras somos el premio que necesitan para salvarse. —Su tono era frío, carente del humor habitual. La galleta se deshizo en su boca, pero no le supo a nada.

Serena permanecía en silencio, sentada en el alféizar de la ventana, sus ojos perdidos en algún punto lejano del jardín.

—No somos más que monedas de cambio… —susurró, su voz salió tan suave que apenas la escucharon. Se abrazó a sí misma, como si quisiera protegerse de un frío invisible.

Ophelia rompió el silencio, su voz temblaba de incredulidad.

—Pensé que lo peor que podía pasarme era no encontrar a alguien a mi altura. Ahora… parece que lo peor es que me encuentre alguien desesperado.

—No olvidéis que nuestra situación no es diferente a la de ellos, solo que contamos con la ventaja de tener información que nadie más tiene —puntualizó Scarlett.

Sus hermanas agacharon la cabeza, en el fondo sabían que las palabras de Scarlett eran tan certeras como una flecha que da en el centro de la diana.

—La ruina no es el problema. La desesperación lo es. —Alexandra entró al salón, su presencia imponía autoridad. Se quedó de pie, observando a sus hermanas con una mirada que mezclaba pesar y preocupación—. Los hombres desesperados hacen cosas impensables. Mentirán, manipularán, harán todo lo necesario para conseguir lo que desean.

—¿Nosotras? —preguntó Scarlett, levantando una ceja con cinismo.

—Sí. —La voz de Alexandra fue cortante—. Nosotras y nuestras dotes. No nos ven como personas, sino como salvavidas. Y cuando un hombre se está ahogando, no duda en aferrarse a cualquier cosa, aunque sea arrastrando a alguien más al fondo.

—¿Y seguimos teniendo dote? —preguntó Row de repente, como si acabara de darse cuenta de lo que la ruina de la familia Ashford suponía.

Todas miraron a su hermana, pero ninguna se atrevía a decir nada, el silencio se transformó en algo tan pesado como una losa que las aplastaba. Ivy tragó saliva, sus pensamientos volvían de nuevo al conde De Rosse. También estaba en la lista, ¿era ella su

objetivo para salvarse de la ruina? Quería pensar que no, que esa conexión no podía ser algo irreal, pero ¿y si lo era? ¿Y si tan solo era una inocente víctima que había caído en su juego?

—Vuestras dotes están a buen recaudo, hijas, vuestro padre confió en quien no debía, es cierto, pero este viejo no es tan tonto como para dejar a sus hijas desprotegidas —afirmó su padre serio.

Scarlett fue la primera en romper el silencio, todas parecían seguir conteniendo el aliento a pesar de que saber que sus dotes estaban a salvo les daba un merecido respiro.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Jugamos a su juego? ¿Sonreímos y coqueteamos mientras intentan engañarnos?

—No. —Alexandra caminó hasta el centro de la habitación, su postura recta y firme—. Hacemos lo que mejor sabemos hacer. Jugamos el juego… pero con nuestras reglas.

—¿Cómo? —preguntó Ophelia, con una mezcla de escepticismo y esperanza.

—El baile de máscaras es solo el comienzo. Nadie sabrá quiénes somos, y nosotras obtendremos la información que necesitamos. —Alexandra hizo una pausa, sus ojos destellaron con una chispa de astucia—. Y cuando sepamos la verdad… jugaremos nuestras cartas de manera que no puedan ganarnos.

Ivy sintió un escalofrío. Alexandra hablaba con una seguridad implacable, como si ya hubiera planeado cada movimiento en un tablero de ajedrez invisible. Scarlett sonrió con una mezcla de admiración y diversión.

—Eres despiadada, Alex.

—No. —Alexandra alzó la barbilla, sus ojos destilaban fuego—. Soy lady Soberbia.

—Y a Dios pongo por testigo que nunca la soberbia fue tan atractiva —susurró Sebastian a su lado.

Todas guardaron silencio, asimilando sus palabras. En ese momento, Ivy comprendió que no solo estaban luchando por sus futuros matrimonios. Estaban luchando por sus nombres, sus identidades y su legado.

Y no iban a permitir que nadie las utilizaría como monedas de cambio. Nadie.

Capítulo 6 Baile de máscaras

El sol apenas despuntaba sobre el horizonte cuando Ivy bajó a la cocina, atraída por el aroma del pan recién horneado y el murmullo de voces femeninas. Al entrar, encontró a sus hermanas reunidas alrededor de la mesa de madera, un espectáculo poco habitual a esa hora de la mañana.

Clementine estaba sentada con una bandeja de bollos de canela frente a ella, su expresión concentrada mientras untaba mantequilla en uno de ellos. Rowena cortaba rebanadas de pan con movimientos precisos y firmes, casi agresivos, mientras Serena sorbía su té con su apatía de siempre. Scarlett hojeaba un periódico con interés fingido, y Ophelia examinaba sus uñas con una expresión aburrida.

—¿A qué se debe que todas os hayáis levantado tan temprano? ¿Os habéis caído de la cama? —preguntó Ivy, tomando asiento junto a Serena.

—Alex nos ha convocado para preparar las invitaciones del baile de máscaras —respondió Scarlett, sin levantar la vista del periódico —. Quiere que las enviemos hoy mismo.

—¿No puede hacerlo Mary, Anne y las demás doncellas? —murmuró Ophelia, fingiendo un bostezo—. ¿Por qué tenemos que hacerlo nosotras?

—¿Supongo que porque ellas no saben escribir? —soltó Clem sacando la lengua a su hermana.

—Y porque, aunque supieran, necesitamos mantener el control de a quién invitamos —aclaró Alexandra, entrando con paso firme y llevando consigo una caja llena de sobres y papeles de calidad. Blackwood la seguía, cargando con una pila de tarjetas de invitación.

—Sí, necesitamos atraer a ciertos invitados en particular —respondió Alexandra, colocando la caja en el centro de la mesa—.

Incluyendo a los nombres de la lista… menos a Kensington, por supuesto.

—Sigo sin entender por qué tenemos que invitarlos, si ya sabemos que están en la ruina, ¿no es más sencillo esquivarlos? —preguntó Scarlett, mirando la caja con desconfianza.

—Porque necesitamos mantenerlos cerca y observar sus movimientos —respondió Blackwood con voz grave—. Si comienzan a evitar los eventos sociales, eso levantaría sospechas. Además, un baile de máscaras es el lugar perfecto para escuchar conversaciones sin ser reconocidos.

—Ingenioso —murmuró Ivy, sintiendo un cosquilleo de emoción al imaginar el misterio y el juego de identidades—. Aunque no tengo claro que no nos reconozcan.

—Tendrán claro quiénes somos —suspiró Rowena.

—Pero la emoción de la máscara, el juego, los hará ser más… audaces —aclaró Alexandra.

—¿Y cómo planeas que redactemos las invitaciones? —preguntó Scarlett, con una chispa de diversión en sus ojos—. ‹‹Querido lord arruinado, por favor, venga a nuestro baile de máscaras y trate de no robar nada para saldar sus deudas, incluida nuestra pureza››.

—Scarlett… —bufó Alexandra—. Trata de tomártelo en serio. Necesitamos que suenen formales, elegantes y, sobre todo, irresistibles. Deben sentir curiosidad.

—No estoy de acuerdo, ya lo sabéis, pero insisto. No sé por qué debo casarme, es algo que no quiero. No necesito…

—Necesitas un marido porque estamos al borde de la ruina, Rowena. Deja ya a un lado eso de ‹‹No necesito un marido››. ¿Cómo piensas mantenerte? Aparte de gritar, que yo sepa, no sabes hacer mucho más… —soltó Clem molesta con su hermana.

—Entonces, si es algo que tengo que hacer por obligación, ¿qué más me da quién sea ese hombre? De todas formas, no voy a enamorarme de nadie…

—Al menos elige a alguien con el que tengas afinidad —suspiró Serena.

—Con ninguno… —bufó.

—Entonces haz lo que sea por mantener a raya a los pretendientes que no sean deseables, luego elige a uno y ya —intervino Ophelia.

—¿Eso harás tú? —preguntó molesta.

—Sí, eso haré yo, no sé tú, Row, pero no me apetece vivir una vida de pobreza. Elegiré con la cabeza y no con el corazón.

—Con la cabeza… —repitió.

—Si no crees que haya ningún hombre que haga que te enamores, elige con la cabeza, estoy de acuerdo con Ophelia —afirmó Scarlett.

—Tengo que darles la razón, Row. A mí todos me parecen igual de aburridos, así que elegiré a uno que tenga suficiente para mantenerme y otros intereses que lo hagan ignorarme —susurró Serena.

—Perfecto, lo que sea por mantenerlos a raya. ¿Dónde firmo? —replicó Rowena con una sonrisa cínica.

Clem observaba en silencio, sus dedos jugueteaban con el asa dorada de la taza de té. Ivy no pudo evitar notar la sombra de preocupación en sus ojos, algo que no era frecuente en su hermana.

—¿Estás bien? —susurró Ivy, inclinándose hacia ella.

—No lo sé… —admitió, susurrando de vuelta—. Me inquieta todo esto. Las máscaras, las mentiras… ¿Y si terminamos enredadas en nuestra propia red de engaños?

Ivy le apretó la mano, buscando transmitirle confianza.

—No te preocupes. Alex tiene un plan. Y nos tenemos las unas a las otras. Nada podrá con nosotras.

—Tienes razón —dijo llevándose otro bollo a la boca.

—Tendrás que buscar a alguien que adore tanto la comida como tú, Clem —se burló Rowena mirando como su hermana engullía el bollo con una expresión de pura felicidad.

—Déjala en paz —intervino Ophelia con un tono de burla—. Quizás su pretendiente sea un pastelero y Clem se enamore al primer mordisco.

—Si padre lo hubiera permitido tendría un amor sincero y dulce… —recordó Clem al pastelero del que se enamoró y por el que la apodaron lady Gula. Aunque trató de no perder la compostura y se lamió los dedos con una gran sonrisa, Ivy se dio cuenta de que sus ojos estaban llenos de anhelo—. A diferencia de esos cazadores de dotes que pretenden casarse con nosotras.

—No olvidéis, intervino Rowena, que las que nos hemos convertido en unas cazafortunas en cubierto, somos nosotras…

—Pero eso, nadie lo sabe —añadió Alex.

La conversación se animó mientras comenzaban a escribir las invitaciones, utilizando la mejor caligrafía y escogiendo las palabras con esmero. Alexandra supervisaba cada carta, asegurándose de que el tono fuera elegante y tentador. Las risas y los comentarios ingeniosos fluían como si el peso de la situación hubiera desaparecido de repente.

Pero Ivy no podía evitar que sus pensamientos vagaran hacia Declan de Rosse. Se preguntaba si recibiría una de las invitaciones… y si asistiría al baile. La idea de verlo allí, oculto tras una máscara, con sus ojos observándola en la distancia, hizo que un escalofrío recorriera su columna.

El día pasó en un suspiro entretenidas con las invitaciones, para la hora del almuerzo ya estaban finalizadas y enviadas a sus destinatarios. La comida fue tranquila, todas estaban agotadas y la tarde la pasó leyendo ese libro que Declan le había recomendado.

La cena se basó en los preparativos de la fiesta a los que nos prestó mucha atención y cuando las luces de los candelabros iluminaron la mansión Ashford, Ivy se retiró a su habitación con una leve inquietud que bailaba en su estómago. Al abrir la puerta de su alcoba, se detuvo en seco.

Sobre su tocador descansaba un paquete envuelto en terciopelo verde oscuro, tan misterioso como elegante. Ivy sintió que su corazón se aceleraba mientras se acercaba despacio.

Con manos temblorosas, retiró el terciopelo y descubrió una máscara finamente elaborada, decorada con plumas esmeralda y un

delicado encaje negro que caía en cascada como una sombra sobre sus ojos. La miró fascinada, sintiendo una mezcla de asombro y emoción.

—¿De quién es? —susurró, pero cuando iba a llamar a Anne, lo vio: un pequeño papel doblado con precisión descansaba bajo el antifaz. Ivy lo tomó con cuidado, su pulso retumbaba en sus oídos mientras leía las palabras escritas en una caligrafía elegante:

‹‹A veces, las máscaras revelan más de lo que ocultan. D. de R.››.

El corazón de Ivy dio un vuelco. Declan De Rosse. Su nombre resonó en su mente, despertando un torbellino de emociones que no podía controlar.

¿Tan pronto le había llegado la invitación? ¿Significaba que asistiría? ¿Estaba interesado en ella? Apretó el papel contra su pecho sin apartar la mirada de la máscara. Sentía una mezcla de temor y emoción, como si hubiera sido elegida para un juego peligroso en el que solo él conocía las reglas. No podía evitar que despertaba su curiosidad como nadie, pero… estaba en la lista. ¿Iba a jugar? Tras unos segundos supo que la respuesta era obvia. No podía resistirse.

Ivy alzó la máscara, sus dedos acariciaron las plumas sedosas. Se acercó al espejo y la colocó sobre su rostro. El reflejo le devolvió la imagen de una desconocida, una mujer enigmática y poderosa.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Su voz, sus palabras, su encuentro en la librería, todo acudió a su cabeza de golpe, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué es eso? —La voz de Scarlett rompió el hechizo. Ivy alzó la vista, sobresaltada, mirando a su hermana en el umbral con los ojos abiertos de par en par.

—¡Scarlett! ¿Qué haces aquí? Me has asustado… —Ivy intentó esconder la máscara tras su espalda, pero el movimiento fue torpe y demasiado lento. Scarlett ya había visto suficiente.

—¿Y eso? —preguntó avanzando con pasos rápidos hacia ella—. ¿Quién te ha enviado una máscara?

—Nadie… yo… —Ivy titubeó, su mente buscaba una mentira plausible, pero sus labios se negaban a pronunciarla.

—¡Dámela! —Scarlett le arrebató la máscara antes de que Ivy pudiera reaccionar. Observó el objeto con ojos brillantes de curiosidad—. ¿Esto es para el baile de máscaras? ¡Es preciosa! ¿Quién te la ha enviado?

—Nadie… —repitió Ivy con un hilo de voz. La mentira sonó tan hueca que incluso a ella le resultó ridícula.

—¿Qué ocurre aquí? —La voz de Alexandra se impuso con autoridad desde el pasillo. En cuestión de segundos, el resto de las hermanas aparecieron en la habitación atraídas por el alboroto. Serena entró con una expresión de sorpresa para variar, Clementine y Rowena con una chispa de emoción y Ophelia con pura curiosidad.

—¡Mirad esto! —anunció Scarlett, alzando la máscara para que todas la vieran—. Ivy ha recibido un regalo misterioso.

—¡Oh, es preciosa! —exclamó Clementine, acercándose para tocar las plumas esmeraldas—. Es tan bonita… que me la podría comer. Voy a la cocina a coger algo o te quedarás sin ella.

—Clementine, eres increíble.

—Tengo un apetito voraz por todo en esta vida —afirmó con una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

—¿Quién te la ha enviado? —preguntó Rowena con suspicacia, sus ojos entrecerrados mientras miraban a Ivy.

—Nadie… yo… no lo sé. —Ivy sintió el calor subiéndole al rostro. Sabía que su rubor la estaba delatando, pero no podía evitarlo.

—¿No lo sabes? —repitió Alexandra con el ceño fruncido—. Nadie envía una máscara tan hermosa sin motivo alguno.

—¿Hay alguna nota? —preguntó Ophelia, sus ojos brillaban llenos de curiosidad.

—¡Sí, aquí está! —anunció Scarlett, tomando el papel que Ivy había dejado en la caja. Antes de que pudiera detenerla, Scarlett leyó en voz alta:

‹‹A veces, las máscaras revelan más de lo que ocultan. D. de R.››.

Un silencio pesado cayó sobre la habitación. Todas las miradas se volvieron hacia Ivy.

—¿D. de R.? —repitió Rowena, sus ojos se estrecharon con desconfianza—. ¿Quién demonios es D. de R.?

—No lo sé… —susurró Ivy, bajando la mirada para evitar las miradas inquisitivas de sus hermanas.

—No lo sabes, pero te ha enviado una máscara exquisita y un mensaje enigmático —resumió Alexandra, cruzándose de brazos—. Ivy…, ¿en qué lío te has metido?

—¡Oh, esto es tan emocionante! —exclamó Clementine con una sonrisa traviesa—. Es como una historia de misterio. ¿Un admirador secreto, tal vez?

—¿Y si es uno de los jóvenes de la lista prohibida? —preguntó Ophelia, su expresión de preocupación arruinó el aire romántico del momento—. ¿Y si te quiere utilizar?

—¡Oh, por favor! —bufó Scarlett, rodando los ojos—. ¿Quién enviaría una máscara tan cara si estuviera arruinado?

Ivy no podía responder. El nombre de Declan de Rosse resonaba con fuerza en su mente, pero no podía compartirlo. Había algo en él, en su voz misteriosa, en la forma en que parecía ver más allá de su apariencia, que la obligaba a proteger su identidad.

—Ten cuidado, Ivy —advirtió Alexandra con seriedad—. No confíes en alguien que se oculta tras un nombre incompleto y palabras enigmáticas.

—Lo sé… —murmuró Ivy, aferrando la máscara con fuerza. Sabía que Alexandra tenía razón, pero ¿por qué entonces su corazón latía con tanta fuerza al pensar en él?

El silencio se instaló en la habitación mientras sus hermanas intercambiaban miradas preocupadas. En cambio, Ivy no podía evitar mirar la máscara una vez más. La belleza de las plumas esmeralda y el misterio de la nota de Declan de Rosse le daban vueltas en la cabeza.

Un juego peligroso acababa de empezar… y no podía evitar querer jugar.

Capítulo 7 Cera perfumada

La mansión Ashford nunca había brillado tanto como aquella noche. Las arañas de cristal resplandecían con la luz de cientos de velas, proyectando reflejos dorados sobre las paredes adornadas con tapices de terciopelo y molduras con dorados detalles. El murmullo contenido de los invitados flotaba en el aire, acompasado por las notas melódicas de un cuarteto de cuerdas que tocaba desde un estrado elevado, oculto entre los cortinajes de terciopelo carmesí. Debía reconocer que la mansión Ashford nunca había lucido tan grandiosa y enigmática.

Desde la escalinata, Ivy observaba la escena con un nudo de emoción en el estómago. La idea del baile de máscaras había sido brillante, y el resultado era más que satisfactorio. Los invitados se movían con gracia, envueltos en sedas y brocados, sus rostros ocultos tras antifaces de encaje, plumas y metales preciosos. La ilusión de anonimato les daba una libertad que, en cualquier otra ocasión, sería impensable.

Durante unos segundos dejó que sus ojos recorrieran el mar de rostros cubiertos por los antifaces de diversos diseños y colores. El aire estaba impregnado con la fragancia que destilaban las velas fabricadas con cera perfumada y un leve aroma a vino especiado y canela llenaba cada bocanada de oxígeno que tomaba.

El suelo de madera pulida reflejaba los destellos de los candelabros y las joyas que adornaban los cuellos y muñecas de las damas. La disposición del baile, con los círculos de damas y caballeros girando con cautela, daba la impresión de un teatro de sombras donde nadie era quien parecía ser.

Un escalofrío la recorrió cuando sus dedos se aferraron al antifaz de encaje y plumas verdes que cubría su rostro. La máscara enviada

por Declan de Rosse. Sabía que él estaría allí. Lo presentía, lo esperaba y, sin embargo, la incertidumbre la mantenía alerta.

—Esto es ridículo —murmuró Rowena a su lado, sacándola de sus pensamientos a la vez que se ajustaba su propia máscara adornada con detalles plateados—. Es imposible no saber quién es quién, si hemos asistido a suficientes bailes para reconocer la forma de andar de la mayoría de estos hombres —farfulló.

—Eso es porque no tienes imaginación, Row —intervino Scarlett con una sonrisa traviesa—. La gracia de esta noche es el juego, la posibilidad de descubrir secretos bajo el disfraz del misterio.

—O el riesgo de ser engañadas con facilidad —contraatacó Ophelia, cuyos ojos, ocultos tras una máscara de encaje dorado, recorrían con frialdad a los asistentes.

—Aunque he de reconocer que el salón ha quedado espectacular —comentó Scarlett—. No hay nada como el misterio para avivar la intriga.

—O para que los hombres pierdan la cabeza —agregó Rowena con una sonrisa burlona, observando cómo un caballero enmascarado intentaba sin éxito atraer la atención de Ophelia desde el salón.

—Y eso que todavía no hemos bajado —añadió Clementine.

—Ten cuidado, Row, creo que tienes uno de la lista de prohibidos interesado en ti —advirtió Scarlett señalando con la barbilla de manera discreta a un joven que no dejaba de mirar a su hermana con una mirada inconfundible a pesar del antifaz: lujuria.

—¿Y ese es...? —interrogó Clem mirando hacia el mismo lugar.

—Si estoy en lo cierto Lord Cedric Bainbridge, Duque de Elligton —afirmó Scarlett.

—¿El primo del rey? —interrogó Ophelia.

—El mismo.

—Pues aléjate de él, está claro que te tiene en su punto de mira.

—¿Vais a hacerme vomitar antes de probar algo de alcohol? —inquirió a la vez que un escalofrío la recorría por completo.

—Yo de ti me escondería, la máscara no parece suficiente escondite.

—Buenos, ¿bajamos? Empezamos a parecernos a Alexandra.

—Ella ya no está en el mercado, así que… debemos ocupar su lugar —sonrió Scarlett.

—Clem, ¿aquel de allí parece…? —empezó Serena callada hasta el momento.

—Sí, creo que lo es. El joven francés con el que discutiste en día del picnic, ¿verdad? ¿Cómo era su nombre? —preguntó Rowena.

—Vizconde Lucien Valois —afirmó con seguridad Clementine mirándolo con atención.

—Vaya, parece que dejó una gran impresión en ti… —se burló Ophelia.

—Por supuesto —contestó Clementine con una fingida sonrisa—. No todos los días se conoce a alguien más mojigato que un sacerdote…

Las hermanas rompieron a reír, menos Ivy que no dijo nada. Su mirada seguía vagando sin rumbo entre la multitud, buscando sin ser consciente una silueta en particular. Sus hermanas tenían razón en algo: la ilusión de anonimato solo era efectiva hasta cierto punto. Había detalles que no podían ocultarse, una forma de moverse, una voz demasiado familiar, un gesto característico… y ella tenía claro que, aunque una hermosa máscara de terciopelo descansaba sobre su rostro y se ajustaba a ella con elegancia, su color de pelo tan llamativo y sus ojos verdes esmeralda no la ayudaban a que hubiera dudas sobre su identidad. A pesar de todo, solo le importaba saber si alguien en particular la reconocería con la misma facilidad. ¿Habría acudido? ¿Estaría allí?

La música cambió mientras bajaban en grupo por la gran escalinata. Si había alguna duda de quienes eran las anfitrionas, esa llegada revelaría sus identidades sin dejar lugar a dudas.

Alexandra y Blackwood se unieron a la pista de baile, demostrando que una pareja bien compenetrada podía hacer de cada movimiento un espectáculo hipnótico. La escena despertó en

Ivy un sentimiento difícil de nombrar. No envidia, sino una extraña melancolía.

Fue entonces cuando lo vio.

Un hombre enmascarado, vestido con un elegante traje negro, se apoyaba de manera despreocupada contra una de las columnas de mármol cercanas al salón de baile. Su máscara, también negra con un leve diseño en relieve del mismo tono de verde que su máscara, cubría la parte superior de su rostro, dejando visible la línea firme de su mandíbula y la insinuación de una sonrisa en sus labios.

Declan.

Ivy lo supo antes de dudar. Lo supo por la forma en la que su mirada no flaqueó al verlo, por la manera en que su postura sugería seguridad y ese magnetismo que emitía de forma casi mágica y que la atraía hacia él sin poder remediarlo.

Y lo supo también porque su corazón respondió con una fuerza inesperada, como si lo reconociera antes que su mente. A diferencia de los demás que conversaban y reían, él tan solo aguadaba, como si no encajara en esa escena, pero tampoco deseara abandonarla.

Ivy sintió su corazón acelerarse. Era él. Declan de Rosse.

Como si percibiera su mirada, el conde giró la cabeza en su dirección. Por un instante, pareció sorprendido. Luego, una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

Su mirada era intensa y el aire pareció vibrar entre ellos. El escalofrío que le recorrió la columna fue casi tangible. Sus labios se entreabrieron un instante, pero no desvió la cabeza de inmediato. En cambio, dejó que su atención divagara un poco antes de girar con sutileza, como si estuviera admirando el salón y no buscando a alguien en particular.

—Parece que ya tienes a un admirador, Ivy —murmuró Scarlett en su oído, siguiéndole la mirada.

Antes de que pudiera reconsiderarlo, Ivy descendía los escalones con gracia calculada. Se movió entre los invitados, sintiendo cómo la seda de su vestido verde oscilaba con cada paso. Los murmullos y miradas furtivas la rodeaban, pero ella solo tenía un destino.

Declan, al verla, se movió. Se apartó de la columna con una elegancia natural y comenzó a caminar hacia ella, con pasos lentos y seguros, como un depredador midiendo la distancia con su presa. No apartó la mirada de ella ni un instante.

Cuando estuvo lo bastante cerca, se inclinó en una reverencia impecable y ofreció su mano.

—Una dama con una máscara tan hermosa no debería quedarse en la sombra —dijo en voz baja.

Su voz la envolvió como un susurro de terciopelo. Ivy sintió que su pulso tamborileaba contra su piel, pero mantuvo el porte. Con una sonrisa contenida, posó su mano sobre la suya.

—¿Y si prefiero las sombras? —respondió, alzando un poco la barbilla.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa que ella apenas alcanzó a distinguir tras la máscara.

—Entonces tendré que acompañarla a la penumbra, Milady. Debo admitir que el antifaz realza su misterio.

—Pensé que las máscaras debían ocultarnos, no revelarnos —respondió Ivy con una leve sonrisa.

—Depende de quién mire.

El juego había comenzado.

—Pensé que tal vez no asistiría, lord... —Ivy dejó la frase en el aire, desafiándolo a completarla.

—Ah, pero yo nunca rechazo una invitación tan intrigante —replicó él, con un destello en la mirada.

—Es una noche interesante, sin duda —respondió ella, con una sonrisa que no alcanzaba del todo sus ojos—. Aunque debo admitir que no esperaba encontrarme con usted aquí.

—¿De verdad? —musitó él, inclinando la cabeza—. Me cuesta creer que no haya contado con mi presencia. Después de todo, usted misma me envió una invitación.

Ivy sintió que su corazón daba un vuelco. Su sonrisa no se inmutó.

—Las invitaciones fueron enviadas por muchas manos, sería difícil saber quién ha recibido cada una.

—Oh, pero yo sé que la mía llevaba un propósito implícito —murmuró él, acercándose un poco más—. Y no dejo de peguntarme cuál era ese propósito.

Su mirada se encontró con la de él y, por un instante, el mundo alrededor desapareció. La música, las voces y el murmullo del baile se volvieron un eco lejano. Solo existían ellos dos, atrapados en un juego que no sabía si quería ganar o perder.

—Tal vez —susurró ella, con una sonrisa desafiante—, quería descubrir si las máscaras revelan, en efecto, más de lo que ocultan.

Declan soltó una suave risa, disfrazada de algo más oscuro, más intrigante.

—En ese caso, espero que esté preparada para lo que pueda descubrir, milady.

Los compases del vals seguían envolviendo la estancia, las parejas se movían con soltura por la pista. Declan extendió una mano hacia ella, sin apartar sus ojos de los suyos.

—¿Me concedería este baile?

Ivy contuvo la respiración por un segundo. Sabía que debería rechazarlo. Sabía que Declan de Rosse era un hombre envuelto en sombras, un misterio que, según la lista de Alexandra, podía representar un peligro.

Y, a pesar de todo y en contra de lo que su cabeza le decía que era más inteligente, colocó su mano sobre la suya y aceptó la invitación.

Sabía que no debía hacerlo. Sabía que aquel hombre, con su mirada astuta y su voz aterciopelada, era un peligro disfrazado de cortesía. Que aceptar su mano significaba adentrarse en un juego del que no conocía las reglas.

Pero su cuerpo traicionó su mente.

Sintió la calidez de su palma antes de que pudiera retractarse. Sus dedos, delicados sobre los de él, parecían encajar con una naturalidad alarmante.

—Debería rechazarlo… —susurró, más para sí misma que para él.

Él inclinó la cabeza con una sonrisa sutil, como si escuchara sus pensamientos.

—Pero no lo hará.

Y, por supuesto, tenía razón.

La guio con elegancia hasta la pista de baile. Su tacto era firme, cálido, seguro… Demasiado seguro. Cuando su otra mano se posó en la curva de su cintura, el grosor de la tela de su vestido no fue sufriente barrera para evitar que el calor la traspasara. Ivy sintió un escalofrío recorrerle cada centímetro de su piel.

El roce de sus guantes sobre la delicada tela de su falda le provocó un extraño vértigo, como si, en lugar de estar en un salón de baile, estuviera al borde de un precipicio.

—¿Tiene frío, milady?

Ivy se forzó en mantener la compostura.

—¿Debería?

La sonrisa de Declan se ensanchó.

—No. Solo lo preguntaba porque tiembla.

Ivy no pudo decir nada, el aire se volvió tenso en su garganta. La música los envolvió mientras comenzaban a moverse. Declan bailaba con una precisión natural, con una destreza que delataba a un hombre acostumbrado a moverse en sociedad, pero con un aire de desapego que lo diferenciaba de los demás. Era una contradicción en sí mismo.

—¿Disfruta de la velada, lady...?

—No se revela el nombre en un baile de máscaras, milord —replicó ella, alzando una ceja con diversión.

Declan soltó una leve risa.

—Muy cierto. Entonces permítame llamarla lady Esmeralda. Combina con su antifaz.

—¿Y cómo debo llamarlo a usted?

—Eso dependerá de qué desee descubrir.

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de significado. Ivy sintió el peso de su mirada sobre ella, una sensación que era tanto un reto como una promesa.

‹‹Todo››, resonó en su cabeza.

No dejaban de girar, Ivy empezaba a sentirse algo mareada, y fue cuando él se acercó a su oreja más de lo apropiado.

—Sabe quién soy, ¿verdad? —preguntó él en voz baja, su aliento rozando su oído.

—Supongo que las máscaras no engañan tanto como creemos —respondió ella.

—Entonces dígame, milady, ¿por qué me sigue el juego?

Ivy alzó la mirada, encontrando la suya bajo la máscara.

—Tal vez no pueda evitarlo.

La sonrisa de él se amplió y fue cuando Ivy se dio cuenta de que un leve hoyuelo aparecía en su perfil izquierdo, pero antes de que pudiera responder, el vals llegó a su fin, aunque ninguno de los dos se apartó de inmediato. Permanecieron en la misma posición, mirándose a los ojos mientras el mundo a su alrededor pareció desvanecerse.

—Nos veremos de nuevo, aunque no me busque —susurró contra su piel. Entonces, Declan inclinó levemente la cabeza—. Gracias por el baile, lady Esmeralda.

Se apartó con suavidad, desapareciendo entre la multitud antes de que Ivy pudiera decir una palabra más.

Cuando se giró, Scarlett y Clementine la miraban desde la distancia con expresiones que mezclaban sorpresa y diversión. Alexandra, sin embargo, observaba la escena con los labios apretados.

Ivy tocó la pluma de su antifaz, sintiendo su corazón tamborilear en el pecho. Había algo en aquel hombre que la atraía como un imán, pero también algo peligroso, como si estuviera caminando sobre un lago helado, sin saber cuándo el hielo cedería bajo sus pies.

Las palabras de Alexandra resonaron en su mente como un eco lejano: ‹‹No confíes en alguien que se oculta tras un nombre incompleto y palabras enigmáticas››.

Y, sin embargo, había confiado. Había bailado con él. Había querido creer que un baile no significaba nada. Pero la manera en la que la había mirado… El modo en que había anticipado cada uno de sus movimientos…

Como si supiera exactamente lo que ella haría antes de hacerlo.

Apretó los dedos alrededor del antifaz, pero no lo retiró. Se dijo a sí misma que no volvería a caer en su juego.

Hasta que levantó la vista y vio a Alexandra observándola desde la distancia, con gesto serio y mirada severa.

Su estómago se encogió.

Ivy tragó saliva. Sabía, con certeza, lo que su hermana iba a preguntarle más tarde.

Y lo peor era que no tenía una buena respuesta. Y, a pesar de todo el riesgo que corría, no podía evitar querer dar otro paso más.

Se llevó los dedos a los labios, sintiendo el eco tibio del último susurro de Declan contra su piel.

‹‹Nos veremos de nuevo, aunque no me busque››.

El problema era que ya lo estaba buscando.

Capítulo 8 El baile de la temporada

Era el baile de la temporada, sin duda. La mansión Ashford estaba en pleno apogeo. La idea del baile de máscaras había sido todo un acierto. La música resonaba por el salón, mezclándose con las risas y murmullos de lo más selecto de la sociedad londinense. Las jóvenes llenaban sus carnés de baile de nombres, las risas eran alegres y el brillo de sus jóvenes ojos apagaban los de las grandes lámparas de araña que reinaban en mitad de la estancia: el orgullo de su padre.

Todos parecían felices, menos ella: lady Rowena Ashford, o lady Ira como se la conocía, con su elegante vestido rojo fuego que contrastaba con el negro intenso de su cabello, se sentía cómo una polilla atrapada por una luz a la que no podía resistirse a pesar de saber que anunciaba su fin.

Sus hermanas parecían estar de acuerdo con toda esa locura de llevar a cabo el pacto, de casarse las siete. Ella había aceptado por la firme convicción de que sus hermanas no lo llevarían a cabo, sin embargo, su hermana Alex, la muralla más complicada de derribar, había sucumbido ante una leve ráfaga de aire apellidad Blackwood.

No podía respirar, el aire del salón se volvía cada vez más denso. Cargado de risas, perfumes embriagadores y promesas de futuros compromisos que la asfixiaban más que el apretado corsé que ceñía su cintura. La idea de convertirse en otra de esas jóvenes con el destino escrito en tinta dorada, y sellado con un apellido ilustre, le resolvía el estómago. ¡Maldito pacto! Sintió una gran opresión en el pecho y la necesidad de huir se impuso a todo.

Sin pensarlo, se deslizó hacia un rincón oscuro, una zona fuera del alcance de los invitados… incluyendo al insistente lord Cedric Bainbridge, Duque de Ellington, uno de los candidatos en la lista

prohibida que no solo era mayor que ella, era ambicioso, soberbio y carecía de escrúpulos.

No había dejado de perseguirla en toda la noche, afianzado la sospecha de que estaba en su punto de mira, y era familia directa del rey, una palabra suya podía desembocar en una cadena perpetua para ella, y eso la aterraba. Una perspectiva cada segundo más cercana a un matrimonio le resultaba insoportable.

Desde la penumbra observaba el brillo del salón con una mezcla de fascinación y desdén. Duncan era consciente de que lo seguían, no tenían clara su identidad y no podían saberlo: era lo único que lo mantendría a salvo en ese nido de sucias ratas inglesas. Notaba al hombre más cerca, le pisaba los talones y de pronto su salvación apareció oculta en un rincón. Era una mujer, parecía joven por la delgadez de su talle y la postura, pero era imposible saberlo con la oscuridad que los rodeaba.

—Te estaba buscando —susurró tapando con su cuerpo el de la joven y, sin previo aviso, la besó amparado por las sombras.

El cuerpo de la joven se tensó bajo su tacto. Un instante de auténtico pánico la inmovilizó y Duncan sintió cómo sus puños se cerraban sobre su pecho en un vano intento de apartarlo. No quería asustarla, no era su intención, sin embargo, no tenía otra alternativa. Ella intentó protestar, pero antes de que pudiera reaccionar le tapó la suave boca con su ruda mano y susurró en su oído:

—Querida, soy yo.

Algo en el tono masculino, en la calidez de su aliento contra su piel, la hizo dudar. Sus hombros dejaron de estar rígidos y cuando él la volvió a besar, ya no estaba tan segura de querer apartarlo.

Esta vez el beso fue diferente, la mujer se relajó entre sus brazos, su cuerpo no estaba tan tenso y sus manos se apoyaron con timidez sobre su pecho. Su boca era suave, dulce, inexperta y maldijo su suerte por estar robándole su primer beso a una doncella.

—Por aquí no está, tan solo está la parejita feliz —masculló con un marcado acento el tipo que lo perseguía.

—¿Habrá salido al jardín? —escuchó a otro, con una manera de hablar menos ruda, preguntar.

Los hombres los dejaron a solas, habían pensado que de verdad eran una pareja que habían buscado el refugio de las sombras para profesarse su amor y se iba a disculpar con la joven cuando esta, sin que él lo esperara, le devolvió el beso.

¡Demonios! Por un instante se quedó sin aire, sentir esa lengua inocente rozar la suya, experimentando por primera vez la sensación hizo que sus casi dos metros se tambaleasen como si fuese una hoja a punto de caer de la rama. Tras el impacto inicial, el deseo creció y la tomó con fuerza entre sus brazos besándola a conciencia. Cuando la joven jadeó y se apretó contra él, perdió la razón un segundo y la mordió en el cuello, saboreando el perfume y el sudor que se adhería a su piel.

Rowena estaba perdida, no sabía por qué en vez de gritar pidiendo ayuda había devuelto el beso a ese hombre. Y ahora lo tenía sobre su cuello, mordiéndola y no podía abrir la boca más que para jadear, como una vulgar ramera.

—¿Milady? —escuchó una voz preguntar por ella. Tal vez sus hermanas habían enviado a una de las sirvientas a buscarla, en ese instante, más que nunca, agradeció llevar puesta un antifaz que cubriera sus rostros.

—Milady, ha sido un placer —se despidió de ella.

Jadeó de nuevo, ¿qué demonios le había pasado? No podían verla así, tenía grabada en la cara, y en su cuello, lo que había pasado. Necesitaba salir de ahí, que nadie la viera hasta que se le pasara todo ese revuelto que tenía en su interior, si alguna vez se pasaba…

Salió de su rincón y corrió por la casa hasta la salida trasera al jardín. Necesitaba aire, mucho, al parecer ese hombre se lo había robado. Corrió a una zona recóndita del jardín, un pequeño rincón al que solía ir para estar a solas. Era un lugar poco cuidado por la

lejanía de la casa, las malas hierbas crecían descontroladas, sobre todo los cardos, pero se negaba a cortarlos, le gustaba esa flor que era la mezcla perfecta de belleza y peligro.

—Buenas noches, milady —dijo a su lado una voz profunda. Rowena levantó la vista sorprendida por la inesperada presencia de alguien a su lado. El hombre era imponente, de ojos oscuros igual que su cabello, igual que la noche que les brindaba refugio.

—Parece que ambos teníamos el deseo de encontrar un momento de paz —susurró con una gran sonrisa. Ella pestañeó y pensó en sus palabras, desde luego de paz estaba necesitada. ¿Era el mismo hombre que acaba de robarle un beso? No podía asegurarlo, pero su acento, algo rudo, y cómo había marcado las erres, la hacía sospechar que así era. Y si era él, ¿por qué lo perseguían? ¿Alguna mujer deshonrada? ¿Deudas de juego?

—Eso parece, lord… —se detuvo, a la espera de que le dijese su nombre.

—¿En un baile de máscaras está permitido desvelar el nombre, milady? Pensé que era parte del juego.

—Supongo que tiene razón, tampoco es que sea necesaria una presentación formal —recalcó.

—Es una zona poco frecuentada, milady, ¿qué la trae aquí en plena noche y sin compañía?

—A veces los jardines ofrecen un refugio necesario si se quiere huir de las expectativas que nos impone la sociedad —respondió con sinceridad.

—Parece una de las piezas principales del tablero de esta noche. ¿A las expectativas de un compromiso se refiere?

Rowena vaciló solo un instante antes de decidirse a confiar en ese extraño al que había regalado su primer beso.

—Estoy huyendo de una compañía no deseada —reveló.

—¿Y esa compañía no deseada tiene nombre?

—Lo tiene, uno muy pomposo, por cierto, lord Cedric Bainbridge, duque de Ellington**.**

—¿Lord Cedric Bainbridge? No me sorprende, es conocido por sus habilidades poco corrientes —masculló a la vez que comenzaron a pasear por el solitario jardín.

Duncan estaba embelesado con esa mujer. Sospechaba que era la mujer a la que había besado, pero no podía estar seguro. La conversación entre ellos fluía con una facilidad que le sorprendió, por lo general las mujeres no solían acercarse a él por su gran estatura que imponía respeto, sin embargo, a ella no parecía incomodarle su aspecto salvaje en comparación con el resto de nobles ingleses.

—¿Así que es de Escocia?

—De las tierras altas —proclamó con orgullo.

—¿Hay diferencias? —preguntó con inocencia.

—Por supuesto. Los que habitamos en las tierras altas tenemos algo que ningún otro que pisa esta tierra tiene: honor.

—Eso parece una afirmación muy atrevida, milord.

—Es solo la verdad.

Rowena sonrió, le parecía que ese hombre era diferente en todos los aspectos a los sosos duques, condes o marqueses que sus padres barajaban para su matrimonio. Y se sorprendió fantaseando con una vida al lado de ese hombre que proclamaba a viva voz que era puro honor. Sin darse cuenta se encontró compartiendo detalles de su vida como una Ashford, del temor que su futuro compromiso le infundaba y escuchaba con gran interés la habilidad de Duncan para hablar con sutileza de las complejidades de la política y los desacuerdos entre Inglaterra y Escocia.

El tiempo pareció detenerse mientras hablaban y de alguna forma, Rowena sintió como si un lazo invisible se tejiera entre ellos. Deseaba que ese hombre fuera el mismo que la había besado por sorpresa en ese rincón oscuro que, desde ese momento, se había convertido en su lugar favorito dentro de la mansión.

—¿Descansamos? —preguntó señalando un banco cercano a la entrada de la mansión.

—Gracias —dijo tomando asiento. Y fue en ese instante, cuando la luz que llegaba de la casa iluminó bien las facciones de la joven, que Duncan se dio cuenta de dos cosas: de lo hermosa que era a pesar de no poder verla por completo y de que tenía en el cuello la leve marca de su mordisco. Dentro de él algo se agitó, esa mujer le gustaba, le gustaba de verdad. No solo su conversación era interesante, le gustaban sus rasgos poco comunes, esos ojos que parecían contener dentro una hoguera y su cabello tan oscuro como la noche que los envolvía.

Y volvió a sentir ese impulso salvaje de besarla, ese impulso incontrolable que lo había llevado a morderla en el cuello incapaz de controlar de otra forma sus sentimientos. Colocó la mano en el cuello de la mujer y cuando estaba a punto de besarla, voces cercanas lo hicieron apartarse rompiendo el hechizo. Duncan la tomó de la mano sin pensarlo y la condujo hacia el salón principal del baile, mezclándose con los invitados como si fueran tan solo una pareja que había salido al jardín para disfrutar del fresco de la noche.

Row, aturdida por lo que casi había vuelto a suceder se dejó llevar, sin oponer resistencia y, acto seguido, la tomó de la cintura uniéndose al resto de parejas que bailaban en el centro del salón.

—¿Quién es, milord? —susurró, hipnotizada por sus ojos oscuros e intensos.

—Solo un hombre rendido a su belleza, milady.

De nuevo la mirada de Duncan se desvió al cuello de la joven y Rowena tuvo la certeza de que era el mismo hombre que la había besado.

—¿Por qué me besó? —interrogó, sabía que no necesitaría más para darse cuenta de que había descubierto que era él. Los ojos de Rowena no dejaban de buscar respuestas en los de él, pero esa oscuridad era infranqueable, no dejaba ver nada. En ese instante, deseó no llevar las máscaras, poder ver su rostro sin barreras.

Duncan dejó escapar el aire que retenía, era la primera vez en su vida que una mujer despertaba su interés de verdad, sin embargo,

no era el momento adecuado. Estaba inmerso en una lucha de poder que podía costarle todo su clan, además… era inglesa. Aunque eso no era más que una excusa porque su madre había sido inglesa. Deseaba confesarle que había sido una manera de despistar al que lo perseguía, pero que había sido un beso como ningún otro, que era una mujer tan interesante para él que deseaba seguir conociéndola, que deseaba volver a besarla de nuevo… Pero no podía romper todo su esquematizado plan por ella. No podía poner en riesgo a todo su clan, del que era responsable, por su egoísmo, por ella.

—Lo cierto, milady, es que la confundí con otra —dijo imprudente. Y vio como la mirada de la joven cambiaba, cómo algo parecido a la decepción impregnaba sus grandes ojos tan profundos como el mar que rodeaba su tierra.

—Entiendo, milord —afirmó seria, mordiendo su labio inferior para contener el estallido de ira que vibraba bajo su piel.

Duncan tuvo que cerrar un momento los ojos para contener el deseo de ser él quién la mordiera en el labio, en el cuello, en todo su cuerpo…

—Gracias por el paseo, por la compañía y el baile, milord —se despidió de él.

Al pasar a su lado, algo llamó su atención, un broche. Era la figura de un león rampante, en plata envejecida. El león, erguido sobre sus patas traseras, tenía una de las garras delanteras más alta que la otra, como si estuviera atacando o preparado para la lucha.

‹‹Sin duda lo representa a la perfección››, pasó por su mente. Dejó el jardín con prisa, de repente necesitaba poner distancia entre ese hombre y ella.

Al entrar en el salón, Rowena se mezcló con el resto de asistentes a la fiesta, con la sensación agridulce de haber conocido a alguien que podría haber sido un buen candidato para ella, pero que no podía valorar por varias razones. La más importante, era escocés, algo que su padre no consentiría jamás y la segunda, no era ella la persona que le interesaba, sino la chica con la que la había

confundido en la oscuridad. Volvió a refugiarse tras unos minutos en las sombras, aturdida por lo sucedido, tan inesperado como sorprendente, y desde el amparo que le otorgaba la penumbra lo vio desaparecer de la fiesta sin mirar atrás. Y un sabor amargo apareció en su boca y perduró el resto de la noche.

Capítulo 9 Dulce de miel

El salón de baile estaba casi vacío. Algunos invitados aún se demoraban en los rincones, intercambiando las últimas palabras de la noche o robando momentos de complicidad bajo la excusa del misterio que ofrecían las máscaras. Las velas de los candelabros parpadeaban, consumidas tras largas horas de resplandor. Los criados, con discreción y eficiencia, comenzaban a recoger las bandejas de plata con restos de pastelillos, copas de champán medio vacías y servilletas dobladas con descuido.

Las hermanas empezaron a reunirse junto a la mesa de refrigerios, en la que los restos de la opulenta velada aún eran visibles. Una bandeja con pastelillos a medio terminar descansaba junto a copas de vino abandonadas, y, por supuesto, Clementine había tomado posesión del festín sin un ápice de culpa.

—No me lo puedo creer —murmuró Ophelia, cruzándose de brazos y observando con desdén cómo Clementine se llevaba otro pastelillo a la boca—. El baile de máscaras, una oportunidad para el misterio y la intriga… y tú aquí, asegurándote de que ningún manjar termine en la basura.

Clementine, sin inmutarse, terminó de masticar y la miró con una ceja alzada.

—No es mi culpa que vosotras prefiráis cotillear en lugar de comer. No hay nada más enigmático que una dama que devora un pastelillo sin remordimientos —afirmó con una gran sonrisa.

—Más bien nada más inconfundible —intervino Rowena, con una sonrisa ladeada—. La máscara puede ocultar tu rostro, Clem, pero no tu insaciable apetito.

Las hermanas rieron, sin embargo, Clementine ni se inmutó. Se limitó a tomar otro pastelillo y a saborearlo con deleite antes de responder.

—Pues la tuya tampoco oculta muy bien esa preciosa marca rojiza que tienes en el cuello…

El aire cambió en un instante.

Scarlett dejó su copa en la mesa con un golpecito sutil, su expresión pasó de la diversión a un matiz aún más interesado. Ophelia inclinó la cabeza, estudiando a Rowena con renovada atención, e incluso Ivy, que hasta entonces había permanecido en silencio, fijó la mirada en su hermana.

Rowena tardó un segundo en reaccionar, pero en lugar de enrojecer o mostrar incomodidad, levantó la barbilla con altanería.

—¿Marca? No sé de qué hablas —respondió con indiferencia, tomando una copa de vino como si aquello no le interesara lo más mínimo.

Clementine sonrió con esa expresión de autosuficiencia que podía desquiciar a cualquiera.

—Oh, pero yo sí. Y no soy la única —añadió, con un vistazo cómplice a Ophelia.

—Es cierto, Row —dijo Ophelia con fingida inocencia—. Tiene toda la pinta de ser… ¿una picadura de mosquito o la mordedura de un murciélago?

—Oh, no sabía que los murciélagos habitaran nuestro jardín —comentó Scarlett, reprimiendo una risita.

Rowena sintió el calor subirle por la garganta. Bebió un sorbo de su copa con una tranquilidad calculada, sin dignarse a mirarlas.

—Quizás me he topado con un mosquito de gran tamaño —replicó, logrando que la burla se tornara aún más intensa.

—Ajá... —susurró Scarlett con diversión.

—¿Y qué hacías tan cerca de un mosquito gigante? —pregunto Serena, que se había mantenido en silencio hasta el momento.

—¿Por qué no os ocupáis de vuestros propios asuntos? —gruñó Rowena, girándose hacia la mesa con aparente indiferencia.

—Porque los tuyos son mucho más entretenidos —confesó Clementine encogiéndose de hombros.

—Pensé que solo te divertía comer, querida —azuzó a Clementine.

—Ah, querida, nada más lejos de la realidad, disfruto con intensidad de todos los placeres que ofrece la vida…—se justificó.

Scarlett se apoyó contra la mesa con una sonrisa pícara.

—Creo que, cómo es posible que Row tenga esa… picadura en el cuello es más que interesante, al igual que en la zona de la casa en la que la haya… picado.

—Será mordido, le tenía más ganas a su cuello que yo a este dulce de miel —añadió Clementine sin dejar de reír.

—Está bien, dejemos a Row en paz. Creo que deberíamos hablar de lo que hayamos descubierto esta noche, ¿no? —continuó Ivy tras la interrupción.

—Muy bien, pero primero brindemos por la única hermana que ha recibido un beso…, digo picadura, sí picadura, esta noche —soltó Clementine brindando.

Rowena dejó la copa en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¡Clementine!

—¿Qué? Agradece que no lo haya dicho en voz más alta.

Scarlett reía con discreción, disfrutando demasiado del espectáculo.

—Ahora todo tiene sentido. No es que evitaras a lord Cedric, es que estabas demasiado ocupada con el mosquito misterioso —continuó Ophelia.

Rowena suspiró con exasperación y miró a Ivy, esperando que desviara el tema de una vez.

Ivy tomó la palabra con diplomacia.

—Scarlett, ¿qué has averiguado?

Scarlett se encogió de hombros y miró su copa con aire pensativo.

—Lord Cedric sigue rondando como un cuervo hambriento.

—Lo ha hecho conmigo toda la noche —gruñó Rowena.

—Es lógico, eres su nuevo objetivo —dijo Ophelia con ironía—. Si no fuera porque creemos que está en la ruina, deberías sentirte

halaga. Un familiar directo del rey…

—Prefiero que me persiga un mosquito hambriento a que ese hombre vuelva a mirarme de esa manera —respondió Rowena con una mueca.

Scarlett rio con picardía.

—Eso tiene solución, Row, encuentra a otro hombre con el que cerrar el compromiso, eso te pondrá a salvo de ese hombre —añadió Ivy.

—Bien dicho —afirmó Ophelia.

—¿Y qué hay del resto? —preguntó Ivy, queriendo recuperar el control de la conversación.

—Vi a Lucien Valois deambulando por ahí como si estuviera decidiendo a cuál de nosotras molestar primero —comentó Clementine, terminando su pastelillo con parsimonia.

—Probablemente a ti —señaló Scarlett—. Parece que disfruta irritándote.

Clementine sonrió con burla.

—Lo que demuestra que tiene poco cerebro. ¿Él y yo? Ni de lejos, no soportaría a alguien todo el día a mi lado señalando mis excesos…

—Bueno, estaríais en equilibrio, lo que él come de menos por lo que tú comes de más… —afirmó Serena sin inmutarse.

Las risas bailaron en las bocas de las hermanas, aunque Alexandra, quien hasta el momento se había limitado a observar, resopló discretamente, su expresión delataba que había tomado nota de lo sucedido

Ivy giró su copa entre los dedos, con aire pensativo. Ya no quedaba nadie en el salón excepto ellas… y el recuerdo de las manos de Declan sobre su cintura.

—Parece que ha sido una velada fructífera. Un baile exitoso, mosquitos gigantes, pretendientes a los que evitar —recitó Alex.

—Si por pretendientes te refieres a esos mequetrefes sin blanca, sí, ha sido una noche esclarecedora —bufó Rowena cruzando los brazos.

—Tan solo saber que alguien ha despertado tu curiosidad…, eso ya me parece suficiente —señaló su hermana al cuello.

—Así que…, empecemos por el más obvio, ¿no? Lord Cedric —dijo Ophelia alzando una ceja con malicia.

Clementine, asintió con la cabeza.

—Un hombre con el linaje más ilustre de la lista y, sin embargo, uno de los más arruinados. ¡Qué sorpresa!

—Lo peor no es su ruina —intervino Scarlett—, sino su reputación. Es despiadado en los negocios, gasta más de lo que tiene y, por si fuera poco, tiene un ojo puesto en Rowena.

Rowena resopló.

—Si se acerca demasiado, me encargaré de que vea de cerca lo bien que manejo los abanicos.

—Eso no lo detendrá —intervino Ophelia, encogiéndose de hombros—. Si quiere algo, lo tomará. Y ahora mismo, lo que quiere es a una Ashford. A ti, en concreto.

Rowena bebió un largo trago de su copa antes de chasquear la lengua.

—Prefiero que mi dote se queme en la chimenea antes que acabar con un hombre así. Ni siquiera lo tendría en cuenta, aunque no estuviera arruinado, no hay más que verle… me provoca repulsión.

—Sería una mala decisión, desde luego.

—Hablando de malas decisiones, ¿qué hay de lord Reginald Fairfax?

Clementine dejó el pastelillo en su plato con un suspiro teatral.

—Pobre hombre, pensó que el café lo haría rico y ahora no tiene ni para el azúcar. No lo oculta, me lo ha contado todo entre bocado y bocado, creo que ha pensado que soy lady compasiva, en vez de lady gula… —bromeó.

Sus hermanas sonrieron ante el comentario.

—Lo preocupante es que parece desesperado —apuntó Alexandra, en tono más serio—. Un hombre sin dinero y sin paciencia es un hombre peligroso. Tened cuidado.

—El que me inquieta más es lord Oliver Pembroke —dijo Ophelia —. Es encantador, seductor y sabe muy bien lo que decir para ocultar su ruina.

—Exacto, y por eso es el más peligroso —afirmó Alexandra—. Porque es el tipo de hombre que muchas jóvenes considerarían un buen partido hasta que sea demasiado tarde.

—Gracias a Dios por los bailes de máscaras —comentó Rowena con sarcasmo—. Nos permiten ver el peor lado de los hombres sin que se den cuenta.

Scarlett le dirigió una sonrisa irónica.

—O el mejor, según la perspectiva.

Rowena la fulminó con la mirada, pero antes de que la conversación se desviara hacia su propia experiencia esa noche, Ivy intervino con rapidez.

—¿Y qué hay del marqués de Langston?

Ophelia frunció los labios.

—Dicen que está al borde de la desesperación, que no tardará en huir de Londres para evitar a sus acreedores.

Clementine suspiró con fingido dramatismo.

—Habría sido una historia trágica si no fuera porque su arrogancia lo precede.

—Es cierto —confirmó Scarlett—. Si se acerca a alguna de nosotras, será por una única razón: el dinero.

Hubo un breve silencio, hasta que Rowena ladeó la cabeza y dijo con una sonrisa astuta:

—Falta uno en la lista.

Todas giraron la cabeza hacia ella. Alexandra entornó los ojos con sospecha.

—¿A quién te refieres?

Rowena apoyó la barbilla en su mano y la miró con inocencia fingida.

—Al conde De Rosse.

Hubo una ligera pausa. Ivy mantuvo su expresión imperturbable, pero pudo sentir la mirada de Alexandra posándose sutilmente sobre

ella.

—¿El fantasma de la lista? —comentó Scarlett, con interés—. Nadie parece saber nada sobre él.

—Quizá sea porque no tiene nada que ofrecer —replicó Rowena —. Dicen que su familia cayó en desgracia en Irlanda y que huyó con una joven.

Clementine frunció el ceño.

—¿Joven? ¿Esposa?

Scarlett chasqueó la lengua.

—No he oído nada sobre un matrimonio, pero algo es seguro: no está aquí buscando diversión.

—No lo sabemos con certeza —dijo Ophelia—. No tenemos ninguna información concreta sobre él.

—Lo cual lo hace aún más intrigante —murmuró Scarlett, observando con detenimiento a Ivy.

Alexandra apoyó su copa en la mesa y fijó su mirada en su hermana menor.

—Ivy, ¿tú qué opinas?

Ivy mantuvo la compostura y alzó las cejas con naturalidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre Declan De Rosse.

El uso de su nombre completo la tomó desprevenida, pero lo disimuló con una ligera sonrisa.

—No tengo una opinión formada. Como habéis dicho, nadie sabe mucho de él.

Alexandra inclinó un poco la cabeza, escrutándola con atención.

—¿Nadie?

El aire entre ambas se volvió más tenso de manera sutil, apenas perceptible para las demás, pero Ivy lo sintió.

—¿Por qué lo preguntas? —contraatacó con un tono ligero.

Alexandra no respondió de inmediato. Se limitó a observarla un instante más antes de esbozar una leve sonrisa.

—Porque al único de la lista que no tengo identificado, es al joven que bailó contigo, ese mismo que llevaba una máscara a juego

con la tuya y, curiosamente, parecías bastante cómoda con él.

El comentario quedó flotando en el aire. Ivy tomó su copa y bebió un sorbo para disimular la sensación de inquietud que le provocaba la mirada de su hermana.

Alexandra lo sabía.

Y eso podía ser peligroso.

Capítulo 10 A solas

Ivy, necesito hablar contigo. A solas —ordenó Alexandra a su hermana.

El resto de hermanas intercambiaron miradas de confusión, Scarlett levantó una ceja confusa y Rowena suspiró aliviada por dejar de ser el centro de atención.

—Eso suena serio —susurró Serena antes de salir por la puerta con su paso cansado.

—Por supuesto —afirmó Ivy ignorando los comentarios en voz baja de sus hermanas.

Las demás, con distintas expresiones de curiosidad y expectación, comenzaron a dispersarse. Rowena fue la última en moverse, aunque no sin antes lanzar una última mirada a Clementine, quien seguía comiendo con tranquilidad. La menor de las Ashford le dedicó una sonrisa de autosuficiencia, como si disfrutara demasiado de la incomodidad que había sembrado antes.

Cuando la última de sus hermanas se alejó lo suficiente, Alexandra se giró hacia Ivy con una expresión indescifrable. No era su habitual máscara de superioridad, sino algo más contenido, más calculado.

—Acompáñame —dijo, y sin esperar respuesta, comenzó a caminar en dirección a uno de los pasillos que conducían a los salones privados de la mansión.

Ivy la siguió en silencio, tratando de controlar el leve malestar que le provocaba aquella conversación inesperada. Sabía de qué se trataba, o al menos lo intuía. Alexandra rara vez pedía una charla privada si no tenía algo relevante que discutir. Y después de la

manera en que había fijado la mirada en ella al mencionar a Declan De Rosse, estaba claro que su hermana había atado cabos.

Cruzaron el umbral y avanzaron por los pasillos silenciosos de la mansión, donde solo se escuchaba el eco lejano de los criados recogiendo los restos de la velada. Cuando llegaron a la biblioteca, el fuego en la chimenea crepitaba con suavidad, arrojando sombras alargadas sobre las paredes decoradas con cuadros y molduras doradas.

Alexandra cerró la puerta tras ellas y se apoyó contra el marco con los brazos cruzados.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

Ivy parpadeó, fingiendo desconcierto.

—¿De quién hablas? Creo que bailé con varios caballeros en toda la noche —mintió, no bailo con nadie más, no pudo, se pasó la noche esquivando posibles invitaciones a bailar.

—No juegues conmigo, Ivy. Hablo del conde Declan De Rosse.

El tono de su hermana era firme, con ese matiz de autoridad que siempre usaba cuando quería obtener respuestas. Ivy sostuvo su mirada con calma, pero en su interior su pulso latía con fuerza.

—No sé a qué te refieres. Solo bailé con él esta noche, como con cualquier otro caballero.

Alexandra dejó escapar un leve resoplido, apartándose del marco de la puerta para acercarse a ella con pasos calculados.

—¿De verdad esperas que me crea eso? —preguntó con suavidad, pero con una intensidad que hizo que Ivy se tensara—. Eres lista, Ivy. Demasiado lista para no haber averiguado quién es.

Ivy inclinó la cabeza aceptando el cumplido, aunque sin ceder terreno.

—Fue un simple baile, Alex. No significó nada.

—Tú no bailas con cualquiera —replicó Alexandra con certeza—. Y mucho menos con alguien del que no sabemos nada.

Ivy entrecerró los ojos.

—No seas hipócrita. Bailaste con Blackwood mucho antes de saber quién era en realidad.

Alexandra apretó la mandíbula. Un golpe bajo, lo sabía. Como también sabía que su hermana no se dejaría desviar del tema.

—No estamos hablando de mí, Ivy. Estamos hablando de ti. Y de un hombre del que no tenemos información suficiente. Un hombre que está en nuestra lista de sospechosos.

Ivy sintió que una punzada de irritación crecía en su interior. Odiaba sentirse acorralada, y Alexandra tenía una habilidad innata para lograrlo.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —espetó, cruzándose de brazos —. ¿Que lo interrogase en mitad de un vals? ¿Que le pidiese su estado financiero antes de verle el rostro? —le echó en cara.

—Su máscara hacía juego con la tuya, Ivy. Y su comportamiento tampoco pasó desapercibido, parecía estar esperándote, a ti. No bailó, ni habló, con nadie más...

—Fue pura coincidencia. No elegí su máscara.

—Pero él sí eligió la tuya, ¿verdad?

Ivy bajó la vista un instante, recordando el momento en que las manos de Declan la guiaron por la pista de baile, su voz acariciando su oído con cada palabra. Pero no podía permitirse la debilidad de admitirlo. Y tampoco podía ignorar el burbujeo en su estómago al escuchar que no bailó con nadie más...

—Digamos que es un caballero intrigante.

—Intrigante no es suficiente. Necesito saber quién es —su tono adquirió un matiz más serio—. No quiero que ninguna de mis hermanas termine en una situación que pueda comprometerlas.

Ivy sintió que la distancia entre ambas se reducía con la sola intensidad de sus palabras.

—Si te preocupa mi honor, puedes estar tranquila. No he hecho nada inapropiado.

—No se trata solo de tu honor —Alexandra se acercó un poco más, bajando la voz—. Se trata de su nombre. Declan De Rosse.

La leve mención de su identidad hizo que Ivy se tensara por dentro, aunque mantuvo la compostura.

—¿Y qué tiene de particular?

Alexandra frunció los labios.

—No hay información sobre él. Ni siquiera Blackwood ha conseguido detalles claros. Lo único que sabemos es que está en la lista de nobles endeudados, pero no sabemos cómo ni por qué. Es un fantasma en Londres.

Ivy sostuvo su mirada con aparente calma.

—Tal vez es un hombre que prefiere la discreción.

—O tal vez es un hombre con algo que ocultar. Ivy, hay algo que debes comprender. —Su tono cambió, suavizándose apenas lo suficiente como para revelar que su preocupación no era solo por el pacto familiar, sino por Ivy en particular—. No tengo la intención de prohibirte nada, pero sí quiero que tengas cuidado.

—¿Cuidado de qué? —Ivy arqueó una ceja.

—De Rosse no es un hombre común. Nadie sabe realmente quién es ni qué pretende. Su nombre está en la lista por una razón. Si ha caído en la ruina o no, aún no lo sabemos con certeza, pero lo que sí sabemos es que ha llegado a Londres con propósitos que no ha declarado a nadie.

—Y eso lo convierte en una amenaza —dedujo Ivy en voz baja.

—Lo convierte en alguien impredecible. Y los hombres impredecibles son los más peligrosos, porque nunca sabes en qué momento pueden traicionarte.

El silencio se instaló entre ellas por un instante. Ivy sintió un leve cosquilleo en la nuca, no de temor, sino de desafío. No quería aceptar que Alexandra tenía razón, pero tampoco podía ignorar la verdad de sus palabras.

Declan De Rosse era un misterio. Y los misterios podían ser tanto fascinantes como mortales.

—No estáis seguros de que esté arruinado, ¿verdad? Tan solo tenemos sospechas. E, insisto, Alex, solo ha sido un baile —mintió de nuevo, no había sido solo un baile, una conversación frente a la casa de modas, una conversación bajo las estrellas, un intercambio en la librería, el baile... —No sé qué esperas que haga...

La leña en la chimenea crujió, llenando la estancia con el aroma de madera quemada. Ivy jugó con el borde de su guante, fingiendo un aire despreocupado.

—Espero que tengas cuidado —respondió Alexandra, su voz más suave, aunque todavía firme—. No quiero que te equivoques con él.

Ivy soltó una risa seca.

—¿Me estás pidiendo que no me enamore?

Alexandra no respondió de inmediato. La tensión en sus hombros se hizo más evidente mientras mantenía la mirada fija en Ivy.

—Te estoy advirtiendo que no confíes en alguien que se oculta tras un nombre y una historia incompletos —afirmó, rotunda.

El silencio cayó entre ellas. Ivy sintió el peso de esas palabras como un presagio. Sabía que Alexandra tenía razón en lo de ser cautelosa, pero había algo en Declan que la impedía mantenerse indiferente. Había un magnetismo en su presencia, un enigma que la desafiaba.

—Si de verdad no tienes nada que ver con él —continuó Alexandra—, no habrá problema en que mantengas las distancias, ¿cierto?

Ivy sostuvo la mirada de su hermana, leyendo entre líneas la advertencia.

—¿Eso es una petición o una orden?

Alexandra esbozó una sonrisa pequeña, sin alegría.

—Es un consejo. Pero si me das motivos para creer que ignoras lo que te digo, me veré obligada a intervenir.

Ivy sintió una punzada de irritación ante la insinuación.

—No necesito que me vigiles, Alexandra.

—No lo haré, siempre y cuando me des razones para confiar en ti.

Ivy inspiró hondo y desvió la mirada. Sabía que su hermana solo intentaba protegerla, pero odiaba sentirse acorralada.

—¿Me lo prohibirás, entonces? —preguntó Ivy en un tono más suave, con un destello de desafío en sus ojos.

Alexandra la observó por un largo instante, y luego negó con la cabeza.

—No soy tu carcelera, Ivy. Aunque tampoco dejaré que caigas en una trampa sin advertírtelo primero.

Ivy desvió la mirada, fijándola en los lomos de los libros alineados en la biblioteca. La conversación con Alexandra había removido más cosas de las que estaba dispuesta a admitir. Tras unos segundos, tomó una bocanada de aire y se volvió hacia su hermana con una media sonrisa.

—No te preocupes tanto, Alex. Soy perfectamente capaz de manejar el asunto yo sola.

—No lo duda, aun así, quiero que tengas cuidado, por favor.

Ivy parpadeó, sorprendida por la sinceridad en su tono.

—¿Cuidado?

—Sí. No me fío de él. Y no me fío de lo que pueda querer de ti.

Ivy sintió algo parecido a un escalofrío recorrer su espalda. No porque temiera a Declan, sino porque Alexandra, con su instinto afilado, estaba demasiado cerca de la verdad.

—Lo dices como si fuera un villano de una de esas novelas que tanto desprecias.

—Lo digo porque cuando alguien se mueve en las sombras, es por una razón —Alexandra dio un paso atrás, suavizando su expresión—. Si descubres algo sobre él, quiero que me lo digas.

Ivy entrecerró los ojos.

—¿Quieres que lo espíe?

—Quiero que no te engañes a ti misma. Si él es un problema, prefiero saberlo antes de que sea demasiado tarde.

Un silencio tenso se extendió entre ambas. Ivy sabía que Alexandra no la estaba interrogando solo por el bien de la familia. La conocía demasiado bien. Alexandra protegía a las suyas con fiereza, pero en su tono había algo más.

Algo parecido a un aviso.

Ivy sonrió, buscando recuperar el control de la conversación.

—Si descubro que es un asesino, serás la primera en saberlo.

Alexandra la miró con seriedad un segundo más antes de suspirar.

—Eso espero.

—Tomaré en cuenta tu consejo —dijo finalmente.

—Bien.

Alexandra se puso de pie con la misma elegancia con la que se había sentado. Se acercó a Ivy y, en un gesto poco común en ella, posó una mano sobre su brazo.

—Solo quiero lo mejor para ti, Ivy. No quiero verte en una posición en la que no puedas defenderte.

Por un instante, Ivy sintió un leve nudo en la garganta. No por miedo, sino porque, a pesar de todo, Alexandra de verdad se preocupaba por ella. Aunque su forma de demostrarlo fuera con advertencias y precauciones.

—Lo sé —susurró.

Dicho esto, la duquesa se volvió y caminó hacia la puerta. Antes de cruzarla, se giró una última vez.

—Ivy.

—¿Sí?

—Ten cuidado con lo que deseas —advirtió antes de salir, dejando a su hermana sola en la penumbra de la biblioteca, con demasiadas preguntas rondándole la mente y el eco de unas palabras que no lograba apartar de su cabeza.

‹‹No confíes en alguien que se oculta tras un nombre y una historia incompletos”

Y, a pesar del peligro, de las advertencias, del riesgo... lo cierto era que lo que deseaba en ese momento era volver a Declan De Rosse.

Capítulo 11 Un misterio

El aire de la mañana aún estaba impregnado del frío nocturno cuando Ivy dejó la mansión Ashford con paso ligero, casi como si huyera de un recuerdo que no terminaba de desvanecerse. Había despertado antes de que sus hermanas se levantaran, evitando preguntas, miradas inquisitivas y cualquier intento de conversación sobre la velada anterior. No quería volver a sentir los ojos de Alexandra clavados en ella, ni recordar la manera en que su hermana la había diseccionado con la precisión de un cirujano.

La conversación de la noche anterior seguía revoloteando en su mente, acompañada por una sensación difícil de nombrar. Alexandra tenía razón en algunas cosas. Declan De Rosse era un misterio. Sin embargo, Ivy no estaba dispuesta a admitir que ese mismo misterio la atraía más de lo que le gustaría reconocer.

Con los guantes bien ajustados y el capuchón de su capa ocultando la mayor parte de su rostro, caminó sin prisas por las calles empedradas de Londres hasta que la fachada familiar de la librería Hatchard’s apareció ante ella. Su corazón se calmó al instante. Entre aquellas estanterías no había normas ni compromisos. Solo letras impresas y mundos esperando ser descubiertos.

Al cruzar la puerta, el olor a papel envejecido y tinta fresca la envolvió. Había pocas personas a esa hora de la mañana, lo que la permitió moverse con tranquilidad entre los estantes. Se deslizó hasta la sección que más le interesaba, la que reunía los libros de viajes, aventuras y filosofía. Pasó la yema de los dedos por los lomos de los volúmenes, buscando algo que capturara su atención.

—Oh, ese es un buen título —dijo una voz femenina a su lado.

Ivy giró el rostro y se encontró con una joven dama de aspecto agradable. Su cabello castaño estaba recogido en un moño simple y su vestido azul celeste era elegante pero sobrio, sin los excesos que solían acompañar a la alta sociedad. Su expresión irradiaba inteligencia y cierto aire de complicidad.

—¿Lo ha leído? —preguntó Ivy, sin apartar la mano del libro que acababa de escoger.

—No, pero mi hermano sí —respondió la joven con una sonrisa cálida—. Dice que ‹‹El Peregrino›› es una lectura imprescindible para todo aquel que busque comprender la vida y sus caminos.

El corazón de Ivy dio un leve salto, aunque mantuvo su expresión serena.

—¿Su hermano es un apasionado de la literatura?

—Mucho —la joven suspiró con diversión—. Mi madre dice que pasa más tiempo con los libros que con las personas, y creo que tiene razón. Siempre está leyendo, debatiendo sobre historias y filosofía, perdiéndose en las páginas de algún manuscrito.

Ivy no pudo evitar sonreír.

—Entonces, compartimos un defecto.

La joven rio con suavidad.

—¿También prefiere los libros a las personas?

—Digamos que, a menudo, son compañeros mucho más confiables.

—En eso estoy completamente de acuerdo. Aunque debo confesar que hay ciertos libros que, pese a su popularidad, no me convencen del todo.

—¿Ah, sí? —Ivy arqueó una ceja con interés—. ¿Cuáles?

—Las novelas sentimentales —respondió la joven, con un matiz de fastidio—. Me parece que muchas de ellas reducen a la mujer a un ser frágil cuya única aspiración es encontrar el amor.

Ivy ladeó la cabeza con curiosidad.

—Depende de la novela. Hay algunas que, a pesar de su tono romántico, ofrecen una visión más compleja de la mujer.

—Eso es cierto. Pero muchas veces siento que las heroínas terminan sacrificando su carácter por un final feliz.

—Quizá porque la sociedad espera que lo hagan —murmuró Ivy.

La joven asintió, pensativa.

—Me gustaría encontrar una historia donde la protagonista no tenga que elegir entre el amor y su independencia. Donde pueda tener ambas cosas sin que una anule a la otra.

Ivy sonrió con cierta ironía.

—Si encuentra una historia así, hágamelo saber.

—Lo haré —la joven sonrió también—. Pero mientras tanto, permítame recomendarle ‹‹Evelina››, de Fanny Burney. Es una historia más ingeniosa de lo que parece a simple vista.

—La conozco. Es un retrato bastante satírico de la sociedad.

—Exacto. Y la protagonista tiene carácter, aunque aún se enfrenta a los límites que se nos imponen.

Ivy asintió, sintiendo una inesperada conexión con la desconocida.

—Me agrada su criterio.

—Y a mí el suyo —respondió la joven con cortesía—. Ha sido un placer intercambiar ideas con usted.

—Lo mismo digo.

Cuando la joven se giró para marcharse, Ivy sintió una punzada de curiosidad que no pudo reprimir.

—Disculpe —llamó antes de que la dama desapareciera entre los estantes—. ¿Cómo debería llamarla?

La joven se detuvo y la miró por encima del hombro con una sonrisa enigmática.

—De Rosse —respondió con sencillez—. Eilis[1] De Rosse.

Y, con una elegante inclinación de cabeza, se alejó.

Ivy se quedó inmóvil, sintiendo cómo su mente conectaba las piezas con una claridad repentina.

Declan De Rosse tenía una hermana. Y, de alguna manera, ella acababa de conocerla.

Las preguntas se agolparon en su mente. ¿Se parecerían? ¿Tendrían los mismos ojos? ¿La misma manera de hablar? ¿El vestido que recogió de la modista era para ella? ¿Había sido casualidad este encuentro o era parte de algo más grande?

Apretó el libro entre sus manos, sintiendo cómo la expectación se instalaba en su pecho. Quizás, sin saberlo, acababa de acercarse un paso más a descubrir quién era realmente el hombre que la mantenía en vilo.

Con el libro envuelto en papel de seda y asegurado entre sus manos, Ivy salió de la librería con paso firme, aunque su mente seguía atrapada en la conversación que acababa de mantener.

La inesperada coincidencia de toparse con la hermana de Declan De Rosse y que esta le recomendara el mismo título, la inquietaban más de lo que quería admitir. Era… imposible, ¿verdad? Londres estaba lleno de lectores, y un libro popular podía ser el favorito de muchas personas. Y, sin embargo, había sucedido.

No era un apellido común y aunque no había preguntado por el nombre de su hermano, para ella estaba claro. Aunque algo en la forma en que la joven había hablado de su hermano —con orgullo y admiración, aunque con un matiz de melancolía— la dejó con una extraña sensación en el pecho.

Suspiró y apretó el paso, decidiendo que necesitaba despejar su mente antes de regresar a casa y enfrentarse de nuevo al escrutinio de sus hermanas que, estaba segura, deseaban hacerle mil preguntas sobre su conversación privada con Alex. Y lo cierto era que no tenía ganas de lidiar con más preguntas de sus hermanas ni con las suposiciones de Alexandra.

La brisa fresca de la mañana acarició su rostro mientras caminaba por las calles que empezaban a animarse, en las que los carruajes avanzaban con elegancia y los transeúntes se movían en su rutina cotidiana. En una esquina, un aroma inconfundible a café tostado y dulces recién horneados la envolvió, atrayéndola sin esfuerzo.

Alzó la vista y sus ojos se detuvieron en el elegante letrero negro con letras doradas que anunciaba el nombre del establecimiento: ‹‹Le Papillon Noir››.

Sonrió. Había escuchado algún que otro comentario sobre aquel lugar; un café francés que se había convertido, de la noche a la mañana, en un punto de encuentro para quienes disfrutaban de los pequeños placeres de la vida. La discreción y la intimidad de sus reservados lo hacían perfecto para reuniones privadas…, o para quienes deseaban un respiro del bullicio de la ciudad.

Ivy no solía frecuentar cafés, pero en ese momento, la idea de una taza caliente y un momento de tranquilidad era tentadora.

Empujó la puerta con delicadeza y un tintineo suave anunció su entrada. El interior era acogedor, con mesas de madera pulida, butacas de terciopelo oscuro y una iluminación tenue que realzaba la atmósfera elegante del lugar. El aroma a café recién molido se mezclaba con el de la repostería francesa, creando un ambiente envolvente.

Una camarera se acercó con una sonrisa cortés.

—Bienvenue, mademoiselle[2]. ¿Desea sentarse en la sala principal o en un reservado?

—En un reservado, por favor —respondió Ivy sin dudar.

No quería cruzarse con conocidos ni arriesgarse a encontrarse con alguien que pudiera reconocerla y llevar rumores a su casa. Necesitaba un momento para sí misma.

La camarera la guio hasta una pequeña mesa junto a una ventana alta con cortinas de gasa que filtraban la luz del exterior. El asiento era cómodo y a resguardo de miradas indiscretas, justo lo que necesitaba.

Se acomodó, dejó el libro envuelto a un lado y aceptó la carta con una inclinación de cabeza. Mientras decidía entre un café negro o un chocolate caliente, apoyó un codo sobre la mesa y masajeó sus sienes con los dedos.

Tal vez estaba exagerando. Tal vez solo era la fatiga de la noche anterior la que la hacía ver conexiones donde no las había. Respiró

hondo y cerró los ojos por un momento.

—A veces las historias de los libros parecen más reales que las personas que las inspiraron… —murmuró sin pensar, sumida en sus pensamientos.

Y, en ese instante, una voz profunda y masculina interrumpió su momento de soledad desde el reservado a su espalda.

—O quizá las personas inspiran historias que nunca conoceremos por completo.

Ivy abrió los ojos de golpe.

Su cuerpo se tensó al reconocer aquel timbre grave y la cadencia pausada con la que se pronunciaron aquellas palabras.

Declan De Rosse estaba allí.

A sus espaldas.

Ivy entrecerró los ojos, dejando que sus dedos recorrieran distraídamente la superficie pulida de la mesa. Aún no había pedido nada, pero no tenía prisa. Disfrutaba del ambiente íntimo del Le Papillon Noir, de la penumbra cálida y del aroma a café y a pan recién horneado que flotaba en el aire.

—Un excelente lugar para la lectura… aunque sorprende encontrar a una dama sin compañía en un café a estas horas.

Su cuerpo se tensó, pero no se giró. No necesitaba hacerlo. Su piel reconocía esa voz antes incluso que su mente.

—¿Y por qué habría de sorprender? —replicó con calma—. No todos los placeres de la vida requieren compañía.

Al otro lado, hubo un breve silencio, apenas perceptible.

—No… pero a veces, con la compañía adecuada, se mejora la experiencia.

Ivy sintió un leve escalofrío recorrer su nuca. Su tono tenía esa mezcla entre diversión y certeza que hacía que su corazón latiera un poco más rápido de lo que debía.

Inspiró hondo, obligándose a mantener la compostura.

—Curioso comentario para alguien que parece disfrutar de la invisibilidad —respondió con naturalidad, sin mirarlo todavía.

—Algunos secretos solo se revelan a quienes saben buscarlos —contestó él, con una cadencia tan pausada que cada palabra parecía pensada con precisión.

Ivy sonrió. Si quería jugar con frases enigmáticas, ella también podía hacerlo.

—Hoy he tenido una conversación interesante con una joven dama —comentó, fingiendo un aire casual—. Hablamos de literatura. De clásicos. De autores que marcan la vida de quien los lee.

—Suena fascinante —afirmó, con un matiz de interés genuino.

—Lo ha sido. Sobre todo, cuando mencionó que el libro favorito de su hermano es el mismo que me recomendaron hace poco.

Una pausa. Breve. Pero suficiente.

—Debe de tener buen gusto —replicó Declan con ligereza.

Ivy tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Curioso, ¿verdad? —musitó—. Un libro puede ser el preferido de muchos, pero hay algo en la forma en que se habla de él que lo hace único.

El aire entre ellos se cargó de algo indefinible. No tensión, exactamente. Más bien un reconocimiento tácito.

—¿Y cómo hablaba ella de su hermano? —preguntó finalmente Declan.

Ivy se tomó un instante antes de responder.

—Con cariño. Con orgullo. Pero también con una cierta melancolía. Como si le faltara algo.

—Todos dejamos algo atrás —dijo él, con un tono más grave, casi introspectivo—. A veces, lo que dejamos pesa más que lo que llevamos con nosotros.

Ivy frunció el ceño. Esa respuesta no era una simple observación casual. Era algo personal. Algo que resonaba en su propia historia.

—Eso suena como una carga —comentó, midiendo sus palabras.

—O como una elección.

La camarera apareció en ese momento, interrumpiendo la conversación. Depositó frente a Ivy una taza humeante y un

pequeño plato con pasteles de hojaldre. Ivy le dedicó una breve sonrisa antes de que la mujer se alejara de nuevo.

Cuando se dispuso a girar la cabeza para replicarle, se dio cuenta de que esta estaba vacía.

Ivy parpadeó, desconcertada. Solo quedaba una taza con un leve rastro de café en el borde, la única prueba de que de verdad había estado allí.

Exhaló despacio y tomó la suya entre las manos, intentando ignorar la frustración que la invadía.

Era un juego.

Un juego que él controlaba.

Pero lo que Declan De Rosse aún no sabía… es que Ivy Ashford no era una mujer que se conformara con ceder las riendas.

No esta vez.

Capítulo 12: Rocío

Ivy atravesó con paso ligero los jardines de la mansión Ashford. El aire frío de la mañana se filtraba a través de su capa, pero no hizo ni el intento de abrigarse más. Sin quererlo, su mirada se desvió hacia el rincón apartado donde había hablado con él por primera vez. Un escalofrío, esta vez ajeno al clima, recorrió su espalda.

El rocío matinal impregnó el dobladillo de su falda al rozar los setos de la entrada. Anne, su doncella, la esperaba discretamente en la puerta de servicio, la preocupación se reflejaba en su rostro.

—Milady, empezaba a preocuparme por vos —murmuró en tono bajo mientras la ayudaba a desprenderse de la capa húmeda.

—Iba a regresar enseguida, no había motivo para alarmarse —respondió Ivy con una calma ensayada.

—¿Un paseo tan temprano… y sola? —Anne la observó con perspicacia.

El leve matiz de curiosidad en su voz bastó para que el calor volviera a las mejillas de Ivy.

—Necesitaba despejar la mente —dijo con suavidad, esperando que la doncella no insistiera.

Anne pareció captar la indirecta y, con una sonrisa comprensiva, asintió.

—Si necesitáis algo, sabéis que podéis contar conmigo.

Ivy le dedicó una leve inclinación de cabeza en agradecimiento antes de dirigirse al vestíbulo principal. Se había tomado su tiempo para regresar, asegurándose de que el desayuno familiar hubiese acabado y de que a esas horas del día se hubiese disipado el bullicio matutino. Sin embargo, la esperanza de entrar sin ser vista se desvaneció en cuanto cruzó el vestíbulo.

—Mira quién ha decidido regresar —canturreó Rowena desde uno de los sofás del salón, su voz rebosaba sarcasmo.

Ivy se detuvo por un instante, cerrando los ojos un segundo antes de girarse para encontrarse con la mirada inquisitiva de su hermana. Rowena estaba reclinada con elegancia, con su vestido rojo impecable y una expresión de fingida indiferencia que no engañaba a nadie.

—¿No es un poco temprano para tus escapadas, Ivy? —intervino Scarlett, que, con una taza de té en la mano, la observaba con diversión desde un rincón de la sala.

Ivy obligó a sus labios a curvarse en una sonrisa medida, relajada, como si la idea de que sus hermanas la estuvieran interrogando no tuviera la menor importancia.

—¿Escapada? —respondió con aire inocente—. Qué dramáticas sois. Tan solo decidí dar un paseo antes de que esta casa se convirtiera en un hervidero de cotilleos y quejas matutinas.

—¿Un paseo? —Ophelia, que hojeaba una carta sentada en uno de los sillones, levantó la vista con una ceja arqueada—. Qué interesante… Por lo general, los paseos solitarios no dejan a una con las mejillas sonrojadas y esa expresión tan… distraída.

Ivy se llevó la mano al rostro de forma instintiva y maldijo para sí misma. No debía darles motivos para sospechar nada.

—Debe de haber sido un paseo muy placentero, entonces —intervino Serena, sin apenas levantar la vista de su costura—. ¿O quizás fue una cita secreta? —interrogó con su habitual indiferencia, ¿es que no había nada en el mundo que la hiciera sentir… algo?

—¡Oh, no digas eso, Serena! Me rompería el corazón saber que Ivy ha conseguido un pretendiente antes que yo —suspiró de forma fingida y exagerada Rowena, dejándose caer sobre uno de los sofás.

Ivy mantuvo su compostura y miró al techo con fingida exasperación.

—No seas ridícula, Rowena. No todo en la vida se trata de pretendientes y compromisos.

—Claro, claro —murmuró Scarlett con una sonrisa astuta—. Pero no te engañes, querida. Siempre es mucho más interesante cuando lo es.

Ivy supo que, si no desviaba el foco de atención pronto, sus hermanas no la dejarían en paz en toda la mañana. Así que tomó aire y decidió tomar la ofensiva antes de que comenzaran a hacer preguntas que no quería responder.

—En cualquier caso, si tanto queréis material para vuestros cotilleos, tengo uno —afirmó con indiferencia mientras dejaba uno de sus guantes sobre la mesa con estudiada despreocupación—. Esta mañana, he descubierto un lugar nuevo en la ciudad.

Las miradas se enfocaron en ella con renovado interés.

—¿Un lugar nuevo? —preguntó Scarlett con curiosidad.

—Sí —Ivy sonrió, disfrutando de su pequeña victoria por haber captado su atención—. Un café francés, recién inaugurado. Se llama ‹‹*Le Papillon Noir”*.

Clementine, que hasta el momento no había intervenido en la conversación, levantó la cabeza con repentino interés.

—¿Francés? —preguntó, con los ojos brillando de inmediato.

—Oh, por supuesto que Clementine reacciona a la mención de un café francés —soltó Rowena con burla—. La mujer podría ignorar un baile entero, pero jamás pasaría por alto la oportunidad de probar repostería extranjera.

Clementine le dirigió una mirada aburrida y volvió a centrarse en Ivy.

—¿Es cierto lo que dicen? —preguntó—. Que los franceses hacen los mejores dulces de todo el mundo.

—¿No eres ya una experta en repostería… francesa? —soltó Ophelia con maldad, haciendo referencia al supuesto escarceo de su hermana con el antiguo pastelero francés al que su padre puso de patitas en la calle.

Las risas de las hermanas llenaron todo el salón.

—Supongo que debería mantenerme alejada de todo lo francés, considerando que padre aún no ha olvidado… aquello.

—Creo que ese lugar solo estará a salvo si no vas.

—O si lo frecuenta mucho, es capaz de hacer al dueño rico —bromeó Scarlett.

—Si juzgo por lo que vi esta mañana, parece que sí —dijo Ivy, ocultando su alivio tras una sonrisa—. Además, el ambiente es diferente a cualquier otro salón de té de Londres. Mucho más… íntimo.

Las palabras hicieron que Scarlett entrecerrara los ojos.

—¿Íntimo, dices?

Ivy se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—No tanto como para ser inapropiado, pero lo suficiente como para que las conversaciones sean más discretas.

Alexandra, que hasta el momento se había mantenido en silencio, inclinó la cabeza con expresión pensativa.

—Interesante… Un café francés en Londres es algo poco común. ¿Sabes quién lo regenta?

Ivy negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero planeo averiguarlo.

Clementine se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Pues creo que deberíamos hacer una visita lo antes posible.

—¡Oh, qué sorpresa! ¿Por qué será que tu repentino interés no parece tener nada que ver con el café? —se burló Rowena.

—Llámalo curiosidad gastronómica —respondió Clementine, sin dejarse afectar.

Scarlett soltó una risa baja y, con un gesto despreocupado, tomó otro sorbo de su taza.

En ese instante, un sirviente entró con rapidez en el salón.

—Lady Ivy, ha llegado esto para vos —anunció entregando una elegante carta lacrada.

Ivy sintió su corazón acelerarse. Reconoció de inmediato la caligrafía delicada y elegante en el sobre. Al abrir la carta con dedos temblorosos, descubrió que se trataba de una elegante invitación para asistir a la ópera aquella misma noche. Su pulso se aceleró aún

más al imaginar quién sería el remitente, consciente de que las miradas curiosas de sus hermanas volvían a estar fijadas en ella.

—Solo es una invitación a la ópera —anunció, doblando el papel con gesto indolente antes de guardarlo.

—¿La ópera? —Rowena se inclinó con descaro—. ¡Qué maravilla!

—Oh, debemos ir todas —insistió Clementine, emocionada—. Hace tiempo que no asistimos a una representación.

—Estoy de acuerdo —añadió Alexandra, sonriendo con genuino interés—. Tengo curiosidad por saber quién te cita en la ópera...

—¿Tal vez... el Fantasma[3]? —bromeó Scarlett.

—No lo sé, la nota va sin firma —susurró. No le gustaba mentir, y en cierto modo no era una mentira, la nota no llevaba firma, pero... tampoco la necesitaba.

—¿Podremos conseguir buenos asientos tan precipitadamente? —preguntó Ophelia—. No podemos sentarnos en cualquier lugar...

—Claro que no, querida hermana —dijo Clementine—, si te rozas con alguien de rango inferior... tal vez te infectes —se burló.

—Siempre puedo usarte de escudo —le devolvió la burla.

—Tendremos que enviar a algún criado a que averigüe...

Justo en ese momento, Sebastian Blackwood apareció en la puerta del salón con su habitual expresión confiada.

—No hace falta preocuparse por eso, queridas cuñadas —intervino con una sonrisa relajada—. Dispongo de un palco privado en el King's Theatre y estaría encantado de que lo usen esta noche. Será un placer compartirlo.

Las hermanas intercambiaron miradas de sorpresa y satisfacción, mientras Ivy sentía cómo su corazón se aceleraba todavía más al pensar en lo que aquella noche podría traer consigo.

Capítulo 13 King's Theatre

Los carruajes se detuvieron justo en la entrada del King's Theatre. Las hermanas bajaron ayudadas por los lacayos llamando la atención de los allí presentes. No era algo complicado, ver a las siete hermanas tan parecidas, y a la vez tan diferentes, juntas, era un espectáculo más glamuroso que el que se llevaría a cabo dentro.

El teatro estaba repleto aquella noche, vibrando con murmullos emocionados, el suave rumor de los abanicos desplegados y la melodía distante de la orquesta afinando sus instrumentos. Ivy entró al teatro acompañada de sus hermanas y de Blackwood, cuya presencia segura y distinguida, parecía atraer las miradas de inmediato. El suave roce de la seda y el sutil susurro de las faldas al deslizarse anunciaron su llegada con una elegancia natural.

Las cabezas se giraban al paso de las Hermanas Pecado, y los murmullos se elevaron con discreción, pero lo bastante para ser audibles.

—Ahí están las Ashford —susurró un caballero desde uno de los palcos inferiores, admirando con descaro la belleza del grupo.

—Tan deslumbrantes como dicen —respondió otro.

—No sé a cuál mirar... —comentó un tercero.

Sin embargo, no todas las miradas eran de admiración. Un grupo de jóvenes damas intercambiaban cuchicheos mordaces desde un rincón, ocultando sus bocas con los abanicos, como si fueran suficiente barrera para que las palabras no llegaran hasta ellas.

—Realmente escandaloso. ¿Acaso pretenden distraer la atención de su ruina con vestidos tan llamativos?

Las hermanas, decididas a ignorarlas, siguieron avanzando con serenidad hacia el palco privado que Blackwood tenía en propiedad.

Al entrar, quedaron deslumbradas durante un momento por la opulencia que las rodeaba: pesadas cortinas de terciopelo rojo, candelabros dorados cuyas velas creaban un suave resplandor, y un aroma embriagador mezcla de perfume, cera caliente y madera antigua.

—Parece que no podemos pasar desapercibidas ni aunque lo intentemos —susurró Rowena con una sonrisa maliciosa, acomodándose en su asiento.

—Mejor, así tendremos entretenimiento adicional —añadió Alexandra con serenidad, aunque sus ojos brillaban con interés.

—Ni siquiera eso es nuevo —bostezó Serena.

—Un día te vas a tragar a ti misma, Serena, ¿cómo puede alguien abrir tanto la boca? —comentó Rowena.

—Eso pasa por pasar hambre —comentó Clementina. Sus hermanas la miraron sin comprender—. Cuando una tiene hambre, se vuelve una hiena dispuesta a devorar todo —dijo en voz más alta de lo políticamente correcto, lo que hizo que se escuchará más de un fingido gritito de indignación.

La sonrisa en las caras de las hermanas no tardó en aparecer por la ocurrencia de su hermana.

Mientras se acomodaban, Ivy percibió que Ophelia estaba más inquieta que de costumbre. Siguiendo la dirección de su mirada, descubrió el motivo: desde el palco opuesto, un hombre joven observaba a Ophelia con intensidad. Su aspecto dejaba claro que era extranjero, con una regia casaca bordada en oro y azul oscuro, y una pose aristocrática que hablaba por sí sola.

—Vaya, vaya, parece que Ophelia tiene admirador —comentó Scarlett, inclinándose con curiosidad.

—Un admirador que no disimula demasiado bien sus intenciones —replicó Alexandra, ocultando una sonrisa tras su abanico.

El murmullo se extendía con rapidez entre los asistentes, susurrando rumores sobre la identidad del hombre misterioso. Ivy se inclinó con discreción hacia Alexandra.

—¿Sabes quién es? —preguntó con suavidad.

—Un príncipe extranjero, al parecer —respondió Blackwood, manteniendo la compostura—. Pero nadie parece conocer con certeza su procedencia.

—Compartís los mismos gustos —dijo Scarlett haciendo referencia a que el hombre iba también de azul.

—Si todo dependiera del color..., te casarías con el enterrador —atacó Ophelia haciendo que todas rieran.

—Silencio, ya va a comenzar —ordenó Alex y en ese instante la iluminación bajó hasta ser casi inexistente.

La primera parte de «Las bodas de Fígaro» pasó entre susurros emocionados, miradas furtivas y un juego de silenciosas insinuaciones desde ambos palcos. Ivy, sin embargo, sentía una creciente inquietud. Necesitaba respirar aire fresco. Con discreción, se levantó.

—¿A dónde vas, Ivy? —susurró Alexandra, observándola con cierta preocupación.

—Solo necesito aire fresco, me siento un poco trastornada —respondió, intentando mostrar una sonrisa tranquilizadora.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Clementina, ya a punto de levantarse.

—No hace falta, de verdad —aseguró Ivy con suavidad—. Estaré bien, regresaré enseguida.

Sin dar tiempo a más réplicas, salió del palco y subió la pequeña escalinata que llevaba al corredor superior, escasamente iluminado por la tenue luz de los candelabros. El frío mármol bajo sus dedos ayudó a calmarla mientras se refugiaba junto a una pesada cortina de terciopelo oscuro, desde donde podía contemplar, sin ser vista, el drama que se desarrollaba en el escenario.

Sin embargo, un escalofrío recorrió su espalda. No estaba sola.

Unos pasos lentos y seguros resonaron en el suelo de mármol, deteniéndose a poca distancia. Por un momento, sintió que alguien más la observaba desde las sombras, una sensación indefinible, casi sofocante. Tragó saliva y trató de calmarse. No había motivo para alarmarse. ¿O sí?

—¿Es curioso, ¿no le parece? —dijo una voz masculina, baja y suave, cargada de una sutil ironía, apenas unos segundos después.

El pulso de Ivy se aceleró. Reconocería aquella voz en cualquier parte. Había hablado con él en varias ocasiones, siempre oculta por la oscuridad o por la imposibilidad del rostro velado. Era el hombre misterioso, el hombre cuyo nombre ya conocía, pero cuyo rostro aún se le escapaba.

—¿El qué?

—Cómo nos fascina observar las tragedias ajenas desde las sombras.

—Tal vez sea porque desde la oscuridad nos sentimos menos vulnerables —susurró Ivy con voz serena, aunque su corazón latía desbocado.

—¿Cree usted, milady, que ocultándonos dejamos de ser quienes somos en realidad?

Ivy sonrió, intrigada por esa pregunta inesperada.

—Ocultándonos mostramos, quizá, nuestra versión más verdadera. No hay máscaras cuando nadie puede vernos.

Él emitió un suave sonido, casi una risa contenida, acercándose apenas un paso más.

—¿Acaso no lleva usted siempre una máscara, lady Envidia?

—¿Me conoce lo suficiente para afirmar eso?

—Tal vez conozca la máscara. Lo demás… —dijo él tras una pausa significativa—estoy tratando de descubrirlo poco a poco.

Ivy respiró hondo, sintiendo cómo la cortina rozaba sus dedos con delicadeza. El escenario brillaba bajo las luces, pero la conversación que mantenían en las sombras era mucho más cautivadora que cualquier drama ficticio.

—¿Y usted? —preguntó Ivy con suavidad, volviéndose apenas lo suficiente para vislumbrar la sombra de su figura alta y elegante, aunque sin poder distinguir sus rasgos— ¿Qué es lo que oculta bajo su máscara, conde De Rosse?

Él guardó silencio unos segundos que se hicieron eternos, cargados de una tensión deliciosa.

—Secretos —respondió al fin, y había una gravedad nueva en su voz—. Secretos que, si salieran a la luz, podrían cambiar el curso de muchas cosas.

La curiosidad de Ivy se convirtió en necesidad. Quería acercarse, dar un paso más, romper aquella distancia que los separaba. Pero justo cuando iba a hacerlo, el aplauso atronador proveniente del público resonó en todo el teatro. El primer acto había terminado.

—El drama parece haber llegado a su fin, al menos la primera parte —susurró él con cierta melancolía.

—Espere… —pidió Ivy con urgencia, sin poder contenerse, al darse cuenta de que esa frase era una despedida—. ¿Nunca va a mostrarse ante mí?

Él se detuvo un instante, aún envuelto en la penumbra. Luego suspiró, despacio, sopesando la respuesta.

—Ya sabe mi nombre, lady Ivy —respondió con suavidad, casi con ternura—. Y, llegado el momento, sabrá también todo lo demás.

Ivy abrió la boca para detenerlo, pero algo en su entorno la hizo contener el aliento. No era solo el conde quien desaparecía en las sombras.

De reojo, creyó ver una silueta moverse al fondo del corredor, entre los candelabros oscilantes la figura de un león plateado que se movía con sigilo. Fue solo un instante, un parpadeo de duda, pero su instinto le gritaba que no era una alucinación.

—¿No estamos solos? —susurró más para ella que para él.

—Es mi señal para marcharme.

Sin decir más, retrocedió, desapareciendo entre las sombras antes de que ella pudiera detenerlo.

Ivy aún tenía la piel erizada cuando trató de seguirlo con la mirada, pero cuando intentó moverse, aquella sensación volvió. ¿La estaba siguiendo alguien más? ¿O era a él?

Ivy permaneció inmóvil, tratando de calmar su respiración agitada, sabiendo que ya era imposible volver atrás. Tenía que ponerle rostro y descubrir su secreto, costara lo que costase.

Las luces volvieron a encenderse poco a poco, anunciando el intermedio de la representación. Los asistentes comenzaron a levantarse, abandonando sus asientos y saliendo hacia la gran sala de recepción para reunirse, charlar y refrescarse.

E Ivy tuvo claro que era la señal que la obligaba a regresar junto a sus hermanas, tan solo esperaba que nada de lo que había sucedido en las sombras, se reflejara en su rostro.

Capítulo 14 Una entrada triunfal

El bullicio de la sala envolvía a las hermanas Ashford mientras los asistentes abandonaban sus palcos para concentrarse en ella. Abanicos agitados, copas de champán y risas forzadas llenaban el ambiente como si todos participaran de una representación tan cuidadosamente ensayada como la que acababan de presenciar en el escenario.

Ivy llegó la última. Su rostro estaba pálido y sus labios apretados como si intentara contener algo. Caminaba con la cabeza alta, como siempre, pero sus ojos no engañaron a Rowena, la primera en divisarla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó en voz baja, sujetándola por el brazo apenas unos segundos—. Tienes la mirada de quien ha visto un fantasma…, o algo peor.

—No ha sido nada —respondió Ivy con una sonrisa tensa, demasiado ensayada—. Tal vez solo me dejé llevar por la atmósfera de la ópera.

Antes de que Rowena pudiera replicar, un murmullo colectivo recorrió el salón como una ola anticipando la llegada de una marea. Varios asistentes se giraron, cuchicheando con rapidez, y los más osados se apartaron con sutileza para abrir paso.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Scarlett, recogiendo una copa de una bandeja al vuelo.

—Una entrada triunfal —murmuró Alexandra, alzando apenas el mentón para observar por encima del gentío.

Lord Cedric, el primo del rey, apareció flanqueado por un hombre que parecía hecho para captar todas las miradas. Alto, de cabello claro, con una casaca de terciopelo azul noche bordada en oro y una expresión relajada que delataba su linaje. El extranjero avanzaba

con la seguridad de quien sabe que no hay necesidad de impresionar a nadie. Su presencia lo hacía por él.

—Fantástico —bufó Rowena en voz baja—. Justo lo que necesitábamos: nobleza extranjera y Lord Cedric en el mismo paquete.

—No seas grosera, Rowena —dijo Clementina, aunque sin convicción—. Parece… muy rico. ¿Y si le gustas?

—Aún peor —espetó ella, justo cuando Cedric se detuvo frente al grupo.

—Ah, ya empieza el teatro social —murmuró Serena, sin apenas levantar la vista del suelo.

—Lord Blackwood, lady Alexandra —saludó Cedric con su sonrisa habitual, esa que parecía más un reto que una cortesía—. No podía dejar pasar la oportunidad de presentarles a Su Alteza Real, el príncipe Henrik Dalgaard, futuro rey de Dinamarca. Estoy seguro de que ya habéis oído hablar de él. Es un pariente lejano de mi prima política, la Reina.

—Lo cierto es que no —escupió Rowena sin disimular la acritud que le provocaba lord Cedric, lo que la hizo ganarse una mirada de reproche de su hermana Alexandra.

—El placer es mío —intervino Henrik con un acento impecable y una reverencia cortés—. He oído hablar mucho de usted. Su reputación le precede incluso más allá de las fronteras de Inglaterra —lo aduló—. ¿Su prometida, verdad? Lady Alexandra Ashford, si no me equivoco —continúo.

—No lo hace, Alteza —saludó Alex con una elegante reverencia.

—He de confesar que he oído hablar mucho sobre las hermanas Ashford—Henrik recorrió con la mirada a cada una de las hermanas, pero se detuvo más tiempo de lo necesario en Ophelia. Ella no desvió la mirada. En cambio, inclinó apenas la cabeza con la gracia de quien acepta un tributo que le corresponde por derecho.

—Espero que todo haya sido bueno —añadió Alexandra con sutileza.

—He de confesar que esperaba encontrar damas distinguidas…

—Y se ha encontrado con un ejército —interrumpió Rowena con descaro.

—Con un ejército… de belleza, inteligencia y peligro, más bien —replicó Henrik, sin perder la sonrisa—. Aunque lo cierto es que los rumores no son nada comparados con la realidad —añadió con elegancia.

—Por supuesto —susurró Serena, como si todo le pareciera un trámite insoportablemente aburrido.

—¿Disfrutan de la representación? —preguntó ignorando el comentario de Serena.

—Sí, Alteza —contestaron todas a la vez.

—Disculpe, Alteza, no las he presentado. Ella es lady Alexandra, la mayor y prometida de lord Blackwood como ya sabe, las demás son lady Ivy —dijo a la vez que esta se inclinaba—, lady Scarlett, lady Serena, lady Clementine, lady Ophelia…

—Lady Ophelia —repitió Henrik con una leve reverencia, más profunda que la anterior.

El modo en que pronunció su nombre, casi como si lo saboreara, arrancó una sonrisa sutil en ella.

—Y, por último, lady Rowena.

Rowena hizo una leve inclinación y fijó su mirada en un punto lejano. No quería tener el menor contacto con Cedric.

—Lady Rowena —añadió Cedric con una sonrisa ensayada acercándose a ella más de lo necesario—. Me honra, como siempre, su encantadora indiferencia.

—Es algo que me sale de manera natural —replicó ella con frialdad—, pero parece que no es suficiente para alejarlo.

Henrik disimuló una sonrisa mientras sus ojos volvían a buscar a Ophelia, que parecía disfrutar con el incómodo tira y afloja. Fue entonces cuando un leve revuelo al otro extremo de la sala captó la atención de Ivy.

Rowena ladeó la cabeza, con el ceño apenas fruncido. Entre los movimientos del gentío, distinguió una figura que se deslizaba entre

los asistentes con una calma inusitada, como si el tumulto no pudiera tocarlo.

Era un hombre alto, de complexión firme, con el cabello oscuro recogido en la nuca y una expresión tan severa como contenida. Su vestimenta era austera, sin bordados ni adornos llamativos, pero no necesitaba más: su presencia hablaba con un lenguaje distinto. Cada paso era un gesto contenido, cada mirada, calculada al milímetro.

Parpadeó, sintiendo un vacío extraño en el estómago. Había algo en él. Algo que ya había sentido antes, aunque no pudiera nombrarlo.

Entonces se apartó la capa del hombro.

El broche.

Un león rampante de plata envejecida, discreto, pero imposible de confundir.

Sintió que el aire se espesaba. Era el mismo broche que había vislumbrado aquella noche, en la que el extraño con la cara cubierta por el antifaz la había besado, entre las sombras del jardín. No podía ser casualidad, ¿verdad?

—¿Ese broche…? —murmuró Ivy, apenas audible.

Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Y si no había sido casualidad? ¿Y si aquel hombre había estado allí desde antes? ¿Y si Declan y él compartían algo más que el mismo aire sofocante del teatro? Aquella mirada no era la de un invitado más. Era la mirada de quien espera una señal… y quizás, la había encontrado en ellas.

—Yo lo he visto también —susurró Rowena, sus palabras iban cargadas de significado.

Ambas hermanas intercambiaron una mirada rápida, fugaz, como una promesa no dicha, como si compartieran un hilo invisible que tirara de ambas al mismo tiempo. Ninguna dijo más. No en ese momento, pero la semilla del secreto acababa de brotar entre ellas.

Duncan, que no se había percatado aún de sus reacciones, mantuvo la vista fija en Cedric. Fue apenas un segundo, una chispa de tensión invisible, pero Ivy lo notó. Él lo vigilaba. No por celos, sino por algo más profundo. Como si cada gesto de Cedric fuera

parte de una partida mucho más compleja de lo que todos los presentes podían ver.

Henrik, ajeno al juego que comenzaba a desplegarse, retomó la conversación con la naturalidad de quien sabe manejar cualquier salón.

—Debo decir que Londres me ha sorprendido. No solo por su belleza —afirmó, volviéndose hacia Ophelia con una mirada deliberadamente intensa—, sino por los enigmas que parecen habitar en cada rincón.

—Aquí hasta los bailes tienen espías —murmuró Scarlett, tomando otro sorbo de champán.

—Entonces espero que esta velada esté siendo, al menos, estimulante —comentó Henrik con tono galante.

—Lo es —intervino Ophelia sin apartar la mirada—. Algunos invitados hacen que lo imposible parezca… interesante.

Una sonrisa curva se formó en los labios del príncipe, claramente entretenido por el juego de palabras.

Cedric, por su parte, parecía haber perdido el hilo de la conversación. Sus ojos no dejaban de vigilar a Rowena, quien fingía observar una lámpara de cristal con el más absoluto desinterés.

—¿Hay algo que le inquiete, lady Rowena? —preguntó él, en un intento por forzar su atención.

—Solo estaba buscando una salida. Por si la conversación se vuelve más insoportable —respondió, sin molestarse en disimular.

Duncan dio un paso más hacia el grupo. No lo suficiente para unirse a ellos, pero sí lo bastante para que Rowena sintiera su cercanía. Sus hombros se tensaron. Por primera vez en mucho tiempo, no supo si quería marcharse… o quedarse.

Blackwood lo notó.

—Disculpadme —dijo con tono neutral, pero firme—. Hay alguien más a quien quiero presentarles esta noche.

Todos los ojos se giraron hacia el escocés, Duncan inclinó la cabeza en un saludo breve pero respetuoso, sin quitar la vista de Rowena.

—El laird Duncan MacLeod. Ha venido desde Escocia por asuntos… de interés común. Y es un aliado en el que confío plenamente.

—¿Un laird escocés en un salón inglés? —comentó Scarlett, entre curiosa y divertida—. Esto sí que es exótico.

—Un laird que, al parecer, no teme cruzar fronteras —añadió Ivy en voz baja, más para sí que para nadie más.

Rowena no dijo nada. No podía. Sus ojos se habían encontrado con los de Duncan y, por un segundo eterno, todo el ruido del salón desapareció. El murmullo de los presentes, las risas, incluso la voz de Cedric, se desvanecieron en un zumbido lejano. Solo estaban ellos dos. Otra vez.

—Lady Rowena —saludó Duncan con gravedad, inclinando la cabeza.

—Laird MacLeod —respondió ella con una frialdad que no alcanzaba a esconder el temblor en su pecho.

Alexandra, siempre atenta, entrecerró los ojos, pero no comentó nada. Todavía.

Ivy, por su parte, observaba la escena con el corazón acelerado. Porque lo sentía, lo presentía: ese hombre que ahora estaba a escasos metros, que traía consigo el misterio del broche y esa energía tensa que parecía arrastrar tormentas, era mucho más que un escocés invitado por cortesía.

Era la grieta por la que se filtraría el secreto.

Y, aunque la música había cesado y las luces del teatro aún estaban encendidas, lo que de verdad importaba estaba sucediendo entre sombras.

Capítulo 15 Aún no ha terminado

El murmullo de la sala comenzaba a apagarse a medida que los asistentes regresaban a sus palcos. Las conversaciones se convertían en susurros, los abanicos retomaban su compás y las últimas carcajadas del intermedio quedaban atrás como ecos que no debían colarse en la solemnidad de la ópera.

—Debemos regresar —anunció Alexandra con naturalidad, marcando el paso con la seguridad de quien ha nacido para ser observada.

—Y yo que pensaba que lo mejor de la noche era esta pausa —comentó Clementine mientras se despedía del canapé de salmón con una última mirada.

—La obra aún no ha terminado —replicó Scarlett con serenidad, dando media vuelta—. Y esta noche, el teatro está también en el palco.

El príncipe Henrik hizo una leve inclinación, llevando una copa a los labios por última vez.

—Ha sido un verdadero placer, miladies —dijo, deteniéndose ante Ophelia—. Espero tener el honor de volver a coincidir con vos… muy pronto.

Ophelia sostuvo la mirada con una media sonrisa que no comprometía ni prometía nada.

—Eso depende de lo interesante que resulte su próxima entrada, Alteza.

—Confío en no decepcionarla —replicó él con elegancia.

Cedric, en cambio, no se marchó con la misma gracia. Dio un paso hacia Rowena, como si el movimiento fuera casual.

—¿Puedo ofrecerle mi brazo para acompañarla de regreso a su palco, lady Rowena?

Ella se giró sin prisa, como si se tomara su tiempo para decidir si valía la pena contestar.

—No necesito apoyo para mantenerme en pie, milord.

—Hay quienes no saben apreciar la buena compañía…

—Por suerte, yo sí —lo interrumpió Rowena con una sonrisa que dejaba claro lo mucho que la desagradaba.

Duncan aguantó la risa y bajo la cabeza, no le parecía correcto reírse abiertamente de un miembro de la realeza, aunque ese ‹‹miembro›› estuviera mejor amputado…

Cedric sonrió, más molesto que divertido, y volvió sobre sus pasos con una inclinación apenas cortés.

—No has perdido tu encanto —musitó Scarlett por lo bajo mientras se agrupaban para subir las escaleras.

—No estaba intentando encantarlo —respondió Rowena sin inmutarse.

Subieron al palco con la misma cadencia elegante con la que habían entrado al teatro horas antes. Cada una retomó su sitio como en una coreografía no escrita.

Clementina acomodó sus faldas con aire distraído, Ophelia se sirvió una nueva copa de champán sin dejar de mirar hacia el palco del príncipe, y Serena suspiró como si todo aquel esfuerzo social mereciera una ovación aparte.

Duncan MacLeod, que se había quedado rezagado, se detuvo antes de entrar. Blackwood, que no perdía detalle, se volvió hacia él con gesto seco.

—¿Vas a quedarte ahí como un guardián o a tomar asiento? —interrogó con la confianza que se tenían el uno en el otro.

—¿Viene con nosotros? —preguntó en un susurro Alexandra.

—Alguien debería vigilar a Cedric —respondió Sebastian sin variar el tono—. Y no se me ocurre nadie mejor.

La respuesta pareció satisfacerla… o al menos no la molestó como para impedirlo.

Duncan no respondió de inmediato. Luego, con un movimiento lento, se situó en el rincón más alejado del palco, donde la sombra

del cortinaje amortiguaba su figura, justo a la espalda de Rowena. Los guerreros no bajaban la guardia, ni siquiera en teatros iluminados por candelabros. Blackwood miró a su amigo con sorpresa, y le dejó claro que ese gesto bien merecía una charla en White´s más tarde.

Rowena sintió el cambio en el ambiente antes de verlo. Sabía que estaba allí.

—No mires —murmuró Ivy, sin girarse—, pero el escocés se ha instalado en la penumbra como si fuera parte del decorado.

—Y, aun así, consigue ser más interesante que el resto del reparto —susurró Rowena.

—¿Decías algo? —preguntó Ivy, acomodándose a su lado.

—Nada que merezca la pena ser repetido en voz alta —musitó ella, pero sus ojos seguían clavados al frente.

A su alrededor, los cuchicheos regresaban como un zumbido suave, cargado de segundas intenciones.

—¿Ese hombre era ese salvaje que viene del norte?

—Dicen que llegó sin invitación…

—Tal vez sea un perro guardián, con esos modales tan… poco refinados.

—O algo peor —rio una voz femenina desde el palco contiguo—. ¿Y si es el motivo de que las Ashford se estén apresurando tanto en casarse?

—¿Será ese hombre al que se refieren como ‹‹ruina››?

—Entonces que las Ashford recen, porque esas historias nunca terminan bien.

Las hermanas no los escuchaban. O al menos, fingían no hacerlo.

—Rumores… tan aburridos como siempre —susurró Scarlett, moviendo el abanico con tanta lentitud que no hacía ni aire.

—¿Desde cuándo han sido divertidos? —replicó Ophelia, sin dejar de mirar hacia el palco del príncipe.

—Y yo que pensaba que la ópera era lo más dramático de la noche —susurró Scarlett, con el abanico ocultando media sonrisa.

—Te equivocas —replicó Rowena—. Lo mejor aún no ha comenzado.

—A no ser que insultes de nuevo en público a un miembro de la realeza —murmuró Serena—, sí. Lo más interesante ha pasado ya.

—No todos tienen tu don para dormir con los ojos abiertos —saltó Clementine, lanzando una mirada significativa al otro extremo del palco.

Alexandra alzó la mano sin mirar a ninguna.

—Silencio —ordenó Alexandra con suavidad, al ver cómo la orquesta empezaba a afinar de nuevo.

—Supongo que esta noche hay demasiados ojos sobre nosotros. ¿Estás disfrutando de tanta atención, querido? —interrogó Alex a su prometido.

—¿Te resultan molestas, querida, o, por el contrario, disfrutas del espectáculo? —respondió Sebastian.

—Ambas, aunque a ti sé cómo manejarte, a ese escocés… todavía no.

—Es como mi hermano, no hay de qué preocuparse.

—Confío, entonces, que lo uses a nuestro favor.

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa.

El teatro quedó en silencio, el segundo acto estaba a punto de comenzar, pero, justo antes de que las luces bajaran su intensidad hasta casi desaparecer, Ivy giró el rostro hacia su izquierda.

Y la vio.

Lady Eilis De Rosse.

Sentada en uno de los palcos intermedios, mantenía la cabeza erguida y el rostro impasible. Frente a ella, un hombre de porte elegante y de cabello oscuro, parecía mantener una acalorada discusión que ella intentaba ignorar. Su postura, su forma de moverse… incluso desde la distancia lo supo: era él.

Ivy no respiró. Sintió un impulso visceral recorrerla por entero, como si su cuerpo reconociera algo antes que su mente. Su corazón latía con tanta fuerza que por un momento creyó que sus hermanas podrían oírlo.

Trató de vislumbrar sus facciones antes de que las luces se apagaran del todo, pero el hombre no se sentó, salió del palco a toda prisa.

Como impulsada por un resorte, se incorporó de golpe.

—¿A dónde vas ahora? —susurró Alexandra sin girarse.

—A casa, no me encuentro bien —mintió.

—Te acompañaré —dijo Rowena sin dudar.

—No es necesario, el coche espera fuera.

Y, sin más, salió del palco a toda prisa. Ivy descendió las escaleras con pasos rápidos pero controlados, luchando por no tropezar con el dobladillo del vestido. Alcanzó el pasillo lateral que conducía al palco de Eilis. A medida que se acercaba, su pulso se desbocaba. Iba a alcanzarlo. Por fin.

Pero al llegar… el palco estaba vacío.

El corazón le dio un vuelco.

Miró a uno y otro lado, conteniendo el aliento, y fue entonces cuando lo vio. Una silueta masculina, alta y elegante, giraba una esquina al final del corredor, justo en el instante en que una sombra lo envolvía.

Sin pensarlo, lo siguió.

No le importaban los murmullos, ni el decoro. No ahora. Quería respuestas. Y en el silencio que caía como una niebla entre pasillos vacíos, solo se oían sus pasos…

Y el eco de su propia respiración.

Capítulo 16 La curiosidad tiene un precio

El aire nocturno era más frío de lo que recordaba. O tal vez era el calor de la sala lo que la había entumecido. Ivy no pensaba en ese momento con claridad, ni cuando bajó las escaleras del teatro tras esas huellas que no eran más que una sombra, ni cuando empujó las puertas de la entrada principal con tanta fuera que ni los lacayos se atrevieron a intentar detenerla. Solo pensaba en él. En no perder ese leve rastro que iba persiguiendo frenética.

Aquel hombre de porte altivo, al que no pudo verle el rostro, que parecía discutir con Lady Eilis De Rosse con esa pasión que embargaba a los que peleaban por alguien que les importaba.

Algo gritaba dentro de su pecho que era él, aunque solo conocía su voz entre susurros, y su rostro tras una máscara. Ese hombre del que no sabía nada, ni sus intenciones, ni si solo buscaba aprovecharse de una su fortuna. Fortuna que, en realidad, no existía. Debería tener miedo, pensar con más claridad, pero su presencia la empujaba hacia él como si tirara de un hilo rojo e invisible atado justo en el centro de su pecho.

La calle frente al teatro estaba en calma, algunos cocheros a la espera de que la función terminase, aguardaban en silencio. Ivy giró la cabeza de un lado a otro, sin tener claro hacia dónde ir, hasta que lo vio.

Al otro lado de la calle, apenas visible bajo la luz de una farola que moría con la misma lentitud que ella en ese instante, estaba él. El hombre al que buscaba, la voz que se repetía en su cabeza sin cesar como un eco insistente, la silueta que estaba segura reconocería en mitad de una gran multitud.

Sin pensarlo, cruzó la calle.

El ruido de los carruajes, las voces lejanas, el susurro del viento… todo pareció atenuarse hasta desvanecerse. Lo único que escuchaba era el eco de sus propios pasos y el latido incesante de su corazón que golpeaba bajo su pecho instándola a ir tras él, a desvelar de una vez por todas su identidad.

—Lord Declan —lo llamó.

Él no se volvió. Ni se detuvo.

Apresuró el paso con la intención de dejarla atrás. Sin embargo, en esa ocasión no lo dejaría pasar, tomó con una mano el bajo del vestido para no tropezar y dejó de caminar deprisa para correr tras él. Lo vio adentrarse en una callejuela, sabía que debía detenerse, que nada bueno podía salir de ahí, pero no lo hizo. Se adentró tras él en ese callejón que parecía estrecharse más y más conforme avanzaba, las farolas, cada vez más escasas, apenas alumbraban.

Hasta que desapareció. Como si se hubiera fundido con las sombras. Y, tal vez, era una de ellas.

Ivy se detuvo, jadeaba. Su respiración se condensaba en el aire nocturno, formando pequeñas nubes blanquecinas que entorpecían aún más su vista. El corazón le retumbaba en los oídos con estruendo y se obligó a cerrar los ojos un segundo para tranquilizarse y aceptar que, una vez más, había perdido la oportunidad de ponerle rostro a esa voz que le robaba tantas horas, y no solo en sueños.

Al abrirlos, al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba sola, de noche, en medio de una calle sin iluminación. Sin escolta. Con un vestido de gala, joyas y ninguna defensa. Y fue entonces cuando un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. No, no era frío, era miedo.

Pero tenía que seguir adelante, no podía quedarse ahí, parada. Un paso. Dos.

Adentrándose un poco más. Dejando que la oscuridad siguiera engulléndola. Un ruido sordo la detuvo. No eran sus pasos sobre los adoquines, era un ruido más pesado. Se puso en guardia, si la atacaban no le quedaría otro remedio más que defenderse.

—¿Quién anda ahí? —preguntó a la noche. Sus palabras resonaron, parecía que el aire nocturno las hacía rebotar de una pared a otra.

—No debería estar aquí, lady Ivy. No debería haberme seguido —afirmó esa voz baja y grave, con ese deje extranjero imposible de confundir.

Ella se giró hacia el origen del sonido, los ojos intentando acostumbrarse a la penumbra. No lo vio, pero lo sintió. Estaba cerca. Demasiado.

—Si no desea que lo siga, ¿por qué no deja de perseguirme, lord De Rosse? —interrogó con la voz más serena de lo que en realidad estaba—. ¿Qué quiere de mí? ¿Quién es en realidad?

Silencio. Un suspiro cansado, como si llevara siglos esperando esa pregunta.

—Cuando se persiguen sombras…, se encuentran cosas que pueden asustar.

—No me asusto con facilidad.

—Eso es lo que dicen todos justo antes de que el miedo los paralice.

Un leve crujido sobre el empedrado la alertó. Se giró en esa dirección, entrecerrando los ojos. Una figura emergía de las sombras, caminando hacia ella con la calma de quien no necesita correr para imponerse.

—Aunque así fuera, quiero ver su rostro —exigió Ivy.

Él se detuvo. La distancia entre ambos era de apenas un par de pasos. Su silueta, alta y elegante, se dibujaba entre la penumbra como un espectro de algo que una vez fue humano y ahora solo podía vivir entre tinieblas.

—¿Y si verlo tuviera un precio?

—Lo pagaré.

Un silencio cargado de electricidad creció entre ellos. Y luego, él dio un paso más.

—¿Está segura, milady?

—Nunca he estado tan segura de algo.

—¿Sea lo que sea? —reiteró con la voz más ronca de lo habitual.

—Sea lo que sea —afirmó Ivy, lo cierto era que no entendía de dónde provenía esa osadía que mostraba.

—¿Incluso si el precio es este, milady? —susurró a la vez que extendía una mano. Con un par de dedos rozó la parte inferior de su rostro.

Ivy se tensó. Nunca, ningún caballero, la había tocado así. Ni de ninguna otra forma. El contacto fue tan leve que dudó de sí misma, ¿lo había imaginado? Sin embargo, el calor que le recorría la piel quemaba.

Un jadeo escapó de su boca.

—Su curiosidad puede conducirla a lugares oscuros, lady Ivy. Lugares de los que no se regresa intacta.

—Ya he entrado en la oscuridad —susurró de nuevo—. No me intimida.

Todo volvió a quedar inmerso en un profundo silencio. Él no se movió, ni respondió. Solo levanto la otra mano rozando con los nudillos la mejilla de Ivy, ardía.

Declan sabía que no debía, no quería, eso no entraba en sus planes, pero no pudo resistirse a la tentación, quería memorizar el rostro de esa mujer de la que había descubierto que su apariencia era lo menos intrigante de ella.

—Me lo pone tan difícil, milady —volvió a decir en voz casi inaudible, y sus dedos rozaron el labio inferior de Ivy que no pudo contener ese gemido de deseo que llevaba demasiado tiempo conteniendo—. Entonces… que así sea.

Y la besó.

Fue un leve roce de labios. Ivy todavía no conocía su rostro, pero no le importaba. No importaba. Lo que le hacía sentir era… magia.

La boca de Declan era perfecta sobre sus temblorosos labios, solo era un roce, tan solo labios contra labios, sin embargo, se sentía como una promesa velada. Como una advertencia. Una confesión que ninguno de los dos estaba listo para expresar con palabras.

—Ivy —susurró sin apartar su boca de la de ella.

—Milord —musitó ella a su vez—. Creo que no ha sido un precio tan alto… —afirmó con desdén.

Y explotó. Sus labios se encontraron de nuevo con los de ella, con una mezcla de furia contenida y ternura inesperada. Ivy se quedó sin aire, se dio cuenta de que llevaba muchos días esperando este momento, muchas horas soñando con que sucediera. Y, la oscuridad, dejó de ser un peligro para convertirse en el único refugio posible para ambos.

Antes de ser consciente de lo que hacía, Ivy respondió al beso. No pensó si era dulce, o correcto, ni siquiera si era prudente. Algo primitivo se había apoderado de ella llenándola de una urgencia que no sabía controlar. Pasó sus manos por el cuello de Declan y se acercó más a él.

El calor de sus cuerpos se sintió como una bomba que acababa de explotar entre los dos y los consumía sin prisa. El gruñido de Declan la pilló por sorpresa, al igual que el golpe contra la fría pared que la dejó sin aire durante un segundo. Aire que no fue capaz de recuperar porque la lengua del hombre rozó la suya.

Lo sintió extraño, era como… una invasión, pero le gustaba. Sin pensarlo hizo lo mismo y rozó con su lengua la de Declan, que volvió a gruñir de manera intensa. El beso se volvió tan ardiente que temió deshacerse entre sus brazos y cuando su cuerpo empezó a reaccionar fuera de control, pidiendo más, él se apartó con brusquedad, alejándose unos pasos y dándole la espalda.

En la calle no se oía nada que no fueran sus respiraciones agitadas, ¿qué era lo que acababa de suceder? ¿Era esto lo que su hermana Alex sentía por Sebastian? Si se parecía en algo, ahora lo entendía y su hermana la entendería, aunque ese hombre estuviera arruinado le daría igual.

Declan dio otro paso, e Ivy temió que se alejaría sin cumplir su parte del trato.

—He pagado el precio, milord, ahora le toca a usted. Muestre su rostro.

Declan se giró despacio, se movió hacia una zona algo más iluminada y dejó que Ivy conociera su rostro. La mujer se quedó en silencio, se dio cuenta de que solo mostraba medio perfil, pero al menos era algo. Era atractivo, aunque lo había imaginado así tras la máscara.

—Ya me ha visto —murmuró, haciendo una reverencia apenas perceptible, como si acabara de sellar un pacto.

—¿Y ahora qué, milord? —susurró Ivy.

—Ahora decida si quiere seguirme… o correr en la dirección contraria.

Y, sin decir más, se dio la vuelta.

Desapareció por el callejón, como si se deshiciera en las sombras, dejando tras de sí solo la certeza de que aquello había cambiado todo.

Ivy se quedó quieta, los labios aún entreabiertos, la respiración alterada, el corazón en un lugar donde las reglas no existían.

Y entonces, lo supo: no importaba cuántas máscaras llevaran. Cuántas mentiras los envolvieran. Había empezado algo que ni siquiera la luz del amanecer podría borrar.

Capítulo 17 Una línea sin retorno

El aire parecía más frío que cuando entró en el callejón momentos antes. Quizás porque la calidez de los besos de Declan De Rosse se aferraba a su piel como una segunda capa invisible, que no bastaba para protegerla de la helada que comenzaba a formarse en su estómago.

Había cruzado una línea sin retorno y solo le quedaba enfrentarse a las consecuencias. Y esas consecuencias estaban a punto de comenzar si no se daba prisa en regresar a la entrada del teatro y tomar un carruaje que la llevara a casa.

El murmullo del gentío que abandonaba el teatro tras la representación, se fusionaba con el sonido de los carruajes que aguardaban, en una ordena fila, a ser ocupados.

Ivy mantuvo la cara en alto mientras caminaba con paso seguro, deseando que sus hermanos no la vieran. O que, si lo hacía, al menos no comenzaran a acosarla a preguntas que de momento no estaba dispuesta a responder.

Pero el destino rara vez era considerado y esta no iba a ser una excepción.

—¿Lady Ashford? —escuchó una voz femenina llamarla.

Al principio pensó que era alguna de sus hermanas, pero enseguida supo que aquella musical voz con acento irlandés era de lady Eilis De Rosse. ¿Podía tener peor suerte?

—Lady De Rosse —la saludó a su vez.

—¿Ha estado disfrutando del espectáculo?

La pregunta era la más natural e inocente del mundo, sin embargo, en ese instante sonó a lo contrario.

—Mucho —susurró.

—Ha sido maravillosa, esa representación es de mis favoritas —confesó—. ¿Ha venido sola? ¿La acompañamos a casa? —se ofreció.

—¿Acompañadme? ¿Quiénes? —preguntó sorprendida.

—Mi hermano, el conde De Rosse, está dentro. Estoy segura de que no le importará que la acompañemos a su casa. Es todo un caballero —añadió y por la mente de Ivy pasó una imagen que lo describía de cualquier forma menos como un ‹‹caballero››—, no permitiría que una dama regresara sin acompañante a su casa a estas horas de la noche.

Por un momento, Ivy sintió que el aire se le atascaba en la garganta. ¿Aceptar la invitación? ¿Después de lo que había sucedido en el callejón? Imposible. Imaginó por un segundo que él se encontraba tras los cristales del carruaje, aún con su rostro oculto en sombras, y algo dentro de ella se contrajo.

Dudaba. Por un lado, era descortés negarse y no aceptar la invitación, por otro… todavía no estaba preparada para verlo de nuevo. No después de lo sucedido en el callejón.

—Declan, ¿verdad que podemos llevarla?

—¡Ivy! —La voz de Rowena se elevó con un tono de incredulidad cargado de dramatismo—. Por todos los cielos, ¡pero si deberías estar en casa! —exclamó y ella dejó escapar un suspiro. Se había librado de algo peor que un paseo a casa con sus hermanas.

Scarlett, Clementine y Alexandra giraron al unísono desde la escalinata donde aguardaban el carruaje familiar. Las miradas de todas convergieron en ella como lanzas afiladas.

—Pensamos que estabas en casa por la jaqueca —añadió Ophelia, acercándose a ella— ¿Estás bien? Parece que tengas fiebre —continuó apoyando su mano sobre la frente de su hermana.

—Creo que tan solo un poco abrumada por la jaqueca —mintió.

—¿Y quién es tu amiga?

—Disculpadme, soy lady Eilis De Rosse —se presentó con una inclinación.

—Ellas son mis hermanas, lady Eilis —intervino Ivy—. La mayor, Alexandra, es la de púrpura —explicó señalando a su hermana que

llegaba acompañada de Scarlett y Clementine—. La copia en negro de Alexandra, es Scarlett, son gemelas —aclaró—. La de dorando mi hermana Clementine. Rowena —presentó señalándola— y Ophelia. Y la rezagada que va de tonos rosados es Serena, la pequeña.

—Vaya, pensé que solo eran rumores… —murmuró—, pero veo que todo es cierto.

—¿Cuáles, lady Eilis? —preguntó Rowena.

—Bueno… —dudó y un ligero rubor bañó su rostro—. He oído que las llaman las Hermanas Pecado y que cada una viste siempre del mismo color.

—Cierto, ¿verdad Ophelia?

—Nada más que la verdad —afirmó con una sonrisa.

—Y también sobre que eran damas de exquisita belleza y eso también es cierto.

—Gracias por los halagos, lady Eilis —agradeció Rowena.

—Oh, no lo son, es cierto. Son todas deslumbrantes.

—¿Ha venido sola, lady Eilis? —inquirió Alexandra que había llegado justo a tiempo de la conversación.

—No, mi hermano, el conde De Rosse me ha acompañado, aunque se ha sentido indispuesto en el segundo acto y ha tenido que dejar el teatro. Está en el carruaje…

—Parece que esta noche la representación ha afectado a más de uno —murmuró Scarlett con mirada pícara.

—En otro momento me gustaría presentárselo de manera formal, solo que hoy no es un buen día, espero que nos disculpen —se excusó.

—Por supuesto, lady De Rosse, en otra ocasión será. Además, Ivy tampoco se encuentra muy bien, así que tenemos prisa por regresar a casa.

—Por supuesto, en otra ocasión estaré encantada de invitarlas a tomar el té.

—Lo tendremos en cuenta —selló la promesa Alexandra—. Buenas noches, lady De Rosse.

Las hermanas se alejaron hacia los carruajes, Ivy flanqueada por Scarlett y Alexandra. Tenía claro que Declan se había escapado, en cambio, ella no tenía salvación.

—No sabías que también padecías de síntomas de desaparición repentina —murmuró Scarlett, ocultando la boca con su abanico.

Clementine ladeó la cabeza, sonriendo como una gata que ha atrapado un ratón inesperado.

—No pareces precisamente enferma, querida. A no ser que el rubor de tus mejillas sea efecto secundario de una jaqueca muy... peculiar —añadió Alexandra.

—No es lo que parece —contestó Ivy alzando el rostro con seguridad.

—Ah, ¿no? —preguntó Rowena con una ceja arqueada—. Porque desde aquí pareces la versión en verde de un escándalo.

—Es curioso, ¿verdad? —intervino Ophelia.

—¿El qué?

—Que el conde De Rosse también se encontrara indispuesto en el segundo acto.

—Ya he dejado claro que no es lo que parece —insistió con voz firme.

—Sube al carruaje —ordenó Alexandra. Su mirada era severa, aunque su porte era controlado. Solo tres palabras, no hacían falta más.

Ivy dudó un instante, pero la forma en que Alexandra la observaba no dejaba espacio para la rebeldía. Asintió, bajó la cabeza y subió.

—Vosotras, tomad el de delante. En casa seguiremos con esta conversación.

Ninguna se atrevió a decir nada, sin replicar las cinco hermanas se subieron al carruaje que arrancó justo cuando Alexandra subía y el lacayo cerraba la puerta.

El traqueteo del carruaje le resultaba insoportable. Cada bache parecía sacudirle los recuerdos. El roce de sus labios. La pared fría.

El susurro de su nombre… ¿Cómo iba a ocultar algo que aún llevaba marcado en la piel?

Dentro el silencio se volvió sofocante. Frente a ellas, Blackwood y su amigo escocés del que no recordaba el nombre, aunque sí el broche, la miraban con gesto serio. Las luces de las calles parpadeaban más allá de las ventanillas mientras el carruaje avanzaba muy despacio hacia la mansión Ashford. Alexandra se mantuvo en silencio durante los primeros minutos, como si buscara las palabras justas. Ivy podía oír el sonido de su corazón con más claridad que los cascos del caballo sobre los adoquines.

Por fin, Alexandra habló: —No me gusta que me mientas, Ivy—. Ivy no contestó—. Y mucho menos que te pongas en peligro.

—No estaba en peligro —replicó, sin mirarla.

—Estabas sola, en la noche, en un lugar apartado. Vestida como un señuelo y sin nadie que supiera dónde te encontrabas. Si eso no es estar en peligro, entonces eres más ingenua de lo que pensaba.

Ivy sintió el calor volver a sus mejillas. La acusación dolía, pero sabía que no podía defenderse sin revelar demasiado. Y no estaba lista para hacerlo.

—Fue un impulso. Necesitaba respuestas.

Alexandra giró la cabeza hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Y las encontraste?

Ivy tardó en responder.

—No todas. Pero algunas —susurró.

—No sabemos si ese hombre es un peligro, Ivy —añadió Sebastian—. Por eso nos preocupamos por ti.

—Querrás decir que me ponéis escolta, ¿no?

—¿Escolta? —preguntó Alex confusa.

—En realidad Duncan lo seguía a él, que tú aparecieras en escena… fue una sorpresa —aclaró Sebastian.

—¿Por qué lo vigila?

—Como he dicho, no tenemos claras sus intenciones —reiteró.

—Hay algo más, ¿verdad? Algo que me ocultáis —reprochó.

—Es el único de la lista del que no sabemos mucho, tan solo que parece tener relación con Kensington, pero no sabemos si esa relación es de amistad o enemistad —continuó con la explicación su cuñado.

—¿Por qué no habéis podido averiguar más? —demandó.

—El conde De Rosse, es… escurridizo —afirmó.

—Tal vez tiene sus razones —lo defendió.

—¿Te las ha dicho? —se interesó Alexandra.

—No, pero si yo lo intuyo… puede que él también —añadió, refiriéndose a Duncan.

Alexandra no preguntó más. Se limitó a asentir de vez en cuando, dando la razón a su prometido.

—¿Qué relación tienes con él, Ivy? —volvió a la carga Sebastian.

—Ninguna —aseveró.

—Creo que será mejor que te mantengas alejada de él —insistió.

—¿Y si no quiero?

—¿Por qué? —preguntó Alexandra, su voz, ahora, sonaba preocupada.

—Su compañía me parece… interesante —reveló.

—¿Ha sucedido algo que tenga que saber? —interrogó Sebastian, serio.

Duncan se mantenía al margen, no era nadie para inmiscuirse en esos asuntos, aunque para él estaba claro que algo había sucedido en el descanso entre ambos.

—Nada que haya que remediar.

—Espero que valga la pena, Ivy. Porque si no lo vale... esto podría costarte más que un simple escándalo —murmuró su hermana.

La advertencia flotó entre ambas, como una sombra que no había terminado de extenderse. El carruaje siguió su curso, alejándose de la ópera, de la oscuridad de los callejones y de una verdad que, tarde o temprano, tendría que salir a la luz.



—¿Llegará la sangre al río? —interrogó Rowena.

—Todo este lío que está montando Ivy, te viene de escándalo para que nadie diga nada del gran, fiero y atractivo escocés que ha estado todo el segundo acto pegado a tu espalda, ¿verdad, querida? —dijo con voz divertida Clementine.

—¿No estamos hablando de Ivy? —se defendió.

—Tampoco se ha dicho nada del príncipe que se ha acercado a nuestra princesa… —añadió Scarlett divertida.

—Scarlett, ¿no hay nadie que haya llamado tu atención? —preguntó Rowena con curiosidad.

—Por desgracia para vosotras no, así que de momento no soy diana para vuestros cotilleos.

—Son todos tan aburridos… no sé qué les veis. A mí me parecen todos iguales —bostezó Serena.

—Serena, el día que encuentres a alguien que haga que no bosteces por dos minutos seguidos, agárralo con fuerza y no lo dejes escapar —dijo Clementine.

—Lo mismo digo, Clem, el día que alguien sea capaz de hacer que no te metas nada en la boca durante dos minutos, agárralo con fuerza y no lo dejes escapar —se burló Rowena riendo a carcajada limpia.

—Ten cuidado, Row —comenzó a replicar Clem— parece que la picadura del mosquito te está envenenando poco a poco, hasta hace que te rías…

—¿Creéis que Ivy…, está enamorada? —pregunto Serena.

—Como poco, ese misterioso conde De Rosse ha despertado su interés, no parece Ivy.

—Siempre ha sido impulsiva.

—Pero nunca le ha interesado ningún hombre, y no será por falta de pretendientes, ha tenido ella sola más que todas las damas de Londres juntas.

—Lo cierto es que me muero de curiosidad por saber cómo es.

—Interesante, eso seguro, nuestra hermana destaca por su belleza, pero tiene cualidades mucho más hermosas que su exterior. Es inteligente, mordaz, cariñosa, divertida… Si ese hombre ha despertado su interés, no puede ser un hombre corriente.

—Pero está en la lista negra.

—Cierto, pero no sabemos por qué.

—No como Cedric.

—No menciones su nombre o vomito —dijo Row con un escalofrío.

—¿Os habéis dado cuenta de algo? Duncan no le quitaba la vista de encima, parecía querer cortarle la yugular, sobre todo cuando se ha acercado más de lo correcto a Row —afirmó Scarlett.

—¿Te gusta el escocés, Row? ¿Tiene algo de cara de mosquito, no os parece? —se burló Clem.

—Hace mucho que no me enfado, ¿verdad? —preguntó a sus hermanas con los ojos echando chispas.

El carruaje saltó sobre un bache del camino, las hermanas se golpearon unas contras otras y estallaron en risas. La tensión se había disipado tan pronto como había llegado.

—Puede que un poco cara de mosquito, sí que tenga —susurró para ella.

—Tengo hambre —confesó Clementine llevándose una mano al estómago.

—Pues es muy tarde, a estas horas no te podemos llevar a Le Papilion Noir.

—¿Podemos ir mañana, por favor? Me muero de ganas por probar uno de sus dulces y un tazón de chocolate…

Las hermanas rieron de nuevo y justo cuando la risa cesó, el carruaje se detuvo frente a la mansión Ashford.

Capítulo 18 Escándalo

El reloj marcaba las once cuando los dos carruajes cruzaron el umbral de hierro forjado de la mansión Ashford. Las farolas proyectaban sombras alargadas sobre el empedrado y el aire helado de la noche parecía colarse entre las gruesas capas de tela que cubrían a las hermanas mientras descendían.

—Y pensar que todo esto comenzó como una noche más en el teatro —masculló Scarlett, ajustándose los guantes con gesto resignado.

—Iba a ser una noche más, hasta que Ivy decidió convertirse en la protagonista de… un escándalo —replicó Rowena con gesto divertido.

—Ivy no ha sido la única que ha acaparado la atención —murmuró Clementine—. Nuestra querida Ophelia ha despertado la curiosidad de un príncipe nórdico, ni más ni menos…

—No hablaré del tema —atajó—. A no ser que Rowena hable del suyo —afirmó con una sonrisa, que no era para nada inocente, mirando al gran hombre que se bajaba del carruaje que tenían detrás.

—No tengo ningún tema del que hablar —dijo rotunda, aunque sus mejillas traicionaron sus palabras.

—Vamos —ordenó Alexandra, instando a sus hermanas a entrar dentro de la casa—. Aquí dentro hace mucho frío, al menos para la mayoría —susurró esta última frase.

Scarlett sonrió y encabezó la marcha, entrando la primera en el vestíbulo dónde se sacudió el frío de encima, mientras que los criados las ayudaban con sus capas, guantes y abanicos.

Alexandra fue la última en entrar, seguida de Sebastian y Duncan.

—Anne, por favor, avisa lord y lady Ashford, diles que los esperamos en la biblioteca y, por favor, prepara té caliente para todos.

—Y pastas —recalcó Clementine—, no te olvides de las pastas.

—Por supuesto, lady Clementine —afirmó con una inclinación antes de desaparecer.

—¿No te cansa comer tanto? ¡Dios! Tienes que tener una mandíbula de acero… —farfulló Rowena—. No sé cómo puedes tener esa figura tan perfectamente voluptuosa —farfulló haciendo referencia a las generosas, y atractivas, curvas de su hermana.

—Por eso la tengo, hermana, porque no me alimento solo de té —replicó.

—A la biblioteca —pidió Alexandra—. Todas. Ahora.

Lord Ashford estaba en la biblioteca leyendo, y se sorprendió al ver aparecer a todas sus hijas a esas horas de la noche por allí.

—¿Una mala representación? —interrogó, dejando a un lado el libro que leía.

Antes de que nadie pudiera responder, lady Ashford apareció por el pasillo contiguo, abanicándose como si el aire de la noche le hubiera provocado un repentino patatús.

—¡Oh, cielos! ¿Qué ha sucedido para que interrumpáis mi sueño a altas horas de la noche? Mis nervios, mis nervios… me vais a quitar la vida, niñas, ¿dónde están mis sales?

—Probablemente las hayas agotado todas, madre —murmuró Scarlett.

La biblioteca se llenó de murmullos, de pisadas, de crujidos de sillones y del incansable carraspeo de los trocos en la chimenea. Alexandra tomó asiento en uno de los sofás principales y cruzó las piernas con gesto decidido. Ivy se quedó de pie, a un lado, con los brazos cruzados y la mirada fija en un punto de la ventana que solo ella parecía ver.

—¿Y bien? —preguntó su padre—. ¿Qué sabemos? —interrogó pensando que habían descubierto mucho sobre la lista de pretendientes no deseados.

—Sabemos que Ivy se escabulle a callejones oscuros con condes irlandeses que aparecen en listas de pretendientes de dudosa reputación y desaparecen como fantasmas… —soltó Scarlett de carrerilla, sin respirar.

—También sabemos que Rowena fue atacada en el jardín la otra noche por un mosquito de dimensiones descomunales —añadió Clementine.

Rowena dio un codazo a su hermana en las costillas y dio un paso atrás, hasta que notó que tenía a alguien a su espalda… a ese mosquito que la señaló en el cuello.

—¿Un mosquito, lady Rowena? —susurró a su espalda y un escalofrío la recorrió por completo. Era una sensación extraña, porque sentía la piel erizada, fría, en contraste con el calor que hervía en su interior.

—Y que un príncipe nórdico de no sé qué país, se ha interesado por Ophelia —añadió Serena con gesto aburrido.

—¿Un príncipe? —interrogó su madre con los ojos como platos.

—Veo, madre, que ya no necesita las sales… —puntualizó Scarlett.

—Centrémonos, niñas, esto es algo serio, ¿un príncipe?

—Así que, madre, de todo lo que hemos dicho sobre callejones oscuros, escándalos y mosquitos salvajes, ¿solo se queda con la palabra ‹‹príncipe››?

—Silencio, Scarlett —la mandó callar con un gesto de la mano—. Ophelia, cuenta más. ¿Un príncipe?

—Todavía no hay nada que contar, madre —afirmó sin inmutarse, claro, era lo menos que se podía esperar para ella.

—Es suficiente, niñas, necesitamos ordenar lo que sabemos —irrumpió su padre.

—En resumen, padre —tomó el control Alexandra—. Cedric está claro que tiene interés en Rowena, lo deja claro cada vez que se cruzan. Creo que podría pedirle al rey que interceda para que conceda el matrimonio.

—Antes me prendo fuego —afirmó seria.

—Eres a prueba de fuego, querida, ¿si no qué cuerpo iba a resistir tu carácter? —afirmó Clementine con una risa traviesa.

—Lo digo en serio, padre, no pienso casarme con ese … con ese… con ese engendro, aunque me lo ordene mi rey.

Rowena temblaba, notaba la ira controlarla, pero, de pronto, sintió el calor de Duncan tras ella y eso la tranquilizó.

—Así que es prioritario que Rowena se comprometa.

—No lo haré, os lo he dejado claro muchas veces.

—Ay, mis sales, mis sales…

—Madre, no puede desmayarse cada vez que sucede algo grave, parece que lo hace tan solo para evitar tomar la responsabilidad —afirmó Serena, tan tranquila como siempre.

—Centrémonos, por favor, hijas mías o el que va a pedir sales voy a ser yo —se quejó su padre.

—Padre, dos cuestiones corren más prisa que las demás, que Rowena se comprometa y Declan De Rosse.

—Ese hombre... —empezó el conde Ashford—. ¿Qué sabemos de él exactamente?

—Que es escurridizo —respondió Blackwood—. Demasiado. No responde a nuestras invitaciones, ni acepta nuestros intentos de entablar conversación directa.

—Pero ha mostrado interés por Ivy —dijo Alexandra—. Demasiado.

—Interés... o una estrategia —añadió Duncan desde el rincón, con los brazos cruzados. Su mirada se desvió brevemente hacia Rowena, que hizo lo imposible por ignorarlo.

—Ivy, ¿tienes algo que decir? —preguntó su padre.

Ella dudó. Todos la observaban. Un segundo más y su madre ya estaría abanicándose de nuevo.

—Solo puedo decir que no me siento amenazada. Y que no creo que busque nada deshonroso.

—Oh, el amor siempre empieza así —suspiró Lady Ashford—. ¡Hasta que una se ve en ruinas, sin título y con un hijo bastardo en brazos...!

—¡Madre! —gritaron varias a la vez.

—Bien, bien —resopló lord Ashford levantando una mano—. Entonces, propongo una cosa. Si no conseguimos información a través de él, lo haremos a través de su hermana. Lady Eilis, ¿verdad?

—Eso iba a sugerir yo —dijo Alexandra—. Invitarla a tomar el té, que se sienta bien acogida. Que hable. Y con suerte, que se le escape algo.

—Muy bien pensado —admitió Lady Ashford—. Las mujeres hablan mucho. A veces hasta sin querer.

—Eso no ayuda, madre —musitó Serena.

—Y mientras tanto... —volvió a la carga lady Ashford con tono más relajado—, ¿qué hay del príncipe extranjero?

—¡Ah! Ese encantador caballero —afirmó Clementine.

—Un hombre con buen gusto —añadió Ophelia.

—¿Porque se fijó en ti?

—Bueno, y tiene un reino —replicó—. Eso no está mal y es familia de la reina.

—Un poco de orden, por favor, no vais a casaros todas con príncipes ni con condes fantasmas. Necesitamos alianzas reales y estabilidad, no coronas ni conflictos internacionales… —farfulló su padre.

—Por eso estamos hablando —señaló Alexandra con paciencia—. Estamos evaluando. Observando. Y lo más importante, cuidando unas de otras. Ninguna se casará con un hombre que no merezca su confianza.

—Ni que no le acelere el corazón —añadió Ivy con un susurro que casi nadie oyó. Casi.

—A mí me vale con que tenga una sonrisa bonita y no huela a establo —dijo Serena, ganándose una ronda de carcajadas—. ¿De qué os reís? Todos me parecen iguales…

—¡Silencio! —tronó lord Ashford, aunque incluso él sonreía por lo bajo—. Mañana, invitad a la hermana del conde. Que venga a tomar el té. Y mientras tanto, todas a descansar.

—Excepto Ivy —añadió Alexandra, levantándose—. Contigo, quiero hablar, ahora.

Y mientras las risas, cuchicheos y pasos se dispersaban por los pasillos de la casa, la noche cerró la puerta de la biblioteca con una mezcla de secretos, planes, y un torbellino de emociones por desatar.



—Ivy, ahora estamos solas, dime qué pasó.

—¿Solas? —interrogó mirando a Sebastian y Duncan.

—Nosotros ya nos retiramos —se despidió Sebastian con una inclinación de cabeza.

—Hasta mañana —se despidió Alexandra e Ivy pudo ver en la mirada de su hermana amor, lo que ella anhelaba—. Bien, ahora estamos solas, ¿qué pasó?

—Nada, pensé que era el hombre de la máscara con el que bailé y lo seguí.

—¿Y?

—Y…, ya está.

—A mí no me engañas, Ivy, sé que pasó algo.

—Me besó —soltó de golpe, notando como su rostro empezaba a colorearse.

—¿Te besó?

—Sí, y me gustó —añadió.

—Ivy, pero…, ¿y si solo busca tu fortuna?

—Pues estaría en un error, estamos en la ruina, ¿verdad?

—Eso es lo que me asusta que te busque por la fortuna y que cuando averigüe la verdad sea tarde para dar marcha atrás y sufras.

—No creo que busque mi dinero, tan solo creo que… nos comprendemos.

—Entiendo, estás decidida, ¿cierto? —Ivy afirmó. —¿Aunque no tenga fortuna?

—Lo he pensado, detenidamente, y lo cierto es que creo que no me importaría no tener lujos si lo tuviera a él.

—¿Te gusta de verdad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Sentí…, sentí magia.

—Entonces no hay marcha atrás…

—Es solo…

—¿Sí…?

—Sé que hay algo, algo que no es oscuro, me ha advertido que me aleje, pero no quiero.

—Está bien, forzaremos un encuentro.

Y, sin más, Alexandra salió de la habitación y la dejó a solas. Ivy pasó mucho tiempo allí, pensando en tantas cosas que, al final, agotada, cayó dormida sobre uno de los sofás frente a la chimenea y sus sueños estuvieron llenos de fantasmas cuyos besos eran de otro mundo.

Capítulo 19 Macarons

Ivy se miró en el espejo de nuevo, tal vez esperaba encontrar algo diferente en ella, pero todo se veía igual. Se llevó de manera inconsciente un dedo a los labios, pero lo apartó con rapidez cuando sintió que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo.

—Buenos días, milady. ¿Ya se ha vestido? Lo siento, quería dejarla descansar un poco más, ya que anoche se fue a dormir tarde.

—Sí, el barullo de anoche ha afectado a mi sueño —suspiró—. Pero no te preocupes, Anne, todo está bien.

—Lady Alexandra la espera en el salón.

—¿Tan temprano? Al parecer las malas noticias no tiene espera.

Ivy bajó las escaleras con un nudo en el estómago, había pasado toda la noche pensando en lo sucedido. En el beso, en su voz, en las advertencias… Había algo que no terminaba de encajar, aunque no tenía claro qué. ¿Por qué la tentaba y luego la alejaba? Si de verdad fuera a por su fortuna, ¿no sería más lógico que la intentara acercar más?

Ivy miró por la ventana de la bajada de la escalera, era uno de esos días de cielo limpio y brisa agradable que se colaba por los ventanales, era uno de esos días en lo que todo parecía estar en calma, pero en su salón principal reinaba una agitación silenciosa, como el aleteo de una mariposa.

Desde la puerta divisó a su hermana mayor, Alexandra. No podía ignorar lo hermosa que era, y esa actitud suya, como si el mundo le perteneciera, la hacía más atractiva si cabía. Y tal vez lo era, había encontrado el amor, ¿no era esa sensación comparable?

—Buenos días, Ivy —la saludó nada más verla.

—Buenos días, Alex.

—¿Una mala noche? —interrogó, aunque la respuesta era evidente—. He estado pensando toda la noche, ¿qué tiene de diferente?

Ivy guardó silencio, en realidad sabía a qué se refría su hermana sin tener que dar más explicaciones, pero la había dejado aturdida ante la inesperada pregunta.

Su corazón latía con intensidad, haciendo que su pecho subiera y bajara a toda velocidad. Tragó la saliva que, de repente, se había acumulado en su boca y cerró los ojos para liberar el aire que presionaba sus pulmones.

—Me ve, Alex, me ve a mí, pero de verdad. No solo este pelo rojo fuego —confesó agarrando uno de los mechones con su mano—, ni mis ojos verdes, ni mi cuerpo… me ve… —confesó.

Alexandra suspiró, ¿cómo luchar contra eso?

—Está bien, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que esta relación salga adelante, pero primero tenemos que asegurarnos de cuáles son sus intenciones.

—Yo también lo he pensado, Alex, pero si solo quisiera mi fortuna, ¿por qué me advertiría que me mantuviera lejos de él? ¿Por qué decirme que tengo tiempo de dar marcha atrás?

—Ya veo… Toma, lee —dijo entregándole una carta.

—¿Ha rechazado venir a casa? —preguntó.

—Sigue leyendo.

Ivy leyó la carta, Alexandra la había invitado a tomar el té en la mansión Ashford, sin embargo, lady Eilis De Rosse, con mucha cortesía, había declinado la invitación poniendo de excusa que prefería un lugar público.

—¿En Le Papillon Noir? —leyó Ivy en voz alta, con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¡Una cita para el té fuera de casa! —celebró Clementine, al escucharlo.

—Buenos días —la riñó Alex.

—Lo siento, he escuchado Le Papillon Noir y me he dejado llevar.

—Sí, parecías un trompo dorado dando vueltas sin parar —se burló Rowena.

—Dice que le encanta ese lugar y que sería mucho más apropiado para una conversación entre damas sin la presión de una casa ajena —explicó Alexandra, mientras plegaba la carta con un gesto medido.

—O quizá porque así evita que el conde De Rosse tenga que pisar esta casa... —murmuró Scarlett, que acababa de unirse a la conversación, con una ceja arqueada.

—Sea como sea, vamos a ir —sentenció Alexandra.

Pocas horas más tarde, un carruaje llevó a las hermanas Ashford hasta el corazón de Londres. Le Papillon Noir era una de esas joyas escondidas entre las calles más distinguidas, con una fachada elegante de madera oscura y detalles dorados, y el dulce aroma a pastelería francesa escapando por las rendijas de las ventanas.

Al entrar, fueron recibidas por un bullicio comedido de conversaciones elegantes, el tintinear de las cucharillas de plata y el inconfundible perfume de flores frescas. Una camarera las condujo hasta un salón reservado al fondo, donde los colores suaves y la luz tenue ofrecían una atmósfera más íntima.

Lady Eilis ya las esperaba, con un vestido color marfil y una sonrisa encantadora en los labios. Se levantó con elegancia al verlas.

—Lady Alexandra, lady Ivy, lady Clementine, lady Scarlett, lady Ophelia, lady Rowena y lady Serena, ¿verdad? —nombró, buscando la confirmación de que las había reconocido a todas—. Qué honor tan inesperado su invitación.

—Queríamos conocerla mejor, nuestra hermana Ivy solo tiene buenas palabras para usted —afirmó Alexandra con diplomacia.

La conversación fluyó con cortesía, entre tazas de té, risas medidas y comentarios sobre la ópera, la moda parisina y los tés florales. Ivy se mantenía en un segundo plano, observando cada palabra, cada gesto de Eilis, buscando pistas sobre su hermano.

—Debe ser muy distinto todo esto para usted. Londres no tiene el verdor de Irlanda, aunque lo compensa con exceso de dramatismo,

¿no cree?

—Oh, sin duda. Echo de menos los acantilados y la lluvia constante, aunque supongo que aquí también llueve, pero con más escándalo —afirmó asintiendo con corrección.

—¿Y qué los trajo a Londres, lady Eilis? ¿Negocios familiares? ¿Política, quizá? —interrogó Scarlett mirando su taza de té.

—Mi hermano necesitaba resolver ciertos asuntos pendientes, y Londres ofrecía oportunidades que Irlanda no le brindaban.

—¿Oportunidades financieras, tal vez? —se interesó Rowena.

Ivy se mantenía en segundo plano, atenta a cada palabra por si alguna era la pieza que faltaba en su puzle.

—Mi hermano es un hombre al que no le gusta hablar de dinero en voz alta. Dice que el que lo tiene no lo menciona, y el que no… tampoco debería.

—Una filosofía interesante. ¿Y planean quedarse mucho tiempo? —inquirió Alexandra.

—Dependerá de lo que… surja. Aunque no lo parezca, Londres puede atrapar más de lo que uno espera —susurró mirando a Ivy de manera disimulada, aunque no pasó desapercibida para ninguna de las hermanas.

—¿Y suele quedar atrapado su hermano con facilidad?

Nada más preguntar, Ivy se arrepintió, pero no había podido evitarlo. De todas formas, ya lo había dicho, así que no había nada que hacer.

—No todo. Solo lo que considera… valioso. Valioso de verdad —puntualizó Eilis mirándola a los ojos.

—Debe ser un consuelo tener un hermano tan protector, lady Eilis. Siempre velando por su bienestar, ¿no es así?

—Declan es… reservado. Pero sí, cuando quiere, puede ser el más obstinado de los caballeros. No hay muro que no escale si cree que alguien a quien quiere está en peligro.

—¿En peligro? ¿Acaso tienen enemigos? —preguntó con curiosidad Ophelia.

—No más que cualquier hombre que haya tenido que luchar por lo que es suyo. Aunque, a veces, la gente toma en serio a quienes no deberían y subestiman a quienes sí lo merecen. En el poco tiempo que llevo aquí me he dado cuenta de que en Londres hay hombres que fingen nobleza, pero llevan el veneno en el bolsillo. Mi hermano sabe distinguirlos mejor que nadie.

—Es un alivio, entonces —afirmó Alexandra dando otro sorbo a su té.

—Lo es. No hay persona más noble que mi hermano, aunque él piense que no está a la altura, pocos lo igualan —dijo de manera rotunda.

Ivy se moría de ganas de preguntar por qué pensaba que no estaba a la altura, y de quién, pero en ese instante la puerta del salón privado se abrió y un caballero de porte impecable y sonrisa encantadora entró con paso seguro.

—Perdonen la interrupción —anunció con un marcado acento francés—. No podía resistirme a saludar cuando me dijeron quiénes eran las damas presentes.

Clementine giró la cabeza y se encontró con los ojos oscuros y penetrantes del hombre que parecía la mano de Dios en la tierra predicando la moderación. Su rostro seguía siendo severo, aunque su mirada se había suavizado un poco. De pronto, todo se desvaneció en el salón, menos ellos.

—Vizconde Lucien Valois —lo saludó Clementine haciendo una leve reverencia.

—Lady Clementine Ashford —la saludó, haciendo una reverencia tan perfecta como su peinado—. A vuestra disposición.

Clementine pestañeó, sin poder evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—Pensaba, vizconde, que no me recordaría —replicó.

—Es difícil olvidar a alguien que defiende los placeres con tanto fervor.

—Al igual que a alguien que los combate con igual pasión.

—Solo los observo —replicó Lucien con calma—. Y saco conclusiones

—Cuidado con eso, vizconde. Observar demasiado puede llevar a perderse lo mejor.

—Me dejó claro, lady Clementine, que la vida está para disfrutarla sin restricciones. Y, si no recuerdo mal, añadió que de qué servía vivir si no se saboreaba cada instante.

—Con mesura —respondió con rapidez Clem—. Solo así se puede evitar el colapso que sigue a la indulgencia desmedida, ¿verdad? —repitió su conversación, palabra por palabra, de días atrás.

—¿Y qué lo trae por aquí, vizconde? —interfirió Alexandra.

—Soy el dueño de Le Papillon Noir —aclaró para sorpresa de todas. Lo cierto era que tenía sentido, él era francés—. La merienda de hoy es a cuenta de la casa. En breve les traerán algunos macarons, la especialidad de la casa y, si no recuerdo mal, uno de los dulces favoritos de Lady Clementine.

—Si lleva azúcar ya es su favorito —afirmó Rowena.

Todas rieron a la vez, disipando la tensión, y al momento una camarera apareció con una gran bandeja de macarons de todos los colores.

Clementine tomó un macaron, lo examinó como si fuera una pequeña obra de arte… y luego lo acercó a sus labios, sin apartar la mirada de Lucien.

—Moderación —dijo, con un deje burlón en la voz—. Nunca fue mi fuerte.

Lucien sostuvo su mirada un instante, pero no sonrió.

—Lo sé.

Y, sin añadir más, se inclinó con elegancia… y se alejó.

Clementine parpadeó una vez, como si no esperara que el vizconde fuera tan directo. Después, dio un mordisco al dulce.

—Bueno —dijo en voz baja Alexandra—. Esto se está poniendo interesante.

—Creo que a ese vizconde le gustas, Clem —añadió Scarlett.

—Temo decirte, querida hermana, que estás equivocada: represento todo lo él odia y él todo lo que odio yo.

—Me temo, lady Clementine —habló Eilis—, que tengo que estar de acuerdo con su hermana, ¿por qué si no se iba a pasar a saludar y a invitarnos a su postre favorito?

—Tal vez por Scarlett, Ophelia, Ivy… cualquiera de mis hermanas es más destacable que yo, pero no me importa, lady Eilis, con una bandeja de macarons tengo suficiente para ser feliz.

Lady Eilis rio divertida y ofreció la bandeja a Clementine como si le entregara el mayor presente de su vida.

—Lo cierto es que parecen trocitos de arcoíris —susurró Ivy.

—También son el dulce favorito de mi hermano —confesó, a lo que Ivy prestó atención.

—¿De verdad? —preguntó sin poder evitarlo.

—Oh, sí. Aunque nunca lo admitirá —dijo Eilis con una risita—. Declan tiene una extraña relación con las cosas dulces —añadió—. Siempre dice que no le gustan, pero desaparecen del plato si parpadeas.

Ivy sonrió, como si esa nimiedad se volviera una pista preciosa sobre un hombre cubierto de misterio. Se llevó el macaron a los labios. Llamativo por fuera, lleno de secretos por dentro. Como Declan.

Capítulo 20 Ya somos un escándalo

¿Disfrazarse? —Rowena dejó caer su cucharilla en la taza con un tintineo agudo—. ¿Estás diciendo que en lugar de un baile tradicional… vamos a organizar un carnaval en la mansión?

—No un carnaval —respondió Alexandra con calma, sirviéndose un poco más de té—. Un baile de disfraces. Hay una gran diferencia.

—¿Una gran diferencia? —interrogó Scarlett mirando a su hermana de reojo.

—Sí, aquí habrá misterio, elegancia, encanto…

—¿Y escándalo? —terció Scarlett, sin levantar la vista del periódico que hojeaba distraída—. Porque eso lo garantizamos.

—Ya somos un escándalo con o sin disfraces —replicó Ivy, removiendo el azúcar en su taza sin mucho entusiasmo—. Al menos esta vez tendremos una excusa para hablar con quién deseemos sin que nos reconozcan.

En ese momento, la puerta del comedor se abrió de golpe.

—Buenos días, hijas mías —dijo su madre en voz baja y ronca.

—¿No ha descansado bien, madre? —se atrevió a preguntar Serena.

—¿Descansar? ¿Acaso mis hijas me lo permiten? Vivo presa de las sales para controlar mis nervios... ¿Planeáis el próximo baile? —preguntó cambiando de tema tan deprisa que las dejó por un instante confusas.

—Buenos días, madre —murmuró Alexandra con paciencia—. Sí, madre, un baile de disfraces.

—¡Oh, cielos! ¿Qué idea es esa? ¿Más locuras? ¿Más motivos para que me fallen los nervios? ¿Dónde están mis sales? —exclamó lady

Ashford, abanicándose con furia y dejando caer su chal sobre una silla—. ¿Buenos días? ¡Cuando mis hijas planean un aquelarre en forma de baile de máscaras! ¡Como si no tuviésemos ya suficiente con las habladurías, los susurros y ese asunto con el pastelero que aún no he terminado de entender! —protestó, posando teatralmente una mano en la frente.

—Es solo un baile, madre —comentó Serena entre bocado y bocado—. Con antifaces y candelabros. Nada más.

—¡Ah, claro! Y quizás un par de caballeros que pierdan la compostura entre los cortinajes. ¡Qué escándalo! ¡Qué desgracia para esta familia! —gimió la señora Ashford, dejándose caer en una silla como si el mundo se le viniera encima.

—¿Puedo ir de ninfa del bosque? —preguntó Serena con un inesperado y repentino entusiasmo—. Con una corona de flores y alas de tul…

—Si tú vas de ninfa, yo quiero ser algún dulce —murmuró Clementine—. A ver si así alguien se atreve a rechazarme un baile.

—Yo iré de guerrera —dijo Rowena, cortando una tostada con energía—. Arco, capa, botas altas. Nada de plumas ni encajes.

—¿Y tú, Ophelia? —preguntó Alexandra, sabiendo que su hermana aparecería envuelta en oro.

—Una reina oriental. Lentejuelas, velos, y un abanico de escándalo.

—Eso suena muy tú —comentó Scarlett—. Yo aún estoy decidiendo entre una dama de la corte de Luis XIV o una cazadora de mitos griegos. Algo con historia... y dramatismo.

—O ambas —replicó Clementine, dándole un mordisco a un cruasán—. ¿Y tú, Ivy?

Todas las miradas se giraron hacia ella.

—Iré de sirena —dijo con una sonrisa tranquila—. Verde, por supuesto. Algo que me esconda y me revele al mismo tiempo.

—Eso se puede arreglar —afirmó Alexandra con decisión—. Encargaré una máscara de encaje esmeralda y un vestido acorde. Místico, elegante y con un toque de desafío. Como tú.

Ivy alzó la mirada y sonrió con suavidad.

—Me marcho, no soporto esta conversación, un baile de disfraces...

—Madre, puede ir de bote de sales, así no tendrá que pedirlo a cada instante —dijo Scarlett.

—¡Vais a ser mi ruina!

—¿No lo ha sido ya padre? —farfulló Rowena.

—¡¿Qué ha dicho?! ¡Oh, mi pobre corazón! ¡Esto es el final, el mismísimo final! ¡Las campanas del escándalo ya repican en la calle! —se lamentó—. Me voy... ¡a por mis sales!

Las hermanas no pudieron contener las carcajadas y cuando su madre cerró la puerta, la calma llegó a su vez.

—La noche de la ópera, me besó —soltó de pronto Ivy, rompiendo el silencio.

La cuchara de Serena cayó sobre el platillo con un golpecito seco. Ophelia se atragantó con el té

—¡Lo sabía! —soltó Clem triunfal.

—¿Qué? —preguntó sorprendida Serena, y eso era todo un logro.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué no nos lo contaste esa noche? —soltó Scarlett en una andanada imparable.

—Fue cuando iba a empezar el segundo acto de la representación —explicó Ivy, encogiéndose de hombros—. Lo vi entre las sombras y lo seguí. No sabía si era él, pero aun así fui tras él.

—¿Y después? —interrogó Clem con la boca llena de cruasán.

—Acabamos en un callejón.

—¿En un callejón? ¿Estás loca, lady Ivy Ashford? —gruñó Ophelia —. ¿Y si alguien te hubiera visto? ¿Has pensado en las consecuencias? No solo para ti…

—Claro, piensa en las demás, Ivy, está en juego una corona —se burló Clementine.

—Lo siento, tan solo… sucedió. No fue algo planeado.

—¿Y fue… un buen beso? —preguntó Clementine, apoyando el mentón sobre una mano.

—Fue... —Ivy cerró los ojos un instante—. Fue como si todo dejara de hacer ruido por un momento. Como si nada más existiera.

—Eso suena a problema —murmuró Rowena—. Porque cuando dejan de hacer ruido… empiezan los verdaderos líos.

—Problema de los grandes —corroboró Alexandra.

—¿Y él qué dijo? ¿Que te amaba perdidamente, que quería fugarse contigo, que va a escalar tu balcón esta noche? —ironizó Scarlett.

—Me dijo que me alejara —confesó Ivy con un suspiro.

—¡Ah, un clásico! —suspiró Serena—. Te beso, pero mantente lejos.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Ophelia.

—Necesito pensar en todo, supongo. Pero también iré al baile. Tengo la esperanza de que el disfraz le haga dejar de tener miedo a lo que sea que tema, o que me confiese sus secretos… ¿Creéis que él irá? —preguntó. Tenía sus dudas y esa era la pregunta que de verdad deseaba hacer.

—¿El conde De Rosse? —Scarlett alzó una ceja—. Por supuesto que irá. No se perdería por nada un evento en el que nadie puede reconocer a nadie. Se sentirá como pez en el agua, ¿no decís que es como un fantasma?

—El de la ópera —bromeó Row.

—Y tú —añadió Clementine con tono dramático—. Tú irás disfrazada de tentación y él caerá rendido. O no es un verdadero conde.

—No quiero que caiga rendido —murmuró Ivy—. Quiero que me elija… aunque no sepa quién soy. Quiero que me elija por quién soy —susurró esa última parte.

—Romántica —bufó Rowena—. Siempre fuiste peor que Serena.

—Yo no soy romántica —protestó Serena con la boca llena de scones, soy demasiado perezosa para eso.

—¿Solo perezosa? —añadió Scarlett.

—Y adorable —concluyó Alexandra, dando por finalizada la discusión—. Muy bien, que cada una piense bien su disfraz. Esta

noche le diré a padre que nos dé libertad total para decorar el salón como un baile veneciano. Con luces, máscaras, cortinas de terciopelo, músicos…

—Y un rincón oscuro para los secretos —añadió Scarlett—. No olvides eso.

—¡Secretos! ¡Escándalos! ¡Ay, mis pobres nervios! —gimió su madre desde algún lugar del pasillo.

La mesa estalló en risas y cuchicheos mientras las hermanas se lanzaban ideas de disfraces, posibles candidatos con los que bailar, y teorías sobre quién se atrevería a asistir sin revelar su rostro. Pero Ivy se mantuvo en silencio, imaginando una sala llena de desconocidos, una suave melodía flotando en el aire, y una figura misteriosa que quizá no sabría quién era ella, pero ella si sabría quién era él.

Y con eso bastaba para querer que la noche del baile llegara cuanto antes. Porque tal vez, esa noche, el destino, al fin, se quitaría la máscara.



Su habitación estaba en penumbra, aunque no le importaba, el día había sido agotador. Sobre su cómoda divisó una carta lacrada que llamó su atención. ¿De quién podría ser? ¿Por qué ningún sirviente la había avisado de que tenía correspondencia? Se acercó despacio, dejando que su mente vagara por los miles de posibilidades que se paseaban en su mente.

El pulso le tembló un poco cuando la tomó, era de color marfil, el sello, de un rojo intenso, destacaba contra el pálido fondo. Al romperlo dejó escapar un suspiro, como si la hubiesen rasgado a ella. Desdobló el papel, y leyó:

«Querida lady Ivy,

A veces, la luz más brillante no es la que todos admiran, sino la que

arde en silencio, esperando que alguien se detenga a verla de verdad.

Usted ha aprendido a encarnar una perfección que deslumbra sin necesidad de explicaciones, pero… ¿no le cansa que nadie pregunte qué hay detrás de esa belleza?

Tal vez ha llegado el momento de dejar que alguien cruce ese umbral. Que alguien —incluso si no parece el indicado— la vea de verdad.

Con afecto,

Alguien que solo desea que deje de esconderse››.

—¿Quién…? —se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que no iba a obtener una respuesta.

Un leve golpe en la puerta la devolvió a la realidad.

—Adelante —dijo con suavidad y antes de que pudiera guardar la misiva, Alexandra abrió la puerta y como atraída por un imán sus ojos se fijaron en ella.

—Buenas noches, solo quería ver cómo estás. ¿Y, esa carta?

—La verdad es que no lo sé —confesó, si estaba harta de algo era de secretos.

—¿Por casualidad…? —comenzó Alex, aunque se detuvo.

—Por casualidad, ¿qué?

—Nada, es que he pensado que tal vez…

—¿Sí? —insistió curiosa.

—Recibí una carta anónima hace días, eres la primera que lo sabe.

—De…, ¿verdad? —Alex asintió—. ¿Y qué decía?

—«Querida lady Alexandra,

El orgullo es una virtud que solo es valiosa cuando no se convierte en un muro que nos aísla de los demás. A veces, en la vida, nos encontramos con personas que, a pesar de su apariencia exterior, tienen más que ofrecer de lo que en un principio percibimos. Quizás sea hora de mirar más allá de las primeras impresiones y ver lo que de verdad podría estar a su alcance si permite que su corazón guíe tanto, o más, que su mente.

Con afecto,
Alguien que solo desea lo mejor para usted» —dijo de carrerilla—. Me la sé de memoria.

Al ver la expresión de su hermana supo que su carta era similar, su intuición no había fallado.

—¿Qué dice la tuya?

—«Querida lady Ivy,
A veces, la luz más brillante no es la que todos admiran, sino la que arde en silencio, esperando que alguien se detenga a verla de verdad.
Usted ha aprendido a encarnar una perfección que deslumbra sin necesidad de explicaciones, pero… ¿no le cansa que nadie pregunte qué hay detrás de esa belleza?
Tal vez ha llegado el momento de dejar que alguien cruce ese umbral. Que alguien —incluso si no parece el indicado— la vea… de verdad.
Con afecto,
Alguien que solo desea que deje de esconderse›› —releyó en voz alta.

—Está claro que, sea quien sea, nos conoce bien.

—No quiero más misterios en mi vida —suspiró—. ¿La ha recibido alguna más?

—Que yo sepa solo nosotras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Parecen una advertencia y a la vez es como… si nos animara a derribar las barreras que nos imponemos.

—¿Crees que es por Declan?

—No lo tengo claro, aunque cuando leí la mía, pensé lo mismo, que si era por Sebastian.

—Supongo que tendremos que esperar para desvelar la verdad.

—Supongo, es tarde, descansa.

—Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, Ivy.

Capítulo 21 Drama, mucho drama

La mañana siguiente, la mansión Ashford se despertó con una energía distinta. Madame Beaumont había enviado, la tarde anterior, una nota urgente: debían pasarse para la prueba de los disfraces si querían asegurarse de que todos quedaran perfectos para el baile. Y eso, en una casa con siete hijas y una madre propensa al desmayo, solo podía significar una cosa: caos.

El mismo que se había formado en la tienda nada más entrar las siete hermanas. Las ayudantes de Madame Beaumont iban de un lado a otro sin parar, tomando medidas, ajustando cinturas y sofocando crisis menores.

—Si alguien vuelve a pisarme el dobladillo, juro que usaré esas tijeras para cortar algo que no sea tela —bufó Rowena, mientras se subía a un pequeño estrado.

—No te pongas dramática —replicó Scarlett sin apartar la vista de su propio reflejo en el espejo.

—Dramática vas a ir tú, con esta capa negro noche.

—¿Verdad? Me encanta. ¡Mirad qué vuelo!

—Parece que vas a un entierro de postín —dijo Clementine mordisqueando un macaron que había escondido en su bolso. Madame Beaumont la fulminó con la mirada, pero ya estaba acostumbrada a los excesos de las Ashford.

—¡Señorita Clementine, por caridad! ¡Los macarons están prohibidos cerca del tul!

—Pero no cerca de mi corazón —sonrió ella, guiñando un ojo mientras pasaba un dedo por una muestra de lentejuelas doradas.
Una de las aprendices de costura soltó una exclamación ahogada al ver que Serena se había envuelto por completo en un rollo de gasa

blanca.

—¡Lady Serena! ¡Eso no es un chal!

—Estoy probando un concepto —replicó con tono soñador—. ¿Y si fuera una nube? Una nube melancólica, flotando por el salón sin rumbo.

—Más bien pareces un fantasma mal cosido —añadió Scarlett desde su esquina, ajustando su capa de gasa negra con dignidad fúnebre.

En el otro extremo del salón, Madame Beaumont tropezó con una montaña de telas mientras perseguía a Clementine, que había cambiado de idea por tercera vez.

—¡No puedo diseñar si usted no se queda quieta, mademoiselle!

—Es que no puedo decidir si quiero parecer un postre… o una tentación. ¿Se pueden combinar ambas cosas?

—¡Tentada estoy a dejar que me dé un ataque al corazón! —gimió Madame Beaumont, llevándose una mano a la frente.

—Decidido —afirmó dando un bocado al macaron que la obligó a cerrar los ojos por el placer del bocado—. ¡Iré de macaron!

El silencio se hizo por primera vez en la tienda desde que entraron, nadie, absolutamente nadie, esperaba que Clem decidiera ir de macaron.

—¿Está usted segura de que quiere ir disfrazada de macaron, lady Clementine? —interrogó Madame Beaumont con voz cargada de escepticismo.

—Oh, totalmente segura —afirmó Clementine con convicción—. A punto he estado de elegir ir de cruasán, pero me temo que los cuernos serán un incordio para bailar.

Un estallido de carcajadas recorrió la sala.

—Al menos vosotras tenéis claro de qué queréis disfrazaros —murmuró Ivy desde una esquina, observando los bocetos de su vestido—. Yo aún dudo...

Madame Beaumont se acercó con una sonrisa afilada.

—Ah, mi sirena. No tema, su vestido está quedando... único. Verá, este verde no es cualquier verde. Es el verde de las

profundidades donde se esconden los secretos. Y su máscara…, ¡oh! Su máscara está pensada para hechizar sin mostrar.

—Eso espero —susurró Ivy, sin apartar la vista del diseño.

—¿Esperas hechizar a alguien en particular? —intervino Clementine con voz melosa, levantando las cejas.

—¡Oh! ¡No me digáis que vamos a hablar del conde otra vez! —interrumpió Ophelia, que acababa de salir de un probador envuelta en un mar de velos y oro—. Lo vais a convertir en un cuento de esos que las institutrices susurran para asustar a las debutantes.

—Es que ya lo es —afirmó Scarlett con teatralidad—. ¡Una sombra en la noche! ¡Un espectro entre bailes! ¡Un conde que besa y desaparece! Por cierto, ¿tienes que llevar oro en cada centímetro de tela? —soltó cruzada de brazos.

—¿Y tú tienes que vestirte como una tragedia griega cada vez que puedes? —replicó Ophelia mientras se miraba en el espejo.

—Una tragedia con estilo —puntualizó Scarlett con una sonrisa arrogante.

—¿Y no se ha sabido más de su hermana? —preguntó Alexandra, dejando por un momento las telas y volviéndose hacia Madame Beaumont.

—¿Lady Eilis De Rosse? —repitió la modista, pensativa—. Ha hecho ya dos encargos esta semana. Muy discretos, de buen gusto. Una mujer educada, aunque difícil de leer.

—¿Se relaciona con alguien? —preguntó Scarlett—. ¿Algún círculo social? ¿Algún interés?

—La he visto en Le Papillon Noir y en la galería de arte. Siempre sola. Pero poco más. Como si se moviera con cuidado.

—¿Y qué sabemos del conde? —preguntó Scarlett, bajando la voz sin poder evitarlo.

—Nada que se diga en voz alta, milady —replicó Madame Beaumont con una sonrisa tensa—. Aunque. si quiere rumores, le puedo ofrecer más variedad que cintas de satén.

—¿Cómo cuáles? —se interesó Alex.

—Algunos murmuran que hay caballeros que presumen de una fortuna ya perdida… y que ahora cazan dotes, como quién caza presas, para saldar sus deudas —murmuró.

—¿Y de quién se habla?

—Oh, mademoiselle, no podría decirle nombres, sería una indiscreción. Sin embargo, he escuchado decir que uno de ellos tiene vínculos con la familia real.

Todas pensaron en Cedric, no había duda. Rowena imaginó que tenía un arco en las manos, lo tensó y disparó su flecha imaginaria.

—Interesante... —murmuró Alexandra.

—¡Lady Serena, deje de pinchar los cojines de las agujas! —gritó Madame Beaumont, volviendo a perder la compostura.

—Estoy explorando texturas —respondió Serena con total tranquilidad.

—¿Y usted, lady Scarlett? —preguntó entonces la modista—. ¿Finalmente se ha decidido por su disfraz?

Scarlett se volvió hacia ella con una sonrisa que podía cortar el aire.

—Iré de cuervo —dijo—. No uno común, claro está. Uno mitológico. Con alas de gasa negra, una capa con vuelo, y una máscara tallada como si fuera azabache. Que me vean entrar y no sepan si he venido a bailar… o a llevarme un alma.

—¡Magnifique! —exclamó Madame Beaumont, llevándose las manos al pecho—. ¡Oscuridad y elegancia! ¡Eso sí es un concepto!

—Oscuridad y dramatismo —añadió Scarlett con una inclinación de cabeza—. Nunca se tiene suficiente.

—Es suficiente —intervino Alexandra con una ceja levantada—. Concentrémonos en lo tangible. El tul, las perlas y que Serena no acabe yendo envuelta en una sábana.

—Estoy considerando la opción, ¿sabéis? Blanca, vaporosa… y cómoda —dijo Serena desde un diván, con el brazo extendido dramáticamente sobre el respaldo y un suspiro digno de una heroína de épicas batallas.

Madame Beaumont se giró y la vio. Parpadeó. Tragó saliva. Dio un paso hacia adelante.

—¡Lady Serena, por amor al decoro y al hilo de oro, eso no es un diván para desmayos teatrales! ¡Es una obra de arte para observar tejidos, no para inspirar óperas!

—Estoy inspirando, madame. Inspiración, espiración… ¿ve? Respirar es lo único que me queda entre tanta organza —musitó Serena sin moverse un centímetro.

—¡Ah! —exclamó la modista, llevándose una mano al corazón. Retrocedió, tropezó con una caja de sombreros y lanzó un chillido agudo mientras se tambaleaba.

—¡Cuidado con los tocados! —gritó una de las asistentes, sujetando a Madame Beaumont justo antes de que cayera sobre una montaña de capas sin rematar.

—¡Traed agua! ¡Y sales! ¡Y una silla firme, por todos los hilos de Lyon! —chilló Madame Beaumont—. ¡Voy a perder el conocimiento! ¡Me están matando poco a poco, una puntada a la vez!

—Por un momento, me ha recordado a madre —afirmó Rowena.

—¿Eso significa que puedo llevar la sábana? —preguntó Serena, inocente, acomodando mejor el cojín bajo su nuca.

Scarlett, que había estado ajustándose la capa negra frente al espejo, giró lentamente y contempló la escena con deleite.

—¿Ha colapsado por tu culpa? Qué privilegio —susurró con una sonrisa torcida, agitando su abanico como si orquestara el caos.

—¡Esto no es una casa de locos! ¡Es una casa de moda! —sollozó Madame Beaumont mientras un par de asistentes le daban aire con retazos de encaje.

—Técnicamente, es ambas —comentó Ophelia, examinando una tira de pedrería con desinterés—. Y debería acostumbrarse, madame. Somos muchas, y aún queda el encaje.

Desde su rincón, Ivy no pudo evitar sonreír. La escena tenía algo de coreografía desordenada, de comedia escrita sin guion. En medio del bullicio, de los sarcasmos y del vaivén de las telas, supo que, a pesar de todo, el vestido estaría listo. Y ella también.

Justo entonces, la puerta de la tienda se abrió con brusquedad.

—¡Por el amor del cielo! —exclamó una voz desde el umbral—. ¿Cuánto escándalo puede formar un solo apellido?

Lady Ashford apareció en escena, con el sombrero ladeado y un pañuelo perfumado agitado ante la nariz, como si temiera que las costuras pudieran intoxicar el aire.

—¡Estoy teniendo palpitaciones! Y no por ver tanto tul en movimiento —se quejó con tono lastimero.

—¡Madre! —corearon varias voces, algunas sorprendidas, otras resignadas.

—¡Madame Beaumont! ¿Puede usted explicarme por qué Serena está tumbada como si hubiese perdido la voluntad de vivir? ¿Y por qué Scarlett parece un cuervo recién salido de una tragedia griega? ¡Esto no era lo acordado!

—Madame, le ruego calma —intentó la modista, a punto de perder los nervios—. La creatividad florece en ambientes así...

—¡La creatividad no cierra compromisos de bodas! —interrumpió Lady Ashford, lanzando una mirada fulminante a Alexandra—. A este paso, no os casaréis antes del apocalipsis… ¡o peor, antes de la próxima temporada! No puedo quedarme a presenciar cómo convertís una simple prueba de vestuario en un acto de rebelión. Me esperan para tomar el té y no pienso llegar con los nervios rotos.

—Perfecto, madre nos vemos en casa —dijo Alexandra.

—Madre —la llamó Scarlett—, no olvide sus sales.

Más tarde, tras abandonar la tienda, las hermanas decidieron aprovechar el mediodía para almorzar fuera. El cielo, encapotado como de costumbre, dejaba filtrar una luz grisácea que parecía envolver las calles en un velo de calma. El bullicio del mercado

cercano contrastaba con el andar sereno de las Ashford, que caminaban por una de las avenidas más discretas del West End. Al doblar una esquina, encontraron un salón de té con ventanales altos y una entrada modesta: ‹‹The little Camelia››, un lugar conocido por su discreción y por servir los bollitos de crema más delicados de la ciudad.

Al cruzar el umbral, las campanillas de la puerta tintinearon con suavidad. El interior era cálido, decorado con paneles de madera clara, cortinas florales y el aroma embriagador del té de jazmín recién servido. A lo largo del salón, varias damas conversaban entre susurros y risas contenidas.

Fue Ophelia quien lo vio primero.

—No giréis la cabeza, pero la dama del ventanal... es ella —susurró con tono neutro.

Ivy alzó la vista con discreción. Allí estaba Lady Eilis De Rosse, sentada junto al cristal empañado, con las manos sobre una taza de porcelana. El rostro impecable, aunque su mirada parecía distante. No estaba sola.

Un hombre alto, vestido con sobriedad exquisita, se inclinaba hacia ella. Solo se veía su espalda: el cuello del abrigo perfectamente alineado, el cabello oscuro peinado con pulcritud, y una postura que hablaba de control absoluto. Ivy sintió un vuelco en el estómago antes de que el hombre siquiera se moviera.

Entonces ocurrió.

Él levantó la cabeza. Como si hubiese sentido su presencia.

Giró apenas lo necesario. No más de un suspiro. Lo suficiente para que Ivy viera la línea de su mandíbula, la sombra de un perfil que ya conocía por memoria más que por experiencia.

Y, de pronto, se desvaneció entre las sombras del pasillo lateral.

—¿Habéis visto eso? —murmuró Scarlett sin parpadear.

—¿Te refieres a la aparición espectral que se ha desvanecido como el humo? —ironizó Clementine, quitándose los guantes con una lentitud exagerada.

—El conde —susurró Ivy, más para sí misma que para las demás.

No dijo más.

El aire le resultaba pesado en los pulmones, como si la atmósfera se hubiese espesado de repente. Cada músculo en su cuerpo sabía que él estaba cerca. Que el momento no había pasado, que apenas comenzaba. Se excusó con una frase seca y tomó dirección al tocador sin esperar respuesta.

Sus pasos resonaban con una cadencia extraña en el suelo de madera. No era prisa, era necesidad. El pasillo lateral estaba semioscuro, apenas iluminado por un candil tembloroso. Ivy avanzó. Lo sentía. La tensión. La electricidad. El peso invisible que siempre traía consigo ese hombre.

Entonces, su voz.

—No se gire, lady Ivy.

Se detuvo al instante.

El corazón golpeaba su pecho con tal fuerza que por un momento temió que él lo escuchara.

—Solo… un momento —repitió la voz, más cerca—. Así, como está. No me mire, por favor.

Ivy cerró los ojos. Contuvo el aliento.

—¿Por qué, milord? —susurró sin moverse.

La pausa fue tan densa que casi dolía. Cuando respondió, su voz era más grave. Más íntima.

—Porque si me mira… tendré que desaparecer.

Ella apoyó una mano en la pared, buscando algo sólido.

—Fue usted quien me pidió que me alejara—musitó—. Sin embargo, es usted también quien está siempre cerca.

Silencio. Un silencio que la envolvía como una promesa rota.

—Y, a pesar de todo, no se aleja —susurró.

—Usted fue quien marcó la distancia entre los dos —susurró, apenas tenía voz.

¿Por qué romperla?

Silencio de nuevo. Solo podía escuchar el latido de su corazón. Atronaba bajo su pecho: firme, fuerte, acelerado. Igual que su

respiración, que sus ganas de darse la vuelta, de enfrentarlo, de besarlo de nuevo.

—Porque usted, milady, nunca da un paso atrás —replicó con un tono que Ivy no tuvo claro si era reproche o rendición.

La frase la atravesó. No por las palabras, sino por el modo en que fueron pronunciadas. Como si fueran verdad. Como si fuesen un castigo que ambos compartían.

—La noche del baile —continuó él, ahora tan cerca que Ivy sintió el calor de su aliento— cuando las máscaras cubran lo que el mundo cree ver… búsqueme.

Ella no respondió. No podía.

Abrió los ojos muy despacio, pero ya no estaba. El pasillo había recuperado su aire frío. El silencio. La normalidad fingida.

Y, sin embargo, algo había cambiado.

No fuera, sino dentro de ella.

Como si las palabras que no se dijeron acabaran de marcar un camino que, aunque aún no entendía, sabía que iba a seguir. Tal vez lo supo desde la primera vez que habló con él.

Capítulo 22 Lo no dicho…

La campanilla sobre la puerta tintineó con suavidad cuando Ivy entró en la librería. Alexandra decidió regresar a casa con las demás; enviaría el carruaje a por ella más tarde. Quería darle ese espacio que no había pedido… pero que tanto necesitaba.

Ella, mejor que nadie, era consciente de la lucha interna que en ese momento vivía en su interior. No había nada peor que una guerra con una misma, una guerra entre lo que debería hacer y lo que deseaba.

Ivy descendió del carruaje sin decir palabra, sin embargo, mientras el vehículo se alejaba, un nudo se apretó en su estómago. No era la primera vez que visitaba aquella librería, pero esta vez sentía que no buscaba un título, sino respuestas. Caminó despacio por la acera adoquinada, como si temiera que un paso en falso bastaría para que todo se desmoronara. ¿Y si lo encontraba? ¿Y si no?

La idea de Declan flotaba en su mente como una sombra persistente, como un libro cuya portada conocía, pero cuyas páginas no se atrevía a leer del todo.

—¿Qué sucederá si de verdad está en la ruina? Nunca había visto a Ivy… así —dijo Scarlett con tono serio.

—Cierto, por lo general ignora a todos.

—Si os soy sincera, no lo sé. Aunque creo que daría igual su fortuna, o falta de ella, si sus sentimientos por ella son, en efecto, genuinos.

—¿Daría igual? —demandó Ophelia, aterrada.

—Alexandra prometida con un duque, tú con un príncipe… creo que las demás nos podemos relajar —afirmó Rowena.

—Tú, desde luego, no —soltó Clementine—. Ese lord Cedric ha dejado claro que eres su objetivo.

—Por favor, no me lo recuerdes, Clem. Haces que sienta ganas de vaciar el estómago.

—Pero no va desencaminada, Row. Ahora mismo tu destino pende de un hilo —apoyó Alexandra—. De ahí la importancia de que te comprometas.

—¿Y si no quiero?

—Te arriesgas a que el rey te comprometa con Cedric.

—¿No se solucionaría todo si le dice que está en la ruina? —preguntó Serena, sin emoción alguna.

Alexandra cerró los ojos un segundo, agotada. Por supuesto que se solucionaría… si fuera verdad.

—Dejemos la conversación por ahora, empiezo a tener jaqueca.

—Ten cuidado, o pronto te veo pidiendo sales… —se burló Scarlett.



El interior del local era un santuario de madera oscura, alfombras desgastadas y olor a tinta antigua. Las paredes estaban cubiertas hasta el techo por estanterías, y las columnas parecían sostener tanto libros como secretos. Apenas había luz: solo algunos candiles proyectaban sombras tibias, y el mundo exterior quedaba atrás como si nunca hubiera existido.

—Buenos días, lady Ashford.

—Buenos días, señor Thompson.

—¿A por un nuevo ejemplar? —se interesó.

—Quizá uno que me ayude a entender lo que nadie parece querer decirme —respondió ella con una sonrisa débil.

Thompson asintió con la serenidad de quien ha escuchado muchas confesiones disfrazadas de peticiones de lectura.

—En ese caso, le recomendaré no uno de ficción, sino uno que la confunda más. A veces, es lo único que pone las ideas en orden.

Ivy soltó una leve risa. Era reconfortante aquella rutina, como una pausa en un mundo que parecía haber girado demasiado deprisa en las últimas semanas.

Ivy avanzó despacio por el pasillo más alejado, rozando los lomos encuadernados con la yema de los dedos. Su vestido creaba apenas un susurro al rozar la alfombra, sin embargo, lo supo: no estaba sola. Lo sintió antes de verlo. Un leve crujido de madera, un cambio sutil en el aire. Alguien más estaba allí.

No cruzó pasillos para buscarlo. Se internó entre los estantes como si se dejara guiar por algo invisible. Y entonces, su voz. Grave, contenida, como el crujido de una rama bajo la nieve.

—Siempre pensé que los libros eran más sinceros que las personas —dijo él, al otro lado de la estantería.

Ivy se detuvo. No podía verlo, pero el tono le era inconfundible.

—Los libros no mienten —respondió ella—. Solo esconden sus verdades entre líneas. Como algunos hombres.

Silencio.

Después, pasos suaves. El sonido de un dedo deslizándose sobre un lomo de cuero envejecido.

—¿Ha leído alguna historia en la que el misterio no arrastre consigo una sombra?

—Sí. Pero no suelen acabar bien.

—Ni mal. Solo acaban. Y eso ya es más de lo que muchos pueden decir.

Ivy apoyó una mano sobre la estantería, como si pudiera percibir su presencia al otro lado.

—¿Por qué sigue persiguiéndome?

‹‹Ivy recordó una conversación con Alexandra meses atrás, durante una tarde de costura interrumpida por risas y confesiones.

—Uno no elige de quién se enamora —le había dicho su hermana mayor con una expresión que era mitad advertencia, mitad suspiro.

—Entonces, ¿qué se elige?

—Elegimos si dar ese paso al frente… o si retroceder.

Y en ese momento, mientras se apoyaba contra la estantería de roble, Ivy comprendió que, tal vez, ya había dado el primer paso sin darse cuenta››.

El silencio fue más largo esta vez. Tan largo que creyó que se había ido. Entonces, su voz, rasgó el aire, más suave: casi imperceptible.

—Porque pensé que era lo correcto. Y cuanto más lo pienso… más me doy cuenta de que lo correcto nunca me ha llevado a ningún sitio.

Ivy cerró los ojos un instante. Sus corazones parecían hablar a través del roble pulido y las encuadernaciones.

—¿Va a ir al baile, milord?

—Sí, a menos que me ruegue encarecidamente que no asista.

Ella tragó saliva.

—Espero no reconocerle —dijo, sin embargo.

—Espero que no lo haga —dijo él, y sonaba como una súplica—. Porque si lo hace, quizás diga algo que no debería. Algo que podría terminar con todo esto.

Ivy sonrió con tristeza.

—Entonces baile conmigo antes de que lo reconozca. Antes de que yo misma lo haga.

—Creo que eso no es más que una fantasía infantil…

—¿El qué?

—El no reconocerla. Es diferente a cualquier otra.

—¿Es un halago, lord De Rosse?

—Por supuesto, lady Ivy.

—No lo comprendo, entonces ¿por qué me aleja?

—Porque creo que cualquier otro hombre sería mejor opción que yo.

—Sin embargo, no he permitido a ningún otro hombre en Londres acercarse a mí —reveló.

—Y usted no hace más que ponerme las cosas más difíciles… —masculló, no podía evitar sentir que su pecho se llenara porque ella había dejado claro que él era el primero al que había permitido acercarse.

—¿Acaso no he dicho más que la verdad?

—Ese es el problema…

—¿Tiene intención de regresar a Irlanda? —preguntó de repente —. ¿Por eso su hermana parecía tan desolada?

—Tenía la intención de regresar cuando solucionara el problema que me trajo hasta aquí… —se interrumpió, soltando un suspiro.

—¿Ya no?

—Ahora las cosas no son tan claras. Están tomando un color verde que me roba el sueño…

Ivy apoyó la frente contra el lomo de un libro, sin atreverse aún a moverse. Sentía que algo dentro de ella había cedido, como una cuerda que llevaba demasiado tiempo tensa. No sabía si era alivio, miedo o algo que se parecía demasiado a esperanza. Por un instante, deseó que el tiempo se detuviera allí, entre páginas y secretos, en ese rincón donde no necesitaba fingir, donde podía ser solo una mujer intentando entender lo que sentía.

Un libro fue extraído. El susurro de las páginas al abrirse. Luego, un suave desliz sobre la madera: lo había dejado allí, entre estanterías, sin mostrarse.

—Pág. 112. Léala cuando esté sola.

Y los pasos se alejaron, envolviéndose con las sombras, la madera y el polvo. Ivy no lo siguió, se acercó al volumen que él había dejado con tanto cuidado. La encuadernación de cuero estaba desgastada, el título apenas visible: ‹‹Crónicas de lo no dicho››[4]. Lo conocía solo de oídas. Una obra maldita, según algunas institutrices; una joya, según quienes sabían leer entre líneas.

Levantó la tapa y se encontró con un pequeño texto: ‹‹Este libro no es más que una recopilación de cartas jamás enviadas,

confesiones escritas pero nunca pronunciadas y pensamientos que murieron antes de convertirse en palabras. Un libro sobre lo que no decimos y que debería haberse dicho››.

Ivy sonrió, desde luego el criterio del conde para elegir libros era único..., y acertado. Abrió la página marcada. Subrayada con tinta negra, una sola frase:

‹‹Algunas máscaras no se usan para esconder, sino para reunir el valor de decir lo que, de otro modo, jamás se diría››.

Ivy deslizó los dedos sobre la tinta seca. Cuántas veces había usado ella su belleza, su altivez, su silencio, como máscaras que la protegieran del mundo. Pero ahora, en aquella página olvidada, había encontrado la verdad más precisa que jamás le habían dicho. Quizá había llegado la hora de reunir valor. No para decirlo, sino para sentirlo.

Cerró el libro. El corazón le martilleaba en el pecho. El aire de la librería parecía distinto ahora, como si hubiera inhalado una promesa.

—¿Ya se marcha, lady Ashford? —ella asintió sin más, dejando el libro sobre el mostrador y sacando unos peniques de su monedero —. Parece que ha encontrado lo que buscaba, milady.

—No del todo, señor Thompson, pero me he acercado un poco — contestó con media sonrisa.

Al salir de la tienda vio su carruaje, sin duda su hermana lo había enviado para ella. Subió y pidió al cochero que la llevara a casa. El carruaje avanzaba despacio por las calles mojadas de Londres. Ivy miraba por la ventanilla, pero no veía nada. Solo rememoraba aquel pasillo en penumbra, aquel aliento tan cerca, aquella promesa envuelta en máscaras…

Y lo tuvo claro. La noche del baile bailarían. Aunque no sería un juego. Ya no.

Capítulo 23 Algo…

¿Estás segura de que no quieres que me ayude Anne? —preguntó una vez más Ivy a Alexandra, que sostenía con cuidado el estuche que protegía la máscara.

Lo abrió con la delicadeza con la que se desvela un secreto. La máscara estaba hecha de encaje fino teñido en un verde esmeralda profundo, como las aguas que esconden leyendas. Pequeños cristales se entrelazaban entre los bordes, imitando el brillo de las escamas bajo la luz de la luna y, en el centro, justo entre las cejas, una diminuta perla descansaba como si fuera una lágrima marina. Las plumas laterales, suaves y estilizadas, evocaban las aletas de una criatura que no pertenece a tierra firme. No era una máscara cualquiera. Era una promesa. Una advertencia. Un hechizo.

—No —respondió Alexandra sin moverse—. Esta noche…, quiero ser yo quien te ayude. Solo yo.

La habitación estaba iluminada por la luz dorada de los candelabros. La chimenea crepitaba con suavidad y, sobre la cama, extendido con esmero, el vestido aguardaba como si respirara. Era de seda líquida, teñida en tonos que se fundían entre el verde mar profundo y el azul de las mareas en calma. Cada pliegue parecía una ola contenida, y el corpiño, delicadamente bordado con hilos plateados, insinuaba con sutileza formas de algas ondulantes o corales de ensueño. La falda caía con ligereza, dejando entrever el movimiento incluso en la quietud, como si estuviera hecho para flotar, no para caminar.

No llevaba corsé rígido ni estructura pesada; era un vestido que insinuaba más de lo que revelaba, como si perteneciera a una

criatura que seducía sin esfuerzo. Había magia en cada puntada, una belleza que no pretendía ser inocente.

—¿Sabes que todos esperan algo de esta noche? —murmuró mientras empezaba a ajustar los cordones del corsé—. Un escándalo, un flechazo, una confesión, un compromiso… algo.

—Todos menos yo —susurró Ivy—. Yo no espero nada. Solo…, solo necesito entender qué es lo que siento. Y si él siente algo también.

—¿Y si no aparece?

—Entonces al menos sabré que el misterio, después de todo, no valía la pena.

Alexandra calló unos segundos, terminando de atar con firmeza, pero sin brusquedad, el corsé. Luego, con el afecto de una hermana mayor que rara vez se permite mostrar ternura, colocó las manos sobre los hombros de Ivy, con suavidad.

—Esta noche no tienes que entender nada, Ivy. Solo sentir. Y bailar.

Ivy se volvió con los ojos brillantes, una mezcla de nervios, ilusión y algo más profundo que aún no podía poner en palabras.

—¿Y si no me reconoce?

—¿Y si lo haces tú antes que él?

Ivy soltó una risa leve, temblorosa.

—Parece un juego peligroso.

—Todos los grandes bailes lo son.

Alexandra le tendió la máscara. El encaje verde resaltaba contra la palidez de sus dedos.

—Sea quien sea con quien bailes esta noche, asegúrate de que te mire como si supiera que debajo de esta máscara hay una mujer que no se conforma con menos de lo que merece.

—Iré con el corazón en la mano —dijo Ivy, tomando el antifaz.

—Y yo estaré cerca por si alguien intenta rompértelo —prometió Alexandra.

Ambas se miraron en silencio por un momento. Luego, sin decir nada más, Ivy se volvió hacia el espejo. Durante un instante, su

mano dudó en el aire, como si la máscara pesara más de lo que parecía. Respiró hondo, se obligó a no temblar, y entonces la colocó sobre su rostro. La mujer que le devolvió la mirada era una mezcla de deseo y valor, pero también de miedo. No por lo que pudieran ver los demás, sino por lo que ella misma estaba a punto de descubrir.

Esa noche, en la penumbra del baile, no habría escudos. Solo máscaras y, con suerte, verdades.



La mansión Ashford había sido transformada por completo. Doncellas y lacayos disfrazados con capas negras y máscaras del mismo color, para pasar desapercibidos, llevaban días trabajando bajo las órdenes estrictas de Alexandra para convertir el salón principal en una fantasía veneciana. Las cortinas de terciopelo habían sido sustituidas por telas colgantes en tonos burdeos y dorados; candelabros bajos flotaban sobre las cabezas de los invitados, ocultos entre ramas de hiedra, y cientos de máscaras talladas decoraban las paredes, entrelazadas con guirnaldas de perlas falsas y flores secas.

La orquesta, disfrazada con máscaras doradas y túnicas negras, tocaba un vals etéreo desde un palco elevado, oculto tras celosías, mientras los primeros invitados comenzaban a llenar el salón como sombras entre la niebla. Nadie era quien parecía. Nadie decía quién era. Y eso lo cambiaba todo.

Desde la escalinata, las hermanas se preparaban para hacer su entrada. Desde allí, Ivy se sentía… insegura.

—Ivy —susurró Clementine, vestida de macaron, con pequeñas horquillas doradas entrelazadas a su cabello que simulaban terrones de azúcar—. Pareces salida de un cuento de sirenas prohibidas. Vas a arrasar.

—No estoy segura de querer arrasar —contestó, con la mirada perdida entre las máscaras que ya se movían por el salón—. Solo quiero verlo.

—Y yo solo quiero chocolate —replicó Clementine con una sonrisa —. Pero a veces la vida tiene otros planes.

—Siempre puedes darte un bocado —soltó Rowena haciendo referencia a su disfraz.

—¿Listas? —preguntó Alexandra.

—No, pero aun así iré —susurró Ivy.

El murmullo en el salón se apagó con delicadeza cuando las hermanas comenzaron a descender por la escalera. No necesitaban presentaciones, y habían perdido la ventaja de pasar inadvertidas.

Alexandra no necesitaba introducción previa. Vestía un conjunto de gasa púrpura y terciopelo que parecía haber sido cortado del crepúsculo. La capa, sujeta con un broche dorado en forma de laurel, ondeaba tras ella como si el aire la reconociera y la obedeciera. La falda acariciaba el suelo en cada paso y el cinturón trenzado ceñía su cintura con la precisión de un sello imperial.

Su máscara, tallada en dorado envejecido, cubría solo los ojos y el puente de la nariz, dejando al descubierto su boca, firme, inquebrantable. Había algo en su presencia que no podía confundirse con artificio: aquella no era una mujer disfrazada de emperatriz. Era una emperatriz que, por cortesía, había acudido al baile.

Los hombres se enderezaron. Las mujeres dejaron en pausa sus risas. Scarlett, a su lado, no se quedaba atrás. Parecía sacada de una leyenda antigua. Vestida de negro absoluto, su figura parecía esculpida en sombras y sedas. La capa de gasa oscura se abría a su paso como alas extendidas, ingrávidas y letales, cosidas con pequeños hilos de plata apenas visibles que captaban la luz como si fueran rastros de luna.

La máscara, tallada en madera lacada y pintada de un negro profundo, cubría la parte superior de su cara con la forma estilizada del rostro de un cuervo mitológico. Las plumas, auténticas,

dispuestas con precisión quirúrgica, emergían desde las sienes y caían sobre sus hombros como una corona alada. Bajo el antifaz, solo se adivinaban unos labios curvados con una sonrisa indescifrable.

No llevaba joyas. No las necesitaba. Su presencia bastaba. Al mirarla no se podía saber si había acudido a bailar… o a reclamar un alma.

—Y así se declara un imperio sin pronunciar una sola palabra —afirmó con media sonrisa al llegar al salón.

Serena iba en último lugar, como si su cuerpo no obedeciera al tiempo que marcaban los relojes de los demás.

Envuelta en un vestido rosa empolvado que flotaba a su alrededor con la ligereza de un suspiro, no hacía más que afianzar esa apatía que la rodeaba con la sutileza de un suspiro disimulado.

El corsé era delicado, decorado con pequeñas flores bordadas a mano que se entrelazaban como ramas de un jardín secreto. La falda, amplia y etérea, estaba confeccionada en capas tan livianas que parecía caminar entre nubes.

Pero lo que más llamaba la atención era su máscara: una pieza floral, hecha de encaje transparente salpicado de pétalos prensados, que apenas cubría sus ojos y dejaba ver la expresión suave y ausente de su rostro. Llevaba en la mano un abanico de plumas marfileñas, que agitaba con un ritmo perezoso, como si el mundo entero fuera una ópera que no necesitaba entender del todo para disfrutar.

—¿De qué va disfrazada, milady? —preguntó alguien, cerca del piano, al verla descender como en un sueño.

—De musa —susurró Scarlett, sin apartar la vista—. O de la inspiración misma, si tuviera nombre y rostro.

Serena sonrió al escuchar el murmullo. No necesitaba confirmación. Como todo lo enigmático, su disfraz no tenía una definición clara. Era un susurro, una ensoñación… y precisamente por eso, nadie la olvidaría.

Ivy caminaba sin prisa. Su vestido verde esmeralda se movía como agua bajo la luz de las velas, y la máscara de encaje ocultaba sus rasgos justo lo suficiente para invitar al misterio. Caminó entre los invitados como si perteneciera a otro mundo, saludando con leves inclinaciones de cabeza, sin detenerse.

El vals flotaba en el aire, etéreo, como un conjuro. Ivy no caminaba, navegaba entre las sombras, su vestido ondeando como una ola atrapada en una tormenta de secretos.

Y, entonces, lo sintió.

Antes de verlo, su cuerpo ya lo sabía.

Él estaba allí.

No necesitaba confirmarlo. No necesitaba verlo con claridad. Solo lo sintió: esa presencia, ese roce invisible que solo dejan los encuentros marcados por el destino.

Entre la multitud de figuras disfrazadas, una destacaba a sus ojos.

Un pirata.

Un forajido disfrazado de leyenda.

Casaca oscura, bordados antiguos, una espada decorativa y un gran parche que cubría todo su perfil izquierdo. Parecía sacado de una leyenda corsaria, una mezcla entre peligro y encanto que resultaba imposible de ignorar. Demasiado perfecto para ser ficción. Demasiado él para ser casualidad.

El pirata giró la cabeza. Cuando sus miradas se encontraron, el mundo dejó de girar. Sus labios se curvaron en una sonrisa apenas visible.

Recordó algo que le había dicho la noche en la que la besó: ‹‹Ahora decida si quiere seguirme… o correr en la dirección contraria››.

Un leve escalofrío, el latido desbocado de su corazón, algo en el aire cambió.

Y lo decidió: lo seguiría.

Ivy caminaba hacia él, ignorando las manos que se ofrecían a acompañarla, desoyendo las invitaciones a bailar, solo estaba él que caminaba hacia ella con audacia, mirándola con la misma intensidad que ella sentía.

—Lady Ivy —susurró al tenerla frente a él, su voz apenas era audible.

—Milord —lo saludó con una leve inclinación.

—¿Me permite decirle lo hermosa que esta esta noche?

—Creo que ya lo ha hecho, milord. No sirve de mucho preguntar ahora.

Su rostro se puso serio, Ivy tan solo podía ver uno de sus ojos, pero esa suficiente para darse cuenta de la lucha que se libraba en su interior.

—¿Arrepentido de asistir?

—Si le soy honesto, lo cierto es que no debería estar aquí —confesó.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Porque no he podido resistir la tentación…

—¿Qué tentación?

—La de saber si se acercaría o, por el contrario, huiría —musitó.

—¿Esperaba que huyera?

Una nueva canción comenzaba, sabían que no debían mantener más tiempo esa conversación en mitad del salón.

—¿Concedería a este pirata el privilegio de perderse en su tempestad?

Ivy no respondió de inmediato. Solo lo observó. Lo sintió. Y luego, lo eligió colocando su mano enguantada sobre la suya.

—Pensaba que los piratas no sabían bailar —murmuró mientras él la guiaba al centro del salón.

—Algunos aprendemos cuando el mar lo exige.

Y comenzó a girar, como si el mundo se hubiera detenido solo para ellos.

El vals se elevaba, sus cuerpos se rozaban con una sincronía inexplicable, y en los ojos visibles del hombre que no decía su

nombre, Ivy descubrió algo más peligroso que el misterio: deseo.

La música parecía flotar en el aire, ligera como el suspiro de un secreto. Ivy giraba entre los brazos del pirata, con la respiración contenida, consciente de cada paso, de cada roce, de cada espacio que se deshacía entre ellos.

—Tenía miedo, milady.

—¿De que huyera?

—Y de que no me reconociera.

Ella alzó la mirada muy despacio y se encontró con su único ojo visible, ese que la miraba como si pudiera atravesar la máscara, la piel, e incluso los huesos.

—Le reconocería con los ojos cerrados, milord.

—¿Por qué?

—Porque hay verdades que no se disimulan. Ni su voz. Ni la forma en la que me sostiene, ni la forma en la que desaparece —musitó con una leve sonrisa amarga.

Él apretó su mano. Más fuerte. Como si soltarla significara perderse a sí mismo. No respondió de inmediato. Sus manos la aferraron con más firmeza, como si ese gesto pudiera evitar lo que aún no se había dicho.

—Ivy, no soy un hombre sin pasado.

—Ni yo una mujer que viva de ilusiones.

—Hay razones por las que le pedí que se alejara. Razones que aún existen —confesó con una gravedad contenida.

—Y aun así ha vuelto.

—Porque me equivoqué. Creí que podría olvidarla.

—¿Y ahora?

—Ahora…, temo no poder sobrevivir si lo intento.

El silencio entre ellos no pesaba: quemaba.

—Me está diciendo que…, ¿le importo? —preguntó con cuidado, sin quitarle los ojos de encima.

Él inclinó apenas el rostro, como si le costara decirlo. Como si cada palabra le desgarrara el orgullo.

—Más de lo que debería. Más de lo que me puedo permitir.

Ella respiró hondo. Estaba temblando. Por dentro. Por fuera. Por él. El vals seguía, pero el mundo se detenía entre cada compás.

—Y aun así sigue escondiéndose de mí… —susurró, deslizando un dedo hasta el borde del parche—. Esto no es más que otra máscara, ¿verdad? —el asintió—. ¿No cree que ya nos hemos dicho suficiente sin palabras?

—No lo sé. Tal vez aún falte lo más importante. No todas las cicatrices están listas para mostrarse.

—Y, sin embargo, las mías sí están al descubierto —replicó Ivy, con una mezcla de tristeza y coraje.

Él la miró, mudo.

—Quiero que me mires con los dos ojos, Declan —dijo por fin, llamándolo por su nombre—. Porque yo no quiero mitades. Ni silencios. Ni disfraces. —La música se desvanecía. —No esta noche.

—Intento mantenerme al margen. Alejarme por tu bien.

—¿Mi bien? —repitió ella con una risa suave, sin alegría—. ¿Y tú quién eres para decidir lo que me conviene?

—Ivy…

—No soy una criatura de cristal —interrumpió ella—. No necesito que me protejas de ti. Necesito que seas sincero. Que no juegues con esto. Conmigo. Ni con lo que siento.

—Nunca ha sido un juego.

—Entonces deja de esconderte.

—No puedo… no del todo —confesó, un murmullo apenas audible.

—¿Por qué? ¿Por tu orgullo? ¿Por tu pasado?

—Porque lo que hay detrás de esta máscara… no es hermoso.

—¿Y crees que me importa la belleza? La belleza no ha sido más que una condena para mí.

Él parecía herido.

—Hay cosas que no se pueden deshacer. Y cicatrices que no están solo grabadas en la piel.

—Entonces enséñamelas todas —dijo Ivy con firmeza—. Porque ya estoy cansada de adivinarte entre sombras.

La música estaba terminando. Sus cuerpos seguían unidos, demasiado cerca para fingir indiferencia. Él se detuvo en seco. El último acorde del vals flotó en el aire como una despedida.

—Pues prepárate —dijo, con la voz más baja, quebrada—. Porque cuando me mires del todo… puede que no te guste lo que veas.

—Iré igual —respondió ella.

—Si me sigues, Ivy, no habrá vuelta atrás. Y si me dejas marchar… no volveré a buscarte. La elección es tuya. Solo tuya

Y antes de que él pudiera alejarse, Ivy retiró su mano de la suya, pero no retrocedió. Lo miró como quien camina hacia el borde de un precipicio… y da un paso más.

Capítulo 24 No esta noche

Declan no se movió. Ni un centímetro. Solo la miró. Una eternidad contenida en un segundo. Ella no dejó de mirarle, quería que le quedara claro que estaba dispuesta a seguirlo, no se atrevía ni a parpadear, para evitar que la magia se esfumara…

Y, de pronto, como si el mundo aún pudiera tentarlo a elegir la cordura, se inclinó levemente.

—No esta noche —repitió, y dando un paso atrás se retiró del salón, dejándola con la mano extendida, el corazón ardiendo y la certeza de que había sido valiente para nada.

Ivy giró sobre sus propios pasos, alejándose del centro del salón con la cabeza en alto y el orgullo por los suelos. Sabía que muchas miradas la seguían, pero no le importaban. Solo quería aire.

—Al parecer ni siquiera lady Envidia puede hechizar a todos…

—Tal vez su magia no sea tan poderosa como creíamos…

—Lo tiene bien merecido, por creerse intocable.

—Pues… no es tan irresistible como creíamos.

—A lo mejor se ha dado cuenta de que lo que todos sabíamos: es solo fachada.

Las palabras se colaban como agujas entre los acordes del vals. No venían de una sola voz, sino de muchas, envueltas en perfumes caros, abanicos agitados con teatralidad y sonrisas tan falsas como sus joyas.

—Dicen que su belleza es una maldición…

—Una máscara preciosa, pero vacía por dentro.

—Quizá por eso la eligió. Porque es fácil besar un misterio. Lo difícil es quedarse después.

Ivy los escuchaba sin prestarles atención, tragando ponzoña sin permitir que se disolviera bajo su piel. Porque si algo había aprendido era que la envidia no siempre vestía de verde. A veces, tenía forma de elogio envenenado, de sonrisa torcida, de murmullo disfrazado de compasión.

Y, aun así, siguió caminando. Porque, aunque sus pasos ardían, su voluntad estaba hecha de acero.

Cruzó el salón hasta una de las galerías laterales, donde las cortinas de terciopelo atenuaban el bullicio del baile. Se apoyó en la pared, sintiendo cómo el pulso le martilleaba en las sienes.

—No sabía que las sirenas también sangraban —susurró una voz conocida a su lado.

Ivy ni siquiera se sorprendió.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —respondió Alexandra, con un vaso de limonada en la mano y la máscara ya retirada—. No soy tan mala como para interrumpirte en mitad de una danza.

—No ha sido una danza. Ha sido una retirada.

—Una retirada puede ser estratégica, Ivy. O cobarde.

—No tengo claro cuál ha sido esta.

—Yo sí —dijo Alexandra, y dejó el vaso sobre una mesita cercana —. Ha sido la de un hombre que no sabe si merece tener lo que más desea.

Ivy apretó los labios, pero no dijo nada.

—Te ve, Ivy —añadió su hermana—. Eso es lo que más le asusta. Que tú también puedas ver lo que hay detrás.

—Pues entonces que se deshaga de la maldita máscara.

Alexandra sonrió.

—Lo hará. Pero no cuando tú se lo pidas, sino cuando deje de tener miedo de que lo rechaces.

—No lo haré —susurró Ivy, casi sin voz—. Creí que se lo había dejado claro.

—Entonces tendrás que demostrarlo. Y hazlo pronto. Porque los hombres que dudan…, la mayoría de las veces no regresan.

Ivy levantó la mirada, despacio, mirando hacia el salón repleto de máscaras, secretos y promesas veladas. Ya no sentía el fuego del beso. Sentía el vacío que dejaba una promesa rota antes siquiera de hacerse.

Y no pensaba quedarse quieta mientras él se marchaba de esa forma.

—¿Crees que aún está aquí? —preguntó.

—Yo que tú —replicó Alexandra—, buscaría cerca de los rincones oscuros. Esos que Scarlett pidió específicamente para los secretos.

Ambas sonrieron, aunque la sonrisa de Ivy no llenó su mirada. Se irguió, alisó su falda, acomodó su máscara esmeralda y se adentró de nuevo en el laberinto de máscaras con paso firme. Con el corazón latiendo demasiado fuerte, tanto que sobresalía por encima de la música y con una idea muy clara: iba a encontrarlo. O a perderlo todo.



El salón de baile resplandecía bajo el brillo de los candelabros y destilaba lujo y misterio, envuelto en un mar de máscaras, abanicos y promesas apenas susurradas. Lord Sebastian Blackwood sostenía una copa de champán con elegancia estudiada mientras conversaba con un hombre de porte distinguido, algo más joven que él, pero con esa misma energía latente que no se podía fingir.

—Debo felicitarte, Sebastian —dijo con un tono mezcla de admiración y picardía—. No todos tienen la suerte de prometerse con una mujer así. Vuestra prometida está... deslumbrante esta noche.

Blackwood arqueó una ceja, sin molestarse en girarse.

—Esa no es mi prometida —afirmó rotundo.

—¿Estás seguro? Luce igual que ella, aunque es cierto que solo la he visto de lejos.

—¿De quién hablas? Solo por las dudas… —dijo divertido.

—De la preciosidad que va vestida de cuervo. Elegante, misteriosa, con ese aire de ‹‹ni se te ocurra acercarte, mortal, o estarás muerto››. Una joya.

—Ah, entiendo —respondió Sebastian con fingido pesar—. Me temo que te has confundido.

—¿Cómo dices?

Blackwood por fin miró hacia la pista de baile, donde Scarlett danzaba como si no pisara suelo.

—Esa no es mi prometida. Es mi cuñada. Lady Scarlett Ashford.

El caballero frunció el ceño con visible confusión.

—¿Tu cuñada? Pues que el diablo me lleve si no son la misma mujer.

—Gemelas —respondió Sebastian, deleitándose con la reacción.

—¿Gemelas? No lo sabía…

—Pocos lo notan si las ven por separado. Aunque no podrían ser más distintas. Scarlett es menos diplomática. Más afilada. Aunque igual de peligrosa.

—Increíble, juraría que era ella. Aunque, ahora que lo dices…, sí que tiene una energía distinta. Más filo. Más peligro.

—Ahora sí que te estás acercando —asintió Sebastian con media sonrisa—. ¿Quieres que te la presente o prefieres seguir avergonzándote en silencio?

—Preséntamela ya, antes de que meta aún más la pata.

—¿Estás seguro? —interrogó mirándolo con seriedad—. Las mujeres Ashford son… complicadas.

—Me gustan los retos —aseguró él, bajando la voz con una sonrisa torcida.

—Entonces será un placer verte arder —replicó Blackwood, ya con una ceja alzada.

—Preséntamela.

Blackwood no necesitó más. Dejó la copa en la bandeja de un criado que pasaba cerca y se abrió paso con seguridad hacia Scarlett que, en ese momento, observaba a un grupo de invitados con expresión aburrida.

—Scarlett —dijo, inclinándose apenas—, permíteme presentarte a un amigo muy cercano.

Scarlett giró la cabeza con lentitud, como si no esperara que algo la sacara de su desdén habitual.

—¿Y qué ha hecho para merecer tal privilegio?

—Llevar años soportándome. Lo considero un mérito superior a la media. Y, además, voy a regalarte un momento de entretenimiento: te ha confundido con Alexandra, y no ha dejado de elogiarte a pesar de creerte comprometida conmigo.

El hombre hizo una reverencia impecable. Scarlett alzó una ceja sin inmutarse.

—No sé si elogiar su audacia o cuestionar su inteligencia.

—Yo sugeriría ambas cosas —intervino el caballero con una reverencia—. Lord Rhys Cavendish, marqués de Aldmoor. Y, por si sirve de algo, la confusión fue momentánea. Después de todo, sois inconfundible.

—Inconfundible y letal —puntualizó Scarlett, con una sonrisa ladeada—. Una combinación que suele asustar a los hombres…, o volverlos idiotas.

—Estoy dispuesto a averiguar a cuál de los dos grupos pertenezco —replicó él, sin perder el aplomo.

Blackwood se cruzó de brazos, observando la escena con una mezcla de orgullo y resignación.

—Y así empieza tu ruina, Cavendish.

Justo en ese instante, sus miradas se desviaron hacia el otro extremo del salón, donde una figura enmascarada abandonaba la sala con movimientos calculados. Segundos después, otra figura femenina lo seguía, envuelta en verde como un susurro en movimiento.

Sebastian frunció el ceño. Duncan, a su lado, también lo había visto. Rhys captó la dirección de sus miradas.

—¿Y eso? —inquirió.

—Eso es otro tipo de ruina —murmuró Blackwood.

—¿Inmediata? —preguntó de nuevo.

—No aún. Pero tal vez en unos minutos —dijo Blackwood—. Vamos, antes de que todo salte por los aires.

Y como si fueran piezas que encajaban sin esfuerzo, los tres desaparecieron entre las sombras del baile, rumbo a un jardín que prometía más que secretos.



Ivy cruzó el salón, sorteando los cuerpos enmascarados como si ya no perteneciera a esa fiesta. La máscara comenzaba a pesarle. Las luces la mareaban. Las risas eran un zumbido lejano que no lograba distraer el vértigo en su pecho: no lo había encontrado. El aire era un espejismo entre tanto encierro. Necesitaba escapar. Respirar.

Salió por una de las puertas laterales hacia los jardines.

Allí, la oscuridad era más honesta. La noche olía a hiedra, a tierra húmeda y a promesas que aún no se habían cumplido. La brisa le azotó las mejillas. El rocío comenzaba a formarse sobre las hojas. Y, mientras el murmullo del vals quedaba atrás, sintió por primera vez que estaba sola. Completamente sola.

¿Y si se había ido? ¿Y si lo había perdido?

Caminó por los senderos de grava, ignorando que su falda se arrastraba entre la humedad. La noche le arrancaba el aliento en suspiros quebrados. Había dado todo de sí y aún no era suficiente. Lo había elegido. Había dicho ‹‹iré igual››. En cambio, él…

Y, entonces, lo vio. A lo lejos. De espaldas. Bajo una pérgola cubierta de rosas secas y sombras. Inmóvil. Como si la noche

también lo hubiera dejado sin aire.

Ivy se acercó con paso firme. No pensaba detenerse.

—¿Se suponía que esto también era parte del baile? —preguntó al llegar, su voz más cortante de lo que pretendía.

Declan no se volvió de inmediato. Solo habló.

—Pensé que era mejor así.

—¿Desaparecer otra vez? —avanzó un paso—. ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Después de ese vals?

—Creí que sería más fácil. Para los dos.

—¿Más fácil? —soltó una risa sin alegría—. ¿Sabe lo que sería fácil, milord? Fingir que esto no me importa. Volver al salón, aceptar una copa y bailar con alguien que me hable del clima, de su siguiente cacería o adule mi belleza incomparable. Sin embargo, aquí estoy. Buscándolo entre máscaras y espejismos, arruinando mi vestido en este maldito jardín, porque no quiero que esto termine como si nunca hubiera empezado.

Él por fin se giró. La miró. La luna se reflejaba en su parche.

—Ivy…

—No. Esta vez no voy a callarme —interrumpió—. Usted dijo que si lo seguía no habría vuelta atrás. Bien. Lo hice. Lo estoy haciendo. ¿Y usted qué hace? ¿Se esconde? —le echó en cara usando el tono formal de nuevo, quería dejarle claro que estaba molesta.

—No estoy escondiéndome.

—Ah, ¿no? Entonces explíqueme por qué está aquí, en lugar de dentro, conmigo.

Él avanzó un paso. Ella no retrocedió.

—Porque me cuesta respirar cuando estás cerca.

—Entonces deje de contener el aire y… respíreme —murmuró, con voz temblorosa, llena de furia y deseo.

Declan la miraba como si cada palabra fuera una daga y una salvación.

—Ivy, no sabes lo que estás pidiendo.

—Claro que lo sé —replicó—. Estoy pidiendo que deje de luchar contra esto. Que me mire como esta noche lo ha hecho y no me

mienta más. Que si me desea, me desee sin excusas. Que si va a romperme, que al menos no sea por cobardía.

Él frunció el ceño y apretó la mandíbula. Su cuerpo era un campo de batalla.

—¿Por qué me tientas así? —gruñó—. ¿No entiendes que intento protegerte?

—¿Y no entiende usted que ya no quiero que me protejan? Quiero que me elija.

—Ya lo he hecho —susurró—. Esa es mi maldición.

Ivy lo empujó con un dedo en el pecho. No con violencia. Con certeza.

—Entonces demuéstrelo. No con palabras. Con esto —dijo, llevándose una mano al corazón—. Con lo que le está quemando por dentro.

Él la miró. Una, dos, tres respiraciones. Y explotó.

El beso llegó como una tormenta. No hubo advertencia. No hubo permiso. Fue una rendición. Un castigo. Un grito silenciado por los labios del otro.

Sus bocas se buscaron con desesperación, con rabia, con hambre. Las manos de Declan la sujetaron por la cintura como si quisiera memorizar su forma. Ivy se aferró a su nuca, a su camisa, a lo que pudiera mantenerla unida a él. No se besaban. Se encontraban.

El mundo se deshizo bajo sus pies. Todo ardía. Y en medio del fuego, solo existían ellos. Hasta que Declan se apartó. No de golpe, ni con frialdad. Pero sí lo bastante para que Ivy notara el vacío. El aire, de pronto, se sentía helado. El corazón latía todavía contra un pecho que ya no respondía al mismo ritmo.

Él cerró los ojos, como si necesitara reunir el valor para algo que no quería decir.

—Esto no debería estar ocurriendo… —susurró.

Ivy lo miró, sin entender.

—¿De verdad va a decir eso ahora?

Declan retrocedió un paso.

—Lo siento. No debí…

Se llevó una mano al cabello, agitado. Dolido.

—No debí besarla. No otra vez...

—¿Y ahora qué? ¿Va a desaparecer de nuevo? —su voz se quebró, pero no bajó la mirada.

Declan no respondió. Solo asintió con pesar. Alzó una mano como si fuera a acariciarla…, pero se detuvo a un suspiro de distancia, sin atreverse a tocarla de nuevo.

Dejó escapar el aire, dio media vuelta y se marchó. Ivy se quedó inmóvil. Aún sentía sus labios. Aún sentía todo, pero él ya no estaba. Solo quedaba la noche. Y el sabor amargo de un beso que le había prometido el cielo… antes de empujarla al infierno.

Capítulo 25 Con cortesía letal

Declan apenas había cruzado el umbral del jardín, de regreso al interior de la casa, cuando una mano firme lo sujetó del brazo.

—Conde De Rosse —murmuró una voz baja y grave a su lado.

Giró la cabeza y se encontró con Sebastian Blackwood, que le clavaba los ojos con una calma peligrosa. A su derecha, un hombre imponente como una sombra de mármol. Y, detrás, un caballero de rostro afilado, elegante y con un leve destello irónico en los ojos: Rhys Cavendish.

—¿Sucede algo, milord? —preguntó Declan, sin un atisbo de sorpresa en su voz.

—Sí —respondió Rhys con cortesía letal.

Antes de que pudiera replicar, Duncan ya le había señalado discretamente una puerta lateral del salón. Nadie más pareció notar la breve detención. No hubo escándalo, ni gritos. Solo tres hombres rodeando a uno. Y, ese uno, caminando con el porte de quien sabe que, al final, todo juicio acaba por llegar.

La puerta de la biblioteca se cerró tras ellos con un clic seco, irrevocable. El bullicio del baile se extinguió como si perteneciera a otro mundo. Las sombras del salón, teñidas de ámbar por la chimenea encendida, envolvían los estantes repletos de libros alineados como testigos silenciosos. Sebastian apoyó la mano en la puerta. Duncan se mantuvo de brazos cruzados, sin hablar. Rhys tampoco decía nada, pero su postura era clara.

Declan se quedó de pie, rígido, con los guantes aún puestos y la máscara cubriéndole la mitad del rostro. Su postura era la de un hombre preparado para la batalla. Para defenderse, o atacar.

—¿Pueden explicarme por qué me han arrastrado hasta aquí como si fuera un criminal? —espetó.

—Porque le hemos estado vigilando —respondió Sebastian con calma—. Lleva semanas comportándose como un fantasma. Y eso no nos importaría lo más mínimo si no fuera porque no deja de acercarse a lady Ivy. Es una Ashford, y no voy a permitir que nadie juegue con ella.

—No estamos aquí para amenazarle, conde De Rosse —afirmó Duncan adelantándose un paso, conciliador, aunque con su apariencia era complicado de conseguir.

—¿Si no es una amenaza, entonces?

—Solo queremos saber la verdad —dijo rotundo Rhys.

Declan no se movió, no podía, el silencio era tenso y pesado, tanto que lo hacía mantenerse pegado al suelo.

—No sé por dónde empezar… —confesó al fin.

—Yo sí —dijo Blackwood, apoyándose en el escritorio con los brazos cruzados—. Puede empezar por decirnos qué busca de lady Ivy Ashford.

—No sabía que tuviera que responder ante ustedes —contestó un poco más recompuesto, sin perder su posición.

—Tiene la obligación de hacerlo, conde, esa mujer es parte de mi familia y no voy a quedarme de brazos cruzados mientras la ronda usando mentiras y secretos. Dígame, conde, ¿qué esconde?

Declan dejó escapar el aire, hacía tanto tiempo que vivía entre sombras que se había convertido en parte de ellas. Ya no tenía claro qué era real y que no.

—Lo que escondo —repitió con voz baja—. Lo que escondo empezó con una mina —reveló por fin.

Sebastian, Rhys y Duncan intercambiaron una mirada, desconcertados.

—¿Una mina? —preguntó Duncan.

—En el norte de Irlanda. Mi familia tenía derechos sobre una explotación de plata. No era gran cosa…, pero era nuestra. Una herencia familiar. —La voz de Declan se quebró un segundo—.

Kensington apareció como un inversor. Prometió expandirla, modernizarla, convertirla en una fuente de riqueza. Nos mostró papeles, contactos, promesas firmadas…, y mi padre, un hombre honesto, confió en él. Yo también lo hice. Era joven. Ingenuo —confesó soltando todo eso que le comprimía los pulmones.

Se acercó al escritorio y apoyó ambas manos sobre la superficie de madera, como si buscara sostenerse en la seria mirada de Sebastian que lo escuchaba con atención.

—Invertimos todo. Hipotecamos las tierras. Pusimos el apellido De Rosse como aval. Y cuando llegó el momento… desapareció. Nos dejó sin dinero y sin mina. Todo había sido un montaje. Una estafa perfecta. Kensington no tiene escrúpulos.

—¿Y fue tras él? —murmuró Sebastian, aunque ya conocía la respuesta.

—Lo busqué. Lo busqué por meses. Pero Londres lo protegía. Estaba bien relacionado, es amigo de medio Parlamento, tiene conexiones… importantes. Y, entonces, me llegó la noticia de que se movía en los mismos círculos que mi hermana. Que la invitaban a fiestas, a reuniones, a salones de té donde él, por casualidad, también aparecía.

—¿Qué hizo? —preguntó Duncan con un hilo de voz.

Declan alzó la cabeza. La rabia le había tensado el cuello, los labios. La voz era áspera, cargada de algo más oscuro que el odio.

—Intentó seducirla. Engatusarla con promesas, con mentiras. Quería casarse con ella. Sabía que nuestra familia aún conservaba tierras, títulos, activos y dinero de los que no se había podido apropiar. Pensó que, si se casaba con Eilis, podía limpiar su nombre y recuperar poder. Pero cuando ella se negó, intentó forzarla. —Le tembló un músculo en la mandíbula—. Apenas llegué a tiempo. Lo saqué a golpes de la finca. Esa noche… fue cuando me dejó esto como recordatorio.

Y, entonces, despacio, se quitó la máscara. El silencio que siguió fue absoluto. La cicatriz cruzaba su rostro desde el pómulo hasta el nacimiento del cabello, delgada pero imborrable. Una marca de ira y

traición. Una marca que había intentado ocultar y que ya no quería esconder. No hizo falta que dijera nada: el gesto en sí era una declaración. La máscara no era solo un disfraz de baile; era un escudo.

Nadie dijo nada. No se escuchaba ni un suspiro. Solo las sombras temblando al ritmo del fuego. Duncan desvió la mirada, no por lástima, sino por respeto. Rhys bajó apenas los párpados, como si la comprensión se instalara en su sangre. Y Blackwood lo miró con una gravedad distinta. Como si, por primera vez, lo viera de verdad.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar Sebastian, poro Declan lo interrumpió.

—Con una botella que rompió, en realidad quería clavármela en el cuello, pero fui más rápido, o más lento, supongo que según se mire. Desde entonces, juré vengarme —continuó, sin apartar la mirada—. No por mí. Por ella. Por mi padre. Por cada familia que ese miserable arruinó. Vine a Londres para hundirlo. Para exponerlo.

—¿Y qué tienen que ver los Ashford en esto? —interrogó Rhys con curiosidad.

—Al principio no sabía si los Ashford estaban implicados. Kensington era amigo de la familia. Pensé que, quizás, de alguna forma, estaban implicados…, y, luego, conocí a lady Ivy. Por casualidad. No fue algo buscado. Solo una breve conversación y… — se detuvo. Sus ojos se llenaron de algo diferente al odio: dolor, confusión, deseo contenido…

—¿Y…? —lo animó Sebastian.

—Ella cambió todo. Nunca planeé acercarme a ella. Pero lo hice. No por venganza. No por interés. Porque… la vi. Vi la mujer que hay bajo toda esa leyenda de su belleza, de la envidia que despierta y la escuché. Ella me comprende. Es inteligente, hábil con las palabras, decidida… Cuando estoy con ella me siento en sintonía y dejó de importarme si era familia, o amiga, de un aliado o de un enemigo. Solo era ella. Y por eso la he besado. Y por eso he huido. Porque no soy el hombre que debería estar cerca de alguien como ella.

—Entonces, ¿por qué lo hace? —intervino Sebastian, sin agresividad—. ¿Por qué vuelve a ella una y otra vez?

—Porque no sé cómo dejar de hacerlo —confesó en un susurro.

El silencio se impuso de nuevo, más pesado, asfixiante, hasta que Duncan lo rompió, hablando sin rodeos.

— Ella ha dejado claro que está interesada… ¿Qué le impide cortejarla?

Declan bajó la mirada y, sin prisa, se pasó los dedos por la cicatriz.

—Esto. Porque no quiero que cuando ella me mire solo vea la marca que me regaló un canalla. No quiero que me elija por compasión. Quiero que me vea, de verdad y, aun así, me elija.

—¿Y qué quiere hacer a continuación? —interrogó Rhys, cruzado de brazos.

—Vengarme de Kensington, aunque no a costa de Ivy. Nunca fue parte del plan. Y si tengo que alejarme de ella para protegerla de lo que soy, lo haré.

—Eso es lo más sensato que ha dicho en toda la noche —gruñó Blackwood.

—Pero no lo haré si ella no me lo impide. —Declan alzó la mirada, enfrentando la de Sebastian, su voz no fue más que un susurro, pero uno lleno de seguridad.

Y, fuera de la biblioteca, Ivy se quedó petrificada. Porque sí lo veía. Y ya lo había elegido.

Capítulo 26 Sin más refugio que la verdad…

Un suave clic le indicó que alguien había cerrado la puerta. En la sala todos se quedaron en silencio. Había alguien escuchando a hurtadillas. Y, ese alguien, justo al otro lado, acababa de entender más de lo que creía poder soportar.

—¿Quién anda ahí? —interrogó Duncan acercándose a la puerta que justo se abría en ese instante.

Ivy se apoyó en el quicio de madera oscura, respirando hondo. Declan se giró con rapidez al darse cuenta de que era ella.

Y, entonces, antes de que ninguno pudiera romper el silencio, la voz de Sebastian Blackwood cortó el aire desde la penumbra.

—Dejémoslos un momento a solas —ordenó, sin levantar la voz.

Duncan asintió. Rhys no discutió. Nadie lo hizo. Porque incluso en las sombras, la autoridad de un hombre que ha protegido a los suyos pesa más que cualquier protocolo.

Uno a uno, salieron. La puerta volvió a cerrarse. Esta vez, sin ruido.

Ivy no se movió. Permaneció cerca del umbral, con los dedos entrelazados sobre el regazo, como si sujetarse fuera lo único que podía hacer para no desmoronarse.

Declan sabía que era cuestión de tiempo que la calma se resquebrajara. A su alrededor, el silencio era espeso, tan solo roto por el crepitar del fuego en la chimenea y el leve sonido de un reloj que marcaba los segundos con una insistencia cruel.

—No quería que lo descubriera de este modo —murmuró Declan, volviendo al tono formal. Tras lo sucedido, no se veía con seguridad para tutelarla.

—Yo tampoco —contestó Ivy, sin pestañear—. Pero me alegra saberlo.

—¿Va a decir algo? —preguntó y fue cuando se dio cuenta de que su voz temblaba.

—No. —Ivy negó despacio—. No hasta que decida mostrarse del todo.

—No quiero asustarla, lady Ashford.

—No es la cicatriz lo que me asusta —susurró.

Declan parpadeó, sorprendido. Esa mujer siempre lo aturdía, nunca reaccionaba como esperaba que lo hiciera.

—¿Entonces qué la asusta?

—Que se esconda tras ella. Que no me dé la oportunidad de elegirle por quién es en realidad —dijo Ivy, con una ternura que no pretendía ser consuelo—. Porque yo ya lo he hecho.

—No…, no diga cosas de las que se pueda arrepentir —pidió, no le importaba que sonara a ruego, lo era.

—Me pidió que me alejara —susurró Ivy, sin mirarlo—. Pero siempre es usted quien se acerca. ¿Por qué?

Declan dudó unos segundos. Podía sentir su presencia, su contención, tan fuerte como la suya. Luchaba en esos momentos con todas sus fuerzas para no correr hacia ella.

—Porque, aunque intento mantenerme lejos, no sé cómo hacerlo —confesó.

—¿Y por qué? ¿Por qué si cree que esto —dijo señalando del uno al otro— no tiene sentido? ¿Por qué si cree que no es suficiente? ¿Por qué si todo en usted parece gritar ‹‹aléjese›› siempre vuelve? ¿Le gusta torturarme, conde De Rosse? —escupió la pregunta

Él cerró los ojos un instante.

—Porque nunca he querido nada tanto como quiero quedarme a su lado.

Silencio.

—Entonces, míreme —susurró Ivy.

—No tengo el valor…

—¿Eso hace cuando las cosas se vuelven reales? ¿Huir? —insistió Ivy, un paso más cerca—. ¿Se esconde detrás de palabras bonitas y desapariciones elegantes?

Él apretó los puños.

—¿Va a seguir dándome la espalda? —dijo ella, más bajo—. ¿O va a demostrarme de una vez que no es solo un cobarde vestido de misterio?

Fue eso. La palabra ‹‹cobarde››. Hizo que el cuerpo de Declan se tensara, y después de unos segundos se dio la vuelta. Con brusquedad. Como si el mundo entero se hubiera girado con él. No llevaba la máscara. Por primera vez lo veía con claridad.

La cicatriz cruzaba su rostro con la crudeza de una herida mal cerrada y el orgullo de alguien que no va a volver a ocultarla.

—¿Esto quiere ver? —espetó, la voz cargada de furia contenida mientras se acercaba a ella un paso—. Pues mírame, Ivy. Mírame de verdad —dijo tuteándola de nuevo, otra vez la distancia se había acortado.

Ella se detuvo en seco.

Sus ojos se encontraron en mitad del silencio. En mitad de todo lo que ya no podían callar.

—No es eso lo que me duele —susurró, sin apartar la vista, dando un paso más hacia él—. Ni tu cicatriz. Ni tu historia. Lo que duele… es que sigas creyendo que no tengo derecho a elegirte sabiendo todo eso.

Declan respiró hondo. Temblaba. No por miedo, si no por todo lo que estaba conteniendo.

—No quería que me vieras así…

—¿Por qué? —dijo Ivy con un paso más, desafiante—. ¿Porque crees que me daría miedo? ¿Porque no encajas con el príncipe perfecto que todos suponen que merezco?

—Porque tú ves más de lo que nadie ve —murmuró él, quebrado —. Y eso me aterra.

Ivy se acercó. Sin prisas. Como quien se lanza al fuego porque ya sabe que va a arder.

—Yo también tengo cicatrices, Declan. Solo que las mías no se ven —musitó.

Y rozó su mejilla. Justo al borde de la herida.

Él cerró los ojos. Solo un segundo. Solo lo necesario para no derrumbarse.

—Déjame elegirte —susurró Ivy—. No a pesar de esto. Por esto.

Entonces, Ivy alzó la mano con cuidado y rozó con los dedos la cicatriz que marcaba su rostro, no como quien toca una herida, sino como quien acaricia una historia.

Declan cerró los ojos, apenas por un segundo, como si ese gesto lo quebrara más que mil palabras. Y, cuando los volvió a abrir, ya no había contención posible.

La besó.

Esta vez no fue una explosión, ni un castigo, ni una rendición. Fue algo más profundo. Más honesto. Más peligroso. Una promesa. Un desafío. Una verdad imposible de seguir escondiendo. Una conquista lenta, una marea que arrasaba sin violencia, un acto de pura necesidad.

Sus labios buscaron los de Ivy con una entrega feroz y reverente. No hubo titubeo. Solo un hambre contenida demasiado tiempo. La besó como quien teme que el mundo se acabe al separarse, como quien ha recorrido un desierto solo para encontrar un oasis y bebe sin mesura.

Ivy no se echó atrás. Al contrario. Se aferró a él con las dos manos, una en su nuca, la otra sobre su pecho, sintiendo el ritmo desbocado de su corazón. Se dejó llevar por la forma en que su boca se amoldaba a la de Declan, por la forma en que sus cuerpos encajaban sin esfuerzo, haciéndoles perder la cordura.

El beso se volvió más profundo. Más desesperado. Las manos de él descendieron por su espalda, firmes, hambrientas, como si quisiera memorizar cada curva, cada temblor, cada decisión que lo había llevado hasta allí. Ivy lo sostuvo con la misma fiereza, como si también se negara a soltarlo ahora que lo tenía en sus brazos. Como si besarle fuera la única forma de decir lo que aún no podía pronunciar. Porque lo que estaban haciendo no era solo besarse. Estaban eligiéndose. Desnudándose sin quitarse la ropa. Derribando los muros que habían construido con tanto esmero. Ese beso tal vez

no prometía un final feliz, pero sí una guerra que valdría la pena luchar.

Y el mundo, por un instante, quedó reducido a ellos dos. Sin máscaras. Sin más refugio que la verdad.



La calma tras el beso apenas duró un suspiro. La puerta volvió a abrirse con violencia, como si el mundo se negara a permitirles siquiera un momento de paz.

—¡Lo sabía! —anunció Scarlett entrando como una tormenta en plena noche de verano, los ojos le brillaban de satisfacción. Tras ella, Alexandra, Rowena y Lord Ashford cruzaron el umbral, mientras Duncan y Rhys, que no se habían movido del pasillo, intercambiaban una mirada cómplice antes de cerrar la puerta tras de sí.

El hechizo se rompió. No del todo, pero tembló en los bordes.

Declan no se movió. No se cubrió. No retrocedió. Solo permaneció junto a Ivy, con el rostro descubierto, la espalda erguida y las manos en los costados, como un hombre que ya no se esconde de nada.

—Vaya —dijo Rowena, cruzándose de brazos—. Pensábamos que íbamos a interrumpir una conversación… no una rendición completa.

—¿Y bien? —añadió Scarlett, levantando una ceja con deleite—. ¿Vas a contarnos de una vez qué demonios haces aquí, conde, o tendremos que adivinarlo?

—Scarlett… —advirtió Alexandra, aunque no con mucha fuerza. Nadie se movía. Solo Ivy, que dio un paso hacia delante, entre Declan y su familia.

—No está jugando conmigo —dijo con calma, aunque su voz cortaba como una hoja afilada—. Y si alguien tiene que exigir

respuestas, soy yo.

—Hija —interfirió Lord Ashford, su tono más seco que de costumbre—, todos merecemos saber qué ocurre aquí. Porque lo que hemos visto no es poca cosa. Es suficiente para que mañana se celebre una boda —afirmó rotundo.

—No se equivoque, milord —intervino Sebastian—. El conde De Rosse tiene más que decir. Y, por lo que sabemos, poco más que ocultar.

Rhys se colocó a un lado, junto a Scarlett, cruzando los brazos y sin borrar esa sonrisa peligrosa que parecía decir que había encontrado justo lo que había ido a buscar.

—Me equivoqué en el baile, lady Scarlett —comentó en voz baja, sin apartar los ojos de ella—. Pensé que iba disfrazada de cuervo… pero resulta que solo es usted en estado puro.

Scarlett entrecerró los ojos con una sonrisa peligrosa.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no necesita ocultarse tras una máscara para temblar?

Rhys inclinó levemente la cabeza, como si aceptara el golpe con gusto.

—Al contrario. Significa que no necesito una excusa para admirarla.

—Cuidado, marqués —replicó ella, girándose un poco hacia él—. No suelo dejar vivos a los que se acercan sin permiso.

—Por suerte para mí —murmuró Rhys, divertido—, parece disfrutar del peligro tanto como yo.

Duncan no habló, pero su presencia bastaba para sostener el silencio. Una vez más se colocaba tras Rowena, como una sombra protectora.

Declan miró a Ivy una última vez, ella asintió y luego alzó la barbilla, dispuesto a cargar con el peso de todo.

—Estoy aquí por culpa de William Kensington —dijo. Su voz no tembló.

—¿Por William Kensington? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —demandó Lord Ashford.

—Hace dos años invirtió con mi familia en una explotación minera en el norte de Irlanda. Todo era falso. Documentos falsificados, cifras inventadas. Cuando lo descubrimos, intentamos detenerlo. No lo conseguimos. Pensó que nos había dejado en la ruina. Lo hubiera dejado pasar, pero… está mi hermana Eilis.

—¿Y qué tiene que ver su hermana en todo eso? —preguntó Scarlett, bajando la voz.

—Cuando supo que todavía teníamos títulos, tierras, dinero… y que su jugada había salido mal, intentó seducir a Eilis. No por amor. Por venganza. Quería deshonrarla, forzar un matrimonio, atarnos por la fuerza.

Todos guardaron silencio.

—¿Lo logró? —interrogó lord Ashford que parecía el único con la entereza suficiente de preguntarlo

—No, aunque lo intentó. Llegué justo a tiempo, no sé qué hubiera pasado si hubiese llegado unos minutos después. —Hizo una pausa, tenía que tomar aire, Ivy se acercó a él, lo justo para rozar con sus dedos la mano de Declan. — Tuvimos un enfrentamiento y él me atacó —explicó señalando la cicatriz—. Desde ese momento supe que no podía dejar que se saliera con la suya.

—¿Por eso vino a Londres? —preguntó Alexandra.

—Sí. Al principio solo buscaba pruebas. Y para eso necesitaba acercarme a quienes eran sus aliados. Se comentaba que era muy cercano a la familia Ashford.

—Y entonces… —Rowena lo miró con dureza—, ¿decidiste usar a mi hermana?

—No. Eso fue antes de conocerla —respondió Declan—. Antes de saber quién era. No solo lo que aparenta. Lo que hay debajo. Lo que esconde. No la usé. La amé incluso antes de entender qué me estaba pasando.

—¿Y por qué no la ha cortejado oficialmente si siente eso? —preguntó Scarlett, con una ceja levantada.

Declan suspiró. Se volvió despacio hacia Lord Ashford.

—Porque no me creí digno de hacerlo. Pero lo soy. O, al menos, quiero serlo.

Se acercó y se colocó ante él.

—Milord, quiero solicitar permiso formal para cortejar a Lady Ivy Ashford. Con la honestidad de un hombre que ha visto lo peor de este mundo y aún elige creer que existe algo puro como ella.

En ese momento, la puerta volvió a abrirse de golpe.

—¡¿Qué sucede aquí?! ¡¿Por qué nadie me ha avisado?! ¡Mis nervios! ¡Mis sales! —irrumpió la señora Ashford en toda su gloria, sujetando un pañuelo con una mano y un frasco con la otra.

—Madre... —suspiró Alexandra.

—¡Y tú! —gritó, señalando a Declan—. ¡¿Tú eres el irlandés misterioso?! ¡Tenías que ser guapo, claro, pero con problemas! ¡Siempre vienen con problemas! ¡Todos los guapos los llevan encima! ¡Como si fuera parte de su encanto!

—Madre, por favor —intervino Alexandra, mientras Scarlett reía por lo bajo—, tome sus sales y relájese.

—¿Qué me relaje? Mientras todas vosotras estáis aquí, como si fuese una reunión del Parlamento. ¡Yo exijo estar presente en cualquier petición oficial de matrimonio! ¡Que soy su madre, por Dios bendito y todos los Santos del paraíso!

Rowena se llevó una mano a la frente, y Duncan, que estaba junto a ella sin que nadie lo hubiera notado, dio un paso discreto en dirección a la joven como si quisiera protegerla de cualquier otro escándalo.

Lord Ashford alzó una mano, imponiendo silencio.

—Creo que ya es hora de que este asunto se maneje como corresponde —dijo—. Hablaremos mañana. Todos. Pero por ahora, conde De Rosse, será mejor que se retire.

Declan asintió, aunque antes de marcharse, su mirada se cruzó con la de Ivy. No necesitaban palabras. Lo que debía decirse ya se había dicho. Lo demás... tendría que ganárselo.

Detrás, Scarlett murmuró:

—Pues al final no era tan espectro.

—No —dijo Alexandra con una sonrisa cansada—. Solo un hombre con demasiadas cicatrices. Por dentro y por fuera.

Capítulo 27 Lady Envidia

La mañana en la mansión Ashford tenía ese aire de falsa normalidad de la que solo una familia como aquella podía presumir. Lo que había sobrevivido del reloj del salón aún no marcaba las diez, pero todas las hermanas estaban reunidas, dispuestas en torno a la mesa del desayuno con la familiaridad de quien ha sobrevivido a demasiadas veladas y escándalos como para fingir que le afectan.

El té humeaba en las tazas de porcelana, el pan recién horneado descansaba en una cesta y las voces, como de costumbre, se entrelazaban en un caos orquestado a la perfección.

—Serena, si no dejas de mirar ese espejo, juro que te lo lanzo por la ventana —bufó Scarlett, que removía su taza con una energía que no auguraba nada bueno.

—No estoy mirándome, estoy… comprobando que sigo viva —respondió Serena apática.

—Qué dramatismo tan innecesario a estas horas —murmuró Ophelia, hojeando el periódico con aire distraído—. Llevas toda la vida igual, aunque sigues viva todavía. ¿Cómo puede alguien tener tan pocas ganas de vivir?

—¿Acaso hay algo por lo que merezca la pena vivir? —volvió a decir bostezando.

—Un buen dulce —afirmó Clementine sin dudar.

—No sé cómo te quedan dientes… —recriminó Rowena.

—¿Y bien? —preguntó Scarlett, sin apartar la mirada del cuchillo que utilizaba para cortar con precisión quirúrgica la mantequilla—. ¿Hoy desayunamos en paz o alguien más pretende desmayarse antes de la segunda taza de té?

—Yo no me he desmayado —bufó Serena—. Me he inclinado hacia el suelo con dramatismo. Que no es lo mismo.

—Claro que no —murmuró Ophelia—. El desmayo es involuntario. Lo tuyo fue un acto de puro aburrimiento.

—Qué agresivas estáis todas esta mañana —intervino Clem con la boca llena—. Será el hambre.

—Tú estás más callada que de costumbre, y eso me inquieta —observó Scarlett sin levantar la vista de su taza refiriéndose a Alexandra.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Temes que mis silencios digan más que tus palabras?

—No, porque cuando tú te callas, madre suele aparecer sin avisar. O explota algo. Y no me apetece ninguna de las dos cosas tan temprano.

—Estoy tratando de disfrutar de un desayuno en paz —insistió Ophelia—. Aunque parece algo imposible en esta casa.

—Clementine, por favor —farfulló Alexandra—, no toques la mermelada con los dedos otra vez.

—No la he tocado —respondió, indignada, mientras disimulaba el dedo sospechosamente brillante—. Ha sido el cuchillo.

—¿El cuchillo? —repitió Alexandra alzando la ceja.

— Se ha caído. Solo lo recogía.

—¿Con la boca?

—Es que estoy nerviosa con todo esto de los bailes, la presión por encontrar marido… —se defendió. La risa de las hermanas llenó por completo el salón—. Vosotras os burláis, pero soñé que madre nos obligaba a casarnos por sorteo —reveló, haciendo una mueca.

—Podría ser peor —dijo Rowena—. Podría ser padre quien lo organizara. Seguro que nos emparejaba según la cantidad de tierras y no por la cantidad de paciencia que se necesita para aguantarlos.

—Entonces todas estaríamos solteras —sentenció Ivy con una sonrisa apenas esbozada, mientras se servía un poco de mermelada sobre su tostada.

—Si todo sale bien, tienes los minutos contados —señaló Scarlett.

—Por favor, desayunemos en paz, solo cinco minutos… —rogó Ophelia.

—Eso es complicado —se burló Clementine con la boca llena de pan y mermelada.

—Todas parecéis más… inquietas de lo normal —afirmó Alexandra.

—Yo no —afirmó Serena abriendo tanto la boca que Clem no pudo resistirse a meterle dentro un scone.

—Será la resaca emocional —opinó Rowena—. Lo de anoche en la biblioteca… —dijo haciendo alusión a la declaración de Declan—, me extraña que esta casa siga en pie después de lo de ayer.

—¿Te extraña? Esta casa ha resistido a nuestra madre. Nada nos derriba ya —replicó Alexandra, dejando la taza en el platillo con un leve tintineo.

—Hablando de derribar —intervino Scarlett desde su lugar, sin alzar la voz—. ¿Alguna planea derribar a Declan hoy cuando cruce la puerta?

Un silencio breve se impuso. No por escándalo, sino por estrategia. Rowena fue la primera en romperlo.

—Solo si entra sin llamar.

—O sin camisa —añadió Clem.

—Dios mío… —murmuró Alexandra, frotándose el puente de la nariz.

Como si lo hubieran ensayado, la puerta del salón se abrió justo entonces. Y él apareció.

—Conde De Rosse. Lady De Rosse. Han madrugado —los saludó Alexandra.

Declan De Rosse cruzó el umbral con la misma calma que tendría un hombre que ya ha hecho lo más difícil. Eilis lo acompañaba, con las manos unidas en el regazo y la barbilla alta.

Ninguna hermana se levantó. Porque ninguna se sorprendió. A esas alturas, lo inesperado ya era costumbre.

—Lady Alexandra, señoritas —saludó Declan con una leve inclinación—. Os ruego me disculpéis por irrumpir tan temprano.

—Solo si trae panecillos —respondió Clementine.

—O una declaración formal —añadió Rowena.

—Traigo palabras formales —anunció Declan sin rodeos—. Lady Ivy Ashford, he solicitado a su padre el permiso para cortejarla. Y como marca la tradición, he venido a exponerlo también frente a su familia. No por obligación, sino por respeto.

—Entonces… —Alexandra se volvió hacia Declan—, ¿está dispuesto a responder por todo lo que implica acercarse a una Ashford?

—Más que nunca.

—¿Y a sostener lo que promete, incluso cuando la calma desaparezca?

—Precisamente porque sé que desaparecerá.

Ivy no se movió. No parpadeó. Solo lo observó. Como quien ha esperado tanto un momento, que necesita asegurarse de que no es un sueño. No lo era.

El silencio se volvió incómodo, hasta que lady Eilis dio un paso hacia delante.

—Declan no es perfecto. Ninguno lo somos. Pero lo que siente por usted, lady Ivy... eso sí lo es. Se lo digo yo, que lo he visto vivir en sombras demasiado tiempo. Y, le aseguro que, cuando escoge a alguien, no cede —afirmó mirando sin pestañear a Ivy.

Ivy tragó el nudo que tenía en la garganta. El corazón le iba a mil, al fin se mostraba tal como era, no solo frente a ella, frente a todos y no podría hacerla más feliz. Dónde él había visto una marca deshonrosa que lo hacía sentir que no merecía ser amado, ella veía el valor de ese hombre, al defender a un ser querido, grabado en su rostro.

—¿Y bien? —preguntó Serena, rompiendo el hechizo—. ¿Vamos a fingir que esto no es lo más emocionante que ha pasado desde que Rowena arrojó el reloj por la ventana?

—El reloj estaba poseído —espetó Rowena.

—El reloj daba las campanadas a las cinco de la madrugada —matizó Alexandra—. Y tenías resaca.

—Poseído —insistió.

—¿Podemos centrarnos? —interrumpió Ophelia, cerrando el libro que tenía en las manos—. Este hombre ha venido a hablar y aún no hemos escuchado nada interesante.

—Lo hará —murmuró Declan. Y entonces, sin mirar a ninguna otra, buscó solo a Ivy.

—¿Así que ha hablado con mi padre?

—Sí.

—Y ha sobrevivido… —susurró.

—De momento —añadió con una leve sonrisa.

Ivy inspiró despacio, bajó la vista y la alzó de nuevo unos segundos después. Y por primera vez, no hizo falta nada más.

Ni permiso. Ni testigos.

Solo una elección.

—Entonces pasea conmigo. —Declan le ofreció su brazo, Ivy lo tomó y salieron sin decir nada más.

—Y así, cayó la segunda… —susurró Rowena sabiendo que la cuenta atrás seguía sin detenerse.



El jardín olía a hierba recién cortada y a promesas no dichas. El aire era tibio, como si Londres aún no supiera si quería despedirse de la primavera.

Caminaron en silencio unos minutos. No porque no hubiera nada que decir, sino porque no era necesario llenarlo todo de palabras.

—¿Y bien? —preguntó, rompiendo el silencio—. ¿Has sobrevivido al despacho de mi padre?

—He sobrevivido a cosas peores —respondió Declan, caminando hacia ella con pasos tranquilos.

—Lo sé. Por eso estamos aquí.

Hubo un silencio. No era incómodo, ni frío, solo lleno de cosas que todavía no tenían nombre.

—Ha dicho que, si te fallo, me quitará algo más que el título —murmuró Declan, con una media sonrisa —. Y que mis huesos irán a parar al sótano, junto a los de algún pretendiente anterior.

—¿Te ha enseñado el sótano?

—No, pero me ha dado un mapa. Muy detallado, por cierto.

Ivy soltó una risa. Pequeña. Real.

—¿Y aun así sigues aquí?

—Sí. Porque no solo he dejado de esconderme, también de correr.

Ella bajó la mirada. Lo estudió con detenimiento.

—¿Y qué vas a hacer ahora que no huyes?

—Elegirte.

Esa palabra flotó entre ellos. Sin adornos. Sin escudo.

—¿Qué sucede? —interrogó cuando sintió que el silencio era demasiado largo.

—Pensé que todos solo veían a Lady Envidia.

—Todos te ven… pero yo quería descubrir a Ivy.

Ella inspiró despacio. Lo miró a los ojos.

—Y ahora que lo has hecho… ¿sigues queriendo estar conmigo?

—Ahora más que nunca. Has dejado de ser un sueño, Ivy, te has convertido en mi elección.

Ivy se acercó un paso.

—¿Sabes lo que implica ser la pareja de Lady Envidia?

—No.

—Es cargar con todas las miradas. Con todas las expectativas. Es que te deseen por lo que representas, pero no por quién eres, como si mi rostro fuera una máscara que todos admiran, pero nadie se atreve a quitar. Es…, cargar con una hermana pecado.

—¿Y si la envidia no fuera un pecado sino un privilegio? —interrogó.

—¿Un… privilegio?

—Tal vez solo seas lo que todos quieren… pero no saben cómo sostener.

Ivy alzó el mentón, apenas un poco.

—Y tú, ¿estás dispuesto a sostenerme?

—Para siempre.

Ivy inspiró. Un solo segundo. Después tendió la mano.

—Suena a historia con final feliz y no quiero ser el final de tu historia, Declan.

—¿No?

—No. Quiero ser la única parte que no estás dispuesto a perder.

No hizo falta nada más, tan solo la besó.

Capítulo 28 Por el espectáculo

La noche era cerrada, aunque en la biblioteca de la mansión Ashford reinaba una luz cálida y tensa. Las cortinas estaban echadas, y sobre la mesa central reposaban papeles, copas de vino a medio terminar y una atmósfera cargada de secretos que por fin comenzaban a salir a la luz.

Declan permanecía de pie. Frente a él, Alexandra, Scarlett, Rowena y Lord Ashford lo observaban con expresiones que oscilaban entre la cautela, la sorpresa y la determinación. Blackwood ocupaba el respaldo del sillón más cercano con una copa en la mano, mientras Rhys se paseaba en silencio por detrás de los estantes y Duncan, en el rincón más sombrío, parecía parte del mobiliario. Ivy estaba cerca de la puerta, pero no del todo fuera. Escuchaba. Observaba. Sentía.

—Si vamos a enfrentarnos a Kensington —dijo Blackwood, cruzando los brazos—, tenemos que hacerlo bien. Sin errores. Él todavía tiene poder. Y contactos. Esto no puede parecer una vendetta personal.

—No lo es —replicó Declan—. Es justicia. No solo por mi hermana. Por todos los que ha estafado y arruinado.

Alexandra se inclinó sobre los papeles. Su expresión era de hielo.

—Estas transacciones… ¿desde cuándo lo sabías?

—Meses. Empecé a seguir el rastro cuando descubrí lo de la falsa inversión minera en Irlanda. Pero lo que no esperaba era encontrar vuestros nombres en las cuentas colindantes. Él también os ha estafado. Y no habéis sido los únicos.

—Lo sabemos, tenemos una lista —añadió Rowena refiriéndose a la lista de nombres que, posiblemente, había dejado en bancarrota.

—¿Una lista? —preguntó Rhys con sorpresa.

—Sí, de las familias a las que ha arruinado —aclaró Sebastian.

—Interesante, podemos confirmarlo con los documentos que tengo —afirmó Declan.

—¿De verdad quieres saber quién aparece? —preguntó Rowena con una sonrisa de medio lado que no presagiaba nada bueno.

—Por supuesto, aunque…, espera, ¿estoy entre ellos?

—Bingo —susurró Scarlett.

—Bueno, en cierto modo supongo que no sería extraño, después de todo sí que me estafó, aunque no estoy en ruina…

—De todas formas, querido futuro cuñado —dijo Rowena—, te lo habríamos pasado por alto.

—Ya veo, ¿puedo conocer el resto de nombres?

—Duncan —pidió Sebastian.

—El primero de todos es Lord Cedric Bainbridge, duque de Elligton. Según lo que hemos descubierto se ha arruinado por sus inversiones fallidas en comercio marítimo, llevadas a cabo por nuestro objetivo. Se dice que tiene deudas con prestamistas extranjeros de… dudosa reputación. Es el más peligroso de todos, ya que es familiar directo de vuestro rey.

—Y no olvidemos que tiene los ojos puestos en Rowena —añadió Ivy que se había acercado al grupo.

—No me lo recuerdes, solo me dan ganas de sacárselos —afirmó con furia.

—Todavía tengo el traje de cuervo, te lo puedo dejar por si quieres sacárselos a picotazos —se burló Scarlett.

—Cada vez que dice algo así, lady Scarlett, deliro —murmuró Rhys.

—¿De miedo?

—De placer —susurró a su lado.

—Gracias por la oferta, Scarlett, la tendré muy en cuenta.

—Deberías buscar a alguien con quién prometerte, Rowena —se inmiscuyó Alexandra—, creo que es la única forma de mantenerte a salvo.

—Segundo —cambió de tema Duncan—, lord Reginal Fairfax, vizconde de Lynton. Invirtió en tierras para cultivo de café que fueron arrasadas por un huracán. Así que no tiene ni tierras, ni dinero, ni café. Busca con desespero una alianza que lo ayude a conservar su título. El tercero es lord Oliver Pembroke, conde de Westbrook, lo timó con minas en el Caribe. Afronta embargos y tiene tantas deudas pendientes que si logra salvar el título será un milagro. El siguiente en la lista era lord Declan De Rosse, conde De Rosse.

—¿Y qué pone sobre mí en esa lista tan elaborada?

—Que huyó de Irlanda por problemas familiares vinculados a Kensington.

—Eso es cierto, ¿qué más?

—Lo cierto es que encontré información imprecisa, más allá de que iba acompañado de una joven, lo demás era un misterio. Un hombre con un pasado incierto.

—Todo correcto, deben darle la enhorabuena al que ha hecho tal investigación.

—Gracias —dijo Duncan—. Por último, lord Henry Montague, marqués de Langston. Se rumorea que intenta huir de Londres para evitar a sus acreedores.

—Hay más, muchos más, pero ellos también están en mis documentos.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Scarlett con tono seco—. ¿Exponerlo ante la sociedad? ¿Mandarle una carta? ¿Desafiarlo a duelo?

—No necesitamos armas. Necesitamos que crea que ha ganado —explicó Declan—. Que aún tiene la oportunidad de atar a los Ashford a su causa… a través de un matrimonio o una alianza financiera.

—¿Y qué propones? —preguntó Alexandra, con el rostro tan sereno como firme.

Declan tomó aire. Luego, abrió uno de los documentos que había traído consigo y lo extendió sobre la mesa. Era un mapa de

propiedades y nombres. Conexiones. Cuentas y transferencias que no cuadraban.

—Todo esto lleva meses reuniéndose —explicó—. Pero es difícil derribar a un hombre que aún mantiene la fachada intacta. Kensington es escurridizo. Lo que necesitamos es que se descubra a sí mismo. Que se crea impune, confiado… y entonces caiga.

—¿Y cómo piensa lograrlo? —intervino Scarlett, apoyando una mano en el respaldo de un sillón.

—Lo atraparemos con su propia codicia —contestó Declan—. Si cree que aún puede ganarse la fortuna de los Ashford por otras vías… lo intentará. Sobre todo, ahora que sabe que conmigo no puede.

—¿Quieres usar a una de mis hijas como cebo? —preguntó Lord Ashford, la voz dura como el mármol.

—Quiero protegerlas —afirmó Declan—. Pero también sé que él las considera su última oportunidad. Si logra comprometer a una, aunque sea mediante un escándalo, intentará forzar un matrimonio. Eso fue lo que quiso hacer con Eilis. Lo que casi logra. Lo que no pienso permitir de nuevo.

—Entonces… hay que preparar una trampa —murmuró Alexandra, sin apartar la mirada de los documentos desplegados—. Algo que parezca real, creíble, y que nos permita atraparlo con las manos en la masa. Algo que él no pueda rechazar.

—Yo puedo preparar algo —intervino Blackwood—. Una inversión ficticia. Un nuevo contrato respaldado por algún noble extranjero. Puedo mover hilos en la Cámara para enviarle cartas con membretes reales.

—Y mientras él se lanza, nosotros documentamos todo —añadió Rhys desde la estantería—. Correspondencia, encuentros, promesas. Las pruebas que lo hundirán incluso si intenta negarlo después.

—Y cuando lo haga —añadió Scarlett—, nosotros estaremos listos. Y él quedará expuesto.

—Yo también quiero ayudar —intervino Ivy con voz firme, sin moverse—. Si todo esto comenzó conmigo, terminará conmigo

también.

—No empezó contigo, Ivy, y yo seré quien le ponga fin —afirmó rotundo.

Un silencio denso recorrió la biblioteca. Solo el leve chasquido del fuego en la chimenea osaba interrumpir la tensión.

—Será difícil que niegue algo si está metido hasta el cuello —sentenció Scarlett con media sonrisa—. Le haré una visita. Sonriente, por supuesto.

Todas las miradas se clavaron en Scarlett.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Alexandra, con el ceño fruncido.

Scarlett dejó la copa sobre la mesa con un leve *clin*.

—Estoy diciendo que seré yo quien se acerque a él. Fingiremos una ruptura entre tú y Blackwood. Nada escandaloso, solo… un desacuerdo lo bastante creíble. Y yo ocuparé tu lugar. No como hermana, sino como heredera frustrada. Dispuesta a negociar.

—Scarlett… —murmuró su padre, en tono de advertencia.

—No sería la primera vez que alguien me confunde contigo, Alex —interrumpió ella, con una sonrisa ladeada—. A simple vista somos lo bastante parecidas. Y él no busca amor. Ni siquiera afecto. Busca un atajo.

—Y tú crees que puedes engañarlo —dijo Sebastian, con el ceño fruncido.

—No. Sé que puedo —respondió con firmeza—. Porque no me interesa seducirlo. Me interesa atraparlo.

Avanzó un paso hacia la mesa, con los ojos fijos en el mapa de conexiones y nombres. Luego, sin apartar la vista, añadió con voz firme:

—Quiero ser quien lo mire a los ojos y le devuelva la sonrisa. No como víctima. Como cazadora.

Duncan dejó escapar una carcajada baja desde su rincón.

—Me gusta más esta versión de la familia Ashford. Menos bailes, más cuchillos —afirmó Rhys.

—Te lo advertí, amigo —susurró Sebastian a su lado.

—¿El qué?

—Que había empezado tu ruina.

—Touché…

—No sé si me parece buena idea exponer a una de mis hijas —irrumpió lord Ashford.

—Padre, ¿no irá a pedir las sales, verdad? —bromeó Rowena.

—Yo me encargaré de preparar el escenario, lord Ashford —dijo Blackwood—. Las cartas llegarán a los lugares adecuados. Kensington se sentirá cómodo, confiado. Como si el destino le estuviera ofreciendo una última oportunidad de redención.

—¿Y si se da cuenta? —preguntó Rowena.

—Entonces improvisaremos —respondió Alexandra—. Lo importante es que el mundo lo vea caer. Que no pueda esconderse otra vez tras trajes caros y falsas sonrisas.

—Además, estaremos nosotros por si algo sale mal —afirmó Duncan.

—No permitiremos que nada salga mal, lord Ashford, le doy mi palabra —añadió Declan.

Lord Ashford bajó la mirada un instante. Sabía que sus hijas eran capaces de trazar un plan como aquel. Lo que aún no sabía era si estaba preparado para verlo ejecutado. Se incorporó despacio, observó a sus hijas, a los hombres que las acompañaban y a los papeles que ardían más que el fuego.

—Entonces no queda más que brindar —dijo, levantando su copa con gravedad—. Por la caída del hombre perfecto.

—Por el espectáculo —añadió Scarlett, con ese brillo feroz en los ojos que siempre precedía a la acción.

—Y por el escándalo —remató Rowena.

Las copas tintinearon.

No era un brindis.

Era una declaración de guerra.

Alexandra tomaba aire, nerviosa. Esperaba que todo lo planeado saliera bien. Necesitaba que saliera bien. Sus manos temblaban mientras intentaba calmar los nervios. Sentía el peso de la mentira que estaba a punto de decir, sabiendo que su confesión cambiaría la vida de sus hermanas para siempre. Se llevó una mano al pecho, intentando controlar el rápido latido de su corazón.

—Os he reunido a todas aquí para daros una noticia importante —comenzó a decir.

Sus hermanas la miraban sin entender qué sucedía, y ese era el efecto que quería lograr. Miró a su madre, sentada a su lado, mantenía la cabeza recta, dándole ánimos en silencio.

—¿Qué sucede, Alex? —preguntó Ivy.

—Tengo que confesaros algo, me he comprometido con lord Blackwood…

—Duque de Blackthorn —añadió en voz baja su madre.

El silencio en la sala fue abrumador por un instante. Luego, la tensión se rompió.

—No me extraña, está para darle… un bocado, o dos —afirmó con tono divertido Clementine, sin embargo, ese tono no pudo ocultar del todo su sorpresa.

—No puede ser verdad… —susurró Ophelia, llevándose una mano a la boca que se había abierto hasta lo imposible.

—Ya sabía yo que sería la primera en caer —señaló Scarlett con una sonrisa de medio lado.

—Por una vez algo que no me parece aburrido… —puntualizó Serena, aunque, en el fondo, quería ocultar la desazón que la confesión de su hermana había provocado en su apacible interior.

Sin embargo, fue Rowena la que rompió por completo el ambiente con una furia que sorprendió a todas.

—¿Cómo has podido?

—No he tenido elección, Rowena… —replicó Alexandra, sintiendo el nudo en su garganta crecer.

—Ninguna la tenéis, niñas —intervino su madre, en voz tan baja que apenas era un susurro.

Las hermanas se volvieron hacia Lady Ashford, confusas.

—¿Qué… qué quiere decir, madre? —interrogó Ivy con tono preocupado.

Lady Ashford levantó la mirada, su rostro reflejaba una tristeza profunda.

—Estamos al borde de la ruina, solo os queda la opción del matrimonio si no queréis veros mendigando. Un buen compromiso es la única salvación para nuestra familia.

El silencio fue tan denso que parecía llenar toda la habitación. La realidad de la situación comenzaba a asentarse en ellas.

Alexandra se permitió un momento para estudiar los rostros de sus hermanas. Sentía cómo cada una de ellas luchaba por asimilar la realidad que acababa de compartir. Ruina**,** esa palabra que nunca había formado parte de su vocabulario, ahora las envolvía a todas.

—Esto es una locura —repetía Rowena, pero esta vez su voz se quebró un segundo, como si estuviera a punto de perder el control. Por primera vez, sus ojos mostraron algo más que furia: miedo. Un miedo que todas compartían.

Scarlett, con su sarcasmo característico, intentaba ocultar su propio temor con una sonrisa burlona, pero su tono era más tenso de lo habitual.

—A decir verdad, no sé qué es peor… casarnos o saber que nos han dejado sin nada —dijo, su risa seca resonando en la habitación. Sus palabras, aunque duras, no pudieron evitar el impacto emocional de la situación.

—Yo… no sé si puedo hacerlo —susurró Ophelia, quien había permanecido en silencio hasta entonces, su voz temblaba mientras jugaba con su collar de zafiros—. No puedo imaginarme casándome solo por dinero.

—Ya, claro, nosotras tampoco podemos —dijo con ironía Clementine.

—Lo bueno de la ruina es que al fin Clementine perderá esos kilos de más… —atacó en respuesta.

Antes de que la pelea siguiera, Rowena continuó.

—¿No es suficiente con que *la traidora* se case?

Alexandra cerró los ojos, intentando no dejarse llevar por la culpa. ¿Se les había ido de las manos la mentira?

—No, porque el trato fue que o todas o ninguna. Así que si queremos salvar a la familia tenéis que estar todas comprometidas, Rowena—respondió su madre con voz grave, sabiendo que la respuesta solo provocaría más resentimiento.

—¡Pues yo no lo haré! —gritó Rowena, cruzando los brazos con una mirada desafiante—. No voy a casarme solo para salvar la fortuna de una familia que nos ha fallado. Si queréis sacrificaros, hacedlo vosotras —rugió señalando a las demás con un resto de su mano—. Yo no tengo por qué cargar con esto.

Alexandra se esperaba una reacción similar de Rowena, no en balde era la más rebelde e inconformista de todas. Su pecado, la ira, era de lo más acertado, tenía un carácter voluble que se incendiaba con la menor chispa. Y era consciente de que, si no lograba convencer a Row, todo su plan se derrumbaría como un castillo de naipes.

—Rowena, por favor —pidió, tratando de calmar la situación—. Este no es el momento de rebelarte. Si no lo hacemos, perderemos más que solo la fortuna… lo perderemos todo.

—Prefiero perderlo todo antes que ser forzada a un matrimonio sin amor —afirmó en sus trece.

—No tiene que ser un matrimonio sin amor, Row, mira Alexandra… —señaló Scarlett.

—No me lo creo, madre. Si fuera cierto la noticia se habrá extendido como la pólvora —interrumpió Ophelia a su hermana.

Alexandra miró a su madre, esa afirmación les había pillado desprevenida, sin embargo, reaccionó con rapidez.

—Todavía no se ha hecho público, por lo que os ruego que os mostréis discretas. Lord William Kensington ha estafado a muchos nobles ofreciéndoles inversiones que no eran rentables, se ha quedado con el dinero de todos ellos, incluido nuestro padre y ha huido… —añadió, rezando porque se lo creyeran y estuvieran dispuestas a colaborar.

—Eso es… horrible…

—No puede ser cierto…

—¿Cómo ha podido padre caer en algo así?

—¿Y lo hemos perdido todo? —preguntó Ophelia agarrando con fuerza el gran collar de zafiros y diamantes que lucía en el cuello.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Serena. Alexandra sintió que era la primera vez que veía a su hermana menor… inquieta.

—La única solución es que encontréis marido esta temporada, niñas, igual que ha hecho Alexandra.

—¿Cómo sabremos cuáles de ellos están en la ruina como nosotras? ¿Y si solo quieren escapar de esa catástrofe usándonos sin saber que nosotras estamos en su misma situación?

—No hay que temer eso porque, gracias a Sebastian, tenemos una lista de los nobles implicados —añadió Alexandra recordando que él tenía los documentos que acreditaban la estafa y los nombres de los afectados.

Las hermanas intercambiaron miradas de incredulidad y miedo. Scarlett fue la primera en romper el silencio, su voz estaba impregnada de sarcasmo, pero era fácil notar el deje de amargura impreso en sus palabras.

—Así que ahora tenemos que andar con cuidado, como si estuviéramos paseando entre lobos hambrientos —comentó con una sonrisa de medio lado—. Y todos esos lobos quieren un pedazo de lo que ya no tenemos.

—Eso es injusto, Scarlett —replicó Ivy—. No todos los hombres son así.

—¿No lo son? —preguntó Rowena, alzando una ceja—. Mira a nuestro padre… ¿Dónde está ahora? Oculto tras su vergüenza

mientras nosotras pagamos por su estupidez.

Alexandra se removió incómoda. Sabía que su hermana tenía razón en parte, pero no podía permitir que esas emociones se desbordaran. No ahora.

—Debemos ser inteligentes —dijo Alexandra, tratando de poner orden en la conversación—. No estamos solas. Sebastian se ha asegurado de que tengamos la información que necesitamos. Sabemos quiénes están en la misma situación que nosotros, y podemos evitar que nos utilicen.

—¿Y qué haremos si ninguno de ellos nos parece adecuado? —preguntó Ophelia, con su habitual tono de preocupación—. ¿Nos casaremos por obligación?

—No hay otra opción, Ophelia —dijo Serena, en un tono inusualmente serio—. Si no lo hacemos, nos quedamos sin nada. No creo que tengamos otra alternativa.

Rowena cruzó los brazos, su mirada aún llena de furia.

—Esto es una locura. Casarnos para salvar una fortuna que ni siquiera es nuestra culpa que se haya perdido. Es humillante.

—No es solo por la fortuna, Rowena —dijo Alexandra con suvidad, acercándose a ella—. Es por la familia. Por todas nosotras. Nos comprometimos a esto juntas, y ahora es el momento de cumplirlo.

Rowena miró a Alexandra, sus ojos llenos de desafío.

—¿Y qué pasa si me niego?

Alexandra tomó aire antes de responder.

—Entonces no solo perderemos la fortuna. Lo perderemos todo.

El silencio volvió a caer en la sala. Las hermanas sabían que no tenían más remedio que enfrentarse a esa realidad. La gravedad de la situación comenzaba a calar hondo en cada una de ellas.

—Lo haremos juntas —dijo Ivy, su voz calmada, pero firme—. Y lo haremos bien. Nadie más va a usarnos. Elegiremos a los hombres que nos convengan, no a los que solo busquen escapar de su propia ruina o nos vean como simples objetos decorativos.

Alexandra sonrió, agradecida por las palabras de Ivy.

—Exacto. Esto no será fácil, pero no estamos indefensas, niñas. Contamos con la verdad, y eso nos da ventaja —añadió lady Ashford.

Mientras sus hermanas murmuraban entre ellas, todavía asimilando la situación, Alexandra se permitió un momento de respiro. Sabía que los próximos días serían complicados, pero con Sebastian a su lado todo saldría adelante. Aunque, antes, todas tendrían que superar el mayor de los retos: elegir al hombre con el que compartirían sus vidas.

Capítulo 29 El arte de parecer Lady Soberbia

El espejo del tocador reflejaba una imagen que solo podía describirse como un disfraz muy bien logrado, el resultado de un intento desesperado por parecer alguien que no se es. Scarlett Ashford, conocida por sus vestidos negros, su mirada desafiante y su habilidad innata para incomodar a cualquier hombre con media frase, lucía ese día un vestido color púrpura con bordados plateados y un recogido tan perfecto que parecía haber sido ideado por la propia Alexandra.

—¿Y bien? —preguntó Scarlett alzando una ceja mientras se giraba hacia sus hermanas y caminaba unos pasos alrededor de la habitación—. ¿Parezco lo bastante soberbia?

—Te falta inclinar la cabeza con superioridad, como si todos en la sala fueran menos inteligentes que tú —respondió Clementine, sentada sobre la cama con una manzana en la mano—. Así, en plan[5]: ‹‹Oh, cielos, qué agotador es ser tan lista››.

—Me dan ganas de meterte toda la manzana en la boca y ponerte a asar —bufó Rowena.

Scarlett miró hacia arriba, rogando a todos los santos. Ivy, en cambio, se acercó con una expresión más crítica y midió la caída del vestido con los ojos entrecerrados.

—El parecido es perfecto. El tono púrpura te sienta bien, es un cambio respecto al luto que siempre usas —comentó—. Sin embargo, caminas como tú: firme, imparable. Alexandra no camina… flota.

—¿Flota? —repitió Scarlett con sorna—. ¿Me estás pidiendo que camine como una nube que se cree superior al resto?

—Estoy pidiéndote que camines como si supieras que tienes la razón y el resto del mundo está equivocado. Así camina Alexandra —

murmuró Ivy.

—Y que huelas a lavanda, responsabilidad y expectativas. Eso también ayuda —añadió Clem, estirada entre los cojines como un gato satisfecho.

Scarlett soltó un bufido, luego caminó por la habitación con pasos más controlados, espalda recta, manos recogidas sobre el vientre como hacía su hermana gemela.

—¿Así?

—Casi. Te falta girar la cabeza y mirar con desdén, como si dijeras sin palabras: ‹‹¿Cómo osa ese ser inferior pretender estar a mi altura?››, Alexandra lo hace al menos tres veces por conversación —bromeó Clementine.

—¿De verdad la gente me ve así?

—Bueno, ahora estás más relajada, no sé qué hace contigo Sebastian, pero tienes que darle las gracias…

—Si os contara —susurró solo para sí misma.

—Esta misión se está convirtiendo en algo casi imposible. Por lo general nadie se da cuenta cuando me cambio con Alexandra.

—¿Así que es una práctica habitual? —interrogó Rowena.

—Parece ella. No le deis más vueltas, me aburro.

—Como siempre —bostezó Ophelia—. Con la satisfacción que produce un buen collar…

—O un buen cruasán…, no esta insípida manaza que me ha dado madre, dice que si sigo ganando peso en vez de bajar las escaleras el próximo baile, rodaré hasta el centro de la pista —se quejó Clementine, provocando las risas de sus hermanas

Ivy, sin embargo, no se reía. Se acercó y le colocó un mechón a Scarlett detrás de la oreja, gesto delicado y fraternal.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Sé sincera.

—Entonces no. No quiero. Pero lo haré. Porque alguien tiene que ponerle fin a esto, y por una vez, prefiero disparar con elegancia —afirmó alzando el mentón como lo haría Alexandra.

Alex se acercó a su hermana, envuelta en una bata de un tono oscuro de púrpura que casi parecía negra. Sus ojos recorrieron a

Scarlett de arriba abajo con una mezcla de preocupación y de orgullo contenido.

—Estás… convincente.

—Y tú pareces a punto de desmayarte —respondió Scarlett—. ¿Tanto miedo te da que tome tu lugar? No es la primera vez, todavía recuerdo una noche, no hace mucho, que me hice pasar por ti… —susurró refiriéndose a aquella noche que su escapada de Kensington terminó en un paseo con Sebastian—. No estoy sola en esto, os tengo a vosotras y a Declan, Sebastian, Duncan y Rhys. Ninguno de ellos dejara que me pase nada.

—Sobre todo Rhys, te hace ojitos, por si no te has dado cuenta —añadió Rowena.

—Como para no darse cuenta, le ha declarado la guerra abiertamente —bostezó Serena.

—Tiene buen porte, es educado y, al parecer, tiene una renta de cuatro mil libras al año, además de una bonita propiedad en Sussex, lo que lo convierte en un soltero apetecible sin que sea escandalosamente rico —reveló Ophelia.

—Ophelia, tú ya tienes un príncipe, ¿o tampoco te basta con eso?

—No hablamos de mí, solo doy información de lord Rhys Cavendish, Sebastian no es el único que tiene… ojos y oídos por todo Londres.

—Sea como sea, no debéis preocuparos. ¿De acuerdo, Alex?

Alexandra avanzó despacio y se detuvo frente a ella.

—No estoy preocupada, me da miedo que te guste.

Las dos se miraron un largo segundo. Luego Scarlett sonrió, sin pizca de burla.

—Tranquila, hermana. No tengo vocación de mártir.

—Y yo no tengo ganas de asistir a tu funeral.

—Entonces hazme un favor —dijo Scarlett, girándose hacia el espejo—. Si muero, asegúrate de que mi epitafio diga: ‹‹Murió con estilo, y con un plan mejor que el tuyo››.

—Será un epitafio glorioso.

—Y breve, como debe ser una buena venganza.

Desde la cama, Clementine alzó su copa de zumo.

—¡Brindemos por eso! Por las hermanas Ashford: peligrosas, impredecibles… y absurdamente bien vestidas.

Y, así, entre sarcasmos, miradas sinceras y el temblor apenas perceptible de los que están a punto de iniciar una guerra disfrazada de danza, Scarlett se convirtió en Alexandra.

Porque, a veces, para atrapar al monstruo, hay que ofrecerse como el sacrificio.



Hyde Park, Londres
Unas horas después

El sol de la tarde era un lujo escaso en Londres, pero aquella jornada lo derramaba todo sobre Hyde Park con una generosidad que rozaba lo indecente. Las damas habían salido a pasear con sus mejores galas, los caballeros hacían lo propio con sus mejores comentarios, y los secretos corrían de boca en boca con más soltura que el agua del lago Serpentine.

Scarlett Ashford caminaba con paso elegante, el brazo enlazado con el de Ivy. Llevaba el cabello recogido como Alexandra, su vestido púrpura de corte sobrio y la expresión medida. Cada gesto, cada parpadeo, cada falsa sonrisa, habían sido ensayados. Su papel de heredera estaba tan pulido que costaba recordar quién era quién.

Clementine las acompañaba unos pasos por detrás, comiéndose un pastelillo con absoluta falta de arrepentimiento.

—¿Seguro que esto funciona? —susurró Ivy, mirando de reojo a un grupo de mujeres mayores sentadas en un banco, armadas con abanicos y opiniones letales.

—Para eso hemos venido, Ivy, para ver si de verdad me confunden con Alex. No estés nerviosa.

Al pasar frente al banco, las damas se inclinaron unas hacia otras. No se necesitaban palabras para entender que los cuchicheos ya habían empezado.

—¿No es esa lady Alexandra? —murmuró una, bajando el tono solo lo suficiente para parecer discreta.

—La mismísima. Aunque la veo… distinta. Menos tensa. Más… humana —respondió otra, mientras agitaba su abanico.

—Quizá por eso se rumorea que la boda se ha enfriado —añadió una tercera, con una ceja perfectamente arqueada.

—Yo la vi entrar sola en la joyería de Truscott ayer. Muy pensativa. Como si buscara una salida.

—O una alternativa —apuntó la primera con una sonrisa envenenada.

Scarlett no se detuvo. Solo alzó el mentón ligeramente, como quien sabe que está siendo observada y se permite serlo.

—¿Habéis oído eso? —murmuró Ivy—. Van a empezar a decir que te estás replanteando tu vida entera.

—Perfecto —susurró Scarlett con una sonrisa afilada—. Siembra una duda, y Londres te endilga un escándalo.

Siguieron caminando por el sendero, flanqueadas por los castaños aún en flor. A lo lejos, un grupo de jóvenes caballeros apareció en dirección contraria. Vestían con esmero y caminaban con ese aire despreocupado que solo tienen los hombres cuando creen que no están siendo observados.

Al pasar junto a las hermanas, varios de ellos inclinaron la cabeza con una mezcla de respeto y cautela. Uno murmuró algo a su compañero y ambos rieron por lo bajo, sin dejar de mirar a Scarlett, convencidos de que era Alexandra.

—Ivy, por favor —susurró Scarlett sin mirarlos—. Dime que esa risa ahogada no ha sido por mí.

—Lo ha sido. Pero tranquila, también ha sido por lo que llevas puesto.

—Me niego a preguntar si eso es bueno o malo.

—Digamos que… convincente. Muy convincente. Por allí vienen lady Wickham y su séquito, esa va a ser la prueba de fuego, si alguien conoce a Alexandra tanto como nosotras, es ella.

—Vaya, qué sorpresa veros por aquí, lady Alexandra, pensé que andaría muy ocupada con los preparativos de su... boda —saludó Helena con un tono cargado de miel envenenada—. Aunque, debo decirle que, ese recogido la favorece mucho más que de costumbre. ¿Ha cambiado de doncella o de propósito?

—A veces basta con cambiar de punto de vista —respondió Scarlett, sin detenerse ni perder la compostura.

—Eso dicen… —replicó Helena, entornando los ojos con falsa inocencia—. Y también dicen muchas otras cosas. Pero ya sabe cómo es Londres: un pequeño rumor basta para derribar una reputación.

—O para darle alas —contestó Ivy, fulminándola con una sonrisa.

—¿Lo has oído? —preguntó lady Beatrice Halworth, bajando la voz mientras alzaba su parasol de encaje color crema y reanudaba con paso lento la conversación—. Dicen que la boda entre lady Alexandra Ashford y el señor Blackwood… se ha enfriado.

Su acompañante, lady Marianne Fitzroy, frunció el ceño y ladeó la cabeza con ese gesto tan ensayado que parecía parte del vestuario.

—¿Cómo que se ha enfriado?

—Un desacuerdo. O varios, según quién te lo cuente. Lo cierto es que no se les ha visto juntos desde hace días —susurró Helena.

—He oído que ha estado de compras, en una joyería. Iva sola y no parecía emocionada… Y ya sabes cómo es ella, no va en busca de adornos si no hay algo detrás.

Lady Marianne se llevó un dedo a los labios, pensativa.

—Justo esta mañana, mi doncella me ha dicho que lady Alexandra parecía ausente. Ha salido del carruaje de los Ashford sin mirar a nadie.

—Eso solo puede significar una cosa…

—Un corazón roto —suspiró Helena—. Se lo tiene bien merecido por despreciar a lord Kensington.

—No estés tan segura, lady Helena. Hay quien dice que lord Kensington se ha dejado ver cerca del Club Oxford. Muy sonriente. Muy seguro. Como si creyera que… aún tiene una oportunidad.

Helena palideció, como si la mención de Kensington reavivara una herida que nunca terminó de cerrar.

—¿Lord Kensington? ¿Tras Alexandra Ashford? ¿Otra vez?

—Al parecer nunca se rindió del todo. Solo estaba a la espera de que una grieta se abriera. Y ahora… puede que esté oliendo sangre.

Las tres mujeres continuaron su paseo. Sus voces se apagaron, pero no sus palabras. El rumor ya tenía piernas. Y, en Londres, las mentiras más veloces llevaban tacones altos y perfumes caros.

Las Ashford sabían que solo bastaba una frase susurrada al oído correcto para encender un incendio silencioso. Uno que pronto llegaría a los salones, a los clubes, a las páginas de los periódicos. Porque, cuando se trataba de escándalos, nadie sabía sembrarlos mejor que una dama aburrida con buen oído y tiempo libre.

Capítulo 30 Hasta los cimientos

La tarde caía sobre Londres con una lentitud perezosa, como si la ciudad se resistiera a despedirse de la luz. Frente a la mansión Ashford, un carruaje discreto esperaba, sin escudos, sin adornos. Solo una figura apoyada junto a la puerta, de brazos cruzados y semblante tranquilo: Declan De Rosse.

Scarlett fue la primera en avistarle desde la ventanilla del coche, con una sonrisa que apenas disimuló.

—Vaya, qué oportuno. El fantasma irlandés vuelve a materializarse —murmuró Scarlett antes de abrir la puerta.

—Lady Alexandra —dijo siguiendo el juego que habían montado.

Cuando Ivy descendió, sus ojos se encontraron con los de Declan. No hubo palabras. Solo un gesto de cabeza, casi una invitación.

—Declan...

—Tengo algo que quiero enseñarte —dijo él, bajando la voz—. Si tienes un momento.

—Yo me encargo de las miradas. Tú encárgate de los secretos —Scarlett alzó las cejas con teatralidad—. Y disfruta —añadió con una sonrisa mientras se dirigía a la entrada de la casa.

Ivy no respondió. Solo asintió y tomó el brazo que Declan le ofrecía.



La casa londinense de Declan no estaba lejos. Tampoco era particularmente llamativa. Piedra oscura, líneas sobrias, apenas un par de faroles encendidos en la entrada. Por dentro, el mismo

espíritu: funcionalidad elegante, rincones silenciosos, muebles que hablaban más de uso que de ostentación.

—¿Y su hermana, lady Eilis? —preguntó Ivy al no notar rastro de ella.

—En el teatro —aclaró.

—¿Estamos... solos? —susurró Ivy tragando saliva.

Él no dijo nada mientras caminaban por el pasillo. Solo al llegar a una puerta doble de madera tallada, se volvió hacia ella.

—Es mi biblioteca —explicó—. No suelo enseñarla. Pero pensé que tú, más que nadie, la disfrutarías.

Abrió la puerta, el interior olía a cuero, tinta y algo indefinido que Ivy solo pudo asociar con él. No era una sala grandiosa, pero sí profunda. Las paredes estaban cubiertas de estanterías hasta el techo. Algunos libros estaban ordenados con meticulosidad. Otros, apilados de forma caótica, como si hubiesen sido consultados hacía poco. Una escalera rodante recorría la estancia, y una única ventana abierta dejaba entrar el atardecer como un suspiro.

—Declan… esto… —comenzó, pero no supo cómo terminar la frase.

—Es lo único que traje conmigo desde Irlanda —dijo él, apoyándose contra el marco de la puerta—. Ni los muebles, ni la plata. Solo los libros. Porque incluso si me despojan de todo lo demás, esto seguirá perteneciéndome.

Ivy avanzó despacio, pasando los dedos por los lomos de los volúmenes. Reconocía títulos en inglés, algunos en francés y unos pocos en gaélico, con letras doradas casi borradas por el tiempo.

—¿Los has leído todos?

—La mayoría. Algunos más de una vez. Otros… todavía no. Creo que hay libros que esperan su momento.

—Como las personas —contestó con una suave sonrisa. Su mirada se detuvo sobre un ejemplar encuadernado en cuero oscuro.

—Ese de ahí es una traducción antigua del ‹‹Táin Bó Cúailnge››. Allí está ‹‹Deirdre de los Pesares››, por supuesto, pero también ‹‹The Faerie Queene››, ‹‹Paradise Lost››, y una edición en gaélico de

‹‹El Cortejo de Étaín››. Este —añadió señalando un tomo más desgastado—, es ‹‹Le Morte d'Arthur››. Lo heredé de mi abuelo.

Ivy acarició el lomo del libro como si fuera algo vivo.

—Hay más verdad en estas historias que en todos los bailes de esta temporada.

—Y más filo en sus páginas que en las lenguas de algunas damas de sociedad —murmuró él.

Caminó hasta una de las estanterías más bajas y extrajo un tomo encuadernado en piel oscura. Se lo tendió.

—Pensé que te gustaría. Es una traducción inglesa de ‹‹Deirdre de los Pesares››. La leyenda irlandesa. Trágica. Apasionada. Como todas las buenas historias.

Ivy tomó el libro. Sus dedos rozaron los de él al hacerlo. No se apartaron.

—¿Crees que todas las historias deben acabar en tragedia?

—No. Pero creo que las más sinceras nunca terminan como uno espera.

Un silencio se instaló entre ellos, cálido y lleno. Ivy bajó la mirada al libro, luego la alzó hacia él. Sus ojos se encontraron, sin máscaras. Sin títulos. Sin nombres heredados.

—Me cuesta saber quién soy cuando todos ya han decidido por mí —susurró—. Cuando camino como una imagen. Cuando hablo como lo que se espera de mí. A veces siento que todo lo que aparento es… prestado.

Declan dio un paso hacia ella. Luego otro. Hasta que estuvieron a medio suspiro de distancia.

—En este lugar no eres Lady Envidia. Solo eres Ivy. Y eso me basta.

En la biblioteca, con el libro aún entre las manos, Ivy supo que no todo estaba perdido. Que incluso en medio de un juego de máscaras, había lugares donde todavía podía ser ella.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no tuvo miedo de serlo. Cerró los ojos un instante, como si quisiera guardar esa frase en lo

más profundo. Cuando los abrió, él seguía allí. Esperándola. Sin presión. Sin promesas.

Fue ella quien acortó la distancia. Sus dedos recorrieron la cicatriz de Declan sin prisa, recreándose en la suavidad de su piel en esa zona. Sin embargo, él dio un paso atrás, como si su roce quemara.

—Tus cicatrices no me asustan, Declan. Son los mapas de todo lo que has sobrevivido. Y yo quiero caminar contigo, incluso por las rutas más difíciles

—Ivy —susurró…

—No solo quiero la parte de ti que le enseñas al mundo. Quiero lo que escondes. Esa también la amo.

Sus labios se encontraron con los de ella en un beso sin estridencias, pero lleno de significado. No fue una conquista. Fue una rendición mutua. Silenciosa. Íntima.

Cuando se separaron, Declan no dijo nada. Solo deslizó una mano por su mejilla y apoyó su frente contra la de ella.

—Kensington no juega, Ivy —murmuró—. Kensington caza.

—Entonces será mejor que dejemos de escondernos —afirmó.

—Temo que algo salga mal… no me lo perdonaría.

—Pero nada va a salir mal, Declan, estamos juntos en esto.

Declan no se movió. Los dedos de Ivy seguían rozando la piel de su mejilla como si aprendieran su contorno de memoria. Respiró hondo, saboreando ese silencio cargado de promesas no dichas. No era deseo lo que llenaba la sala. O no solo deseo. Era ese anhelo profundo, casi reverente, que nace cuando alguien te ve de verdad.

Él tomó el libro de sus manos y lo dejó sobre la mesa sin apartar los ojos de los suyos. Luego, como si cada gesto tuviera un propósito sagrado, acarició la línea de su mandíbula y la llevó de nuevo hacia él. Esta vez, el beso fue distinto. Más lento. Más consciente. Ivy apoyó las manos en su pecho, sintiendo el latido firme bajo la tela.

No había prisa. No había miedo. Solo dos personas en una biblioteca, rodeadas de historias antiguas, escribiendo la suya con

susurros y caricias.

Cuando se separaron, sus frentes se tocaron de nuevo. Ivy sonrió, apenas un suspiro entre sus labios.

—No sabía que los fantasmas podían arder así.

Declan sonrió también, con esa sombra de ironía que tanto la desarmaba.

—Solo los que aún tienen algo que perder.

—¿Y qué tiene que perder Declan De Rosse?

—El amor de mi vida —confesó.

Y sin más la levantó para subirla en la mesa, apartando los libros que cayeron al suelo como una cascada oscura con olor a cuero. Declan se colocó entre las piernas de Ivy que no sabía cómo reaccionar, ¿cómo podría si se había olvidado hasta de respirar?

Las manos de Declan se posaron en su estrecha cintura y la atrajo hasta él.

—No tienes ni idea, Ivy, de lo mucho que me estoy conteniendo, tanto que temo perder la razón...

—Pues piérdela —susurró acercando su boca a la Declan.

El contacto fue como una explosión, él gruñó cuando ella dejo escapar un jadeo ahogado. Las manos de Declan subieron desde sus caderas hasta su cuello, acariciando toda la longitud de la espalda femenina.

—Si no me detienes, Ivy, voy a hacerte mía de una manera que no te dejará la opción a dar marcha atrás…

—No voy a dar marcha atrás, no pienso ceder ni un paso…

Y eso fue todo lo que necesitó para perder el control, la lengua de Ivy, tímida, rozaba la suya y eso lo hacía enloquecer. Sus manos la recorrieron por entero, deteniéndose en sus generosos pechos que mordió y lamió tras sácalos del apretado corsé.

—Me vuelves loco, Ivy, completamente loco.

—¿Acaso no me haces perder la cordura? —jadeó Ivy cuando Declan lamió su pezón.

—Si esto te hace enloquecer, prepárate, porque voy a comerte entera.

Y antes de que pudiera decir nada, la boca de Declan saboreaba lo que había ocultado tanto tiempo bajo la falda. Lo tenía entre sus piernas, lamiendo, besando, rozado su sexo y que Dios la perdonara, pero era lo mejor que había vivido nunca.

Inclinó la cabeza hacia atrás, como si fuera una loba que aullase a la luna llena, su cuello tenso, su garganta llena de jadeos y gemidos, y cuando comenzó a acariciar la zona justo que sentía inflamada, sus ojos se cerraron y se dejó llevar. La explosión dentro de su pecho se sintió irreal, como si pudiera convertirla en cenizas por el fuego que subía desde su centro hasta explosionar en su boca.

Una de sus manos se agarró a la cabeza de Declan, que la alzó y la miró con los ojos llenos de un deseo tan profundo que deseó lanzarse a él y dejar que sus aguas las ahogaran, no imagina una mejor forma de morir.

—Qué…

—Todavía no hemos acabado —afirmó.

Y sin previo aviso la penetró con firmeza, con seguridad. Solo un movimiento y lo tenía dentro, llenándola.

Un leve quejido salió de su boca, pero más que por el dolor fue por la sorpresa.

—¿Estás bien, Ivy? —interrogó.

—Sí, es solo que no me lo esperaba… —confesó moviéndose un poco. Al hacerlo notó que Declan cerraba los ojos y apretaba los dientes—. ¿Te… te he hecho daño?

La risa de Declan volvió a provocar fricción entre ellos y un gemido llegó sin aviso.

—No, es que me encanta, pero no quiero hacerte daño, la primera vez… suele doler.

—No es dolor, Declan, he sentido… placer —reveló moviéndose otra vez en su posición en la mesa de la biblioteca.

—No ha sido planeado, Ivy, quería esperar a que todo fuera oficial. A una cama, no a una mesa...

—Creo, conde De Rosse, que debería dejar de hablar y moverse más.

Y obedeció como su más entregado sirviente y no se detuvo hasta que la hizo estallar de placer una segunda vez, y él con ella.

Fue, en ese instante, que los dos supieron que, aunque todo lo demás cayera, aquello que habían empezado a construir sería lo último en caer porque ya habían ardido hasta los cimientos.

Capítulo 31 Otro plan

Biblioteca privada de Blackwood Hall

Esa misma noche

El reloj marcaba las diez, la estancia estaba en penumbra. La chimenea crepitaba con desgana y sobre el escritorio reposaban varios documentos sin firmar. Sebastian Blackwood no los miraba. Ni siquiera se había sentado. De pie, junto al ventanal, observaba el jardín sin verlo en realidad.

La puerta se abrió de repente, y Alexandra entró sin ceremonia alguna.

—¿Sabes cuántas veces ha ensayado Scarlett cómo firmar con mi caligrafía? —. Él no respondió. Ni siquiera se volvió—. Lo hace bien, ¿sabes? Igual que hacerse pasar por mí, hasta engañaría a mis padres —continuó ella, cerrando la puerta tras de sí—. Aunque eso no significa que esté bien.

Blackwood se giró despacio, con una expresión que solo podría definirse como vacía.

—Es la única opción, Alex.

—No —replicó Alexandra de brazos cruzados—. Es la opción más arriesgada. Scarlett puede ser muchas cosas, pero no es cuidadosa. Y William Kensington es una bestia. Lo sabes tan bien como yo.

—Precisamente por eso necesitamos a alguien impredecible —contestó él con frialdad—. Alguien que no entre en su ecuación.

—¿Y por eso fingimos que estamos distanciados? ¿Que me has roto el corazón? —Alexandra alzó la voz, apenas un poco—. ¿Para que él piense que soy prescindible? ¿Que la heredera ya no está interesada y puede acercarse a la sombra?

—Exacto —respondió Sebastian, sin titubeos—. Es lo que él necesita creer.

Hubo un silencio denso.

Alexandra bajó los brazos. Sus dedos se enredaron, incómodos.

—No me gusta esto, Sebastian. No me gusta ver a Scarlett en el punto de mira. No me gusta tener que venir aquí a escondidas, tapada hasta las cejas, como si fuéramos proscritos. No me gusta fingir que esto… —tragó saliva—, que esto no importa.

Él frunció el ceño, pero su postura siguió inalterable.

—¿Crees que me gusta?

—No lo sé, Sebastián, aunque lo cierto es que parece que tú lo soportas mejor.

—No, Alexandra, no es verdad. Tan solo lo escondo mejor.

Ella dio un paso hacia él.

—Podríamos encontrar otra forma. Podríamos inventar otro plan.

—¿Y si no hay tiempo?

—Entonces, al menos, mírame —pidió ella, en un tono de voz más bajo—. No me trates como a una desconocida. No soy una pieza del tablero, Sebastian.

—¿Y qué crees que soy yo? —espetó él, por fin con la voz teñida de algo más que control—. ¿Crees que esto no me cuesta? ¿Que permanecer alejado de ti, mientras todos creen que no me importas, es fácil?

El silencio que siguió fue una herida abierta.

—Pues me miras como si no doliera —susurró ella.

—Porque si te miro como de verdad me siento —murmuró él, bajando la mirada—, no podré aguantar esta maldita partida. Y la perderemos.

Alexandra retrocedió un paso. Herida. Orgullosa.

—Entonces sigue jugando, Blackwood —dijo con tono cortante—. Pero no esperes que yo lo disfrute.

Y salió, dejando la puerta entornada tras de sí.

Blackwood no se movió al principio. Solo cuando estuvo solo, cuando su nombre ya no flotaba en el aire con esa rabia templada que solo Alexandra sabía manejar, se acercó al escritorio. Tomó la copa que había dejado intacta desde que llegó.

La apretó.

Y, sin una palabra, la rompió entre los dedos.

La sangre empezó a brotar lenta, como la rabia que no se atrevía a soltar.

Porque, aunque nadie lo viera, él también sangraba.



Kensington Hause

La luz de los candelabros proyectaba sombras alargadas sobre las paredes revestidas de madera oscura. Una alfombra persa amortiguaba los pasos del mayordomo, mientras atravesaba el salón, con una bandeja de plata entre las manos. Sobre ella, un único sobre lacrado.

Lord William Kensington levantó la vista desde su escritorio, donde revisaba las cuentas de su última —y falsa— plantación en Haití.

—¿Quién la trae? —preguntó sin moverse.

—Un correo privado, milord. Sellado, pero sin emblema.

Un destello de interés cruzó sus ojos. Tomó el sobre con dedos cuidadosos, deslizó el abrecartas con precisión quirúrgica y desplegó el pergamino. Lo leyó una vez. Luego, otra. Despacio. Deteniéndose en ciertas palabras como quien degusta un vino raro y exquisito.

‹‹Se ha confirmado: Lady Alexandra no asistirá al banquete. El compromiso ha sido cancelado con discreción. El terreno está libre››.

Finalmente, sonrió.

Una sonrisa lenta. Helada. Como un cuchillo deslizándose por una garganta confiada.

—Retírate —ordenó al criado, sin levantar la voz.

Cuando volvió a quedarse solo, se reclinó en el sillón, cruzando una pierna sobre la otra. La carta descansaba ahora sobre su muslo. Acarició el borde con el pulgar, pensativo.

—Siempre supe que la heredera mayor era la más sensata —murmuró, sin que nadie más pudiera oírlo—. Sabía que la soberbia de Lady Alexandra escondía un carácter útil… y maleable.

La arrogancia era sutil. Tan bien templada que parecía sensatez.

Dejó escapar una exhalación larga, como quien confirma lo que ya esperaba.

—Al final, todo vuelve a su cauce. La rebelde que juega a soldado, la intelectual que no levanta la voz, la belleza sin causa… y ahora, la heredera dudosa. Perfecto.

Tomó la copa de brandy que había reposado a su lado todo el tiempo y brindó, como si el trato ya estuviera cerrado.

—Basta con ser paciente. Siempre supe que esta familia acabaría volviendo a mí.

Y, cuando lo hagan, me pertenecerán.

Bebió.

Y, en ese momento, creyó que había ganado.



Blackwood Hall

De Madrugada

El reloj del vestíbulo marcaba las dos y cuarto cuando Rhys cruzó el pasillo de mármol rumbo a la biblioteca. No dormía bien desde hacía días. Desde que supo lo que planeaban. Desde que Scarlett aceptó fingir ser otra.

Le resultaba curioso como una mujer, a la que apenas conocía desde hacía unos días, se había vuelto tan importante para él que le robaba hasta el sueño.

En su mano izquierda llevaba una copa a medio llenar y, en la derecha, el informe de uno de sus contactos en el puerto. Nada urgente. O eso pensaba.

Justo al pasar junto a la entrada principal, algo lo detuvo.

Un golpe suave. Casi imperceptible.

Frunció el ceño y se volvió. La puerta no se había abierto… pero alguien había deslizado algo por debajo de ella.

Se acercó despacio. No hizo ruido.

Un sobre.

Sin lacre. Sin remitente.

Solo el nombre de Lord Sebastian Blackwood escrito en una caligrafía elegante, parecía femenina.

Lo recogió con lentitud, como si temiera que al tocarlo algo pudiera estallar. Lo abrió.

No había más que una línea.

‹‹¿Crees que nadie está mirando?››.

Sus pupilas se dilataron. El pulso se le aceleró.

Miró a ambos lados del vestíbulo, pero no había nada. Nadie.

Silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó su amigo Sebastian.

—¿Tampoco puedes dormir?

—No, no dejo de pensar en lo molesta que está Alexandra conmigo.

—Pues esto no va a facilitar las cosas, amigo —afirmó tendiendo la carta.

—¿Qué demonios? —bramó.

—No lo sé, ha aparecido bajo la puerta.

—Así que alguien sabe lo suficiente como para dejarme una advertencia en plena noche… —susurró girando la cabeza hacia el ventanal que daba al exterior.

La bruma cubría el jardín. Y durante un segundo, juraría que, entre la niebla, una silueta se alejaba caminando.

Oscuridad. Silencio.

Sebastian dobló la nota en dos y se la guardó en el interior del chaleco. Luego apuró el resto del licor de un solo trago y murmuró, muy bajo:

—Y yo que pensaba que lo teníamos todo bajo control.

—Pues parece que no somos los únicos moviendo fichas en el tablero: alguien más estaba jugando. Esa nota lo deja claro.

—Y para colmo Duncan ha tenido que regresar a Escocia, estamos solos en esto Rhys. ¿Sigues interesado?

—Por supuesto, no voy a dejarla a merced de ese bastardo.

—Te advertí que acercarte a una Ashford, sería tu ruina

—A veces, amigo mío, la salvación tiene forma de ruina disfrazada.

Capítulo 32 Letal hasta el final

Jardines de Blackwood Hall
Dos días después del envío de la carta.

El jardín estaba en silencio. Demasiado. Como si el viento mismo hubiese decidido contener el aliento.

Scarlett paseaba sola bajo la pérgola del lado oeste, envuelta en la capa púrpura que hasta hacía poco había pertenecido a su hermana. El aire estaba cargado de rocío y de secretos. Las ramas desnudas se alzaban como testigos mudos sobre los setos, y la luna apenas lograba asomar entre las nubes que cruzaban el cielo.

Estaba interpretando el papel para el que se había preparado durante tantos días. Habían plantado la semilla, y ahora la cazadora esperaba a su presa. Se sentía un poco nerviosa porque esta vez no era Alexandra ante damas curiosas paseando por el parque; tenía que ser Alexandra frente a William que las conocía desde niñas.

Había estudiado con detenimiento a su hermana, todo: su porte, gestos, su manera de fruncir el ceño... Y esperaba, por el bien de todos, que William picara el anzuelo. Se sentía segura, Sebastian, Rhys y Declan estaban ocultos de manera estratégica por si debían intervenir, aun así, después de saber qué sucedió entre Alexandra y él..., tenía un mal presentimiento.

—¿Alexandra? No te asustes, por favor, soy yo, William, solo... solo quiero hablar.

Scarlett se giró, cuando escuchó la voz que rompió el silencio desde las sombras, como un zarpazo. Se tensó, aunque esperaban que apareciera así, colándose por el jardín como el vulgar ladrón que era.

—¿A qué has venido, William? —demandó con seguridad, como lo haría Alexandra, levantando la barbilla y no demostrando miedo alguno.

—Solo quería verte, Alex... —murmuró mientras avanzaba hacia ella con paso tranquilo, casi animal—. Imaginé que estarías sola, aquí, en el invernadero, adoras este lugar —afirmó con una sonrisa que no iluminaba su mirada. La luz de la luna apenas rozaba su rostro, aun así, podía ver a través de él.

—¿Verme? ¿Acaso no quedó claro que no quiero volver a verte, William? Aunque, claro, ¿cómo vas a mostrar algo de dignidad si no tienes ninguna? —escupió dándole la espalda.

—Tenía que verte, Alexandra. Sabía que, tarde o temprano, acabarías entendiendo.

Scarlett mantuvo la compostura, aunque el corazón le latía con fuerza. Había ensayado aquella posibilidad, pero no así, no tan cerca. No tan real.

—¿Qué acabaría entendiendo, William? ¿Que te dedicas a timar a la gente que confía en ti? Vete —continuó sin dejarle seguir—. Tú y yo no tenemos nada que hablar.

—Creo que tus palabras no son ciertas, Alexandra —insistió.

—¿Y qué te hace pensar eso? —inquirió girándose para enfrentarlo.

—Esta nota, ¿o me vas a decir que no me la enviaste tú?

—¿Crees que me rebajaría a enviarte una nota?

—Sí, lo creo, porque sé que en el fondo sabes, igual que yo, que lo que hubo entre nosotros no terminó —afirmó rotundo, sin darle espacio para discutir su verdad absoluta.

—Terminó cuando me enteré de que estafaste a mi padre, él... él te ha tratado siempre como a un hijo —le echó en cara.

—Terminó porque un bastardo con una pequeña fortuna te lo pidió. Pero, Alexandra, tú no eres cualquiera. Sabes lo que te conviene, lo sabes desde el principio.

Scarlett guardó silencio, quería que él viera duda en su mirada, que hablara más.

—Deberías irte, pueden verte y no eres bienvenido.

—¿Quién va a verme? ¿Alguno de esos lacayos que has apostado en las puertas? No dirán nada, ya los he silenciado.

De nuevo habían acertado, los criados estaban avisados, si él intentaba sobornarlos, aceptarían.

—Sebastian…

—Te ha dejado —la interrumpió—. Las noticias vuelan, querida, se rumorea que no soporta tu arrogancia y se ha largado lejos —afirmó riendo con desdén, lo estaba disfrutando.

—¿Y qué, aunque fuera verdad? Vete, por favor, te lo estoy pidiendo por las buenas, no me hagas gritar.

Kensington no se movió. Solo la miró… y sonrió.

—No me lo estás pidiendo, Alexandra, me estás retando —afirmó.

Y entonces dio un paso más. Solo uno. Pero fue suficiente para que Scarlett retrocediera y tropezara con el borde de una jardinera. Su espalda golpeó levemente el mármol, el aire se volvió denso. Él levantó la mano, acarició un mechón que escapaba del recogido bajo de ‹‹Alexandra››.

—No…, no me toques —ordenó, tratando de ser fuerte, pero lo cierto era que sentir su roce le daban ganas de vaciar el estómago.

Un leve crujido, apenas audible, pero Scarlett supo que llegaba desde el escondite de Rhys, aunque Kensington, por suerte, lo ignoró.

—Sabes que no puedo perderte otra vez.

—¿Otra vez? Nunca me has tenido —aclaró, pero él estaba perdido en su mundo. En ese lugar donde sus delirios eran reales.

—¿Sabes qué pienso cada vez que te veo? Que tú y yo no somos tan distintos. Tú finges controlarlo todo. Yo finjo tener paciencia. Pero ambos estamos hartos de esperar.

—Te estás equivocando —susurró Scarlett.

—Vale, estoy dispuesto a ceder, por ti. Dime qué necesitas para volver a estar conmigo y te lo daré —afirmó demasiado cerca de ella.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa —aseguró.

—Quiero tener en mi poder las pruebas que te delatan.

—¿Qué pruebas? —disimuló.

—Si quieres ser parte de la familia Ashford no puedo dejar que tengas el control absoluto. Me conoces, sabes que soy una mujer práctica e inteligente. Si voy a volver contigo, necesito tener algo en mi poder para mantenerte a raya —reveló sin que le temblara la voz, extendiendo la mano—. Entrégamelo. Lo que sea que guardas: el documento, la prueba, el contrato. Te conozco, sé que lo llevas encima, y lo quiero ahora.

Kensington se quedó inmóvil, la sonrisa congelada en el rostro. Por un instante, pareció debatirse consigo mismo.

—¿Dudas? —susurró Scarlett, ladeando la cabeza—. Tal vez no me deseas tanto como proclamas.

Kensington parpadeó, y por un segundo, su mano vaciló.

—¿Y si me equivoco al confiar en ti? —murmuró, pero con lentitud, deslizó un pliego doblado del interior de su chaqueta—. Aquí están los nombres. Todos los que se dejaron engañar por mí. Esta es mi confesión, si así lo quieres llamar —añadió, ofreciéndole la lista con la expresión tensa de quien entrega más que un papel: una pieza de sí mismo.

—¿Esto es todo? ¿Un simple papel? —espetó, quitándole importancia.

—¿Solo un papel, querida? Tienes en tus manos mi cuello, y ahora quiero el tuyo entre las mías —susurró acercándose a ella con esa mirada que le dejaba claro que la deseaba y que no iba a poder detenerlo.

Scarlett, por instinto, dio un paso atrás.

—¿Te haces la difícil, Alex? No me vengas ahora con que nunca lo deseaste. Sé lo que sentiste. Lo sé porque yo también lo sentí.

—William… —advirtió Scarlett, retrocediendo un poco, pero él ya estaba demasiado cerca.

—Solo un beso —susurró—. Dime que no lo has pensado. Dímelo mirándome a los ojos. Dime que no me deseas tanto como yo a ti.

Antes de que ella pudiera moverse, Kensington alzó una mano, tomó su rostro con brusquedad y trató de besarla. Sus labios rozaron los de Scarlett apenas un segundo antes de que ella se apartara con un movimiento rápido y el corazón en la garganta.

—No vuelvas a tocarme —rugió, la voz temblorosa, más por la rabia que por el miedo.

—Espera, ¡eres una maldita zorra! ¡Tú no eres ella! —estalló en cólera. Pero Scarlett no lo miraba a él, miraba más allá. Estaba a salvo—. Ah, pero te equivocas, Scarlett, me dais igual una u otra, os parecéis tanto...

Y entonces ocurrió.

—No. El que se equivoca eres tú —dijo una voz tras él agarrándolo por la chaqueta y girándolo para golpearle la cara con todas sus fuerzas: Rhys.

Emergieron como sombras de entre los setos. William se frotaba la cara mirando a los tres con rabia contenida.

—¿Una trampa? —masculló, mirando a Scarlett como si fuera una traidora.

—Una declaración de guerra —dijo Declan con calma, pero su mano no se alejaba del bastón que llevaba. El acero brillaba oculto bajo la empuñadura—. Estás terminado, bastardo.

—¿O pensabas que ibas a colarte en su casa y amenazar a una Ashford sin consecuencias? —añadió Rhys, con una sonrisa helada.

Kensington retrocedió un paso. Sus ojos evaluaban. Pesaban. Pero no encontró salida.

—Esto no ha terminado —dijo al fin, con voz baja y cargada de odio.

Blackwood cruzó los brazos, el rostro tenso.

—Oh, William. Es la primera cosa con sentido que te oigo decir, porque esto... solo acaba de empezar.

—Es vuestra palabra contra la mía.

—Son muchas palabras contra la tuya —afirmó agitando el papel frente a su cara.

—Tengo contactos, importantes, solo necesito que testifiquen que ese documento es falso.

—Eso ya lo veremos —afirmó Declan.

—De Rosse, ¿qué tal está Eilis? —preguntó con la maldad brillando en su mirada.

Declan se lanzó a por él, pero Kensington fue más rápido y se alejó sin mirar atrás.

—No merece la pena, amigo, que las autoridades se encarguen de él. Merece un castigo que dure toda la vida —afirmó Rhys.

Cuando el silencio volvió al jardín, Scarlett, aún temblorosa, soltó al fin el aliento que no sabía que contenía.

—Lady Scarlett, ¿está bien? —interrogó Rhys acercándose a ella.

—¿Lo duda, lord Cavendish? Solo espero que hayan disfrutado del espectáculo —murmuró, sin mirar a ninguno.

—Letal hasta el final. —Río Rhys, aliviado.

—Desde luego estas mujeres son incomparables, vayamos dentro, deben estar todas esperando noticias.

Y, solo Blackwood, se atrevió a mirar hacia la mansión. Porque sabía que, desde alguna ventana, Alexandra lo había visto todo.

Y, esta vez, el juego parecía estar a un movimiento de terminar.

Capítulo 33 Como una sentencia

Salón principal de la mansión Ashford
Minutos después

Las puertas de la mansión se abrieron de par en par, y el primer rostro que cruzó el umbral fue el de Blackwood, seguido de Scarlett aún envuelta en la capa púrpura, que ya no solo era parte de su disfraz sino un símbolo de su victoria, escoltada por Rhys y Declan.

Por un momento, nadie habló. Scarlett se detuvo justo bajo el arco, con el rostro medio oculto por la sombra de la capucha. Su presencia traía consigo el peso de algo concluido y el inicio de algo mucho mayor. El aire estaba cargado, como si el salón mismo contuviera la respiración.

—¡Scarlett! —gritó Rowena desde el pasillo, corriendo hacia ella como si acabara de volver de la guerra—. ¿Estás viva? ¿Estás entera? ¿Estás embarazada?

—¿Cómo que embarazada? —saltó Serena, con los ojos abiertos de par en par—. ¡¿Qué demonios ha pasado?! —gritó para sorpresa de todos.

—Si al final va a resultar que Serena está viva y todo —se burló Ophelia.

—¿Dónde está ese cerdo de Kensington? —rugió Rowena, bajando los escalones con el ceño fruncido y la melena revuelta.

—¡Ni un segundo ha pasado desde que os habéis ido y ya estamos de los nervios! —intervino Clementine, tumbada en el diván como si no le importara, pero con las uñas destrozadas de tanto mordérselas—. Vale, ya no me quedan uñas, voy a por algo de picar...

—¡¿Pero por qué no nos habéis avisado?! —vociferó Ivy, bajando las escaleras con las enaguas torcidas—. ¡He tenido que espiar desde el despacho como si fuera una criada!

—Y yo desde la escalera con un catalejo —añadió Serena con total normalidad.

Scarlett se quitó la capucha con lentitud. El silencio cayó durante un instante. La sombra de lo sucedido flotaba aún en el aire y ella, con la voz tan calmada como pudo y la mirada segura, respondió:

—Kensington ha caído. O al menos hemos dado el primer paso para ello.

Las palabras cayeron como una sentencia y, por un instante, la sala pareció más pequeña, más oscura. Todas entendieron que no era solo un escándalo lo que se avecinaba. Era una ejecución social.

—¡Dios mío! —susurró Clementine, emocionada con los carrillos llenos.

—¿Y el papel? ¿Dónde está el papel? —exigió Ivy—. Quiero verlo. Quiero ver los nombres —pidió.

—Está a salvo, querida —respondió Declan.

—Lo ha entregado, aunque no por voluntad propia —añadió Rhys con una sonrisa torcida.

—¿Qué te ha hecho? —interrumpió Alexandra, entrando al salón con el rostro pálido y la voz temblorosa—. Te vi desde la ventana. Vi cómo se acercaba, cómo intentaba... —se interrumpió, dolida, frustrada, llena de esa ira que solía recorrer las venas de Rowena—. Scarlett, ¿estás bien? —preguntó ahora con más suavidad, con la preocupación llenando sus ojos.

Scarlett se giró hacia ella y, por un instante, la máscara que se esforzaba en mantener cayó. Sus ojos buscaron los de su hermana gemela.

—Estoy bien, Alex. Pero él…, él no volverá a intentarlo.

—¿Te hizo daño? —insistió Alexandra, avanzando con rapidez hacia ella y tomando su rostro entre las manos para examinarla.

—Solo lo intentó. Pero esta vez, no estaba sola —replicó con una sonrisa serena.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Rowena, furiosa. Tenía las manos apretadas en puños tan fuertemente que notaba como sus uñas se clavaban en su piel.

—Ha intentado besarme por la fuerza —confesó Scarlett sin rodeos—. Y cuando se dio cuenta de que no era Alexandra, se le cayó la máscara. Por suerte, Rhys fue más rápido que él.

—¿Más rápido? —repitió Ivy—. ¿Le golpeaste? ¡Dime que le golpeaste!

—Con fuerza —respondió Rhys con una sonrisa.

—Cada día me gustas más —añadió con una sonrisa.

—¿Debo saber algo, querida? —irrumpió Declan.

—Me refiero a como cuñado —susurró.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Rowena—. ¿Vamos a esperar a que se fugue con lo poco que le queda de orgullo?

—Si se larga con el orgullo que le queda, irá ligero de equipaje... —afirmó Scarlett con una sonrisa.

—No —intervino Blackwood—. Vamos a desenmascararlo. En público. Frente a toda la aristocracia. No podemos dejarle ni una sola opción de salir impune de esto —lo dijo con la calma de quien sabe que el mundo está a punto de arder. Hasta los cimientos.

Un silencio distinto se instaló. No por la sorpresa, sino pensando en lo que vendría a continuación, en lo que significaría todo aquello. Las miradas de las hermanas iban de Scarlett a Blackwood, como si ellos fueran piezas de ajedrez y los demás trataran de anticipar el siguiente movimiento

—¿Y dónde va a ser eso? ¿En un palco del teatro? ¿Desde el púlpito de una iglesia? ¿Durante un baile? —insistió Clementine, como si cada idea fuera más divertida que la anterior.

—Podríamos hacerlo durante la cena de despedida que organiza Su Majestad para Henry. Es este sábado en Carlton House, ¿no? —dejó caer Ophelia como si nada.

El silencio fue inmediato.

—¿Qué cena? —preguntó Alexandra con la voz contenida.

—Una cena de gala, íntima, solo para nobles invitados —respondió Ophelia con total naturalidad—. El rey quiere despedir a Henry antes de enviarlo a la misión diplomática en Prusia.

—¿Y cómo demonios sabes tú eso? —preguntó Ivy, entre divertida y escandalizada.

—Me lo contó Henry. Pensaba invitarme… Invitarnos, a toda la familia, por supuesto —rectificó.

—¡¿Qué?! —saltaron al unísono todas las hermanas.

—No os alarméis, aún no he decidido si iré. Depende del vestido.

—¿Del vestido? —repitió Alexandra, llevándose una mano a la frente.

Justo entonces, la señora Ashford irrumpió en el salón, abanico en mano y cara pálida.

—¡¿Una cena organizada por el rey y no lo sabíamos?! —exclamó lady Ashford, con un abanico en la mano y expresión de escándalo —. ¡Nosotros! ¡Los Ashford! ¿No estábamos invitados? ¿No habían invitado a lord Ashford, duque y miembro de la Cámara de los Lores? —llevó el dorso de la mano a la frente como si fuera a desmayarse—. Dios nos ampare, estamos perdiendo estatus. ¡Estamos siendo reemplazados!

—Madre, por favor —intervino Alexandra, sujetándola por el brazo—. No es el momento para un melodrama. Kensington ha sido desenmascarado. Todo ha salido bien.

—¿Bien? ¿Y si le hubiera hecho daño a Scarlett? ¿A alguna de vosotras? ¿Y si ese… ese malnacido hubiera escapado? ¡Menuda idea, Scarlett, disfrazarte de tu hermana! ¡Y sin avisarme!

—¡Anne! —gritó Rowena—. Por favor trae las sales de madre. Una cantidad indecente, por favor.

—Y una silla —añadió Ophelia.

—Y agua con limón —pidió Clementine.

—¿Agua con limón para madre? —preguntó Rowena.

—Ah, no, eso es para mí, casi me atraganto con lo que tenía en la boca y ya que va a por las sales…

—Claro, para que no desperdicie el viaje…

—Fue una decisión estratégica —apuntó Blackwood, sin poder ocultar una sonrisa.

—¡Oh, claro! ¡Y la próxima vez invitas también a Napoleón! —espetó la madre antes de sentarse en el diván, que Anne le había acercado, con un resoplido.

Blackwood dejó escapar una risa suave, como si hubiera comprendido de golpe que en aquella familia el caos era parte del plan.

—Me parece el lugar perfecto, frente al rey —intervino lord Ashford que se había mantenido serio y callado hasta el momento, dejando que el caos llegara a calmarse o a no importarle nada.

—Entonces será allí —concluyó Sebastian—. Kensington no saldrá indemne de esta. La caída será pública. Irremediable. Frente al rey.

—¡Vestidos! —gritó la señora Ashford con súbito interés—. ¡Por supuesto que necesitáis vestidos nuevos! No podéis presentaros en Carlton House vestidas como… como campesinas. Mañana sin falta vais a la modista. Todas.

—¿Todas? —repitieron a coro.

—Todas sin excepción —afirmó rotunda.

—¿Madre, no deberíamos ser parcos con los gastos? —preguntó en voz baja Serena.

—¡Ni hablar! Todas tendréis vestidos nuevos —afirmó rotunda.

—Incluida Eilis —añadió Ivy, mirando a Declan con complicidad—. Después de todo, va a ser parte de la familia.

Eilis, que había permanecido en un silencio absoluto hasta ese momento, abrió los labios, pero de su boca no salió nada. Era una frase sencilla, pero la forma en que Ivy la había pronunciado, delante de todas, la envolvía como una promesa. Parte de la familia. Miró a Ivy, que asintió casi imperceptiblemente y, por un momento, el mundo se le volvió cálido y real.

—Por supuesto —añadió lady Ashford—. Ahora mismo mandaré una carta a Madame Beaumont para que cierre la boutique para todas.

—¿Y qué color le pondremos? —preguntó Rowena, ya entrando en materia.

Alexandra se acercó a la joven y giró a su alrededor, pensativa.

—¿Tú qué opinas, Ivy?

—Marfil —respondió Ivy con una sonrisa tranquila—. Es perfecto para ella. Discreto, elegante... distinto.

—Como ella —murmuró Declan con suavidad.

Las hermanas se miraron con una mezcla de sorpresa, burla y afecto.

—Entonces queda decidido —dijo Alexandra, retomando el control—. Mañana, la modista. Pasado, la caída de Kensington. Y después… lo que venga.

Scarlett levantó el mentón, cruzando la mirada con Alexandra.

—Y, esta vez —dijo Scarlett—, el escándalo llevará su nombre. No el nuestro.

Las hermanas se miraron entre sí, como si por fin la guerra hubiese dejado de ser una posibilidad y se hubiese convertido en certeza. Carlton House sería el campo de batalla. Y, William Kensington, la presa.

Y, pasara lo que pasara, lo enfrentarían juntas.



A la mañana siguiente, Casa de modas de Madame Beaumont

El local estaba cerrado al público, pero a juzgar por el bullicio del interior, podría haberse tratado de una fiesta. Las telas volaban a la misma velocidad a la que iban las ayudantes de Madame Beaumont, los alfileres brillaban en las manos de las costureras como dagas afiladas, y Madame Beaumont recorría el salón como una general en

pleno campo de batalla dando indicaciones y tomando medidas con una velocidad asombrosa.

—A veces me da la sensación de que tiene ocho brazos en vez de dos —susurró Clementine.

—¡Lady Clementine, por favor, deje de comer galletas sobre la muselina! ¡Lady Rowena, ese escote es una declaración de guerra! ¿Quiere declararle la guerra a su propio Rey? ¡Lady Serena, deje de hacer dibujos con la tiza del suelo!

—Es que me aburro —se quejó Serena, sentada en un rincón con cara de mártir.

—Es que esto me aprieta —gruñó Rowena, mientras una modista intentaba ajustar el corpiño sin salir herida.

—¡Y siempre me hacen trabajar con menos de veinticuatro horas de antelación! Esto es una casa de moda, no un cuartel militar —se quejaba Madame Beaumont, lanzando miradas fulminantes a cada rincón del salón.

—Pensé que le gustaban los retos, madame —susurró Scarlett divertida.

—¡Los retos! ¡Los retos deberían ir acompañados de tiempo y paciencia! ¡Y yo no tengo ni lo uno ni lo otro! —replicó la modista con un dramatismo que habría hecho llorar a Shakespeare.

En un rincón, Eilis observaba el caos como quien asiste a una tormenta desde una ventana segura. El color, la energía, las risas… todo era ajeno y fascinante a la vez. Y, por debajo, una pequeña duda la rondaba: ¿de verdad pertenecía a ese mundo de terciopelo y voces afiladas?

—¿Y qué opinas, Eilis? —preguntó Ivy desde su plataforma, girando hacia la joven que se mantenía algo apartada, contemplando una muestra de encaje marfil.

Eilis levantó la mirada, con una sonrisa tímida que se fue ampliando al ver la expectación en los ojos de Ivy, Serena y Ophelia.

—Creo que nunca había visto tanta locura junta... pero me gusta.

Su respuesta provocó una pequeña ovación teatral de Serena y Ophelia, que aplaudieron como si se tratara de una actriz en escena.

Scarlett la miró desde el espejo y, sin decir nada, le guiñó un ojo.

—Ya es una Ashford —murmuró Alexandra, sentada junto a un espejo, mientras Madame Beaumont trataba de decidir entre dos tonos de púrpura.

—¡Ay, madre mía! —exclamó Clementine desde el fondo—. ¡Este vestido me hace parecer una lámpara de salón!

—Entonces perfecto —intervino Rowena sin inmutarse—. Si pareces una lámpara, no te la comerás. Así evitamos tentaciones, Clementine.

—¡No me subestimes! —respondió Clementine con fingida gravedad—. He probado cosas peores...

—No pareces una lámpara y, si lo parecieras, serás la lámpara más bella del salón —añadió Ophelia, divertida.

—¡Lady Ophelia, por favor, no se mueva! Tiene que quedar perfecta. ¡Su majestad espera elegancia, no teatralidad! —exclamó Madame Beaumont desde el otro lado del salón, con una cinta métrica colgando del cuello.

—No lo olvide, madame —replicó Ophelia con una reverencia exagerada—. Soy la invitada del rey, nada menos. Necesito un vestido con el que solo puedan murmurar: «Ahí está lady Avaricia».

—¡Y encima quiere personalidad! —resopló Madame Beaumont—. ¡Me van a matar entre todas un día de estos!

—¿Creéis que estaremos listas a tiempo? —preguntó Ivy, mirando su reflejo con un leve gesto de duda.

—Estaremos perfectas —aseguró Alexandra desde su pedestal, erguida—. Porque esta vez no vamos solo a brillar.

—Claro que no, hermanita. Vamos a arder —añadió Scarlett.

Justo entonces, Madame Beaumont levantó la vista del muestrario y chasqueó la lengua.

—Lady Scarlett, ¿quiere dejar de hablar de fuego y drama? Esto es una casa de modas, no un teatro.

—¿Está segura, madame? Porque esto parece más una representación de Shakespeare que otra cosa —susurró Ivy.

—Solo parece un teatro cuando me visitan —susurró.

—Es lo que tiene ser las Hermanas Pecado —añadió Rowena.

—El pecado, la belleza y el drama... van de la mano —añadió Ophelia.

—¡Silencio! ¡Necesito medir a Lady Serena! ¡Y que alguien esconda las galletas, por favor!

En un rincón, Eilis acariciaba con suavidad una cinta marfil. Las palabras que su hermano le había susurrado esa mañana antes de dejarla en la casa de modas todavía resonaban en su cabeza: «Ese color es perfecto. Como tú, que brillas sin esfuerzo». Y supo, rodeada del caos de esas hermanas únicas, que no necesitaba nada más.

—¿Esto es tiza o jaboncillo? —preguntó Serena, observando cómo una costurera marcaba un patrón sobre la tela.

—Jaboncillo, querida. La tiza es para los traviesos que dibujan en el suelo —respondió Madame Beaumont sin mirar siquiera.

—Entonces prefiero la tiza —dijo Serena sin pestañear, levantando una ceja.

Madame Beaumont suspiró.

—Esto es un caos.

—Pero un caos glorioso, lady Beaumont —añadió Clementine.

—*Mais oui,* madame Clementine, cuando las puertas de Carlton House se abran, todo Londres sabrá que las Ashford han llegado.

Y, en el espejo, ocho figuras distintas comenzaban a reflejar algo más que vestidos. Reflejaban belleza. Decisión. Hermandad. Justicia.

Y pecado, por supuesto. Porque el escándalo —y las ganas de pecar— siempre empezaban con ellas. Ese tipo de pecado que Londres jamás olvidaba: el que entra en escena con un vestido perfecto.

Después de todo, eran las hermanas Ashford. Los pecados envueltos en seda más tentadores de todos.

Capítulo 34 La envidia se viste de verde

Salón de entrada de Carlton House

Minutos antes del anuncio

La calesa de los Ashford se detuvo frente a la escalinata principal con un rechinar de ruedas y un exceso de dramatismo que, según Clementine, solo podía augurar una noche legendaria o un desastre monumental. Tras la de los Ashford, llegaron la de Blackwood y la del conde De Rosse.

—¿Quién baja primero? —preguntó Serena, mirando por la ventanilla como si estuvieran a punto de desembarcar en territorio enemigo.

—La invitada del rey, por supuesto —dijo Ophelia, acomodándose los guantes con aire regio.

—¿Invitada del rey o del heredero que quiere casarse contigo? —murmuró Rowena.

—Ambos. Pero no todos los días una puede eclipsar al protocolo real, así que... —bajó con una gracia impecable.

—Parece que ha ensayado esa bajada todo el día —comentó Serena con tono bajo.

—Yo no he ensayado —respondió Clementine con orgullo—. Mi caída será natural.

—Si sigues así no caerás, hija mía, rodarás...

—Gracias madre, por sus cumplidos. Si se vuelve a desmayar, procuraré que caiga sobre mí, ya sabe, sobre algo blando...

Las hermanas rieron.

—Esperemos que no literal —bufó Rowena, que se peleaba con el dobladillo de su capa roja.

Del carruaje de Blackwood bajaron sus hermanas Alexandra y Scarlett, dos gotas de agua, acompañadas por Sebastian y Rhys, que no podían ser más diferentes. Y del carruaje de Declan, bajaron Eilis ayudada por Ivy para que no tropezara con la cola de su vestido marfil.

Una vez en la escalinata, las ocho mujeres formaron una visión que detuvo incluso a los criados.

Ocho colores, ocho personalidades unidas en propósito y apariencia.

—¿Estás segura de que puedes con esto, Eilis? —le preguntó Ivy, en un susurro.

—Declan me dijo que solo tengo que andar. Pero si me tiemblan las piernas, fingiré que bailo —respondió Eilis.

—No temas, no dejaremos que ese bastardo se acerque a ti, ni a Scarlett, ni a Alexandra —proclamó Rowena con un tono que dejaba lugar a dudas: iba a la guerra.

—Me gusta esa filosofía —murmuró Serena.

—Recordad —dijo Alexandra tomando el control—: esta noche no solo vamos a deslumbrar. Vamos a ejecutar una coreografía. Cada paso, cada palabra… cuenta.

—Suenas como si fuésemos a declarar la guerra —refunfuñó Clementine.

—Porque es lo que vamos a hacer —respondió Scarlett con suavidad—. Y William Kensington va a perderla.

Las puertas se abrieron. El heraldo aguardaba. La música se escuchaba en el interior como un río de seda que les daba la bienvenida.

—En fila, como si fuéramos inocentes —sugirió Ophelia.

—Somos inocentes —declaró Serena, levantando el mentón.

—Al menos hasta que demuestren lo contrario —añadió Rowena con una sonrisa traviesa.

—Declan y yo necesitamos un momento —pidió Ivy.

—Por supuesto, Ivy —afirmó Alexandra y sin más dilación; entraron.

El mármol bajo sus pies, las lámparas de cristal sobre sus cabezas y las miradas clavándose en ellas como cuchillos bien afilados, les dieron la bienvenida. Alexandra sonrió: era su escenario. Era su noche.

Y el mundo entero estaba a punto de aprender lo que significaba subestimar a una Ashford.



Vestíbulo, antes de su entrada

—Declan… —murmuró Ivy, deteniéndose a mitad del pasillo—. ¿Qué ocurre?

Él no respondió de inmediato. Tenía la mirada clavada en las puertas doradas que daban al salón. Su mandíbula estaba tensa, sus dedos apretaban los guantes como si en ellos pudiera contener el temblor.

—Nada —mintió.

—Iba a fingir que te creía, pero no soy tan buena actriz como para engañarme a mí misma —dijo Ivy, dando un paso más cerca.

Él inspiró hondo, manteniendo la compostura.

—No están acostumbrados a ver cicatrices en salones de baile —musitó—. Y mucho menos cuando vienen acompañadas de un apellido que nadie ha pronunciado con respeto en esta ciudad.

—Iban a mirarte igual —replicó ella, con una dulzura firme— por caminar a mi lado. Si van a hablar, que al menos lo hagan de algo real.

Él alzó la vista, encontrándose con sus ojos.

—Ivy…

—No necesito que finjas ser invencible esta noche, Declan —le interrumpió—. Solo necesito que no me sueltes la mano.

Un silencio. Él la miró durante un segundo eterno. Luego, deslizó la mano por la suya y la enlazó con fuerza, como si en ese gesto encontrara algo más que valor: su hogar.

—Nunca lo haré —prometió.

—Yo tampoco, mientras estemos juntos, ¿qué nos importa lo que digan los demás?

—Me queda claro, lady Ivy Ashford, que la envidia tiene nombre propio y viste de verde…

—Otros dirían que envidiarme es fácil, pero conquistarme… imposible. Y tú has logrado lo que otros muchos no han conseguido.

—Tienes razón, Ivy. Vamos, que dé comienzo el espectáculo.

Y, juntos, caminaron hacia la puerta.



La música se detuvo durante un breve instante, apenas perceptible, cuando el heraldo de palacio se adelantó a la entrada del salón. Su voz retumbó con solemnidad en el vestíbulo real:

—El Conde Declan De Rosse y Lady Ivy Ashford.

Un susurro recorrió la estancia como un soplo gélido. Las cabezas se giraron, los abanicos se alzaron y los murmullos comenzaron antes siquiera de que los pasos resonaran sobre el brillante mármol.

A la entrada, Ivy se mantenía erguida, con el mentón en alto y el brazo enlazado al de Declan. Su vestido verde esmeralda resplandecía con cada movimiento, pero no era solo el atuendo lo que llamaba la atención: era la forma en que lo miraba. Sin miedo, sin vergüenza. Como si el mundo entero estuviera en llamas y ni por esas soltaría su mano.

Declan caminaba junto a ella, firme, con la máscara fuera de escena y la cicatriz apenas visible bajo la luz de los candelabros. No

intentó disimularla. Tampoco evitó las miradas. Las sostuvo, una por una, hasta que comenzaron a apartar la vista con incomodidad.

—Dios santo… —susurró una dama de mediana edad, apretando su abanico con tanta fuerza que parecía que iba a romperlo—. ¿Es cierto, entonces, que es él? ¿El irlandés? ¿El de la cicatriz?

—Dicen que esconde un pasado trágico… y peligrosas amistades —añadió otra con tono venenoso, apenas disimulado tras su abanico.

—Y, aun así, ha venido con ella. De la mano. Como si no le importara.

—Tal vez no le importe —respondió una tercera—. Tal vez ha conseguido justo lo que buscaba: una Ashford.

—O una dote generosa —murmuró un caballero a su esposa.

—La más deseada y termina con el peor partido de la temporada —murmuró otra dama mirándolo con desdén.

—Podía haber elegido a cualquiera y se ha conformado… ¿con él?

—Tal vez, querida —dijo a la mujer a su lado—, haya algo que no sabemos —murmuró con maldad, entre risas.

A escasos pasos de la entrada, las hermanas Ashford observaban la escena desde su lugar designado en la recepción. Alexandra ladeó la cabeza con elegancia, captando una conversación cercana con facilidad.

—Lady Danvers, ¿acaso se siente ofendida porque mi hermana rechazó a su hijo? Y al suyo también, si no me equivoco lady Wexley, dicho sea de paso —soltó Alexandra tajante, haciéndolas callar y abriendo la veda para las demás.

—¿Has oído lo que se dice de lord De Rosse? —murmuró Scarlett a Ophelia, sin molestarse en bajar mucho la voz—. Que podría haber matado a un hombre en Irlanda.

—Pues si lo hizo, seguro lo merecía —respondió Ophelia con una sonrisa serena, sorbiendo el vino sin dejar de mirar al frente.

Rowena se unió a la diversión.

—Estoy empezando a pensar que el título de ‹‹De Rosse›› no viene de su familia, sino del color de la sangre que ha derramado.

—O de la de quienes le critican sin saber —añadió Clementine, con una uva entre los dedos—. Si me preguntáis, yo veo una historia de amor épica. De las que escandalizan y venden mucho. Tal vez debería escribirla…

—¿Cree, lady Ashford, que deberían estar aquí juntos tan pronto, con todo lo que se murmura? —preguntó lady Wickham, con la lengua más afilada que su collar de diamantes.

Lady Ashford, por supuesto, no tardó en intervenir, flanqueada por su abanico, su chal y su dramatismo habitual.

—¡Por supuesto que sí! —alzó la voz con aire digno—. Lady Ivy Ashford jamás se relacionaría con un hombre sin honor. Y yo jamás permitiría semejante ofensa en mi casa… o en el palacio del Rey, dicho sea de paso.

Justo entonces, el príncipe Henry, que observaba desde el centro de la estancia, abandonó su conversación y se acercó a Ophelia. Su sonrisa era impecable y su tono, apenas un susurro cargado de intención.

—Lady Ophelia —dijo, inclinando levemente la cabeza—. Parece que he elegido bien. Están todos mirándola… y no por ser mi invitada. Deslumbra como los zafiros.

—¿Lo dice como un cumplido o como una advertencia, alteza? —replicó ella, sin dejar de sonreír.

—Como una constatación peligrosa. Y deliciosa —afirmó besando su mano enguantada.

Mientras tanto, Ivy y Declan llegaban a su lugar en la sala. Con paso firme y mirada tranquila. Como si todo aquello —los cuchicheos, los juicios, los rumores— no existieran.

Ivy lo tuvo claro: esa noche las palabras sobraban.

Ya lo había dicho todo.

Capítulo 35 Un destello de su propio pecado

La orquesta entonó las primeras notas de un vals mientras los candelabros centelleaban como estrellas caídas sobre la estancia. Los trajes brillaban, las miradas se cruzaban como espadas, y el suelo parecía reflejar cada secreto no dicho.

Las hermanas Ashford se dispersaron con natural elegancia, cada una como un destello de su propio pecado. Ivy caminaba erguida junto a Declan, con los dedos enlazados y la frente alta. Alexandra y Blackwood compartían una conversación en voz baja que parecía ajena al resto del mundo. Serena giraba sola por el salón como una pluma, hasta que un joven de ojos oscuros y acento español se atrevió a acercarse con una reverencia impecable. Clementine ya había encontrado una bandeja con pastelitos, y Rowena observaba la sala con la atención de una estratega que planea una ofensiva.

Scarlett, por su parte, se mantenía apartada, cerca de una columna decorada con guirnaldas de oro. Fingía distraerse con la música, pero sus ojos lo buscaban. Rhys apareció a su lado como si el aire mismo lo hubiese convocado. Llevaba el cabello desordenado, el cuello del frac impecable, y una rosa escarlata —la misma que había enviado a la mansión esa mañana— en el bolsillo de su chaqueta.

—Parece que el escándalo todavía no ha estallado, lady Scarlett —comentó él, observando el salón con falsa indiferencia.

—Dele tiempo, lord Cavendish. A los Ashford siempre nos gusta dejar lo mejor para el final —replicó Scarlett, sin mirarlo.

Rhys sonrió. No con burla. Con ese gesto suave, casi tierno, que a ella le descolocaba más que cualquier provocación.

—¿Bailaría conmigo, lady Scarlett?

—¿Usted baila? —arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Le sorprende?

—Lo cierto es que sí.

—Por usted… incluso intentaría cantar —afirmó sonriente.

Scarlett dejó escapar una risa suave y con un leve asentimiento aceptó su mano. Cuando sus dedos se rozaron, sintió el calor subirle por los brazos, como si la música se filtrara directamente bajo su piel.

El vals los envolvió. No hablaban, pero sus cuerpos sí. Él la guiaba con firmeza, sin imponerse, y ella se dejaba llevar sin rendirse. Como dos fuerzas opuestas jugando a ser una sola.

—¿Por qué ha venido esta noche, lord Cavendish? —susurró, alzando la mirada.

—Existen varias razones por las que no podía mantenerme al margen.

—¿Cómo cuáles?

—Como… que sé que esta guerra no se gana con espadas, sino con aliados.

—¿Y usted es un aliado?

—Soy lo que me permita ser, lady Scarlett Ashford. —Se inclinó apenas sobre su oído—. ¿Me daría la oportunidad de cortejarla?

—¿Sabe cuántas veces me han dicho lo mismo esta noche, lord Cavendish? —preguntó clavando su mirada en la de él.

—No creo equivocarme si digo que tantas como solteros hay en esta sala…, incluso juraría que ha recibido proposiciones de algunos que no lo estaban —afirmó con una sonrisa.

—De nuevo, ha acertado, milord.

—Pero yo no la cortejaré con promesas vacías, ni con flores. Lo haré con hechos, pelando las batallas que sean necesaria para ganar la guerra…

Scarlett lo miró y, por un instante, no supo qué decir. No estaba acostumbrada a que la trataran así. No con palabras bonitas, sino con una especie de respeto feroz. Casi leal.

—No necesita ganar batallas por mí —susurró—. Soy de las que no temen incendiar el mundo…

Él sonrió.

—He traído cerillas.

Y entonces giraron una vez más, como si el fuego hubiera prendido bajo sus pies.

Desde el otro extremo del salón, Lady Ashford los observaba con el abanico detenido a medio vuelo.

—¿Esa no es una mirada peligrosa, querida esposa? —preguntó el duque de Ashford con tono bajo.

—Esa es mi hija enamorándose. O planeando algo. Con las Ashford nunca se sabe.

—Lord Cavendish es un buen partido.

—Si cediera a ser cortejada por él… ya serían tres, querido, estamos cada vez más cerca de que todas se comprometan.

—Dios te oiga, querida. Que Dios tenga misericordia de nosotros y te oiga…



La música del vals seguía envolviendo el salón como un susurro elegante, pero Rowena se apartó de la pista con paso firme, buscando la sombra de una galería lateral, lejos del brillo y el murmullo constante. Necesitaba aire. O tal vez solo silencio.

—Lady Rowena —la voz de Cedric se deslizó tras ella como un perfume caro, seguro y calculado—. ¿Ya se ha cansado de ser la mujer más observada del salón?

Ella no se giró de inmediato. Apoyó una mano sobre la columna, el otro brazo cruzado bajo el pecho, como si su sola postura pudiera contener la irritación que le provocaba.

—Creí que el título de ‹‹más observada›› lo compartían Ophelia y su alteza —respondió, girándose hacia él—. A mí solo me miran para preguntarse cuando haré explotar algo esta noche.

Cedric rio con suavidad, ese tipo de risa que pretendía ser encantadora y que a Rowena le sonaba como un tambor de guerra.

—El fuego tiene su encanto. Al menos, para los que no tienen miedo de manejarlo. ¿Bailaría conmigo, lady Ira?

Rowena lo miró. De arriba abajo. Despacio. Como si evaluara no solo su traje, sino también sus intenciones.

—Prefiero guardarme los pies para algo más útil. Como patearle, por ejemplo.

Se dio media vuelta sin esperar respuesta, dispuesta a marcharse. Pero Cedric no se lo permitió, la tomó del brazo y avanzó detrás de ella con una calma casi felina.

—Huir no cambiará lo que es inevitable, Rowena —susurró a su espalda, muy cerca de su oído.

Ella se detuvo. Solo un segundo. Apenas un latido. Luego giró, clavando sus ojos en los suyos con una intensidad que borró cualquier rastro de galantería superficial.

—¿Y qué es eso tan inevitable, milord?

Cedric dio un paso más, acortando la distancia.

—Tú. Yo. Y lo que está escrito. Podrás resistirte esta noche, pero terminarás aceptando que serás mía.

Rowena no se movió. No iba a dejarle pensar que le tenía miedo.

—Es valiente al suponer que alguien como yo se puede poseer, lord Cedric.

—Va a tener que acostumbrarse a mí, lady Rowena —replicó con voz baja, sin perder la compostura—. Tarde o temprano, estará a mi lado. No solo por un baile, sino por un compromiso.

Ella entrecerró los ojos, como si analizara el alcance real de esa amenaza.

—¿Y qué le hace estar tan seguro de eso?

—Porque yo no espero a que el mundo me dé lo que quiero. Lo tomo —afirmó con una sonrisa suave, calculada—. Y esta vez, Rowena —se detuvo como si saboreara su nombre entre los labios —, lo que quiero eres tú.

Ella se inclinó levemente hacia él, su espalda casi rozaba el pecho agitado del hombre.

—Entonces será una pena descubrir que no todo lo que uno persigue se puede alcanzar.

Pero Cedric no parecía alterado. Su tono no cambió ni una nota.

—No necesito atraparte, Rowena. El rey dará su bendición. Y tú…, tú tan solo estarás donde debes.

Ella se apartó un paso, y se giró con el mentón en alto.

—Si cree que un título o una firma bastan para poseerme, es que no me conoce en absoluto, lord Cedric.

—Al contrario —replicó él, inclinándose apenas—. Lo he entendido todo. Y por eso sé que acabará siendo mía.

Rowena no respondió. Solo lo miró una última vez, con la intensidad de quien no ha perdido, sino que aún no ha empezado a jugar. Sin más, giró sobre sus talones y se alejó con la cabeza alta, como una reina que no ha sido coronada… aún.



Galería norte de Carlton House

Ophelia se había refugiado junto a una de las altas ventanas, contemplando los jardines bañados por la luz de los faroles. No necesitaba mirar atrás para saber que el príncipe Henry se acercaba. Podía sentirlo en el silencio que lo precedía, en la forma en que el aire cambiaba cuando él estaba cerca.

—¿Se esconde de mí, lady Ophelia? —preguntó con una media sonrisa al llegar a su lado—. Estoy empezando a tomarlo como algo personal.

Ella giró apenas el rostro, lo justo para lanzarle una mirada ladeada, como quien examina una joya dudosa en una vitrina cara.

—¿Es que los príncipes no están acostumbrados a que los esquiven?

—Al contrario. Pero eso solo hace que lo disfrute más cuando no lo consiguen —respondió con serenidad, apoyándose junto a ella.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada. Solo se oía el vals lejano y las risas apagadas desde el salón. Fuera, el jardín parecía congelado en un cuadro pintado con óleos.

—¿Siempre es así de persistente, Alteza? —preguntó ella sin apartar la vista del ventanal.

—Solo con lo que merece la pena, milady.

—¿Y qué hace pensar que yo merezco ‹‹esa pena››?

—Digamos que no soy ciego. Ni tonto —replicó, bajando la voz con suavidad—. Sé lo que todos murmuran cuando la ven entrar. Pero lo que me interesa es lo que usted no muestra. Esa parte que nadie conoce… y que yo me muero por descubrir.

Ophelia soltó una pequeña carcajada, sin rastro de dulzura.

—Lástima que se marche a Prusia dentro de dos días. Me temo que descubrirme no está en su itinerario diplomático. Incluso me atrevería a decir que puede que ‹‹muera›› antes de descubrirlo —afirmó usando sus palabras en su contra.

Henry la observó sin pestañear, por un segundo su sonrisa se desvaneció. No tanto como para desaparecer, pero sí lo bastante para que todo se volviera más serio entre ellos.

—¿Me pide que me quede, milady? —preguntó serio.

—¿Cómo me atrevería, alteza? —respondió con otra pregunta.

—¿Y si le dijera que preferiría Prusia con usted, antes que Londres sin su sonrisa?

—Diría que su talento para las frases dramáticas supera incluso al de Scarlett —respondió ella, con los labios curvados—. Aunque si busca conquistarme con promesas imposibles, se lo advierto: necesito pruebas, no versos.

—¿Y si le doy los dos?

Ella lo miró por fin, girándose del todo hacia él. Sus ojos se encontraron con los de Henry y durante un segundo, ninguno

respiró.

—Entonces debería empezar por algo más sencillo, alteza —dijo ella, extendiendo la mano con un leve gesto—. Sáqueme a bailar.

Él no dudó. Tomó su mano y la besó, justo donde el guante empezaba a ceder ante la piel.

—Con gusto, lady Ophelia. Y si me lo permite… esto apenas es el comienzo.

Mientras se alejaban hacia la pista, Ophelia se giró hacia él, con una sonrisa tan afilada como una daga envuelta en encaje.

—Veremos si su majestad está dispuesto a compartirme con Prusia.



Rincón de los aperitivos, Carlton House

Clementine había tomado posesión del rincón más tentador de todo el salón: una mesa alargada repleta de delicias traídas de media Europa. Bizcochitos de limón, pastelitos de almendra, frutas escarchadas, piononos[6] y, por supuesto, una torre de macarons tan alta que parecía una escultura de arte moderno.

Con una copa en una mano y un delicioso pionono en la otra, observaba el salón con la mirada satisfecha de quien ha encontrado su lugar en el mundo.

—¿Ha dejado algo para los demás, mademoiselle Ashford? —preguntó una voz suave, con acento francés medido a la perfección.

Clementine se giró con la boca ocupada y los ojos brillantes.

—Solo lo que no merece la pena —respondió tras tragar—. ¿Quiere uno? Estos piononos son mejores que los… macarons —dijo

para molestarle—. He oído que es un regalo de un asistente que viene desde España.

Le ofreció uno sin demasiada ceremonia. Lucien Valois la observó un segundo antes de aceptar el dulce… y dejarlo intacto en una servilleta.

—No tengo costumbre de comer entre bailes.

—Pues debería. Bailar con el estómago vacío es un riesgo terrible. Puede que se desmaye por exceso de elegancia y falta de azúcar —replicó ella, tomando otro pastel.

—Prefiero mantener el control —dijo él, ladeando la cabeza—. Todo exceso, incluso el de placer, acaba cobrando su precio.

—Qué frase tan triste para una noche de fiesta —comentó Clementine, llevándose otro bocado a la boca—. ¿Siempre mide lo que come, lo que dice, lo que siente, *monsieur* Valois?

—No veo el mérito de entregarse a lo efímero —contestó él, con una media sonrisa—. ¿Usted sí?

Clementine le sostuvo la mirada con descaro.

—Depende. A veces lo efímero es justo lo que vale la pena.

—¿Como un macaron? —Lucien arqueó una ceja, divertido.

—Como un beso a medianoche. O como una venganza servida en su justo momento. O como una noche como esta.

—Usted vive como si cada instante fuera el último.

—Y usted como si ninguno importara —respondió Clementine, ya sin sonrisa.

Se miraron en silencio, como dos rivales tanteando el terreno. Luego ella volvió a la mesa, cogió dos piononos más y los sostuvo en la mano como si eligiera armas.

—Tome, *monsieur* Valois. Uno para esta noche, por si se anima a probar el exceso. Y otro para mañana, por si se arrepiente de no haberlo hecho.

Él aceptó el gesto, pero no el dulce. Solo inclinó la cabeza con cortesía.

—Me temo que, si la empiezo a probar esta noche, lady Clementine, no sabré cuándo parar.

Ella se giró, caminando de nuevo hacia la pista con el mentón en alto y un pastelito entre los dedos.

—Entonces ya sabe dónde encontrarme si un día decide perder el control.

Y, sin mirar atrás, desapareció entre los invitados, dejando tras de sí una mezcla de azúcar, desafío y peligro.

Capítulo 36 La presa más fácil

Galería lateral de Carlton House

Serena se había escabullido del bullicio como quien evita una obligación más. Caminó con su habitual desgana hasta una de las galerías menos transitadas, donde los ventanales dejaban ver el jardín oscuro y la música llegaba amortiguada por las cortinas de terciopelo. Se apoyó en una columna con un suspiro y, sin ceremonia alguna, se dejó deslizar hasta sentarse en el alféizar.

—Parece usted una pintura, *señorita Ashford*.

La voz, inesperada, tenía un acento cálido y arrastrado, como si cada palabra llevara sol dentro.

Ella alzó la vista, apenas molesta. Frente a ella, con el frac desabrochado y el cabello despeinado de forma deliberadamente encantadora, un hombre de piel dorada y ojos brillantes como el ámbar le sonreía como si fuera una vieja amiga a la que acabara de encontrar en una fiesta aburrida.

—¿Y usted es…? —preguntó Serena, sin moverse.

—Hugo de Ayala —se inclinó con una floritura exagerada, que casi termina en tropezón—. Pintor. O al menos eso intento, cuando no me distraen las visiones inesperadas.

—¿Visiones? —arqueó una ceja.

—Usted, por ejemplo. Tan sola, tan quieta… parecía un retrato esperando ser terminado.

Se sentó en el suelo frente a ella, con la facilidad de quien no teme al ridículo. De algún bolsillo interior sacó un pequeño cuaderno arrugado y un trozo de carboncillo.

—¿Qué hace?

—Voy a robarle el momento. Quieta, por favor. Aunque esté aburrida. En realidad, especialmente, porque está aburrida. Así la veo yo.

—¿Así cómo?

—Como una estatua que finge que no le importa nada, pero está deseando que algo la despierte.

Serena estuvo a punto de replicar, de decirle que estaba equivocado. Que a ella no le interesaban ni los bailes, ni los artistas espontáneos, ni mucho menos los hombres que se sentaban en el suelo con un cuaderno de dibujo. Pero no lo hizo. Porque, por algún motivo, no quería que dejara de verla.

—Y dígame, *pintor*, ¿tiene usted licencia para pintar a las damas sin permiso?

—Tengo algo mejor —respondió sin levantar la vista del papel—. Una abuela andaluza que dice que donde hay belleza, hay obligación de celebrarla. Y yo… cumplo con las obligaciones familiares.

Serena dejó escapar una risa suave. Una de verdad, no una carcajada dramática como solía usar para incomodar. Esa risa fue pequeña, espontánea, casi infantil. Inesperada incluso para ella.

—¿Siempre dice cosas así, milord?

—No. A veces digo cosas peores —sonrió él—. Pero con usted me estoy conteniendo. Me intimida un poco.

—¿Yo? —lo miró con diversión—. ¿Por qué?

—Porque tengo la impresión de que si le digo algo equivocado, me va a lanzar un florero.

—¿Y si le digo que lo haría encantada?

—Entonces sabré que ha valido la pena —respondió con total sinceridad.

Hugo le mostró el dibujo sin darle opción a rechazarlo. Era un boceto rápido, casi un trazo suelto, sin embargo, en ese trazo Serena se reconoció. No como ella se veía a sí misma, sino como él la veía: misteriosa, etérea, con el cabello suelto y la mirada perdida como si pensara en algo muy lejano.

—No se parece en nada a mí —dijo en voz baja.

—Se parece a lo que he visto —replicó él—. A lo que nadie más está mirando.

Ella bajó la mirada al dibujo otra vez, sin saber qué decir.

—No está mal, Lord *Hugo de Ayala*. No está nada mal.

—¿Me está cortejando, lady Serena? —preguntó con una gran sonrisa que le iluminaba la mirada.

—Le estoy dando permiso para que me mire —susurró ella, con una sonrisa torcida—. Para alguien como yo, eso ya es escandaloso.

Él, desde el suelo, se llevó la mano al corazón con una teatralidad deliciosa.

—Entonces esta noche dormiré como un rey. Aunque el rey esté ahí dentro, aburrido, y yo aquí, dibujando a la diosa del mármol.

Y así, entre el eco lejano de los violines y un trozo de papel manchado de carboncillo, Serena Ashford descubrió que alguien la había visto. De verdad.

Jardines de Carlton House

Eilis paseaba por los jardines, sin más compañía que la luna que se colaba entre los setos, dibujando sombras alargadas sobre el césped. Necesitaba alejarse unos minutos donde las voces del baile llegaran como un murmullo lejano y la música se mezclara con el crujir de sus propios pasos. El bullicio, los vestidos, las miradas... todo resultaba abrumador. Se apoyó en la pérgola de mármol cuando una voz la hizo girar con rapidez, en tensión.

—No deberías estar sola, querida Eilis —murmuró, acercándose demasiado—. Este lugar está lleno de tentaciones y vacío de ojos. —Su voz era suave, melosa, pero esos trucos ya no la engañaban: no tenía alma.

Eilis retrocedió un paso. Tragó saliva. Había sido una tonta, lo esperaban, a eso habían ido; a enterrarlo vivo. ¿Por qué demonios se había alejado sin avisar a nadie? ‹‹Porque pensé que iría tras una de las Ashford…››.

—Lord Kensington —intentó mantener la compostura—. Estoy de regreso al salón, mi hermano me espera—. Él dio un paso más, acortando la distancia—. Disculpe, pero no creo que sea apropiado que estemos aquí solos.

—¿Por qué no, Eilis? Nadie nos ve. Y tú no eres… exactamente una Ashford. Nadie se alarmaría si algo cambiara en tu reputación.

Eilis retrocedió un paso, pero él fue más rápido. Le sujetó el brazo con fuerza, obligándola a guarecerse bajo la pérgola.

—Suélteme. Ahora mismo —ordenó, con la voz quebrada por la tensión.

—Qué rápido cambian tus gustos. Hace un par de años no te molestaba tenerme cerca prometiéndote el cielo.

Ella palideció.

—Aquello no significó nada, lord Kensington. Tan solo fue una mentira más. Dijo que me amaba, que hablaría con mi padre para solucionarlo todo, pero era falso. Solo quería entrar en mi familia, apropiarse de lo que se le escapó en el primer intento.

—Veo que relacionarte con las Ashford te ha dado agallas, creo que ahora me gustas más —susurró y se acercó un paso más, ella, por instinto, se alejó otro.

—Si no me suelta, gritaré.

—Puedes gritar si quieres, pero recuerda que basta una palabra mía... solo una... para decir que fuiste tú quien me buscó. Nadie dudará de mí. Ya han oído cosas sobre Alexandra. ¿Crees que les costaría creer que también te has arrojado a mis brazos? Tú eres la presa más fácil de todas, Eilis. Siempre lo fuiste. Déjate llevar y todo terminará antes.

Eilis intentó zafarse, pero William la empujó contra la pared, sujetándola con fuerza.

—No puedes escapar de mí —murmuró junto a su oído—. No sin pagar el precio.

—¡No! —exclamó ella, forcejeando—. —¡No…! ¡No te atrevas!

—¿Por qué no lo haría, Eilis? Puedo hacerte mía si me place, de un modo u otro. Si te resistes, si gritas, solo tengo que decir que ya

lo fuiste. Que no eres tan inocente como finges y la prueba la lleva tu querido hermano grabada en el rostro —alardeó.

Eilis no podía soportar su cercanía, hacía que su cuerpo se doblara por el asco, sentir su voz tan cera, su mano agarrando la suya, sus dedos rozando la piel de su mejilla…

—Diré que no es cierto, que intentó forzarme… las dos veces —afirmó haciendo gala de un valor que no tenía.

—¿Estás segura de que alguien te creerá? —su tono era una daga envuelta en terciopelo—. Eres tan solo una mujer, querida Eilis. Y eso te hace tan prescindible como deseable.

Y ese susurro se sintió como un veneno que la dejó paralizada por unos segundos.

Ophelia hablaba con el príncipe Henry desde el ventanal del salón principal que tenía vistas al jardín, tras el baile, cuando algo llamó su atención de repente: un movimiento brusco, una sombra rastrera que se ayudaba de la noche para esconderse. Entrecerró los ojos con un mal presentimiento, y reconoció la figura delicada envuelta en marfil de Eilis y las sucias manos de William sobre ella.

Su copa cayó al suelo.

—¿Lady Ophelia? —preguntó Henry, preocupado—. ¿Sucede algo? Está tan pálida como la luna de esta noche.

—¡Es Eilis! —gritó, corriendo hacia la salida—. ¡Está con él! ¡William la tiene!¡Ve con el rey! ¡Por favor! —suplicó sin detenerse—. ¡Dile que William Kensington acaba de secuestrar a una Ashford!

La sala pareció congelarse.

Las hermanas ya estaban girándose hacia Ophelia, que atravesaba el salón con la furia de una tormenta. Scarlett dejó de bailar. Alexandra dio un paso atrás. Clementine soltó el pastelito que acariciaba sus labios y Rowena ya estaba desenfundando su furia.

—¿Qué sucede?

—William, en el jardín, tiene a Eilis…—No terminó de explicarse cuando Declan salía como un vendaval hacia el jardín.

Eilis sentía cómo las lágrimas calientes caían por su helado rostro, la mirada de Wililam no era humana, era un monstruo sin corazón.

—Sé que lo deseas desde que el bastardo de tu hermano nos interrumpió en tu habitación. ¡Cómo me arrepiento de no haberle clavado la botella en la garganta! No sabes… —siguió besando su cuello—, cuántas veces he soñado con él desangrándose a mis pies.

—Eres un monstruo —se atrevió a decir.

—Puede ser, y tú la futura esposa, o ramera, de este monstruo…

—Aléjate de ella.

La voz llegó tan cortante como mil espadas, Kensington cerró los ojos con gesto de fastidio.

—¿Y dime, lord De Rosse, por qué?

—Aléjate de mi hermana, quítale tus sucias manos de encima o…

—¿O qué? ¿Todavía no sabes cuál es tu lugar? No eres más que un extranjero en tierras que no son las tuyas, un extraño con un pasado oscuro, con una cicatriz que le deforma el rostro… ¿Quién es la víctima aquí?

—Eso me gustaría saber, lord Kensington. Así que deme una explicación, convincente, por favor.

La voz del rey lo paralizó. Como si todo no pudiera complicarse más, el mismísimo rey se unía a la fiesta. Cuando fue consciente, una pequeña multitud se encontraba allí, reunida.

—Su majestad —saludó inclinándose con un respeto que no sentía—. No es más que un malentendido. Esta joven se me ha abalanzado y bueno… después de todo solo soy un hombre…

—¿Es cierto, jovencita? —Eilis estaba tan pálida como su vestido. Era una opción que no habían barajado—. No temas, querida, puedes decir la verdad.

Eilis miró a Ivy que le indicó con la cabeza que hablara.

—No…, no es cierto, su majestad, me ha sorprendido mientras paseaba sola.

—¿Ve cómo miente? ¿Por qué una joven decente iba a caminar sola por el jardín sin una carabina? —malmetió William.

—Padre —pidió Scarlett, desesperada —, hay que detenerlo.

—Su majestad, si me permite…

—Lord Ashford, siempre es bienvenido.

—Lord William Kensington ha deshonrado su apellido, ha estado haciendo transacciones ilegales, timando y estafando a muchos de nosotros prometiendo negocios que, o bien no existían, o no eran lo que prometía —afirmó extendiendo la lista con los nombres que William le había dado.

El rey echó un vistazo y vio, entre ellos, el nombre de su primo Cedric.

—¿Por qué iba a darles una lista que me incriminara? ¿No sería algo sin sentido? —preguntó con burla en la voz.

—Todo lo que dice lady Eilis es cierto, su majestad, estaba junto a la venta cuando lo vi todo…

—Son amigas, mi rey, dirían cualquier cosa para preservar su honra —contraatacó.

—¿Es cierto que son amigas, lady Ophelia?

De pronto la atmósfera cambió, todo parecía jugar a favor de William.

—Lo somos majestad, pero…

—Pero no estaba sola, querido tío, yo estaba conversando con lady Ophelia cuando lo vimos —afirmó el príncipe Henry.

Todos respiraron un poco más tranquilos, al menos un poco de ayuda.

—¿Has visto con claridad que lord Kensington haya agredido a esta joven dama?

—Bueno…, no exactamente —se sinceró, no podía mentir a su rey.

—Su majestad —intervino Blackwood—. Todo lo que hay en la lista es real, llevamos siguiéndole la pista durante un tiempo. Tengo documentos que certifican que ha estafado a varios nobles. El conde De Rosse es uno de ellos y no es la primera vez que intenta comprometer a lady Eilis para forzar un matrimonio que lo salve de la ruina.

—Desde luego, habéis formado todo un espectáculo para amenizar la despedida de mi sobrino… Este tema es más escabroso de lo que parece a simple vista, tendré que investigar a fondo —afirmó para desagrado de todos, menos para William.

—Majestad —declaró una voz inesperada alto y claro—. Yo puedo corroborarlo —añadió.

Todos se giraron para abrir paso a lord Cedric que llegaba tranquilo, presumiendo el triunfo que se iba a marcar.

—¿Puedes corroborarlo? ¿Qué parte, querido primo? —peguntó el rey.

William miró a su amigo, aliviado. Su As bajo la manga acababa de aparecer.

—Majestad —declaró con voz clara—. Me temo que la señorita Ophelia Ashford tiene razón. William Kensington no solo ha traicionado su confianza. Ha traicionado a la corona.

—¿Qué estás haciendo, Cedric? —escupió entre dientes.

—Lo correcto. Algo que tú jamás has hecho —replicó el noble, clavando la mirada en su primo—. Esta vez, William, no saldrás impune—. William trastabilló. Su rostro, tan pulido siempre, se quebró como porcelana astillada.

—Continúa Cedric, por favor, acabemos con esto de una vez —exigió el rey.

—Hace años intentó lo mismo con otra joven. Y hace apenas unas semanas, me ofreció mentiras, documentos falsos que me harían dueño de propiedades que pude comprobar no existían. Con tal de librarse del escándalo, me pidió que mintiera. No lo haré.

Y, con esas palabras, la partida llegaba a su fin.

Epílogo

Al día siguiente, en el jardín de Ashford Manor.

El escándalo parecía ya parte del pasado. Los cuchicheos seguirían por unos días y todo Londres, como siempre, había encontrado algo nuevo con lo que entretenerse. Sin embargo, Ivy sabía la verdad, la había vivido muchas veces: cuando el mundo dejaba de mirar, era cuando por fin podía respirar.

Sentada sobre una manta extendida en el césped, descalza, con los pies hundidos en la hierba fresca, cerró los ojos y sonrió al sentir la brisa de la mañana. Declan se dejó caer a su lado, abandonando la chaqueta y observándola con una mezcla de ternura y deseo que no podía disimular.

—¿Sabes qué es lo mejor de que todo haya terminado? —preguntó ella, sin abrir los ojos.

—¿Que ya nadie intentará raptaros en un jardín? —replicó él con una ceja arqueada.

Ivy soltó una carcajada baja.

—Eso y… que ahora podemos ocuparnos de Eilis. Le hace falta un marido. Uno que no sea un idiota, ni un criminal, a ser posible.

Declan fingió pensarlo muy serio.

—Difícil tarea. Los caballeros honrados escasean en Londres. Tal vez debería buscar en Irlanda.

—¿Y qué harás tú con la distancia? —preguntó en voz baja, temía que le pidiera irse con él a Irlanda tanto como que no se lo pidiera.

—Lo que prefieras. He pensado que podemos pasar medio año en Irlanda y el otro medio aquí. Ya lo veremos, lo que tengo claro es que en cuanto me case contigo, no volveré a soltar tu mano. Así que lo ideal sería que nos casáramos pronto.

La sonrisa de Ivy se desdibujó un instante. No por miedo, sino por lo inevitable.

—Hay algo que no sabes, Declan.

—¿Otro secreto?

—Algo así. No puedo. Todavía no. Hay un pacto —confesó.

—¿Un pacto? ¿Qué clase de pacto impide que nos casemos? —interrogó curioso y algo asustado.

—Uno en el que prometimos que ninguna Ashford puede casarse si no lo hacemos todas. Alexandra fue la primera en prometerse, sin embargo, ninguna Ashford puede casarse si no lo hacemos todas.

—¿Todas?

—Todas.

—¿A la vez?

—A la vez —repitió con una leve sonrisa.

—¿Incluyendo a la que cree que bailar es perder el tiempo, la que compara vestidos con dulces y la que dibuja en el suelo con tiza?

—Esas también.

Declan se estiró sobre la manta, de medio lado, con la cabeza apoyada en un brazo mientras se llevaba un dulce a la boca, mirándola con ese brillo peligroso en los ojos.

—Con eso no contaba, Ivy. ¿Y si te rapto? Si te secuestro y te llevo a Irlanda, no podrían decir nada, ¿verdad?

—Tal vez parezca una tontería, Declan, pero lo prometí. Lo cierto es que no esperaba enamorarme, mucho menos casarme…

—Pues manos a la obra —declaró—. Porque no pienso esperar demasiado para hacerte mi esposa.

Ella lo miró, con el corazón latiéndole fuerte, y supo —como había sabido tantas veces desde que lo conoció— que él no estaba bromeando.

—Eres un problema, conde De Rosse.

—Y tú la única solución que me interesa.

Ivy se inclinó, besándole la mejilla, luego la boca, con una dulzura que guardaba todo lo que no sabía poner en palabras.

—Entonces empieza a mover tus hilos, milord —susurró—. Quedan muchas Ashford por comprometer.

—Lo haré. Lo juro. Pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Primera: el día que nos casemos lleva algo verde. Aunque sea un detalle. Para que el mundo sepa que fuiste siempre mía.

—Iba a hacerlo de todos modos —confesó con una gran sonrisa —. ¿Y la segunda?

—Que seas tú quien me secuestre a mí ese día. A escondidas. Como buena Ashford.

—¿Y si nos pillan?

—Que arda Londres.

Epílogo Dos

Despacho de Lord Ashford, esa misma tarde

Lady Rowena —la llamó Mary, agitada—. Su padre la espera. Dice que es urgente.

Rowena se levantó sin prisa, pero con el gesto helado. Intuía de qué se trataba. Siempre intuía cuándo el deber llamaba con forma de sentencia.

El despacho de su padre estaba en penumbra, con las cortinas entornadas y una copa de brandy medio vacía sobre la mesa. Lord Ashford no se levantó al verla entrar. Solo alzó la vista con una sonrisa que no le gustó nada, clavándole su mirada gris penetrante.

—Rowena —empezó con voz solemne—, acaba de llegar una carta de Carlton House.

—¿Una carta de la casa Real? —pregunto si poder evitar que la amenaza de Cedric se repitiera en su cabeza: «No necesito atraparte, Rowena. El rey dará su bendición. Y tú… tú simplemente estarás donde debes».

—El rey ha dado su bendición. Te casarás con Lord Cedric Bainbridge, duque de Elligton.

Silencio.

—¿Cómo dice, padre? —preguntó ella, sin moverse del umbral. Estaba petrificada. No podía verse, pero sabía que estaba más pálida que el papel blanco que cubría las paredes—. No lo va a permitir, ¿verdad? Sabe la clase de hombre que es..., y además está en la ruina —añadió.

—¿Acaso puedo oponerme a la voluntad del Rey? Te advertimos, hija, que por tu seguridad te comprometieras con algún joven noble.

—Padre...

—El matrimonio sucederá quieras o no. El anuncio del compromiso se llevará a cabo en los próximos días. Cedric es un

noble bien visto en la corte, es familiar directo del rey y cuenta con su bendición. No hay nada que impida vuestra unión.

Rowena dio un paso al frente.

—Yo lo impido.

—¿Perdón?

—No pienso casarme con él. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Lord Ashford dejó la copa sobre el escritorio con un golpe seco.

—¡No seas insensata! ¿Sabes que desobedecer un edicto real podría considerarse traición y arrastrarías a toda la familia? ¿Quieres eso? Además, ¿no sabes cuántas jóvenes matarían por un compromiso así? —espetó.

—No soy ninguna de esas jóvenes que matarían por casarse con ese malnacido de Cedric. Y no voy a ser vendida como si fuera ganado.

Él se levantó, despacio, con el rostro ensombrecido.

—Tal vez pienses que no sé todo lo que sucede en mi propia casa, Rowena, pero lo sé. Y espero que esto no sea por ese escocés del que nadie habla. Ese hombre que ni siquiera está aquí para defenderte. Porque he escuchado rumores, Row, y ese hombre no tiene la menor intención de regresar por ti, si lo has creído en algún momento, me decepcionas, hija. No te creía tan ilusa.

Rowena sostuvo su mirada. No parpadeó.

—No pienso vivir ni un solo día como la esposa de ese bastardo —escupió sin contener su furia.

—¡Esos modales, Rowena Ashford! —la riñó—. No tienes elección, lo siento —finalizó dejándose caer en la silla.

—¿No? —susurró, con una media sonrisa que no era suya, era la de su madre, la de Alexandra, la de todas las Ashford antes que ella —. Eso lo veremos.

—No, a no ser que no importe llevar a la ruina a toda la familia. ¿Es eso lo que quieres, Row? —inquirió su padre con un tono que mostraba tristeza.

Había tocado su punto débil, podría ser una mujer de mucho temperamento, pero también era leal y, al parecer, no iba a tener

otra opción que aceptar ese matrimonio que detestaba por el bien de sus hermanas.

Al menos, de momento.

Se giró con un movimiento brusco y seguro. Y, cuando cerró la puerta, lo hizo con fuerza, dejando claro que acababa de iniciar otra guerra.

FIN

Agradecimientos:

Quiero agradeceros a todas las que seguís leyéndome tras tantas historias. Sin vosotras nada de esto sería posible. Siempre os doy las gracias, en cada historia, y aun así nunca me parece suficiente. Os quiero, familia literaria.
A mi familia, como siempre, por estar ahí aguantando las horas eternas que mamá pasa en el despacho, los fines de semana que he sacrificado a veces por terminar una historia.
A mi querida Paola C. Álvarez, por su apoyo incondicional. Te quiero, amiga.
A mi querida García de Saura, por su amistad, sus risas y esas tardes interminables de buena charla.
A mi adorada Eugenia Dorado, porque es un verdadero placer tenerla en mi vida.
A todos, gracias.

ACERCA DEL AUTOR

Alissa Brontë nació en Granada, aunque su ajetreada vida la ha llevado a vivir en Fuerteventura, Murcia y ahora lo hace en un pueblo del Aljarafe sevillano.

Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica. Entre sus títulos destacan los bestsellers «La Elección», «La Andaluza» o «Juego Sucio», entre otros. También ha sido galardonada con una Mención Especial su obra «Tiritas de Amor», en el VI Premio Kiwi RA y su obra «Bad Romance», en el VII Premio Kiwi RA.

Otros títulos de la autora son: «Velos, ¿estás lista para el Diablo?», «Adam Black», la serie «Operación Khaos» o «Cenizas», que ha sido editada en la colección Mil Amores en colaboración con Mediaset.

En la actualidad reside en Tomares (Sevilla) con su marido, sus tres hijos, sus gatos Cleopatra, Nube y Nilo, y un montón de plantas.

Si has disfrutado esta historia, déjame tu opinión, me encantará leerla ??

Último título publicado:



⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ **«UN LOVERS TO ENEMIES TO LOVERS QUE TE HARÁ SUSPIRAR»**.

«Es un libro, de los que te hacen sentir mariposas en el estómago, el ponerte en la piel de Sum, es vivir y sentirse enamorada, me ha encantado». Encarna de la Paz.

«Una hermosa historia llena de emociones, pasiones, tristeza y desamor. Como volver con el primer amor cuando nunca lo olvidaste. Maravillosa y muy recomendable». Begoña.

Summer «Huracán» Lee ha vuelto. Es en todo lo que puede pensar Liam cuando la ve de nuevo después de tantos años. Y, ¡joder!, sigue siendo tan ella que los recuerdos lo asaltan sin piedad. Pero, aunque su corazón le grite que sigue **jodidamente enamorado** de ella, su cabeza le recuerda que no puede perdonar lo que sucedió años atrás.

Sin embargo Summer ha vuelto decidida a recuperar lo que la obligaron a dejar atrás. No le importa el odio que ve en los ojos de Liam cuando la mira, hará lo que sea necesario para intentar recuperar lo que tanto anhela. Hará lo posible por esa **segunda oportunidad** que ha venido a buscar.

«Déjate arrastrar a Magnolia Springs y vive de lleno este **small town romance** lleno de momentos entrañables».

https://www.amazon.es/dp/B0D6BYGCMH

---

[1] **Eilis (*ay-lish* o *eye-lish*)**: Es la forma irlandesa de Elizabeth.
[2] Francés: Bienvenida, señorita.
[3] La novela *Le Fantôme de l'Opéra* fue escrita por Gaston Leroux y publicada en 1909-1910 en Francia, ubicarla en 1813, para hacer referencia a Declan, es una licencia de la autora.
[4]Crónicas de lo no dicho: es un libro ficticio, creado por la autora especialmente para esta historia. Representa los silencios, los secretos y las emociones que no siempre encuentran palabras. Un pequeño guiño a todo lo que se siente sin necesidad de ser dicho
[5] ‹‹En plan›› es una expresión que no corresponde a la época, es una licencia de la autora.
[6] Los **piononos** tal como los conocemos hoy (los tradicionales de **Santa Fe**, Granada) **no existían aún en 1813**. Fueron creados **a finales del siglo XIX**, en **1897**, por el pastelero Ceferino Isla, en honor al papa Pío IX (de ahí el nombre *Pío nono*). Nombrarlos es licencia de la autora, un guiño a su tierra: Granada.